

Colección
Horacio Lúñiga Anaya
La luz del conocimiento

TOMO VI

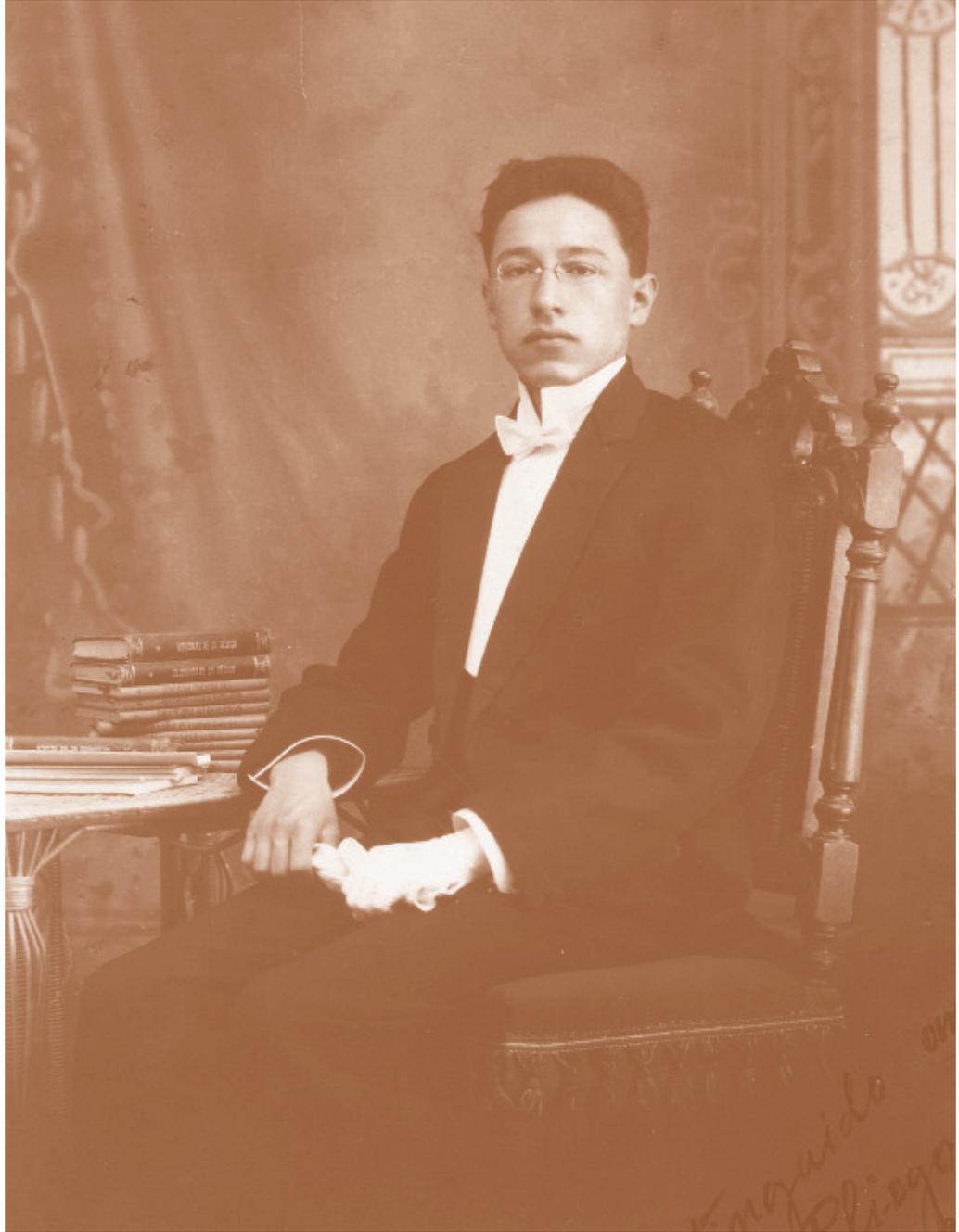
*E*nsayo

VERBO PEREGRINANTE (1939)
HOMENAJE A LA BANDERA (1940)

JORGE OLVERA GARCÍA
(COORDINADOR)



UAEM | Universidad Autónoma
de México



COLECCIÓN HORACIO ZÚÑIGA ANAYA
LA LUZ DEL CONOCIMIENTO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

Dr. en D. Jorge Olvera García
Rector

Dr. en Ed. Alfredo Barrera Baca
Secretario de Docencia

Dra. en Est. Lat. Ángeles
Ma. del Rosario Pérez Bernal
Secretaria de Investigación
y Estudios Avanzados

Dr. en D. Hiram Raúl Piña Libien
Secretario de Rectoría

Dra. en D. María de Lourdes Morales Reynoso
Secretaria de Difusión Cultural

M. en C. Ed. Fam. María de los Ángeles
Bernal García
Secretaria de Extensión y Vinculación

M. en E. Javier González Martínez
Secretario de Administración

Dr. en C. Pol. Manuel Hernández Luna
Secretario de Planeación y Desarrollo
Institucional

M. en A. Ed. Yolanda E.
Ballesteros Senties
Secretaria de Cooperación Internacional

Dr. en D. José Benjamín Bernal Suárez
Abogado General

Lic. en Com. Juan Portilla Estrada
Director General de Comunicación
Universitaria

Lic. Jorge Bernaldez García
Secretario Técnico de la Rectoría

M. en A. Emilio Tovar Pérez
Director General de Centros Universitarios
y Unidades Académicas Profesionales

M. en A. Ignacio Gutiérrez Padilla
Contralor Universitario

Horacio Lúñiga Snaya
La luz del conocimiento

JORGE OLVERA GARCÍA
(COORDINADOR)



TOMO VI
ENSAYO



UAEM | Universidad Autónoma
del Estado de México

“2016, Año del 60 Aniversario de la Universidad Autónoma del Estado de México”
“2016, Año de Leopoldo Flores Valdés”

Primera edición, octubre 2016

Verbo peregrinante (1939) | *Homenaje a la bandera* (1940)
Jorge Olvera García (coordinador)

Universidad Autónoma del Estado de México
Av. Instituto Literario 100 Ote.
Toluca, Estado de México
C.P. 50000
Tel: (52) 722 277 38 35 y 36
<http://www.uaemex.mx>
direccioneditorial@uaemex.mx



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución 2.5 México (cc by 2.5). Para ver copia de esta licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/mx>. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx/>

Citación:

Olvera García, Jorge (coord.) (2016), *Verbo peregrinante* (1939) | *Homenaje a la bandera* (1940), México, Universidad Autónoma del Estado de México.

ISBN 978-607-422-756-7: Colección Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento

ISBN 978-607-422-762-8: Tomo VI Ensayo: *Verbo peregrinante* (1939) | *Homenaje a la bandera* (1940)

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

DISCURSO DE PRESENTACIÓN

PRONUNCIADO POR EL DR. EN D. JORGE OLVERA GARCÍA, RECTOR DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO, EL 13 DE SEPTIEMBRE DE 2013 EN LA VELADA LUCTUOSA SOLEMNE EN HONOR AL MTRO. HORACIO ZÚÑIGA ANAYA.

Poeta, tu Universidad te canta, te honra y te respeta, de la misma forma en que tú lo hiciste, del mismo modo en que tú cantaste los más profundos versos y la más sugestiva prosa.

Así, de esta manera, ponemos a vuelo tu maravillosa imagen de hombre libre, de varón coherente, de bardo silencioso, pero al mismo tiempo lleno de estruendosos motivos.

Poeta de Toluca, orador del Instituto, a ti te recordamos con un *Laurel y un Crespón* porque sabes y sabes bien, que la juventud a la que tanto amaste y tu vida diste, sabrá recoger las semillas sembradas en los muros perpetuos de la ahora Universidad republicana, libre y autónoma de tu solar nativo.

- Con tu venia, Maestro, orador y poeta Horacio Salvador Zúñiga Anaya.
- Honorable Consejo Universitario.
- Señoras y señores integrantes del Honorable Colegio de Directores.
- Mi sincero saludo a una universitaria de amplio valor humano y profesionista exitosa, Lic. Martha Hilda González Calderón, Presidenta Municipal de Toluca.
- Saludo a quien tuvo el enorme privilegio de compartir miles de experiencias con el Maestro Zúñiga; a su secretario y amigo Gonzalo Pérez Gómez.

Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento

- Saludo también, a una promotora incansable de la obra de Horacio Zúñiga y de uno de sus discípulos más distinguidos José Muñoz Cota; le reiteramos que esta Máxima Casa de Estudios es casa de mentes libres como la de Alicia Pérez Salazar.
- Mi saludo a los integrantes del Honorable Cabildo de Toluca.
- Mi reconocimiento a los líderes sindicales de la FAAPAUDEM y SUTESUDEM, gracias por su presencia.
- Saludo al Gabinete Universitario.
- Destaco la presencia del cronista de nuestra noble Institución, maestro Inocente Peñaloza García.
- Poetas, escritores, investigadores y comunidad de oradores que se dan cita para honrar la memoria del ilustre Horacio Zúñiga.
- Sociedad mexiquense, sociedad de Toluca.
- Universitarios todos:

“Horacio... hermano mío, te traigo mi palabra emocionada... porque la huida de tu espíritu no es sólo para mí, como para todos, la fuga de una entidad de excelencia que tuvimos el privilegio de sentir junto a nosotros, tú y yo hicimos juntos la vela de nuestras armas literarias y juntos nos lanzamos, como Quijotes alucinados, a desfacer entuertos”... Así despidió Enrique Carniado a su amigo entrañable Horacio Zúñiga.

Del mismo modo y sin punto de comparación, hoy recordamos que hace 57 años, la existencia del poeta de Toluca transmutó los tiempos y las eras, para cifrar su estrella en el infinito universo de la idea y la imperecedera voluntad.

Horacio Zúñiga tramontó la finita existencia humana, rompió el silencio su poesía caudalosa y libre.

Él, le dio sentido y razón a la cátedra en el Instituto Científico y Literario, ovacionado desde el primer instante en que sus alumnos escucharon su voz de

barítono, lograda a base del ejercicio que le imponían los hermanos maristas en su infancia.

Fue un hombre destinado a la cultura, nació para ser maestro, nació con espíritu de poeta, nació para dar lustre a las palabras, para defender nuestro idioma, para recrear el lenguaje que constituye y sostiene a los hombres.

Eso fue, un destinado a cumplir con el más noble de los designios, iluminar conciencias e incendiar temperamentos; cumplió a cabalidad las palabras del genial Simón Bolívar, el más grande libertador cinceló: “que el objeto más noble que puede ocupar el hombre es ilustrar a sus semejantes”.

Zúñiga cumplió y amplió el concepto de maestro, en tanto es éste, según Albert Einstein: “quien cumple el supremo arte de despertar el placer de la expresión creativa y el conocimiento”.

Maestro fuiste y serás; porque supiste ser guía del alumno, ejemplo de vida, conductor de individuos. Todos los conceptos del Maestro caben en ti y en ti se multiplican.

Si escuchamos a Platón diremos “que el Maestro es el que escoge los caminos de la belleza para llevar al discípulo a la verdad, de tal manera que su acción trascienda el apostolado y el discípulo acabe por corroborar, en el ejemplo de la vida perfecta los postulados de los labios omnisapientes y las conclusiones de la inteligencia humana”.

Enseñar sin mucho es instruir y el que tal cosa hace, puede ser profesor, catedrático, pedagogo, conferencista; pero Maestro sólo está reservado a las mentes que logran de la conducción de espíritus su apostolado.

El propio Zúñiga describe al maestro como aquel que con la sublime belleza de su palabra conjunta sabiduría, belleza y amor, las tres entidades con las que asoma al discípulo al vasto panorama del mundo, haciéndole sentir valor, responsabilidad y orgullo.

Quien impulsa elementos de pasión, de entusiasmo y de justicia, como fuerza creadora y potencia reivindicadora de los más altos timbres del espíritu humano;

quien transforma el carácter crítico en constructivo y postra como finalidad, volver humano al hombre, que es esencia viva, motor del mundo, ejemplo de civilización, centro, motivo y razón del universo.

El primer nombramiento que recibe Horacio Zúñiga como profesor está fechado el 12 de febrero de 1926.

A partir de ese momento y para siempre conquistó con vehemente vocación su fama de hombre de letras y labró su imagen de poeta, sólo eso, formalizó su condición de poeta, porque el poeta nace, la naturaleza designa la condición de cada quien y a él lo hizo poeta, para decretar la verdad, para elogiar a la belleza, para ennoblecer al hombre.

Su fácil y persuasiva expresión y la solidez de su cultura humanista y filosófica, hicieron de él un maestro carismático, arrebatador, admirado por sus compañeros y envidiado por quienes denostaban su estilo poético, sin comprender siquiera que los Titanes, que los gladiadores del verbo, hablan y escriben para estar a la altura de olímpicos diálogos, porque se entienden con lo divino y le susurran al hombre la magia eterna de la poesía.

En el Maestro Horacio Zúñiga dimensionamos primero al hombre, ya no únicamente al ser racional de Aristóteles, sino más allá, al hombre que tiene poder sobre sí mismo, al que sabe hablar y callar, y Zúñiga lo supo, al que ejercita placentero, rigidez y dureza consigo mismo.

Y él lo fue, hombre de hierro con sonoridades de cristal, galerna devastadora con trinos de ruiseñor, bélicas fanfarrias con cadenas brizadoras, halos aromados en bronceíneo vaso etrusco; hombre fuiste, hombre de carne y hueso que suspira, hombre soldado de las más aromáticas batallas del verbo. Hombre que sedujo a la aurora y fortísimo luchador de la verdad y la belleza hecha esencia, motor y motivo.

Hombre fuiste Horacio, a la altura de los más grandes, hombre con estatura de titán, genial ejemplo de ruiseñor armado.

Cabe el verso que otro de tus distinguidos discípulos, Octavio Paz, dedicara al poeta español Luis Cernuda:

Discurso de presentación

Ni cisne andaluz... ni pájaro de lujo.
Pájaro por las alas... hombre por la tristeza
Una mitad de luz... otra mitad de sombra
No separadas... confundidas.
Una sola sustancia
Vibración que se despliega en transparencia
Piedra de luna... más agua que piedra
Río taciturno... más palabra que río
Árbol por solitario... hombre por la palabra.

Y volvemos a Carniado: “Por eso yo te conozco a ti, como tú me conociste a mí, por ese milagro de transparencia que hizo de nuestras almas, pantalla televidente; en la que se reflejaba la secuencia de nuestro acaecer sentimental, en la que se concretaban en imágenes nuestros pensamientos y se expresaban en nuestras palabras, nuestros ideales”.

El poeta amó profundamente a Toluca, las calles de esta ciudad escucharon su voz, deslumbraron sus cúpulas con la filigrana de su verbo peregrinante; el poeta de la soledad dejó semillas regadas por las calles silenciosas y frías de su ciudad provinciana.

Se lo dijo el poeta en su oración fúnebre: “Toluca ha sido fiel a ti como tú a ella... vigila tus pasos solitarios, se ha empapado de silencios para que pudiera volar mejor el ave de tu pensamiento y; hasta en ocasiones, ha enmudecido sus campanas para no perturbar tus reflexiones”.

Junto a Enrique Carniado, Pastor Velázquez y Vicente Mendiola conforman una generación de institutenses que transformará para siempre la vida de Toluca y serán la masa pensante y creativa del Estado.

Se educó a los pies de los más sabios de la época, de maestros como moles que piensan y transforman... de Manuel Gómez Morín, de Antonio y de Alfonso Caso, de Vicente Lombardo Toledano, de Erasmo Castellanos Quinto.

Dirigió la Biblioteca Pública del Estado, siguiendo el mismo destino de las grandes mentes que con su pluma transformaron este país; tuvo bajo su resguardo y dirección una biblioteca de la que abrevaron todos los conocimientos que los libros guardan.

Adquirió desde su juventud, una cultura enciclopédica, su mente era un recetario de frases, de poemas genuinos, de discursos orfébricos; fue un artesano del verbo, labró la piedra del conocimiento con tenacidad y paciencia, paciencia de santo y devoción de profeta.

Orador, el más grande que ha habido, el más bello, el más orquestal; orador, porque para sí mismo practicó la gimnasia de la inteligencia sobre la tribuna más alta que pueda existir: la de la conciencia y el corazón del hombre.

Es por antonomasia el más grande verbomotor que ha tenido la tribuna mexicana.

Sí, Ramírez el incisivo;

sí, Altamirano el admirable;

sí, Jesús Urueta el perfeccionista, el príncipe de la palabra;

sí, López Mateos, la lengua de bronce;

sí, Muñoz Cota, el arquetipo del orador completo.

Sí... todos ellos dieron lustre a la tribuna de México; pero Zúñiga es el poeta-orador que hace del caudal del verbo una tempestad, el escultor que hizo hablar a la piedra; como Bolívar el poeta-soldado que de cada batalla hacía una sinfonía o como Morelos el estratega, que enaltecía a la patria en cada campaña.

Así es Zúñiga, el comandante de la idea, el general de la belleza, el almirante de la imagen, sin más ni más, el mariscal del verbo; como un manojo de relámpagos embravecidos y de fuerza y de verdad... el poeta de ritmos humanos, el orador de sinfonías.

Fernando Pessoa solía afirmar que “el nombre no significa nada y a la vez lo es todo”.

Para Horacio Zúñiga representó su destino, en su nombre llevó la misión de literato, de varón enamorado de la idea; en su nombre se reflejó al escritor

Discurso de presentación

contra la indiferencia, literato de éxito y con voz propia, poseía una conciencia insatisfecha; directo en la expresión de sus juicios, fustigador de la injusticia, del autoritarismo, defiende la bondad como el mayor argumento para una revolución. Apela a la razón, reivindica el sentido común y la prevalencia de la ética. Desafecto de la envidia, protagonista de una experiencia vital intensa.

Así era Horacio Zúñiga, disciplinado, tenaz, melancólico, reservado, coherente en sus convicciones, serio, severo, solitario por temperamento y soledoso por esencia; tímido, tierno, implacable, pesimista, leal, sincero, generoso, duro por fuera y frágil por dentro; poseedor de un acentuado sentido de la dignidad, adusto y beligerante; un hombre poseído, desde la juventud, por una insaciable curiosidad, acostumbrado a decir lo que pensaba y a meditar lo que decía, hasta labrar una apariencia de labor misional laica.

Saramago, el genial escritor portugués, afirma que “somos seres de búsqueda”; seguimos el camino para encontrar algo, nos aventuramos a afirmar nuestra condición humana a través de nuestros hechos y cuando dejamos la existencia, seguimos buscando, es una constante perpetua, la búsqueda de lo que somos, a través de lo que creemos.

Tal vez por ello, Borges afirmó: “el tiempo, es la materia de la que estoy hecho”; y nosotros decimos, el tiempo es sólo la sustancia que da albergue a las ideas de los grandes hombres; el tiempo es pretexto para medir su estatura de gigantes, el tiempo es un vehículo para recorrer épocas e inspirar generaciones.

Así, a las 7:30 horas de aquella mañana del 13 de septiembre de 1956, llegaría el final de una existencia de luces, de ritmos y de cantos; llegó puntual a su cita con el destino, llegó puntual la muerte física del poeta, pero como bien se sabe, la poesía es energía y belleza a la par; la belleza no muere, la idea se transforma, la poesía se transfigura, la verdad se magnifica.

Así llegó Horacio Zúñiga a su cita final con la vida y dejó de existir, su tierra natal lo despidió, su solar nativo lo dejó de cubrir en vida para postrarlo en los muros del viento de su ciudad provinciana y ahora, su tierra lo reclama, su gente

lo aplaude, sus discípulos lo honran porque somos, son y seremos producto de su idea, de su verdad hecha poesía, de su oratoria clara y magnífica que nos acompaña siempre y siempre en deuda estará este Instituto, esta Universidad potente y pertinente que le reclama como suyo, que lo envuelve y lo guarda en esta enorme bandera verde y oro.

Si Juárez con su muerte pudo ponerse de pie en la conciencia nacional, si Morelos con su fe patriótica pudo darle Sentimientos a la Nación, si Zapata reivindicó a los campesinos, a los olvidados, con su cabalgar de hombre mestizo y libre; así Horacio Zúñiga se apropia de la esencia misma de una Universidad que se hace más grande con su ejemplo.

Horacio Zúñiga le da a la Universidad de ahora, pertenencia, pertinencia, permanencia, identidad, razón, inspiración, fuerza, fe y voluntad.

Entendemos a la universidad como aquella que liga, que une, que vincula, que nos hace sentir una gran unión con todo, porque la universidad somos nosotros, lo que nos rodea, esta casa que es autónomamente nuestra.

Quién más que la Universidad, su casa y casa del hombre, debe albergar su obra, por eso lo reclamamos para nosotros y para bien de la sociedad de Toluca, del estado y del país, por eso queremos que se conozca y reconozca su obra, por eso impulsamos su imagen más allá de nuestros muros, para que descubran y redescubran al poeta pródigo del Instituto, que también luchó por nuestra autonomía, principio rector de nuestra vida y como esencia viva de nuestra existencia académica.

Así habla quien lo conoció, Inocente Peñaloza, nuestro cronista, lo nombra el “Poeta de la Soledad” y también el poeta de la razón, el poeta de la vida, el que le canta al hombre y a la naturaleza, como sus poemas a las cumbres y al volcán, al Señor Desnudo Xinantécatl; que fue su más profunda inspiración.

Arquitecto de su tiempo y de su ciudad, de su Instituto, de nuestra Universidad; en él la voz de esta Casa cabe siempre, en la edificación del amor y el compromiso con la juventud.

Discurso de presentación

La obra de los ilustres institutenses y de los universitarios de amplio valor, nos genera un verdadero compromiso por corresponder con dignidad al momento que nos toca vivir.

Somos una generación que ve siempre al horizonte, pero no olvida sus raíces; quien recuerda siempre lo que es y de dónde viene, puede ver con decisión el porvenir. Origen es destino.

En torno a la figura de Horacio Zúñiga Anaya, convocamos a los universitarios a hacer más para trascender más; hacemos un llamado pertinente a darle más brillo a nuestra Máxima Casa de humanismo y de cultura.

Declaro que necesitamos al poeta, ahora en sus libros y en su obra, para edificar con verdad y empuje al nuevo torreón de nuestro tiempo; este torreón como emblema del trabajo que desarrollamos todos los universitarios representa también el regreso al humanismo, al reconocimiento del hombre por el hombre mismo, el volver los ojos a la esencia de quienes construimos a la universidad todos los días, este torreón que está destinado a volvernos más humanos, más libres, más y aún dignos.

Con humildad proclamamos que este tiempo es el tiempo de mirarnos unos a otros bajo el hilo de la solidaridad y de la inspiración que crea, es momento de sentir nuestra herencia de miles de hombres que sin falsas afirmaciones construyeron lo que ahora somos.

Reconocernos unos a otros, querernos en el lenguaje propio de nuestro legado, sabernos coincidentes de nuestra misión única, encontrar en el hombre la razón de nuestro espacio y tiempo.

Por ello, iniciamos el reconocimiento de mujeres y hombres con el regreso a nuestro código genético: el humanismo que a la ciencia le da sentido.

En mi calidad de rector de esta casi bicentenaria institución y con el respaldo de los universitarios, acordé instaurar que cada 13 de septiembre nos reunamos, Ayuntamiento de Toluca, Universidad y sociedad, a recordar a uno

de los nuestros, al Maestro Horacio Zúñiga Anaya a quien debemos homenaje valedero, porque su obra nos permitirá proclamarnos pertinentes una vez más.

Creo firmemente que el hombre se debe a su tiempo, pero también a su pasado iluminado por conciencias más claras y más grandes.

Por ello, decidimos además... Rendirte Homenaje, maestro, ...con una sala en este edificio histórico, en este *Viejo Abuelo Ilustrado* que albergó tu vida; más adelante, con una plazoleta que llevará tu nombre en Ciudad Universitaria y con la promoción de tu obra entre nuestra comunidad y la sociedad; por ello, propondré al Consejo Editorial de nuestra institución la reedición de tu obra escrita, para que se conozca tu esencia a través de tus palabras.

El espíritu de excepción de Horacio Zúñiga está guardado en la abundante cosecha de sus libros, para que los jóvenes de muchas generaciones puedan marchar sobre los senderos iluminados por este bardo de luz.

Es el mayor legado que podemos dejar a quienes nos suceden, por la fe inquebrantable en que la Universidad Autónoma del Estado de México, seguirá siendo la casa de la verdad, de la expresión libre y de la comunión de las ideas que transforman.

En el *Libro de los itinerarios*, de José Saramago, Nobel de Literatura y Doctor Honoris Causa, afirma con vehemente razón: "Siempre acabamos llegando a donde nos esperan".

Así, Horacio Zúñiga regresó a su Instituto, en donde siempre se le esperó; del que nunca debió haberse separado; a su paso por este *Viejo caserón de piedra*, dejó la idea de un monumento a los maestros del Instituto y la letra bellísima y admirada en toda la república mexicana de nuestro *Himno Institutense*, cantado por vez primera el 3 de marzo de 1928, conmemorando el Centenario del Instituto.

Por ello y en tu honor, hemos recuperado las dos estrofas que permanecieron vagas en el olvido y que ahora esta administración con la voz de los universitarios, porque nada ni nadie puede trasgredir la letra que ha vestido a esta potente Casa

Discurso de presentación

de Estudios durante 85 años, los cerebros seguirán siendo jaulas de ideas en esta torre de oro del ave doncella.

Desde los 13 años de edad, la vida de Horacio Zúñiga fue marcada por un suceso sin precedentes, el ingreso al liberal Instituto Científico y Literario. A partir de ese momento, su mente comenzaría un amplio y largo camino por el sendero del conocimiento, la lectura y la meditación de temas profundos.

El Instituto, ahora Universidad, era su más grande pasión, y es mentira... es mentira quien afirme que se fue, el poeta vivió y vivirá por siempre, porque el universo de su mente creativa y el portentoso significado de sus palabras, necesitan reposar en un santuario igual de fuerte, para que dé abrigo a sus más nobles propósitos.

Así como el océano controla a sí mismo sus aguas imponentes, así como el fuego necesita la libertad del viento, así las ideas, las imágenes y las palabras de Zúñiga necesitan el reposo que brinda la Universidad Autónoma del Estado de México.

El lugar donde nacen los hombres con altura de montañas y el entorno en el que se desenvuelven, son meras referencias geográficas; porque para ellos ni la extensión del viento es suficiente para contener su manto de bondad y de prestigio.

Horacio Zúñiga, como muchos más, tiene como cuna, como vientre eterno y natural, el universo, como dijo el poeta de la plástica mexiquense Leopoldo Flores Valdés: “La Universidad es el universo, universo es el vientre infinito donde nace el hombre, universo sin término donde no existe horizonte, horizonte, todos lo sabemos, en el universo no existe horizonte.

Universo infinito, sobrio, explosivo y magnánimo, universo-universidad, que es producto de poetas y pensadores”.

Universo que todo lo embellece, porque es todo y todo lo consume para construirlo luego; universo es la universidad, vientre magnífico de *ideas, imágenes y palabras*, universidad que alberga en su vientre la savia de la lírica, la profundidad de la idea, la grandeza del ejemplo.

Universo somos nosotros, todos, porque hacemos de la voluntad... patria ciencia y trabajo por y para la sociedad.

Cuánta falta hacen, qué necesarios son los poetas para el mundo, mientras éste se desgrana en odios malsanos, el poeta canta y vibra, canta para armonizar al hombre, para ilustrar la vida, para señalar la verdad.

Así fue el admirado poeta y orador Horacio Zúñiga; un ser genuino, hecho de palabras, heredero de palabras, que a lo largo de los tiempos realizó para gloria de nosotros, un testamento de palabras.

¿Y qué es la palabra? LA PALABRA ES LUZ

ENVÍO:

Amado Maestro Horacio Zúñiga:

Desde esta imponente Aula Magna de nuestra Universidad. Panal majestuoso de imágenes colosales.

Hace 57 años tu cuerpo fue velado en este recinto y hoy velamos armas en tu nombre.

Poeta de luz, de caudalosa lírica, de ritmos majestuosos, de selvas sonoras, de sinfonías magnánimas. Poeta de Tollocan, más grande y más humano.

De amplio caudal es tu poesía, de vitalidad y energía tu prosa, poeta de tempestades, arrobando el deseo infinito de ver a la juventud luchar por la honra y por la libertad.

No existen muros que contengan tu poesía y la portentosa carga de tu oratoria, eres ornamento de nuestra casa de cien arcos, en estos pasillos caminaste, discutiste, amaste a las letras como se ama al hermano, a la madre, a la compañera de vida.

No hay muros, no los habrá... que encierren tu ejemplo de hombre libre, de bardo enamorado, de eterno poeta.

Discurso de presentación

Tensas el arco de la verdad pero tú eres la flecha, conviertes la espuma en vuelo de palomas, eres la verdad de una sociedad que necesita a sus poetas, a sus oradores, a sus literatos y ahora a sus académicos, investigadores y a sus alumnos; una sociedad que necesita vivir en la armonía con su presente y transmutar sus principios para salvarse a sí misma.

La universidad por mi voz te nombra y te renombra, te reconoce y te ensalza, no por vanidad y casamiento con la historia, sino por justicia, por obra y gracia de la justicia verdadera que obliga a los hombres a reconocer a sus hombres, porque en el reconocimiento de unos está la dignidad de todos.

Desde la sombra infinita de esta preclara casa de cultura, venimos en esta tarde lluviosa en enorme cruzada de admiración y gratitud a traerte para ti toda la fuerza de tu Universidad, como tú la nombraste: “Pendón de esmeralda, embrujado con el simbólico temblor de las abejas de oro”.

Por ello pido que al poeta de la soledad... no se le recuerde con silencios; si su poesía fue tan caudalosa, si su poesía fue tan rítmica, si su poesía fue una rebeldía permanente, por qué recordar con silencios al hombre que provocó huracanes y domó desde su mente el verbo majestuoso de ciclones.

Tus hijos te aplauden y te canta tu Instituto
Aplaudid universitarios... aplaudid al poeta
Salve Horacio... eternamente vibra... eternamente canta.
Viva por siempre Horacio Zúñiga Anaya.
Viva México y su amada bandera, suave patria libertadora.
Viva la Universidad liberal, autónoma y perínclita cumbre del saber.
Viva la imponente Universidad Autónoma del Estado de México.

PATRIA, CIENCIA Y TRABAJO

NOTA A LA EDICIÓN

El propósito de la colección *Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento* es poner a la disposición tanto del lector común como del lector especializado la obra del escritor toluqueño Horacio Zúñiga. Aquí se ha reunido su obra poética, narrativa y ensayo en orden cronológico, considerando la primera vez que éstas fueron publicadas.

En todo momento se buscó respetar las características de dichas publicaciones; por lo tanto, algunas peculiaridades en el uso del lenguaje y aspectos de puntuación, como el caso de los signos de admiración que a veces sólo abren o cierran, fueron conservados.

Esperamos que esta primera reunión del material de este destacado escritor mexiquense, tan poco conocido, sirva para que estudiosos de la materia (lingüistas, literatos, filólogos) puedan revisarla y así ampliar los estudios y ediciones críticas de esta obra.

AGRADECIMIENTOS

Al licenciado Gonzalo Pérez Gómez,
quien prestó gran parte del material que aquí se recopila.

Al maestro Héctor Sumano Magadán,
por su colaboración en la revisión bibliográfica.

A la maestra Alicia Gutiérrez Romo,
quien coordinó el trabajo de los estudiantes que como parte de su
servicio social colaboraron en el “Proyecto Horacio Zúñiga”.

A los alumnos y alumnas que participaron en este proyecto.

CONTENIDO

VII	Discurso de presentación
XXI	Nota a la edición
XXIII	Agradecimientos
1	VERBO PEREGRINANTE (1939)
3	Dedicatoria
7	Prólogo
11	Preámbulo
17	Nota bene
19	Ignacio Altamirano
25	Épicos y románticos
31	Piedad para el árbol
35	El maestro
41	El entusiasmo
45	El milagro del verbo
51	Biología y caridad
53	Venganza de Ariel
59	Lope de Vega
65	El Palacio de las Bellas Artes
71	El conflicto estudiantil

77	Chocano y Vasconcelos
83	La apoteosis de Urbina
89	La emancipación de la lengua
93	Principio de año
97	La sombra de Shylock
103	La reforma universitaria
109	Retórica y oratoria
115	La locura del Tohtli
121	Juárez y el credo jacobino
125	Maestros: líderes o apóstoles
131	La epopeya de Orfeo
137	La universidad actual
143	Monseñor de las alondras
149	La gloria de Porfirio Díaz
155	Los pueblos y la arquitectura
159	Elegía ditirámica
165	Sofistas y ruseñores
169	La nueva tumba de los héroes
175	Nuestra Señora de las Rosas
185	El doble problema de la preparatoria
191	José María de Heredia
199	Arenga pindárica
203	Arenga ferviente
209	Arenga patética
213	Arenga deportiva

219	Oración fúnebre
227	Alocución al Lic. Juan Fernández Albarrán
231	Discurso al C. Wenceslao Labra
237	Elogio de Toluca
247	Oración fúnebre
253	Elogio de la madre
265	Nuestro señor don Quijote
283	POST-LIBRIS
285	Un concepto de Octavio Sentíes G.
287	Palabras de Juan Rosas Talavera
289	Juicio crítico de EGO
299	Réplica de Juan Manuel Carrillo B.
303	Fragmento de una epístola de Enriqueta Dávila G.
305	Opinión de Mauro Padilla Navarro
309	Elogio de Adrián Palma
313	Estudio de Guillermo Aguilar y González
317	HOMENAJE A LA BANDERA (1940)
327	Origen del escudo de armas de México <i>Alfredo Chavero</i>
333	Historia de la bandera mexicana <i>Manuel J. Solís</i>
345	Ordenamientos legales que crearon el pabellón y escudo de armas de México

- 353 La bandera en la literatura y en la historia
Heriberto Enríquez
- 361 La bandera
Salvador Rueda
- 364 La bandera nacional
Luis J. Jiménez
- 365 La bandera
Julio Claretie
- 367 La bandera
Francisco Zea
- 369 La bandera nacional
Luis J. Jiménez
- 371 ¡Oh, mi bandera!
Francisco Cuervo Martínez
- 373 La bandera mexicana
Francisco Cuervo Martínez
- 375 Excitativa en pro del culto a la bandera mexicana
Horacio Zúñiga
- 381 La bandera mexicana y la epopeya de Chapultepec
Juan de Dios Peza
- 391 La vida por la bandera
Francisco Cuervo Martínez
- 393 La apoteosis del 47
Horacio Zúñiga
- 395 Aguiluchos
Horacio Zúñiga

Verbo peregrinante
(1939)



DEDICATORIA

GENERALMENTE, en las primeras páginas de los libros, se acostumbra escribir el nombre o nombres de las personas a quienes se dedica, con una que otra breve frase de elogio o de agradecimiento. Sin embargo, en este caso, las circunstancias especiales que han mediado en la publicación de esta obra, me obligan a romper la tradición y a ser un poco más extenso.

En efecto, según dice mi fraternal amigo el Diputado Alfredo Zárate Albarrán, en el Prólogo que honra mis páginas, VERBO PEREGRINANTE sólo constituye la primera de una serie de publicaciones que habrá de hacer el progresista Gobierno del C. Wenceslao Labra, como parte de su programa, inspirado en el desarrollo integral de todas las potencias de su entidad federativa, que comprenden lo mismo la economía que la inteligencia y que abarcan, desde el impulso aplicado al desarrollo de las riquezas materiales, hasta el estímulo que dilata la acción de la cultura para llevarla a todos los rincones de la patria chica.

Por lo tanto, el agradecimiento del autor se impone, puesto que, no se trata de un beneficio personal hecho a Horacio Zúñiga, sino de un honor que, inmerecidamente, dispensa el supremo Mandatario del Estado de México, al escritor y maestro revolucionario, ya que como a tal y con propósitos de realizar un servicio social, el C. Wenceslao Labra prohijó la publicación de este libro.

Esto por lo que toca a la significación social o externa, pudiéramos decir, que tiene la edición de VERBO PEREGRINANTE, que, por lo que se refiere a su significación íntima, hay algo más noble todavía que deseo hacer público, por entrañar una positiva lección de ética, vivida por un grupo de amigos míos, para quienes en éste, como en otros muchos casos, parece haber sido escrita aquella hermosa definición que da Aristóteles en su Moral a Nicómaco: “La política es la forma práctica de la virtud”.

He aquí, sucintamente expuesto, el caso: El año 1934, como resultado de mi actitud en favor de los estudiantes de Toluca, sistemáticamente perseguidos por un Gobierno que pretendió cerrar el Instituto Científico y Literario, fui víctima de un atentado en el propio Palacio de Gobierno, del que se ocupó toda la Prensa de la Capital, y que me obligó a abandonar, para siempre, las cátedras de Literatura e Historia, que en tan gloriosa Escuela viniera sustentando.

Años más tarde, los importantes cambios políticos que sucedieron a la caída del General Calles, repercutieron en la política regional, de tal modo, que, bien pronto, el pueblo pudo asumir la dirección de sus destinos, encomendando la gubernatura del Estado al C. Wenceslao Labra, quien, desde la época del Coronel Gómez, habíase destacado como un sincero amigo de los humildes.

En tales circunstancias, el que esto escribe fue llamado a colaborar en la obra de reorganización y mejoramiento de su entidad federativa, lo que aceptó de buen grado, pues creyó que encontraría propicios los espíritus a su labor cultural, huérfana en absoluto del más pequeño interés personal.

Toda una vida consagrada a la enseñanza, mi larga práctica en los principales planteles de la Capital de la República; sobre todo, la campaña periodística, que desde el año de 1924, emprendí en los principales periódicos de la Capital, pugnando por una transformación radical de nuestros conceptos y sistemas educativos, a efecto de que la instrucción superior y la cultura en general, no fuesen el patrimonio de unos cuantos, sino que se tradujese en beneficio del mayor número; en fin, mis esfuerzos porque la Universidad Autónoma dejase de ser un Instituto aristocrático y se resolviera a ponerse en íntimo contacto con el pueblo, del que extrae los jugos vitales que la sostienen, toda esta labor que puede ser verificada por quien guste y cuya síntesis constituye la medula de mi libro LA UNIVERSIDAD, LA JUVENTUD Y LA REVOLUCIÓN, publicado en 1934, pensé que sería un antecedente, sobradamente sólido, si no para que se me recibiese en triunfo, porque nosotros sólo sabemos recibir en triunfo a los generales, a los toreros y a los artistas de cine, si por lo menos, para

que se me acogiese con la más amplia simpatía y se apoyase mi labor con el más decidido entusiasmo. (1)

Desgraciadamente, los hechos fueron contrarios a mis suposiciones: gran parte de la sociedad de Toluca me acogió con reservas, y, lo que es peor, la juventud del Estado, pérfidamente asesorada por un grupo de canallas, ambiciosos o irresponsables, francamente me mostró su hostilidad, excepción hecha de un reducido grupo que, valiente y generosamente, se integró junto a mí, pero que hubo de sufrir pronto las consecuencias de su noble actitud, en forma de la hostilidad sistemática de estudiantes y maestros.

Pues bien, en estas condiciones, el C. Gobernador del Estado y sus principales colaboradores, casi todos compañeros y fraternales amigos míos, me tendieron la mano, me brindaron el más franco apoyo e hicieron posible que, desde el Departamento de Biblioteca y Arqueología que me fue encomendado, pudiese yo desplegar mis actividades, realizando, en el plano de la cultura, lo que el Gobierno del C. Wenceslao Labra está realizando en todos los otros sectores de la actividad social.

¡Extraordinaria paradoja! Mientras la Provincia, a la que he tratado de honrar con mis victorias sin sangre y mis triunfos sin lágrimas, mostrábase indiferente al regreso de uno de los hijos que, aunque sea infructuosamente, más han trabajado por ella; (2) mientras el gremio estudiantil, al que he consagrado mi vida y por el que he expuesto mi comodidad económica y mi tranquilidad personal, me recibía como un intruso o un enemigo, los políticos, a quienes tildan de ignorantes, viles o mezquinos, abríanme los brazos y me brindaban todo su apoyo material y espiritual para que laborase en beneficio de todos,

(1) La campaña a que aludo me costó nada menos que mi salida de la Universidad y más tarde, las sistemáticas persecuciones de que fui víctima, causa de la renuncia de mis cátedras, que el año de 1936 me vi obligado a presentar, acaso para siempre.

(2) La celebración del IV Centenario de la fundación de Toluca efectuóse a iniciativa del autor, que fue Presidente efectivo de la Comisión respectiva y publicó en tal ocasión su obra EL ESTADO DE MÉXICO. Además, son del que escribe también, el Himno de Toluca, el del Estado de México y el del Instituto Científico y Literario.

inclusive de los mismos que ignoran que los hombres como yo, perdonan de antemano a sus enemigos y se desquitan de quienes los injurian y hostilizan, con dádivas de inteligencia, con ofrendas de cultura y con venganzas de amor!

¿No era justo, pues, que el autor de estas líneas, expresase públicamente su gratitud a quienes con él han estado, en esta hora amarga y sublime, en que, con el corazón destrozado por la envidia, el celo y el odio, el escritor, el maestro y el hombre, tienen que levantarse para cumplir con su misión redentora de iluminar hasta a aquéllos que han tratado de hacer la sombra en su camino?

¡Sí! Yo no podía ni debía haber dejado de cumplir con este imperativo, ni tampoco podía ni debía haber dejado de hacer esta explicación, que da a esta dedicatoria toda la significación que debe tener. Por eso, a continuación, con positivo cariño y reconocimiento, escribo los nombres de quienes han reivindicado, en el humilde autor de estas líneas, la causa de la cultura al servicio de los humildes y el entusiasmo y la voluntad, en beneficio de nuestros semejantes:

C. WENCESLAO LABRA, Gobernador Constitucional del Estado de México; Lic. Juan Fernández Albarrán, Secretario General de Gobierno; Lic. Juan N. García, Oficial Mayor de la Secretaría General de Gobierno; Lic. Octavio Senties, Secretario Particular del C. Gobernador; Sr. Adrián Legaspi, Tesorero General del Estado; Diputado Alfredo Zárate Albarrán, Diputado Alfonso Flores, Dr. Rodolfo Salgado M., Profr. Adrián Ortega, Secretario de la Dirección de Educación Pública; señor Enrique Castillo, Director de la “Gaceta de Gobierno”; Dr. Juan Olivera López, Profesor Antonio Villada y Profr. Juan Rosas Talavera.

Igualmente, deseo expresar mi reconocimiento a mis estimados amigos el señor Director, empleados, maestros, obreros y alumnos de mi querida Escuela de Artes y Oficios de Toluca, así como a mis hermanos menores los esforzados miembros del desgraciadamente extinto Ateneo Cultural Revolución, del Instituto del Estado y a los estudiantes de la benemérita Escuela Normal para Maestros y del laborioso Centro Educativo Tierra y Libertad.

HORACIO ZÚÑIGA

PRÓLOGO

UNO DE LOS más frecuentes ataques lanzados contra la Revolución hecha Gobierno, es el de que los actuales directores políticos, del País, desarrollan una labor unilateral, en beneficio exclusivo de un solo sector social; es decir, que los gobernantes de ahora no gobiernan para el País, sino para determinado grupo, que por numeroso que sea, no constituye toda la Nación.

Tal afirmación es injusta; lo que sucede es que si el Gobierno concede preferencia a la resolución de los problemas del Proletariado, es no sólo porque esta clase social constituye la mayoría de nuestro conglomerado, sino porque es la que más urgentemente necesita que se le haga justicia, toda la justicia que merece, ya que sobre sus hombros gravita el peso moral y material del Estado.

Pero la Revolución hecha Gobierno, está muy lejos de desconocer la necesidad que existe de ampliar su acción en todos sentidos y de ir ascendiendo del plano económico al plano moral, hasta conseguir que en México no haya una sola boca sin pan ni un solo espíritu sin cultura.

De ahí que todos los gobernantes, conscientes de su verdadera misión, al par que enfocan su atención en los problemas materiales de sus pueblos, buscan ya el modo de acrecentar los caudales de la cultura patria para hacer que la obra de la inteligencia y de la sabiduría, descendan hasta los más apartados y oscuros rincones del País.

Es así como, de acuerdo con ese criterio integral, el ciudadano Gobernador del Estado de México, Wenceslao Labra, cristaliza su entusiasta dinamismo en la realización de obras que benefician directamente al proletariado, pero al mismo tiempo procura impulsar la actividad de la inteligencia en sus afirmaciones

científicas y artísticas, procurando que al par que se siembren los surcos se instruyan las almas; que a la vez se construyan ejidos, se erijan escuelas; y al mismo tiempo que se imparta justicia al campesino y se defiendan los sagrados derechos del obrero, se estimule al intelectual, se publiquen periódicos y se impriman libros, cuyas páginas impregnadas de luz vayan abriendo brechas de claridad en las tinieblas.

Por eso, el C. Gobernador Wenceslao Labra ha tenido empeño en la creación de la Editorial “EDAYO”, que hoy inicia sus actividades con la publicación de esta obra de Horacio Zúñiga: “VERBO PEREGRINANTE”, que es como el primer clarín de la gallarda vanguardia intelectual que habrá de preceder en nuestro Estado, al sublime desfile de toda una inmensa legión de ideas en marcha.

¿Y por qué, se preguntará, ha sido esta obra la elegida y no otras de otros escritores del Estado, que por lo menos tienen sobre Horacio Zúñiga la prioridad en el tiempo? Porque Horacio Zúñiga, fuera de sus méritos que no queremos discutir, tiene para el Gobierno del Estado de México y para la Revolución, una excelencia indiscutible: la de haber sido desde sus años mozos, no un intelectual encastillado en su aristocrática torre de marfil; no un simple escritor de gabinete; ni un orador de salón; ni un poeta, cantor superficial de “cisnes, hadas y azucenas”; sino, ante todo y sobre todo, un revolucionario, un rebelde, una voluntad de lucha y un espíritu de combate que a la edad de trece años, en velada efectuada en el Instituto Portilla de esta ciudad, execraba en sus versos incipientes a los asesinos del Presidente Mártir; que a los catorce, en las tribunas institutenses, condenaba la tiranía de Victoriano Huerta; que formaba en las apretadas filas de los intelectuales revolucionarios en la época de Carranza; y sin descuidar nunca la nota de arte, fundaba periódicos como “Juventud”, en los que siempre profesaba las doctrinas más avanzadas; o integraba cuerpos de redacción como el de “Alma Bohemia” que desde el año de 1914, en uno de sus números, defendía ya la causa de los obreros de la Cervecería de Toluca, vilmente afrentados por el despotismo de un capataz.

Sobre todo, el actual Gobierno del Estado de México, ha querido que el libro de Horacio Zúñiga inicie su labor editorial, porque en Horacio Zúñiga, el político se magnifica en el Maestro: Qué Maestro, reconocido por propios y extraños, es éste escritor cuya tribuna ha sido siempre una cátedra de belleza y bondad, y cuya vida ha sido un ejemplo indiscutible de honradez y cuya múltiple obra comprende casi todos los géneros y todos los estilos, pues abarca, desde la poesía hasta la filosofía pura, pasando por la historia, la novela, el editorial, la crónica y el ensayo.

Además, Horacio Zúñiga, que es un hombre síntesis en cuyo espíritu resuenan, lo mismo los gritos angustiosos del pueblo que los madrigales perfumados de la amada, es el hombre que está más cerca de nosotros, de las actuales juventudes de México, de los actuales Gobernantes de México y, sobre todo, de cuantos participamos en la dirección política del Estado de México, porque brillantes discípulos suyos, fraternales amigos suyos, ocupan varios de los puestos de más relieve y responsabilidad en la Administración de Cárdenas, nuestro insigne Presidente generoso y en la Administración de Labra, nuestro dinámico, entusiasta y querido Gobernante.

Por eso, porque es de los nuestros, porque lo sentimos identificado con nuestras ideas, con nuestros dolores y nuestras esperanzas; porque es amado y respetado por los elementos más avanzados de la juventud de ahora; porque comprende la justicia y la angustia del proletariado al que tantas veces y con tanto vigor ha cantado; y principalmente, repito, porque es para todos el Maestro, el Estado de México ha querido honrar en él al Magisterio de la Patria chica, iniciando su obra de cultura con la publicación de este libro, en el que de tal manera se patentiza la amplitud de miras del actual director político de nuestra entidad federativa, que deseamos que en esta obra figurasen también páginas como “Nuestra Señora de las Rosas”, cuya ideología puede parecer a muchos superficiales y exigentes, de un misticismo retardatario, pero cuyo hondo sentido de justicia social y cuya indiscutible belleza, le dan derecho a figurar preeminentemente entre las producciones del Maestro ¡Si Gobiernos de

espíritu más estrecho permitieron que la estatua ecuestre de Carlos IV, que es toda una afrenta política a nuestra nacionalidad, en gracia a su valor artístico, ocupara como ocupa un lugar de honor en uno de los mejores sitios públicos de la ciudad, cómo iba la amplia conciencia revolucionaria a sacrificar uno de los más bellos artículos de Horacio Zúñiga, nada más porque su tema es el mismo que el de otro brillante editorial y bellísimo poema del más liberal de los maestros mexicanos y el más radical de los tribunos: Don Ignacio Manuel Altamirano.

Tal, pues, la significación de esta obra, y tal la explicación de los propósitos del Gobierno de Wenceslao Labra, al acometer esta sublime empresa de ir difundiendo la luz a todos los rumbos del Estado, donde los campos fecundados por el trabajo y ennoblecidos por la justicia, proclaman ya, a todos los vientos, el triunfo definitivo de la Revolución.

DIP. ALFREDO ZÁRATE ALBARRÁN

PREÁMBULO

EL HOMBRE es un animal que piensa; mejor aún, el hombre es el único animal que habla. Podemos, de acuerdo con el concepto sentimental de Cansinos Assens, conceder cierta inteligencia a determinados animales, como el perro; fundados en la teoría de los “reflejos condicionados” de Pavlov, podríamos también concluir que ciertos estados de conciencia son comunes al hombre y al más fiel de sus amigos domésticos; pero no podríamos ni en uno ni en otro caso, conceder al perro, ni al mono, acaso ni al antropoide, este maravilloso privilegio de que nosotros disfrutamos: la palabra, don extraordinario con el que parece coronar su obra celular la naturaleza y que no sólo constituye la diferencia específica y esencial de que nos enorgullecemos, sino el vehículo más poderoso de nuestro espíritu; la expresión más alta de nuestro ser; el símbolo más patente de esta excelsitud del bípedo inteligente de Platón que por obra y gracia de la razón puesta en el cauce de la elocuencia vuélvese vitalmente fecunda, pues, al volcarse sobre las anchas llanuras del mundo, todo lo fertiliza, todo lo embellece, todo lo transfigura, lo mismo que el agua multiforme cuya clara sangre, a través de la raíz hincada en la gleba, trasmuta el dolor de las células subterráneas, en la alegría de las espigas doradas, las panojas de seda y los frutos de almíbar.

Hablar es ser humano, esencial, inconfundiblemente humano. El espíritu no se concibe sin la palabra que lo expresa, lo explica o lo traduce. El pensamiento puede ser latencia, pero, sólo es existencia, sólo es potencia en la palabra. Inútil es que la razón exista si es hermética y muda: crisálida o cadáver; feto o despojo; nada significaría la idea si se quedase en nuestro cráneo como en una vitrina de museo o en una cripta de cementerio.

¡Saber! ¡Sí! ¡Pero saber sin hablar lo que se sabe, es inútil! ¡Saber sin enseñar lo que se sabe (y sólo puede enseñarse por medio, o a través de la palabra) es injusto! ¿Pero, podría saberse sin estudiar en libros donde hay palabras escritas o sin haber recibido lecciones (coordinación de palabras sistematizadas) de inteligencias que forzosamente se expresan con palabras?

¡Sentir! ¡Sí! ¿Pero, no requiere el sentimiento el límite de lo expresado? ¿No pugnan las sensaciones por encontrar sus símbolos? ¿No busca el amor su signo verbal? No, angustiosamente, busca y rebusca los sonidos articulados y llenos de conciencia con que potencializarse, con que expresarse; con que ir en un disparo sublime del ser amante al ser amado?... ¿Mudo el amor? ¡Mentira! El amor parece mudo porque está lleno de palabras, de tantas y tan hondas palabras, que en fuerza de querer decirlo todo, acaba por no decir nada, pues no es pobreza, sino plenitud que se ahoga en el caudal inagotable de su propia abundancia; por eso el amor ha producido los más bellos poemas; ha engendrado los más nobles libros; ha inspirado las obras inmortales.

Y el dolor... ¡lo mismo! Igual que el amor, pero con signo contrario; el dolor nos invade, nos inunda, nos sepulta en su soberana inmensidad; y queremos decir mucho, pero también, de tanto como queremos decir no decimos nada. Así, en el disco de Newton, el prodigio multicolor del espectro, truécase en la aparente negación de una blancura sin matices; así, en el rápido movimiento de los radios de la rueda, la materia parece trocar su maciza materialidad en la aparente inmaterialidad de lo invisible; así en las interferencias de Newton, la luz miente negarse en lagunas de sombra.

Pero, del mismo modo que en el disco de Newton, el blanco no es negación, sino síntesis de colores; y que en la rotación del radio, la fingida desaparición del radio es sólo una ficción de los ojos; y que en las interferencias de Newton la laguna de sombra, es sólo un fenómeno producido por inhibiciones de luz; así, idénticamente, en el dolor, nuestros labios quedan sellados, no porque el dolor carezca de palabras, sino porque no posee el poder suficiente para ordenarlas

y dejarlas caer al mundo atónito o indiferente, como dejan los ojos caer las lágrimas, que no son, en último análisis, sino las palabras de los que sufren y no tienen otro lenguaje con que hablar.

Pero no sólo no es mudo el dolor, es grandilocuente, tanto, tanto, que a veces a su elocuencia, lo mismo que a la del amor, debemos páginas inmortales; oraciones sublimes; evangelios incomparables. Y precisamente, la doble elocuencia que en el fondo es la misma, proyectada en dos direcciones, del amor y del dolor, es la que ha obrado el prodigio de transfigurar al bruto en arcángel; de trocar la pezuña en ala; de hacer del instinto vuelo y del grito canto, y del trueno aleluya, y de la sombra aurora, pues, por la divina virtud del dolor y del amor hecho palabra, el hombre de las cavernas o el hombre de las batallas, han podido reivindicar sus miserias específicas en los gloriosos símbolos de carne, gloria y espíritu que se llaman Esquilo el Trágico, Sócrates el Sabio, Platón el Artista, Demóstenes el Elocuente, Francisco el Santo y Jesús el Divino, que nunca fuera más grande, ni más bello ni más bueno, que cuando convertido todo Él en palabras, bajaba hasta la conciencia y llegaba hasta el corazón de los humildes en la misericordia armoniosa de las parábolas; en la dulzura inefable de las sentencias y en esa maravillosa sinfonía pastoral que se llama el Sermón de la Montaña!...

¡El Verbo!... ¡El Verbo!... ¡Con razón dice la eterna sabiduría: “en el principio era el Verbo, y el Verbo era Dios”!... Y Verbo es el fiat que hace la luz y a cuyo imperativo el Universo se hace. Y Verbo es la justicia del Padre, y Verbo es la llama del Espíritu que en lenguas de fuego desciende hasta el espíritu que ha de vibrar en los labios flamígeros de los profetas. Y Verbo es el Hijo que discute con los Doctores, y llama a los niños y explica a los hombres y llora en el huerto, impreca en el templo, susurra en el lago, y ya exangüe y moribundo, bendice y perdona entre los brazos inmensamente abiertos de la Cruz!

Y en nuestra tierra baja, en nuestra atormentada vida, el Verbo es todo: trueno en Mirabeau, relámpago en Voltaire, hoguera en O’Connell, antorcha

en Pitt, llamarada en Bossuet, incendio en Savonarola, iris de paz en Fray Luis, tempestad de sangre en Dantón, arrullo en Teresa, sinfonía en Castelar... Látigo de fuego en Ramírez, huracán de cóndores en Altamirano, himno cívico y épico en Martí, canto lírico en Heredia; y vuelo de águilas en Chocano, éxodo de cisnes en Darío, fuga de garzas en Valencia, fiesta de ruiseñores en Gutiérrez Nájera y concierto de alondras en Jesús Urueta. (1)

¡La palabra en todas partes! ¡La palabra en todos los tiempos! ¡La palabra en todas las supremas ocasiones de la vida, en los excelsos instantes del alma! ¡La palabra! ¡Siempre la palabra! ¡Por eso, en su máxima grandeza, los hombres y los pueblos han hablado mejor! Por eso el Cosmos surgió de una palabra y el Universo habrá de terminar cuando Dios deje caer de sus labios infinitos en la eternidad vacía, esta palabra ¡Fin!

De ahí que la muerte, más que el frío, más que la inmovilidad, sea el silencio; callar es una forma de morir, a menos que se cierren los labios para que el alma siga hablando adentro.

Pues bien, este libro no es otra cosa que la huella de mi existencia hecha palabras; aquí están las sombras de mis arengas; los espectros de mis discursos; los fantasmas de mis disertaciones. Sombras, fantasmas, espectros, ¡Sí! Porque desgraciadamente, a eso queda reducida la palabra del orador y del tribuno cuando se escribe. Pero así y todo, aquí está la breve síntesis histórica de un hombre cuyo ideal más grande fue siempre ser y saber y sentir y querer en función de los demás! ¡Aquí está el paupérrimo archivo del verbo incansable, siempre noble, aun cuando siempre insignificante, de quien habiendo querido ser única, pero real y completamente maestro, intentó inútilmente saberlo todo y amarlo todo, para decirlo todo... ¿Tribuno, orador en la clásica acepción de estas palabras? ¡No! ¡Seguramente no! ¿Pero orador y tribuno en el sentido más puro del vocablo? ¡Sí! Sí, por lo menos en el intento de poner el saber, la voluntad, la vida en la palabra, y en la decisión de nutrir la palabra con los jugos de la propia sangre, con la sangre de su propio ser!

Verbo peregrinante (1939)

Desde la disertación con pretensiones de conferencia pasando por el discurso lírico, hasta la arenga cálida, épica, vibrante de entusiasmos, lujuriosa de imágenes, encabritada de ideas; toda la gama de un verbo tan pobre cuanto se quiera, pero siempre dispuesto a ofrendarse en intentos de belleza, en anhelos de verdad. Todo esto está en este libro que es un fragmento de mi propia vida ya que lo mejor de ella ha estado en la tribuna y en la cátedra.

Y como mi palabra ha ido, a veces, cual mínimo descalzo y en ocasiones como ferrado conquistador, por todos los rumbos del espíritu y todos los rincones de la Patria; por playas de seda, campiñas de raso, montañas de hierro y cumbres de sol! ¡Cómo mi verbo ha proyectado el vuelo en la plaza pública, igual que en el paraninfo universitario o en el proscenio teatral; como ha reposado el ala nómada en periódicos y revistas de aquí y de allá; cómo, infatigablemente, ha ido siempre en calidad de misionero; de fraile laico; de gambusino lírico; de cruzado espiritual; por todo ello, he titulado este libro: ¡Verbo Peregrinante! Verbo Peregrinante, gloriosamente empolvado con la tierra bendita de todos los caminos de la Patria y misericordiosamente iluminado por todas las luces interiores del ser! ¡Verbo Peregrinante que inició sus éxodos en ese solar ilustre de ingenios preclaros que se llama el Instituto de Toluca: tribuna de Ignacio Ramírez, el Grande, e Ignacio Altamirano, el Armonioso; que reposó su marcha en la Benemérita Escuela Nacional Preparatoria: pórtico donde todavía resuenan las cláusulas de oro y hierro de Justo Sierra, el Santo y el Sabio; que continuó su marcha hasta llegar al aula magna de la insigne Escuela de Jurisprudencia, proscenio de la elocuencia didáctica de Pallares y las suntuosidades estéticas de Caso; y por fin, ya en pleno mundo, vigoroso en su fe, invencible en su entusiasmo, indomable en su anhelo, fué a hincar la garra estremecida y a desplegar el ansia impaciente, dondequiera que un corro de corazones agrupábanse en su torno para oír en el verbo del maestro, la pobre, pero férvida resonancia del Verbo Universal...

¡Verbo Peregrinante! ¡Verbo Uncioso! ¡Verbo sincero! ¡Verbo entusiasta!
¡Verbo incansable! Verbo que caminaba ya dentro de mí cuando yo permanecía casi inmóvil en la adorable inmovilidad de la provincia; que hoy camina junto a mí en este afán inextinguible de mi vida, que todavía quisiera entregarse toda, a través de mis palabras; y Verbo Peregrinante que un día caminará sin mí, cuando la muerte haya sellado para siempre el impaciente temblor de mis labios y sólo queden sobre mi tumba, arrodillados y contritos, los fantasmas de mis disertaciones, las sombras de mis arengas, los espectros de mis discursos!

HORACIO ZÚÑIGA

(1) En estas líneas nos referimos a la magia de la palabra armoniosa, empapada de conciencia y teñida de ideal; pero no únicamente a la expresión alada con que escriben en el viento su mensaje, los labios taumaturgos del tribuno, sino a la frase palpitante y a la cláusula viva que en los ubérrimos surcos de las páginas, siembran las manos benedictinas del escritor.

Por eso, junto a los grandes elocuentes hemos colocado a los bardos insignes, puesto que unos y otros son artífices que manejan el mismo material: el verbo, ya el que se desata sobre la frente del cielo como ascensión de alondras, o ya el que penetra en el ser como raíz de músicas o como linfa de ideas.

H. Z.

NOTA BENE

EN ESTE volumen figuran, según hemos dicho ya, discursos, conferencias, etc., de índole diversa, pero cuyo fondo común esencialmente lírico y cuya forma casi unánimemente oratoria, dan unidad a la obra y justificación a su nombre.

Conforme a ese criterio, enteramente literario, apolítico y arreligioso, formó el autor este libro. Si en él aparecen artículos, como “Nuestra Señora de las Rosas”, “La Gloria de Porfirio Díaz”, etc., no se piense, pues, en la existencia de determinados propósitos sectarios; ¡No! “La Gloria de Porfirio Díaz” constituye sólo la refutación que el autor hiciera a un bello y apasionado artículo de García Naranjo, publicado hace casi tres lustros, y según podrá corroborarlo quien nos lea, la respuesta a nuestro gran tribuno no niega los excelsos merecimientos del caudillo, aunque, naturalmente, sí señala, con toda virilidad, los graves errores del gobernante. Respecto de “Nuestra Señora de las Rosas”, casi resulta innecesario aclarar que se trata, simple y sencillamente, de un pequeño estudio sociológico de religiones comparadas, que sirve de fondo a un verdadero elogio lírico, parecido al que un liberal de ejecutoria indiscutible: Ignacio Manuel Altamirano, dedicara, en circunstancias parecidas, a esa figura sublime que ha simbolizado entre nosotros la reivindicación del indio como criatura humana, susceptible de ascender por peldaños de perfección y escalas de sacrificio, desde las sombras del esclavo, hasta las auroras del santo, y desde los pantanos de la tierra, hasta las maravillas del cielo.

Ya nuestro gran Justo Sierra lo había dicho: “Lo que besa el pueblo lo beso yo; lo que ama el pueblo, lo amo yo”... Por eso seguramente, en el crepúsculo de su vida, escribió a su hija esa carta inmortal, que trasunta el portento de

Lourdes... Y si el orador aspira a ser tal, no puede prescindir de la atmósfera de su país y de la sensibilidad de su pueblo; a través de su ser tiene que expresarse el conglomerado y por medio de sus labios debe hablar esa síntesis de sentimientos, ideas, voliciones, entusiasmos e inquietudes, que se llaman “la conciencia colectiva”.

Por eso, un día simbólico, más que para mí, para los míos, escribí “Nuestra Señora de las Rosas”, y por ello lo incluyo en este libro, que aspira a ser, sincera expresión de una de las actividades más gratas y más nobles de mi espíritu.

IGNACIO ALTAMIRANO

En el primer Centenario
de su natalicio.

JUÁREZ, Ramírez, Altamirano!... Mucho se ha dicho ya y mucho puede decirse todavía, acerca de estas tres máximas expresiones de la raza, como voluntad, como inteligencia y como imaginación, que reivindicán, para el olvidado barro ancestro, esa preeminencia que se atribuyen, sobre los de nuestra América, los pueblos más avanzados de Europa y especialmente, en nuestro caso, España, cuyas excelencias hánse exagerado hasta el punto de afirmar que sólo con la mezcla de la sangre hispana con la sangre indígena, pudo glorificarse nuestro espíritu hasta alcanzar las supremas floraciones de la sabiduría, la belleza y la bondad.

Y es verdad, Juárez como potencia activa, Ramírez como razón investigadora, Altamirano como sensibilidad creatiz, constituyen la prueba más rotunda de las enormes posibilidades de una raza que sabe utilizar la cultura de sus conquistadores para ennoblecerlos y ennoblecerse, poniendo en la vibración de las palabras nuevas el temblor de las músicas autóctonas y haciendo que, en el relámpago del pensamiento nutrido con el fuego de la ciencia universal, se prolongue el fulgor de las hogueras aborígenes que tranzaban de brillos el friso movable de las danzas religiosas, con cuya fiebre ritual, la inquietud y la esperanza de todos los tiempos y de todos los hombres, trataba de arrojar la vil molécula consciente, desde el abismo en que todo se corrompe, hasta el vértice cósmico en que todo se magnifica.

Pero si el más admirable de los tres epónimos, es Juárez; si el más desconcertante, por lo incisivo, por lo implacable, por lo profundo, es Ramírez; indudablemente, el más sugestivo es Altamirano; porque es la fuerza, pero

la fuerza que enseña; es la inteligencia, pero la inteligencia que guía; es la imaginación, pero la imaginación que exalta y más que nada, primero que nada, es el amor que todo lo ilumina, que todo lo embellece, que todo lo perdona, que todo alcanza.

Verdad es que no hemos tenido un hombre más fuerte que Juárez; ninguno más formidable que Ramírez; mas, ¿a quién hemos tenido, indio de raza pura como él, al par tan grande, tan grande y tan bueno, tan vigoroso y tan dulce, tan mexicano y tan universal como Altamirano?

Por eso, para nosotros, Altamirano no es el caudillo que deja la pluma para combatir, con la “chinaca”, contra los protagonistas de la tragicomedia que comienza en un castillo de cuento de hadas y concluye en una colina de Querétaro. Por eso, para nosotros, Altamirano no es el paladín cívico de la más pura y más grande de nuestras etapas históricas: la Reforma. Ni tampoco es el tribuno de los discursos impetuosos y resonantes como escuadrones homéricos, lanzados al asalto contra los muros de Ilión.

Pero ni siquiera es el poeta, el mismo poeta de los versos ágiles como antílopes, elegantes y vigorosos como pumas y enjogados como faisanes, güacamayos y colibríes; ni el novelista, ni el propio creador, en América, de la novela moderna: el paisajista vívido, el acuarelista único, el culto y fácil estilista de Clemencia, El Zarco y la Navidad en las Montañas. ¡No! Para nosotros Altamirano es, sobre todo y ante todo, el Maestro; porque en Altamirano Maestro, se sintetizan el paladín cívico, el héroe militar, el orador y el escritor, pero fundidas las cualidades de todos ellos, como los metales brujos de una amalgama prodigiosa, con el fuego de su propia vida, arrojada a los cuatro vientos de su país, en una soberana ofrenda y en su supremo holocausto de belleza, de virtud y de amor!...

¡De belleza, de virtud, de amor!... ¡Sí! hijo glorioso de su siglo, Altamirano abrevó su inteligencia en las más puras fuentes del positivismo. El humilde indígena de Tixtla, pensionado por su pueblo nativo en el Instituto de Toluca, bajo la influencia decisiva de Ramírez, vió desvanecerse hasta la última sombra

de los viejos mitos y los viejos prejuicios al resplandor de los crisoles, al conjuro de las retortas y los tubos de ensaye y al fulgor de los razonamientos, de los axiomas y de los silogismos. Cuando salió del insigne Plantel del Estado de México, hoy en derrota, iba ya inmune a la canción de las sirenas; acorazado contra todos los golpes de la suerte; templado para todos los embates del destino, y sabía ya, con el patriarca de la ciencia experimental y de la filosofía científica, Roger Bacon, que las verdades no las soplan los dioses en los oídos de los hombres, sino que, a pesar de los dioses, las arrancan los hombres del seno de la naturaleza; pues la verdad no es una revelación, sino una conquista. ¡La suprema conquista de la conciencia libre!

Sus actividades posteriores fortalecieron este criterio; el indio era un gran convencido; era un gran emancipado; pero precisamente porque era un rebelde y un avanzado, en la más noble acepción de estos vocablos, no fué un fanático negativo; no fué un iconoclasta; no fué un destructor. Su verbo, es verdad, fué implacable con los traidores sin Patria, sin Dios y sin Ley; pero su corazón fué siempre generoso, y así se explica cómo el formidable combativo, cultivó esa suprema misericordia: la belleza y cómo con la misericordia de la belleza, al otro día de la batalla, a la sombra de la montaña de oro de la máxima epopeya: La Reforma, plantó una tienda blanca: La Escuela, y convirtió la tribuna de las admoniciones en el altar de las verdades: la Cátedra, y substituyó al justiciero y al vengador, por el guía, por el vivificador, por el padre, por el supremo orientador y el salvador supremo: ¡El Maestro!

De este modo, el que había contribuido a derribar el pasado, era el primero en comenzar a edificar el porvenir; por eso, el que antes había formado en plena juventud, codo con codo y corazón con corazón, con los hombres maduros, con los ciudadanos celosos de sus derechos y sus prerrogativas, habría después, ya maduro, de integrar sus legiones con los adolescentes, con los jóvenes que llevaban prendido en sus pupilas el anuncio de las nuevas auroras y que sentían en el alma una promesa de vuelos y en sus labios una impaciencia de canciones!...

¡Desde la choza del aborígen, pasando por el épico pedestal del caudillo y el ágora del tribuno, hasta el templo del aula y el humilde, pero glorioso, pupitre de catedrático!

¡Cuán soberana lección la de este educador por antonomasia, que paga el dolor de la Conquista, con la alegría de la belleza con que hace repicar las campanas de oro de la lengua de Garcilaso y de Cervantes, que fué la propia lengua de los mismos que azotaban ayer, como bestias, a sus hermanos, los pobres indios resignados y mudos de la montaña!

¡Cuán sublime lección la del que pudo haberse enriquecido con el usufructo de la victoria y vive y muere en una pobreza digna, que vale más que todos los deleznales esplendores de la tierra! ¡Qué increíble lección la de este implacable batallador que sabe transformar la catilinaria en panegírico, y el panegírico en sermón laico, y la prédica en parábola apostólica, para poder llegar, sin despedazarla, sin corromperla, sin prostituirla hasta el alma desnuda, cándida, noble y pura de la juventud! En efecto, jamás el león de las batallas y el cóndor de las arengas, osó clavar su garra poderosa en el espíritu, ni menos en el corazón de sus discípulos. Él sabía que enseñar es amar y que no se puede amar sin ilusiones, sin ensueños, sin esperanzas. Que el amor es una cruel realidad biológica y una sublime función psíquica; que es pezuña de sátiro y ala de arcángel, pero que, si no queremos hacer de la sociedad un prostíbulo organizado o una piara de avides económicas, debemos procurar intelectualizar y sublimizar lo que en el animal es hambre ciega y apetito insaciable; y sabía sobre todo, que en la más bella de las edades de la vida, casi siempre vale más que la verdad que hiera, la mentira que consuela, y que si la realidad sólo es capaz de convertir al “hombre en lobo del hombre” hay que refugiarse en la ilusión que transforma al hombre en hermano del hombre y lo levanta hasta ese plano superior de las ficciones, si queréis, pero de las ficciones reivindicadoras, donde la carne que se pudre y el barro que se disgrega, dejan su lugar al corazón que canta y al espíritu que brilla!

¡Virtud, belleza, amor!... Virtud de una vida inmaculada; belleza de una obra sublime; amor de la vida y de la obra de un educador al cabo, que sólo quiso ser lucero en la noche de las almas; oasis en los desiertos de la vida; perfume en el pantano de los odios y perdón en la palestra de nuestras luchas intestinas que, a veces, tras de sembrar de cadáveres, las benditas llanuras de la Patria, todavía infectan de carroña los más íntimos, los más sagrados rincones del ser!...

¡Ni héroe sobre montañas de osamentas; ni paladín sobre piélagos de sangre; ni trueno de demagogo en tormentas de venganzas; ni escritor aristocrático en la “turrís ebúrnea” de una estrella; ni siquiera estadista de férreo carácter y talento incisivo, pero huérfano de entusiasmo y de ternura! ¡No! Altamirano, repetimos, es más que eso; es todo esto: carácter, inteligencia, imaginación, pero purificados y magnificados en el Maestro, en el Maestro, ¡sí!, porque Altamirano es el carácter que quiere, pero que quiere el bien; es la fuerza que puede, pero que puede la virtud; es la inteligencia que sabe, pero que sabe para los demás; y principalmente, es la lección suprema, la lección sublime del desinterés y del amor hechos sangre, hechos alma, hechos vida, hechos hombre, en fin!

Por eso, en nombre del amor que él supo sembrar y que, a través de un siglo fructifica, este pobre, este humildísimo aspirante a maestro también, este insignificante hermano suyo de aulas: hijo como él, del benemérito Instituto de Toluca, hoy desgraciadamente en franca decadencia, al amparo de la bondad, el entusiasmo y la belleza que él tan perfectamente supo encarnar, levanta su voz por encima del desastre de una civilización bárbaramente mecánica y salvajemente materialista y sobre el sudario azul del cielo que envuelve a la aurora esplendorosa de su espíritu, deposita como una rendida ofrenda, estas palabras que el más grande de los poetas de la Edad Media: Dante, puso, a manera de una corona de laurel, en la cúpula de luz de la divina frente de Virgilio: “¡Salve, oh Poeta! ¡Oh Señor! ¡OH MAESTRO!...”(1)

(1) La insistencia conque en repetidas ocasiones ha hablado el que escribe, de la decadencia del Instituto de Toluca, quizá parezca a muchos injusta y apasionada; desgraciadamente, no es así y son los hechos los encargados de demostrar que hemos procedido de acuerdo con una irrefutable realidad; en efecto, si como vulgarmente se afirma, el árbol se juzga por sus frutos, bastará con preguntarnos: ¿los estudiantes últimamente salidos de nuestras gloriosas aulas, pueden equipararse en conocimientos, en capacidad de acción, en disciplina siquiera y en conducta, con los estudiantes de otras épocas? ¿Adónde están entre los institutenses de hoy, quienes puedan figurar, junto a Silvano Enríquez, Fernando Ocaranza, Juan B. Garza, Anselmo Camacho, Fernando Quiroz, Javier Ibarra, Enrique Trejo, Felipe Villarello, Heriberto Enríquez, Agustín González y Carlos A. Vélez?

Y no se diga que esto se debe a que entonces el Instituto contaba con toda clase de elementos, no, todo el mundo sabe, que, precisamente entonces, hallábase en un período de formación y que el hecho mismo de estar animado por un criterio inspirado en la filosofía positivista, poníalo en contradicción perpetua con la sociedad toluqueña, franca y exageradamente religiosa. Pero aún aceptando, sin conceder, que entonces hayan sido bonancibles las circunstancias para nuestra Escuela mater, nadie podrá negar que estas circunstancias nunca fueron peores que en la época crítica de la Revolución, cuando la hacienda pública no tenía para pagar a los maestros y cuando la generosidad de don Anselmo Camacho hacía compartir el pan de su hogar con los internos, porque éstos no tenían ni qué comer. Pues bien, entonces, en plena época de hambre, se formaban nada menos que muchachos de la talla de los entonces estudiantes Ignacio González Guzmán, Jesús Castorena, Enrique Carniado, Juan Fernández Albarrán, Maximiliano Ruiz Castañeda, Alfredo Zárate Albarrán, Ernesto y Abraham Franco Garza, José y Jorge Pliego, Roberto Nava Rojas, Wolstano García, Juan García, Agustín García López, Vicente Mendiola, Pastor Velázquez, etc., etc., que ya en el plano intelectual, ya en el político, hoy se destacan en primerísimo lugar...

¡Y conste que ni entonces, ni antes, el Instituto era autónomo, de lo que claramente se deduce, que no es la autonomía condición sine qua non de progreso, y que, el actual Instituto autónomo, dista mucho de ser lo que fue nuestro benemérito Instituto de hace apenas dos o tres lustros!...

Por otra parte, creo yo que la mejor manera de querer a una Institución, es denunciar sus errores y hacer de ella crítica noble, para que se rectifique su marcha y vuelva a conducírsela por derroteros de franca y firme prosperidad.

Además, nadie podría tachar estas mis afirmaciones de tendenciosas, ni podría asegurar, fundado en ellas, que yo soy un hijo renegado del ilustre Plantel. ¡No! jamás podría, con justicia, decirse ni pensarse tal cosa, de un hombre que, ante propios y extraños, ha tratado de honrar el estandarte de esmeralda y oro del solar intelectual de Ramírez y Altamirano... ¡Jamás podría sospecharse siquiera tal cosa, de quien, en un día preclaro, en el primer centenario del Instituto, escribió, precisamente la letra del Himno, que hoy cantan, en sus fechas luminosas, los jóvenes institutenses!

H. Z.

ÉPICOS Y ROMÁNTICOS

ROMANTICISMO, epicismo: he aquí las dos posiciones antitéticas de la lírica, una, suprema concentración; otra, expansión suprema; una, apoteosis del yo, en el que se concentran, sintetizan o cristalizan, todos los aspectos del mundo y todas las manifestaciones del ser, y la otra, victoria de la idea que arranca del hombre hacia la periferia cósmica; triunfo del sentimiento que se universaliza; locura de la imaginación que se proyecta del cerebro como de una olímpica torre, para desplegarse en un vuelo luminoso, de ave y estrella al mismo tiempo, por todos los ámbitos del infinito y hacia todas las direcciones del universo.

Introvertismo del Ego subjetivo de Fichte; extravertismo de la plenitud del ánimo, que, en fuerza de poseer, se entrega en una suerte de caridad sin fe. El mundo en nosotros y nosotros para el mundo. Romanticismo, egoísmo sublime del yo y tú; acordados en la música de la palabra divina: ¡Ella!; epicismo: altruismo de no ser nosotros sino la voz de todos, que se desata en el allegro sinfónico de la palabra rotunda: ¡Patria! Romanticismo que concentra el universo en el átomo hipersensible de la humana criatura; epicismo que arroja la molécula consciente hacia el universo proteico, multiforme y eterno de la belleza. Antitéticos el uno y el otro, los dos se completan y equilibran, pues son como el Alfa y el Omega del ímpetu vital; como los procesos involutivo y evolutivo en que se resuelve el perenne cambio, la transformación eterna de los seres que ilumina la conciencia y hace vibrar el corazón.

Toda la escala de la emoción y de la pasión que, arrancando del humano dolor de abajo, asciende hasta el goce místico de arriba; toda la gama de la voz hecha símbolo, música, sangre y alma, que empieza balbuciendo el madrigal

divino de la palabra MADRE, para acabar cantando el himno soberano del vocablo Dios!... ¡Nada más dulce, ni más íntimo, ni más tierno, ni más bello que el romanticismo! ¡Nada más grande, más apasionado, más vigoroso, más sublime que el epicismo!

Por eso Urbina y Chocano completan gloriosamente el arco de triunfo de la lírica de América y por eso la muerte del uno, sucedida por la muerte del otro, abre también y cierra ese otro arco lúgubre bajo el cual desfilan ya las teorías de las plañideras, en una procesión augusta que parece escoltar el cadáver de las músicas nuestras: dulcísimas en las alondras del romántico y formidables en los cóndores del épico.

¡Urbina!... ¡Chocano!... ¡Los dos polos de la poética continental: uno melancólico como nuestros lagos, el otro altivo como nuestras cumbres; uno enamorado como los atardeceres enfermos; el otro seducido por los crepúsculos soberanos, y los dos nuestros, inmensamente nuestros, como nuestra es la linfa que llora y la catarata que truena; como nuestra es la amapola sedeña y el cactus hostil y la campiña perfumada y la cúspide victoriosa!

Unos preferirán, indudablemente, al poeta de los rondeles ensordinados; al que encuentra la expresión de la raza en el amargo gotear de la vieja lágrima; otros, empero; preferirán al que exaltó el pasado en sus tumultos bélicos; al que trajo hasta nuestros oídos el rezongo brutal de los mares en furia y el ronco grito de la tormenta; pero, unos y otros convendrán en que Chocano y Urbina, no son sino dos modalidades de la sensibilidad de América; dos aspectos de la vida continental; los dos gloriosos momentos de la pendulación del Verbo de Castilla y del Verbo universal, que va, indefectiblemente, del gorjeo ferviente del ruiseñor que ama, al grito victorioso del águila que lucha!

Por eso, la muerte de Chocano es para nosotros profundamente significativa, ya que viene a cerrar un ciclo poético que parece definitivamente consumado. En efecto; si ya no hay románticos, tampoco existen épicos; si para ser romántico se necesita ser delicadamente tierno, infinitamente dulce; para ser épico se necesita

ser macizamente afirmativo, vigorosamente sensible, soberanamente orgulloso, hasta el punto de trascender más allá de nuestra propia talla, para poder asir, con la mirada, el sublime paisaje de arriba y abarcar con el ademán, toda la vastedad del horizonte y para poder convertir la tragedia del hombre y el milagro del cielo, en el paisaje sonoro que, en las cataratas sinfónicas de la voz, se despeña, desde la boca augusta del genio, para fecundar con la locura de sus torrentes musicales, las enormes y trágicas campiñas del silencio!...

Y así fue Chocano: ¡Suprema altura intelectual de América; Chimborazo de imágenes; Aconcagua de ritmos; Puracé de pasiones! ¡América entera como paisaje que se acuña en metáforas; América como música que se cristaliza en estrofas; América como emoción que tiembla, canta, ruge y trueno en la tormenta sonora de una epopeya sinfónica, cuyos relámpagos fuesen lenguas proféticas y cuyos truenos fuesen colosales calderones!

¡Titán en tribuna de montañas, a sus plantas los mares son dóciles lebreles, en sus manos, el huracán es crin ensortijada, en sus ojos, el sol es chispa refulgente y en su testa es el cielo como la sombra de un ala. Imperfecto como todo lo grande; excesivo como todo lo genial; espantoso como todo lo sublime, Chocano es América hasta en sus crueldades; hasta en el fuerte claro-oscuro de su vida; hasta en su carácter aventurero y fanfarrón, Chocano es América. Rojo como los crepúsculos, como la sangre y los incendios, así es su corazón; fulgurante como la llama de la hoguera y trémulo como la gema del astro, así es su espíritu; su verso a veces es elástico, ágil y rudo al par, como un salto de pantera, y, a veces, elegante y eurítmico como galope de antílope, pero siempre es bello, siempre es bello como el felino que anima una escultura hasta cuando el acero de la zarpa desgarró soberbiamente los nardos perfumados de las sedosas carnes de las vírgenes...

Empero, Chocano no es el poeta del alma de América, sino del paisaje de América. América está no en el ánimo sino en el ojo del poeta; Chocano, más que sentir, ve; más que cantar, pinta; pero qué soberano veedor; qué pintor más

grande que éste que tenía por lienzo el horizonte, por paleta el iris y por pinceles los torzales azules y perfumados del viento. Con él, desaparece la raza de los titanes líricos ¿Se resignará nuestro Continente, nuestro inmenso Continente de lirios, a tener nada más poetisos de moda, doncellos afeminados y decadentes? ¿Encontraremos fuera de moda, cursis, hasta ridículos, a estos poetas formidables, capaces de empuñar los férreos clarines de Homero? ¿La gran poesía épica que ha sido siempre la primera poesía del mundo, desde la *Iliada*, pasando por el *Cid* y la *Divina Comedia*, hasta *Os Lusíadas* de Camoens y las *Irás Rojas* de Verharaen, se verá extinguida para siempre y así como hemos enterrado en Urbina al último romántico, habremos sepultado, en Chocano, al último épico?

¡Imposible! Del mismo modo que hay poetas egocentristas, siempre habrá, forzosamente tendrá que haber poetas epicentristas, vates de patrias y de pueblos; épicos en fin.

Pero, entretanto, traspuesta esta era transitoria de fatuos improvisados, refinados decadentes y alharaquientos estridentitas, glorifiquemos en el gran poeta del Sur, a la América nuestra, ruda, indómita, indócil, pero grande, potente, magnífica, igual que su geografía y que su historia, que su vida y su leyenda, salpicadas de sangre, empapadas de lágrimas y perfumes de rosas y coronadas de estrellas!...

¡Urbina!... ¡Chocano!... La raza melancólica que suspira, que trabaja, que lucha, crea, ama, ora y espera y la raza indomable de las venganzas olímpicas y los odios homéricos, que combate pero canta, y, en el momento definitivo, se arranca el corazón, lo clava en la punta de la flecha y lo dispara, en un soberano gesto de orgullo, a los abismos de las sombras, como un reto magnífico al destino y a los dioses...

¡Urbina!... ¡Chocano! Los dos aspectos de la América única, en el dolor que se resigna y en el orgullo que se rebela: ¡La seda de la rosa y el hierro de la cúspide; la lágrima del rocío y la antorcha de la estrella; las praderas de raso y las

Verbo peregrinante (1989)

músicas líquidas y las brisas acariciadoras y la luz de miel del Valle de México y la pétrea altivez de los Andes, donde la aurora gitana clava sus tiendas de arrebol y la caravana del Zodíaco, abreva a los dromedarios rubios de las constelaciones!

PIEDAD PARA EL ÁRBOL

En los felices países poblados de selvas, no existen sequías ni inundaciones. Estas dos calamidades sólo pueden conjurarse con los árboles.
Los árboles son la poesía de la tierra.

CHARLES RICHTER

DESDE hace mucho tiempo, acaso desde que la razón comenzó a iluminar nuestros imperativos biológicos, comenzamos también a oír, con intervalos más o menos largos, pero con el mismo timbre angustioso, la imploración inútil que da nombre a este artículo y que jamás ha podido salvar la barrera infranqueable de los oídos obcecados, abiertos sólo a la seducción de las sirenas de Ulises o al estribillo sarcástico de las brujas de Lady Macbeth.

¡Si seremos un pueblo estúpido!... La naturaleza nos dió una riqueza incalculable en nuestros bosques, y nosotros, comiéndonos nuestros bosques estamos acabando con nuestra riqueza: con esa riqueza que es germen de tantas otras, porque, como dijo Humboldt, la fronda es madre de la linfa y los surcos no son sino los hijos de los árboles.

¿Qué cerca estamos de la India hambrienta; de esos lívidos y vastos eriales –desiertos de la agonía, verdaderas llanuras de la muerte–, en que terminan los prodigiosos océanos vegetales, cuyas flores exúberas nos impiden presentir la proximidad de los yermos apocalípticos; y qué lejos, qué infinitamente lejos nos hallamos del Japón que ama a sus volcanes –¡Oh divino Fusiyama!– con adoraciones de creyente; que mimas a las plantas con delicadezas paternas; que acaricia el panorama con miradas húmedas de emoción y organiza verdaderas peregrinaciones místicas y férvidas a los parajes pintorescos, el día en que el cerezo se desposa con la primavera, y la mañana de miel y seda en que el crisantemo desata los nudos perfumados de sus borlas!....

¿Cuándo, cuándo reproduciremos el gesto del pueblo alemán que, para no derribar un tilo tradicionalmente venerable, prefirió desviar un poco el curso de una magnífica avenida; y cuándo, ¡oh supercivilizados brotes de las más grandes culturas ancestras! cuándo alcanzaremos la sublime ingenuidad y la noble inocencia de aquellos galos adoradores de Irminsul: el árbol sagrado de los bosques drúidicos; el coloso en cuyas crenchas se enredan por igual las palideces de la luna y las livideces de la muerte.

Se dijera que, hastiados de nuestras floras suntuosas, nos complacemos en destrozarlas, o que, nostálgicos de nuestras sacras hecatombes (justificadas no sólo por el momento histórico, sino por la indiscutiblemente elevada finalidad religiosa) sustituimos a Huitzilopochtli por nuestro estómago, y sacrificamos, en aras de nuestros salvajes apetitos, un bien presente que pudo haberse convertido en muchos bienes futuros.

¿Por qué los superhombres de ahora, ¡Oh Knut Hamsun!, en nuestro afán de devorarlo todo, somos hasta el buitre de nuestro propio cadáver y la hiena de nuestra propia tumba? ¿Por qué hemos perdido hasta la lógica del robo y no tenemos siquiera, ¡Oh Tomás de Quincey!, ni el criterio estético del crimen? ¿Ni la gallardía del calabrés, ni la astucia del vandeano, ni la sutileza del florentino, nos quedarán a nosotros, maravillosos paladines biopsico-mecánicos de las novísimas cruzadas de Keysserling y Federico Bendixen?

¡Maquinizar la ley; industrializar la justicia, vitafonizar la moral; estandarizar el pensamiento; nomenclaturar la pasión; dosificar la esperanza; disecar la fe; radiografiar clínicamente la misericordia!... ¡Bien! ¡Muy bien!... ¡Perfectamente!... Pero, ¡despojar al geoide; extirpar formas de vida que no hemos creado ni seremos capaces de crear; arrancarle a la tierra sus magnas túnicas y borrar de los típicos horizontes las infinitas maravillas del paisaje!...

Estamos de acuerdo con que la estulticia irresponsable, haya mutilado sistemáticamente las reliquias del pasado, o haya dejado morir de olvido y de abandono (¡Una institución extranjera es la que ha hecho los más importantes

descubrimientos en la región de las ruinas mayas a últimas fechas!) los trozos más sagrados de nuestra entraña prehistórica e histórica y los despojos venerables de nuestra existencia política, social y religiosa —¡Oh los templos derruidos y los palacios deformados, cuyas piedras admirables inútilmente impetran nuestra piedad!—; sí, pese a la magnitud del atentado, pero obligados por la fuerza brutal de las circunstancias, estamos de acuerdo con todo eso, pero, con lo que no estamos conformes, con lo que no podremos estar conformes nunca es con que se llegue hasta aplanar, envilecer o dislocar nuestros relieves geográficos; nuestras zonas climatéricas; nuestros regímenes pluviales, en fin, nuestra propia naturaleza.

¡Qué el hombre se convierta en el sádico sibarita de Huysmans y la mujer se trueque en la machona de Margueritte!... ¡Qué el hipercivilizado y el ultradecadente, suprima a los dioses para sustituirlos en sus olimpos y anticipe los paraísos de Mahoma en los bárbaros edenes de las saturnales!... Pero, por lo menos, ¡qué los pájaros no pierdan sus nidos; que los bosques tengan sus árboles; que nuestro valle conserve sus esplendores; y, sobre todo, que los surcos de los que viven los pobres, los desheredados y los parias, ¡oh vosotros apóstoles de la revolución agraria!, sigan recibiendo la bendición del agua bienhechora que en nada estorba, que en nada obstruye ni merma el legítimo y noble impulso de los apetitos desencadenados!...

¡Piedad para el árbol! ¡Piedad para el árbol, como quien dice, piedad para el indio, oh Shylocks de las frondas, oh Atilas, oh Tamerlanes de las selvas! ¡Piedad para el árbol, que dió sombra a Buda y mástil a la bandera de misericordias de Jesús! ¡Piedad para el árbol que fue carabela de los descubridores; bergantín de los conquistadores y esquife de los misioneros! ¡Piedad para el árbol, trirreme de los helenos; velero de los fenicios; galera de los cartagineses; bajel de los romanos; carreta marina de los holandeses, de los sajones, de los portugueses y de los normandos; galeón de los florentinos; nao de los genoveses; nave de los venecianos; junco de los asiáticos; cacique de las bayaderas del Bósforo; cayuco de las doncellas indianas; piragua de los ríos autóctonos; trajinera y canoa de los

lagos aborígenes! ¡Piedad para el árbol, lecho flotante de Cleopatra y palacio y templo de Salomón! ¡Piedad para el árbol, padre del Clavileño de Nuestro Señor Don Quijote que bautizó, con su vuelo imposible, las rutas náuticas y sidéreas holladas por el hipogrifo de Guynemer, el Pegaso de Costes y Le Brix y el Tohtli nativo de Emilio Carranza! ¡Piedad para el árbol: encina de los patriarcas; roble de los profetas; laurel de los filósofos; saúz de los soñadores; higuera de los místicos y pino de los muertos! ¡Piedad para el árbol: asta de los pendones heroicos; mástil de las velas insignes; nervio de las antorchas preclaras; alma de los incendios reivindicadores! ¡Piedad para el árbol: brazo sinfónico con manos de lirás y dedos de flautas y células de notas, cuyas músicas, arrojadas a puñados, se quedan vibrando en el alegre flamígero de las estrellas! ¡Piedad para el árbol que irradió en luz para que surgiésemos de la sombra y se transfiguró en calor para que hubiésemos energía, y se ahuecó para que transpusiéramos el mar y se tornó ligero para que conquistáramos el espacio! ¡Piedad para el árbol: pira de nuestros héroes; hoguera de nuestros mártires; ara y altar y aureola de nuestros dioses! ¡Piedad para el árbol que fue casa de nuestros ancestros; solar de nuestros padres y cuna de nuestros hijos! ¡Piedad para el árbol que bendijo de frescura nuestro cansancio y protegió de paz el desamparo de nuestra primera cita! ¡Piedad para el árbol que nos dió las coronas de nuestros triunfos y fue el seguro refugio de nuestras derrotas! ¡Piedad para el árbol que nos ofrece su carne para el fuego de nuestro hogar y nos ofrenda su vida para que alimentemos la vida de nuestros vástagos! ¡Piedad para el árbol! ¡Piedad para el árbol, siquiera porque él será el único que, convertido en féretro, nos acompañe en la morada definitiva, cuando, ahitados, hastiados y envilecidos hayamos sucumbido, después de vivir la tragedia del Rey Midas o después de haber gritado como Sardanápalo, en la desolación de la más brutal de las impotencias: “¡MI REINO!... ¡TODO MI REINO POR UN PLACER!”

EL MAESTRO

¿SERÁ SÓCRATES, el glorioso filósofo de cuerpo ventrudo y alma fulgurante, que enredaba en la maraña luminosa de sus palabras a los efebos atenienses, hasta inmovilizarlos de estupor, en fuerza de reducirlos al absurdo, para compensarlos después, largamente, con la espléndida dádiva de la verdad? ¿Será Platón, el de los Diálogos y el de los Banquetes, a través de cuyo verbo taumaturgo, la idea del Maestro trasciende en músicas y llega hasta nosotros como un concierto de alondras embriagadas de azul o como una sinfonía de estrellas perfumadas de eternidad? ¿Será Platón, en quien la sabiduría se transforma en belleza y el acto de conocer es un elevado modo de gozar?

¡No!; uno y otro son un tipo del maestro, pero no son el Maestro. El verdadero Maestro había de venir después. El marco de su acción, no es la isla de los portentos, que emerge cual una perla de maravilla en el mar de los milagros. Su figura no se perfila sobre un horizonte de mármoles páricos, bajo un cielo de sedas transparentes, cabe un mar de aguas musicales!.... Su tierra, la tierra que acarician las alas de sus pasos, es pobre, humilde y triste como la conciencia de los desvalidos. Su nombre no es elegante, pero es bello: se llama JESÚS, CRISTUS, CRISTO; el Cristo de los ojos que iluminan, las manos que acarician, los labios que gorjean. Su país es Galilea: su escenario, un paisaje de égloga: el lago apacible, la colina adormecida, la campiña aldeana, el huerto taciturno. Su auditorio, un corro de arrapiezos, un grupo de infelices, un conjunto, en fin, heterogéneo de cuerpos semidesnudos, corazones enfermos, ojos marchitos y boca sin pan. Y su evangelio, una sola palabra; una SOLA PALABRA que sintetiza a todas, a todas las exalta y a todas las glorifica; una sola palabra, la misma que ha sido,

es y será la razón del mundo, del Logos, del Universo; del polvo igual que de la estrella; esa palabra con la que cierra Dante sus tercetos definitivos y que suena como aldabón de oro en las puertas de hierro de la noche: AMOR, amor, el amor que todo lo puede y que todo lo alcanza; amor en el que está implícita la sabiduría socrática y la belleza platónica, porque es VIDA y siendo vida es VERDAD; porque es vida superior, y siendo vida superior es BELLEZA, y porque es más que vida, CARIDAD, y siendo caridad, es AMOR: ¿vida en función de todo y de todos; vida que no acaba porque se continúa en los que dejamos; vida que no comienza porque ERA antes que nosotros; vida que ya no es vida sino ETERNIDAD en fuerza de haberse ensanchado en el espacio sin límites y en el tiempo sin barreras del amor del Padre: expresión, la más sublime, del ACTO PURO: de DIOS!

En efecto, Cristo es el MAESTRO porque es el conocimiento, pero no en función de utilidad, sino de superación (¿no decía, YO SOY LA VERDAD?); es la belleza, pero no en función de regocijo, sino de gozo, de éxtasis, de transfiguración; y es, sobre todo el AMOR, pero el amor que se quiere en el amor de los otros; amor que vive su mismo mensaje: llanto en la existencia propia y alegría en la alegría de los demás.

SABIDURÍA, BELLEZA, AMOR, las tres entidades sin las cuales no puede haber Maestro, porque el Maestro no es el que transmite con más o menos eficacia, fórmulas, palabras, números, citas, definiciones y fechas. EL MAESTRO es el que asoma al discípulo, no al alumno, al vasto panorama del mundo, haciendo sentir a el alma púber, el temblor misterioso del milagro, que late lo mismo en la entraña del barro que en la carne luminosa del sol.

MAESTRO es el que escoge los caminos de la belleza para llevar al discípulo a la verdad, irradiando siempre simpatía, entregándose todo en amor, de tal manera que su acción trascienda a APOSTOLADO, y el discípulo acabe de corroborar, en el ejemplo de una vida perfecta, los postulados de los labios omnisapientes y las conclusiones de la inteligencia iluminada. Enseñar

sin educar y sin amar al mismo tiempo, no es ENSEÑAR; cuando mucho es INSTRUIR, y el que tal cosa hace puede ser profesor, catedrático, pedagogo, conferencista si se quiere, pero Maestro, no; como no fue Maestro Sócrates, a pesar de la inmensidad de su estatura; como completamente, tampoco lo fue Platón; como sólo lo fue CRISTO; pues SÓLO ÉL, a la eterna verdad de su EVANGELIO y a la sublime belleza de su palabra, unió la perfecta hermosura, la completa verdad, la sublime IRRADIACIÓN DE SU VIDA, que fue la más elocuente de sus prédicas; el más vigoroso de sus argumentos; la más grande de sus parábolas y el más deslumbrador de sus sermones.

Por eso, con absoluta razón, uno de nuestros más altos filósofos, Antonio Caso, dijo: “¿Maestro yo? ¡No! ¡Imposible! Sólo ha habido un Maestro, nada más uno: JESUCRISTO”. Y añadimos nosotros: sólo ha habido un Maestro y lo condenamos mientras absolvemos a Barrabás y lo clavamos en el infamante madero de los ladrones y de los criminales, después de haberlo salpicado de escupitajos, de burlas y de blasfemias. Nada más hemos tenido un Maestro, y es precisamente aquél de quien hacemos burla y crítica los que, ¡oh grotesca ironía!, pretendemos pomposamente, ser Maestros...

Únicamente ha habido un Maestro y he aquí de que hoy es el DÍA DEL MAESTRO; lógicamente, pues, deducimos que hoy es el DÍA DE CRISTO; del Nazareno sublime; del Rabí sapiente, cautivador y misericordioso, que fue, al mismo tiempo (síntesis de las tres esencias magisteriales) Sabio, Artista y Apóstol.

Efectivamente, este día sólo puede ser de ÉL... porque, ¿cómo va a ser día de nosotros los que al amparo de un título, de una necesidad, de una costumbre, o si se quiere, al impulso de un ideal, comenzamos por hacer de la enseñanza casi un sacerdocio para acabar convirtiéndola en un Modus Vivendi? ¿Cómo es posible que nosotros, cuya vida es una contradicción de nuestra prédica, seamos Maestros? ¿Disertadores unos, repetidores otros, inmensamente instruidos los más, inteligentes casi todos, pero ninguno o casi ninguno, a la vez, profundamente sabio, gloriosamente artista y sublimemente misericordioso. En

apariencia entusiastas, fuertes, optimistas y en el fondo amargados, escépticos, desilusionados de una juventud que nos olvida o nos traiciona; de un gobierno que, a la postre, siempre nos paga mal, y una sociedad que casi casi y aunque nos diga lo contrario, nos desprecia, ¿cómo vamos a ser Maestros? ¿Cómo podremos ser Maestros si tratados así y estimados así, ya sin desinterés, sin fé, sin esperanza, hemos acabado por enseñar sin alegría; si muy pocas veces hemos podido enseñar con belleza, y empobrecidos, envejecidos, tristes y solitarios, ya en el crepúsculo de la vida, al encontrarnos sin otro amigo que la miseria ni otro compañero que la desgracia, acabamos, ¡pobres nosotros!, por arrepentirnos de haber enseñado con amor? ¿Cómo vamos a ser Maestros, cuando en nuestro propio gremio, con tan ruin eficacia, cultivamos la envidia, el odio, el celo, la intriga, la calumnia y la venganza cuando para nosotros no tenemos nunca afecto, tolerancia, caridad; cuando ofrecemos a nuestros más allegados discípulos, el vergonzoso espectáculo de los sayones que se rifan la túnica del Redentor, y movidos por la necesidad u obligados por las circunstancias, o en el mejor de los casos, cegados por la lumbrarada de una equivocación circunstancial, lo negamos a Él, al único Maestro, lo befamos, lo escarnecemos y enseñamos a nuestros alumnos a zaherir y ridiculizar su figura y su evangelio, sin darnos cuenta de que con ello nos degradamos, nos escarnecemos y nos envilecemos a nosotros mismos?...

¿Verdad que resulta irónico, si se le examina desde este punto de vista, la glorificación del Maestro, mejor dicho de los maestros?...

¿DÍA DEL MAESTRO? ¡NO!; del Catedrático, del Profesor. ¿Día del Maestro? ¡No!, a menos que sea el Día de Cristo; pero el Día de Cristo no es uno, no debe ser uno. El de Cristo, como el Día de la Madre, debe ser todos los días, porque todos los días deben ser para los buenos, para los justos, el Día del Amor.

Pero, puesto que hoy es Día del Maestro, despojémonos de nuestra vanidad de pseudoapóstoles; hagamos a un lado nuestras ínfulas de pedagogos; arrojemos la vista por encima de nuestra pequeñez y de las miserias de nuestra época, y evoquemos otra vez la figura inmaculada y luminosa del verdadero Maestro...¿No

lo véis?: allá, mucho más allá de esos mares llagados de metralla; de esos cielos plagados de aviones, de esas llanuras agusanadas de soldados... mucho más allá, en un cándido rincón del planeta, en su colina blonda de luz, bajo el inmenso oído azul del cielo, y acariciando los bucles dorados del viento con sus palabras perfumadas, está Él. Los niños, los pobres, las bestezuelas sencillas, las yerbas inocentes, las flores campesinas, son su auditorio. El tiempo, inmóvil de ternura, lo escucha también. ¿Qué dice? ¿Qué férreo razonamiento expone; que abstrusa teoría desenvuelve; qué fórmulas plantea; qué doctrinas, pomposa y eruditamente explica; que códigos comenta; qué leyes discute; de qué tratados habla? ¿Qué dice? ¿Por qué está absorta la creación; por qué se encuentra mudo el Universo; por qué todo se halla pendiente de sus labios?... ¡Porque lo que dice el Cristo, es lo más sencillo y lo más hondo y lo más bello que se ha dicho: eso que si se hubiese convertido en realidad, habría detenido ya el desenfreno de la barbarie inteligente y habría evitado que, en plena supercultura, siguiésemos siendo los hombres asesinos de los hombres!... ¡Sí!, lo que dice el Cristo es lo más sencillo, lo más profundo y lo más bello que se ha dicho: es esto, nada más esto: estas cuántas palabras que por encima del espectro sangriento y espantoso que surge del viejo mundo, rearmado hasta lo inconcebible, se elevan, brillan y cantan como la absolución de una alborada de alondras sobre la negra frente de la noche: ¡AMAOS LOS UNOS A LOS OTROS! (1)

(1) Este artículo se publicó cuando la trascendental reforma educativa que entraña el Artículo III Constitucional, suscitaba una verdadera tormenta de pasiones y provocaba, en la tribuna y en la prensa, todo género de críticas y discusiones.

El autor, entonces, apartándose del punto de vista puramente pedagógico y político, trató de colocarse en un plano filosófico de mayor altura y alejándose de la cuestión meramente técnica, deseó dirigirse a los encargados de difundir la enseñanza o sea a los maestros, pues estaba seguro, como está, de que no hay malos sistemas para los buenos catedráticos y que toda la reforma es posible y fructífera cuando son competentes, nobles y honrados los encargados de ponerla en práctica.

De ahí, pues, este artículo, al que no pocos malévolos y mal intencionados han tratado de dar una interpretación pseudo-religiosa, haciéndome aparecer como un espíritu retardatario. ¡Nada más injusto! Si, frecuentemente, hago mención de Cristo, aquí, como en otras obras más, ello se debe a que, para mí, desde un punto de vista de ética social, desde un aspecto puramente filosófico, Cristo es el arquetipo de la bondad, de la humildad y de la caridad o sea del amor, que se entrega a los otros, incondicionalmente, sin esperar absolutamente nada de ellos! ¡Supremo Educador porque es el Amador Supremo, supremo entusiasta porque es el Supremo Convencido, supremo misericordioso porque es el Supremo Desinteresado, nadie mejor que Él para ser tomado como modelo, por quienes deben enseñar en función de su propia vida y deben vivir en función de sus semejantes!

H. Z.

EL ENTUSIASMO

EL ENTUSIASMO es la forma suprema de la acción. Es la acción de la acción, de la misma manera que la apercepción, según Kant, es la percepción de sí misma o la percepción de la percepción.

Ser entusiasta es ser dos veces: en el acto y en la pasión del acto. Obrar con entusiasmo, es perseguir un fin que nos obsede a través de un medio que nos arrastra; por eso, el entusiasta vale por lo menos dos veces más que el ecuánime, pues, mientras para éste el fin no es más que un fin y el medio no es más que un medio, para el otro, el fin y el medio se confunden en el mismo relámpago de ensueño, en el mismo balbuceo de inquietud o en el mismo golpe de energía. Digamos mejor, el ecuánime está representado por el movimiento uniforme del móvil, dentro de la mecánica, mientras que el entusiasta cristaliza su símbolo en el movimiento uniformemente acelerado. La acción del ecuánime, dentro de las matemáticas, se podría expresar con el paso de la progresión aritmética y la del entusiasta con el galope, el salto, el vuelo de la progresión geométrica.

La Sociología también podría facilitarnos una asimilación valiosa a este respecto, pues, mientras la evolución no es otra cosa que el desenvolvimiento necesario y natural del agregado, provocado por necesidades y aspiraciones serenamente progresivas; la revolución es el despeñamiento brusco e impetuoso del esfuerzo social, que tiende hacia formas nuevas de integración, desarraigando, en un solo minuto, instituciones seculares; borrando fórmulas que se creían eternas y abriendo horizontes que ni siquiera habían sido sospechados.

Sin embargo, esta asimilación no es perfecta, porque, aun cuando la revolución es una superactividad, no siempre es una superactividad fecunda, ni

mucho menos preferible a la actividad normal de la evolución; mientras que el entusiasmo: actividad máxima, actividad por excelencia, es siempre fecunda, porque, si bien es cierto que puede llegar a los extravíos del Manchego, también es cierto que esos extravíos no son estériles, ya que con sus exageraciones generosas, establecen el supremo equilibrio humano roto por los egoísmos: esa otra clase de extravíos inferiores, negativos y aniquilantes.

El entusiasmo, pues, es el más alto desdoblamiento del ser en la menor cantidad de tiempo posible; es la más rápida y la más poderosa proyección de nosotros mismos, en el plano de las finalidades que se creen eternas; es, en fin, sintetizando: el arrebató que dispara a nuestro espíritu como flecha (¡Oh Zaratustra!) sobre las lejanías inalcanzables de las realizaciones definitivas, con una velocidad tal, que la materia psíquica (perdón por la paradoja), se incendia consumiéndose muchas veces sin alcanzar el fin, pero iluminando bellamente, hasta convertirlas en fines, las rutas de los medios.

Sin embargo, esto no quiere decir que el entusiasmo sea demencia y no serenidad; si, el entusiasmo también puede revestir la forma tranquila de las renunciaciones silenciosas; más claro: el entusiasmo puede ser: extraentusiasmo e intraentusiasmo.

El primero está representado por Jesús, el segundo por Buda; Jesús es la caridad que se da; es la abnegación que se sacrifica; es la humildad que se entrega. Buda es la acción que se concentra; la voluntad que se cristaliza; el deseo que se aniquila.

Jesús dice: bríndate a los otros, ofréndate al universo. Buda predica: encierra a los otros dentro de ti mismo, reduce el universo a tu pensamiento, y a su vez, diluye tu pensamiento en el Nirvana. Por eso Jesús muere con los brazos abiertos, como en una ofrendación suprema, y Buda vive con los párpados bajos y los brazos tranquilos, como en una quietud perdurable.

Jesús es el entusiasmo hacia afuera: extravertido, porque es la voluntad que se recoge, para arrojarse en misericordias y desparramarse en arrullos y deshojarse

en besos; mientras que Buda en el entusiasmo hacia adentro: introvertido, porque es el esfuerzo supremo que tiende a concentrar toda la actividad en ese punto mecánico que, siendo el centro de todas las atracciones, es decir, fuerza suma, parece ser la negación de todas las fuerzas.

De todos modos, hacia afuera o hacia adentro, el entusiasmo es fecundo; sólo a su amparo se han alcanzado las altas cúspides y se han conquistado los supremos índices de la civilización y de la cultura humanas.

Sin entusiasmo místico, artístico, científico y épico, no estaría florecido el mundo de catedrales, ni se hubieran poblado las religiones de santos, la historia de héroes, el Olimpo de dioses, ni habría sido posible el triunfo del pensamiento sobre la naturaleza, la adaptación del planeta a nuestras necesidades y la subordinación del caos a los imperativos de la inteligencia.

Entusiasta, supremo entusiasta, es Francisco; entusiasta es Bonaparte; entusiastas son: Buonarroti y Beethoven y Colón y Washington y Bolívar, y Dante, Shakespeare y Goethe, y Pitágoras, Leibnitz y Newton, y todos aquéllos que han ardidido en la hoguera heroica y se han consumido en el arrobo nazareno, o han palpitado en la vibración lírica, o se han estremecido ante el enigma eterno, ante la interrogación pavorosa, ante el vacío irreductible y escalofriante de los fines arcanos y de las causas primeras, que abren y cierran o que abren sin cerrar nunca, las curvas misteriosas de nuestras vidas efímeras, imperfectas y miserables. (1)

(1) La reciente publicación de mi obra TORRE NEGRA, que, dentro de mi labor poética, es un equivalente de mi novela EL HOMBRE ABSURDO, puede haber hecho pensar que el autor es un espíritu vencido, una existencia periclitada, un hombre, un fin, para quien la vida no ofrece ya ninguna razón de ser y para quien la sociedad sólo constituye una carga que debe sufrirse o una tragicomedia digna nada más de contemplarse.

Falso de toda falsedad, pues, el autor no es un vencido sino un convencido, que sabe hasta qué punto su época y su mundo son mezquinos, pero que sabe también que, para tal mundo y para tal época, no hay peor solución que la del derrotista, máxime cuando en el surco sombrío de la edad que alcanzamos, está gestando ya la semilla, la promesa de un florecimiento glorioso.

¡Sí! Yo he afirmado siempre que en los momentos críticos sólo caben tres actitudes: la del pesimista, la del escéptico y la del heroico. La primera que constituye una negación de sí mismo, pero que es una expresión de potencia, aunque sea de potencia negativa; la segunda que es la forma filosófica de la inacción, de la indiferencia del quemeimportismo, que es la peor de todas, porque hace del hombre un abúllico, un simple monigote, un pobre juguete de los acontecimientos; y, la tercera, que significa la potencia positiva del ser, que se sobrepone a las circunstancias, se rebela contra la injusticia, lucha contra el mal y pese a cuantos se oponen a su marcha, y sin dejar de sufrir, reconoce que el dolor, que hasta el propio dolor, es fuente de progreso y causa o motivo de mejoramiento, cuando el alma está bien templada y está bien puesto el corazón. Pues bien: a ese criterio obedece este artículo, en el que he tratado de hacer el análisis y el elogio del entusiasmo, para ver sacudir la indiferencia o pasividad de las nuevas generaciones, para quienes la acción sólo parece consistir en mover, a compás, las extremidades superiores e inferiores o en coordinar sus esfuerzos físicos para combinar mejor las evoluciones de una pelota.

H. Z.

EL MILAGRO DEL VERBO

¿QUIÉN NO conoce el milagro del verbo? ¿Quién no sabe que más profunda que la afirmación cartesiana?: “el hombre es un ser que piensa”, es la definición de Marco Tulio: “el hombre es un ente que habla”? ¿Quién ignora ya que dentro del inmenso ritmo cósmico, la voz que pone alas y música a la conciencia, es el único ritmo en el que la naturaleza se derrama y vuela y se torna tan ágil, transparente, vasta y poderosa, que no hay rincón que no explore, ni óbice que no venza, ni espacio que no suprima, ni tiempo que no fatigue, hasta el grado de quedar perennemente estereotipada en los oídos atentos e innumerables de las cosas y hasta el extremo de cristalizar, en las resurrecciones de sus resonancias, el mito que desplegaba en el oriente los arco iris mágicos de Quetzalcoatl?

¿Quién olvida el portento de la palabra en cuya liberación sonora, la materia esclava se emancipa y el “homini lupus” transfigúrase haciendo que las fauces hambrientas, surja el supremo desinterés de la melodía casta y buena, bella y fragante como la luz naciente que llega en los brazos de la aurora, vestida de flores y coronada de pájaros? ¿Quién negaría ya que, si en el equilibrio del átomo, dice el mundo el peán infinitesimal de las fuerzas que se conjugan y de las arquitecturas dinámicas que se integran; que si en la planta preludia el arpeggio de la savia desatado en la romanza de la rosa; que si en el ave deshoja el corazón melodioso de la selva, a través del pico de donde mana el ímpetu vital, como un hilo de notas que fuese bordando églogas en el silencio, pendiente de la aguja de una flauta; en fin, que si el universo ensaya sus músicas en todas las otras formas de la existencia, en ninguna de ellas como en el hombre (que es o que debiera ser existencia iluminada de razón y desbordante de desinterés) resuena mejor, más

plena y bellamente, el himno de lo creado, pues, en los labios humanos se desata la flor del misterio específico y de la garganta de la humana criatura surge la vida victoriosa, manumitida al fin de las urgencias irrefrenables?

Porque sí, no hay más que volver el rostro hacia atrás para percatarse de que la palabra, en cuyo vuelo insuperable la materia y el ser se transfiguran, es el atributo humano por excelencia; y que para convencerse de que, cuando el hombre ha hablado mejor, la humanidad ha llegado a sus más altas cúspides o se ha encontrado en el crisol tempestuoso de sus más gloriosas y fecundas transformaciones.

¡Exhumemos, si no, el portento jónico! Sobre un fondo de mármoles páricos y bajo el amparo de Palas Athenea, la figura armoniosa de Pericles, deja rodar de sus labios olímpicos una música tersa y luminosa. Más allá, Anaxágoras, frente al pórtico, pone alas a la sabiduría y la echa a volar ante sus discípulos estupefactos uno de los cuales, Sócrates, dará a Platón el oro con que el maestro divino ha de plasmar sus diálogos insuperables. Y todavía más allá (o más acá, ¿quién es capaz de fijar los términos de esta perspectiva asombrosa?) Esquines, el perfecto y Demóstenes, el sublime: ¡la cigarra cautivadora de las campiñas áticas y el león formidable de las embestidas épicas!; ¡el que caminaba por alfombras de flores, manando miel de los labios y coronado de violetas y el que iba por senderos de lumbre, fulminando cláusulas de relámpagos y ceñida la frente de torbellinos!

¡Roma!... ¿Quién no siente pasar la ráfaga sinfónica de Cicerón, bajo la cual se derrumba la mezquindad de Catalina? y, cuando César asesina a la República, ¿quién no ve caer sobre el cadáver de la libertad, el silencio del gran tribuno, como el sudario de una gran protesta?

¡La Edad Media!... Ese que se levanta como una aurora sobre la colina de Santa Genoveva y que desparrama su voz, como un río, sobre la llanura humana de sus tres mil discípulos; ese que pone vibraciones inesperadas en el hierro feudal: ese que es tres veces joven, porque es joven, hermoso y elocuente, ¿no es Abelardo?

Ahogando el eco de los Decamerones de Bocaccio y los sonetos de Petrarca; irradiando por cima del Bartolomeo Colleoni, de Andrea Berrochio, del San

Jorge de Donatello, del Perseo de Benvenuto, del Duomo de Bunelleschi; más alto que el coro eurítmico de las giocondas de Leonardo, las vírgenes de Botticelli, las madonas del Santi, y los serafines de Fray Angélico; en un plano superior aun en el que se desatan las soberanas fiebres de Buonarroti, puesto que el creador del Moisés es sólo el genio de la belleza, pero no es el demonio de la rebeldía ni el arcángel de la libertad; fulgurando, relampagueando, tronando como una tormenta enloquecida, ¿no llega hasta nosotros el verbo encendido de Savonarola, el único clarín del Renacimiento porque fué la única lengua que azotó, con sus deprecaciones, el rostro de una sociedad que humillara el látigo de Machiavelli, manejado por las manos ensangrentadas de los Borgia, los Sforza, los Médicis, los Colonna y los Visconti?

¿Del apocalipsis del 89, quién no recuerda? ¿Quién no siente el torbellino de Mirabeau que hace bambolear la Bastilla? Quién no escucha, aterrorizado o seducido, el apóstrofe de Dantón, la sibilante cólera de Robespierre, las requisitorias eurítmicas de Vergniaux, el romanticismo estoico de Chénier, los líricos arrebatos de Desmullines y los clamores, las injurias, los aullidos sublimes y bárbaros de Marat, Saint Just y Fouquier de Tinville?

Después aún, podríamos olvidar, pasando por alto las proclamas napoleónicas (férreos gritos de un imperialismo salvaje) la tribuna de Fabre, Lamartine, Guizot, Victor Hugo, Thiers, Gambetta, para llegar hasta el verbo libertario de Jaurès (gemelo, en la fuerza expresiva, al de Briand), no sin evocar, paralelamente, las enormes figuras de Pitt el soberano y O'Connell, el apóstol que, con Fox, el rotundo, integran la más grande trilogía de los tribunos de habla inglesa?

De España ¿dejaríamos sin resucitar la elocuencia desbordante de Castelar (no en vano a la vez que orador paladín de la República), la oratoria límpida de Cánovas; la palabra fulminante de Iglesias; el discurso apostólico de Ferrer y la académica tersura de Maura, frente por frente del esquiliano embate de Echegaray y de la prédica avasalladora y reivindicadora de Melquiades Álvarez?

Y de aquí, de aquí mismo, ¿no se incorporan por sí solos, antes de que los evoquemos, los espectros ilustres: Prisciliano Sánchez, Luis de la Rosa, Cañedo, José M. Mata, Lorenzo de Zavala, Francisco M. de Olaguíbel, Zamacona, Hernández y Hernández, Prieto; el de las admoniciones sublimes: Altamirano; el de las disertaciones profundas y las alegorías soberbias: Ramírez, y el de la inteligencia clarísima, la lógica perfecta y la cultura asombrosa: Lerdo, sin faltar, por supuesto, Ponciano Arriaga, Gómez Pedraza, Zarco, Otero, Díaz Mirón y hasta el mismo Bulnes, ese otro inmenso tribuno que pudo ser guía y antorcha, si no se hubiera empeñado en ser hoguera y ahuizote?...

De Urueta no hablamos, ¿para qué? ¿Acaso Urueta no sigue viviendo entre nosotros; su voz, que era un milagro, no encarna el nombre de este artículo: no es, no sigue siendo ventura, el milagro del verbo?... ¿Justo Sierra? ¡Ese no! ¡Ese no cabe en estas líneas porque más que el orador, es el Maestro!...

¿Los otros?... ¿A qué remover miserias? Verdad es que poseen la gracia rítmica de Iseo, el torrente alucinador de Crisóstomo, y el soplo incontenible de Isaías, pero cierto es también que, pese a todas sus excelsitudes, no han sabido abrir surcos musicales a los gérmenes de las nobles aspiraciones colectivas. ¡Se han conformado con ser jilgueros de academia, cotorras de partido, canarios oficiales!...

Ahora bien, tras esta hojeada retrospectiva ¿no salta a los ojos la importancia de esa nobilísima actividad que tiene como materia la palabra, es decir, la presea más sublime de la especie porque en ella adquiere alas la razón y se vuelve música el pensamiento? ¿La juventud, al animar por sí sola este desfile de fantasmas líricos no se presentará a continuarlo y no afinará sus facultades para hacer cabrillar, en la palestra, los resplandores del verbo cálido, vívido, rotundo, sinfónico si es posible, como el verbo de esos tribunos máximos, en cuya voz parecen despeñarse sobre los pueblos y los siglos arrodillados lo mismo el raudal de las plegarias que el Amazonas de las Marsellesas? ¡Nosotros estamos seguros de ello! Por eso, como si colocásemos la clave de este artículo (arco erigido a

la virtud elocuente), nos permitimos encarecer a los jóvenes oradores tengan siempre presente que si la palabra es un don divino, implica también una muy grande responsabilidad y que si no la anima la justicia, ni la alumbra la ciencia, ni la impulsa la bondad, se transforma de pendón en harapo y el tribuno degenera en bufón, farsante y merolico!...

¡Sí! ¡No hay que olvidar jamás! ¡Oh paladines del pensamiento armonioso y la conciencia sonora!, no hay que olvidar jamás, que tras de la silueta del más insigne de los oradores: Demóstenes, se yergue un símbolo sublime: la Patria, y surge un resplandor inmenso: ¡la Libertad!... (1)

(1) La convocatoria lanzada en 1926 por uno de nuestros más grandes rotativos, para que nuestra juventud estudiosa participase en el Concurso Internacional de Oratoria, fue recibida con tal entusiasmo, que el autor, entonces catedrático de Literaturas e Historias en la Escuela Nacional Preparatoria y en las Secundarias, haciéndose eco del entusiasmo estudiantil escribió y publicó en artículo anterior, cuyo fin principal fue hacer comprender a nuestros jóvenes e incipientes tribunos que la oratoria no es simplemente un lujo, ni un privilegio, sino un vehículo de persuasión y un instrumento de cultura, que deben utilizarse, invariablemente, en beneficio del mayor número, en función de la más estricta justicia y con inflexibles propósitos de verdad.

Desgraciadamente, como acaece casi siempre con esta clase de concursos, las pruebas fueron degenerando en simples competencias de recitadores cursis y amanerados que repetían, con más o menos éxito, lo que otros o ellos mismos escribían. Entonces lo que antes fuera simpatía y aplauso para la elocuencia, convirtiéndose injustamente en motivo de crítica y censura hasta el punto de llegarse a afirmar que no había cosa peor que la oratoria, ni calamidad más grande que los oradores.

Ahora bien, como esto tampoco nos parece verdad, pese a las afirmaciones que hace Papini, en su San Agustín, al referirse al Hortensio de Cicerón, ya en otro artículo de este libro: RETÓRICA Y ORATORIA, nos ocupamos ampliamente de este asunto, pues, en cualquier tiempo y en cualquier parte, pero sobre todo en nuestra época de asambleas, reuniones públicas y privadas, organización sindical, etc., la palabra ha sido, es y seguirá siendo, el medio por excelencia de convicción, coordinación y dirección consciente en los grupos sociales.

H. Z.

BIOLOGÍA Y CARIDAD

ATRAÍDOS tan sólo por sus beneficios prácticos; seducidos únicamente por sus visibles ventajas, pocos son, singularmente pocos, los que, a través de las distintas formas de la cooperación humana (lo mismo la intelectual que la económica) saben hallar la medula generatriz de todas ellas; el centro creador del que son sólo manifestaciones; el pivote de diamante sobre el que se mueven, al impulso de las más urgentes necesidades o de los más nobles anhelos, esas supremas creaciones del esfuerzo colectivo: las Asociaciones de Socorros Mutuos, que propugnan por ungir las carnes sufrientes con sus bálsamos galileos y tratan, generosamente, de encender, sobre el dolor de las tumbas recién abiertas, el consuelo fortalecedor de una estrella amiga, temblorosa, ¡es verdad!, como nuestras lágrimas, pero brillante y pura también, como la celeste piedad que en sus fulgores se deshoja...

Y sin embargo, pese a tal descuido, indiferencia o ignorancia de la generalidad de los mismos que integran tan altruistas agrupaciones, nada más sublime que la razón esencial de la voluntad cooperativa; pues, ya se la encuentre en el hambre biológica (Crecimiento Discontinuo, de Spencer, Extensión Psíquica, de Guyeau, o por fin, Coordinación Biológica, de Uexküll); ya se la descubra en la colaboración Mayéutica de Sócrates, en la Comunión Espiritual, de Cristo o en la explayación, universalización de quintaesenciación a que conduce el aniquilamiento nirvánico del Buda, la cooperación es siempre algo que supera al individuo para amplificarlo, ensancharlo y prolongarlo, sea en la realidad concreta y visible de la especie; sea en la realidad invisible pero trascendente, gloriosa y eterna del espíritu.

De ahí la grandeza del pitagórico (el filósofo), que se sale de sí mismo para acordar el ritmo del alma con la música del cosmos. De ahí la heroicidad del entomólogo (el sabio), que sacrifica su humana dignidad para descubrir en la organización del hormiguero la fórmula que habrá de resolver el problema de sus organizaciones. De ahí, sobre todo, la caridad perfecta de Francisco (el santo), que, en una insuperable síntesis hegeliana, y antes, mucho antes que el gran pensador alemán concibiera su célebre tríada, había logrado ya conjugar en el hombre, la doble ansia antitética de reptar y volar; de ahondar y ascender (alas y plomo de Bacon), y lo había logrado, no por medio de la sabiduría, ni de la inteligencia, ni de la belleza, sino del amor: del amor ¡sí!, que lo mismo nos lleva hasta el guijarro, que nos exalta hasta la cumbre y que, extendiéndonos por igual, en lo de aquí que en lo de allá; en lo profundo que en lo elevado; en lo misérrimo que en lo portentoso, hace exclamar al humilde peregrino de Umbría: ¡Señor, yo te admiro en todas partes y en todas tus obras te amo; en la alimaña y en el querube; en el mar y en la gota de rocío; en el hermano gusano y en el hermano lucero, porque todos han surgido de tus manos, porque todos son hijos de tu infinita caridad!

Así pues, congratulémonos de que se afirme entre nosotros esa potente ansia arcana de ser más que nosotros; de ser nosotros y los demás; o mejor dicho, de ser nosotros en los demás; así en sus regocijos como en sus angustias; de ser, no individuos sino especie; no hombre sino humanidad; no ciudadanos del mundo sino entidades del cosmos. Pero sobre todo, felicitémonos de que, ese afán de extensión espacial y temporal, al realizarse obedezca, no a miserables imperativos económicos, desnudos de todo afán levantado y ayunos de toda excelsa intención, sino a generosos fines de ayuda mutua y consoladora fortaleza, tras de las cuales, lejos de perfilarse el bárbaro Homo Homini Lupus, de Hobbes, parece levantarse, a manera de una aurora de músicas nazarenas, ese que es uno de los más dulces y más bellos mandatos del Rabí: ¡Ama a tu prójimo como a ti mismo!...

VENGANZA DE ARIEL

EN ESTA semana, procedente de Washington, en cuyo Capitolio, gracias al nobilísimo impulso de “El Universal”, se prolongaron, por medio de los ímpetus del verbo hispánico, las inquietudes musicales de la Lengua, llega, ceñida la frente de laurel y bajo el éxtasis de la victoria, un joven mexicano, un representativo muchacho nuestro, cuyo discurso –¡gracia y fuerza al par, huracán y susurro, trueno y melodía!– despetaló la rosa de los vientos con las envergaduras de sus cóndores y sobre el gris cansancio de los cielos nórdicos, echó a volar los quetzales y los guacamayos de los suntuosos crepúsculos latinos.

¿Grecia en Macedonia? ¿Roma en Aquisgrán? ¿Atenas en Persépolis o en Bizancio? ¿El Partenón en Cartago? ¿El Foro en el corazón de Antioquía? ¿Ante los ojos de los mercaderes cosmopolitas, el maravilloso consorcio de fuerza, de belleza y de color, que triunfa en la perla adriática y se exalta en el milagro de Florencia, la ciudad que empuja el duomo de la Santa María de Brunelleschi y que, en la plaza maravillosa, al amparo de las logias ilustres, muestra la audacia del Perseo frente a la noble fuerza del David? ¿La mañana de Alejandría preludiada por la aurora helénica y amortajada con la noche de las pupilas de Cleopatra? ¿La Persia de los sasánidas, en cuyas esplendideces salomónicas grita la locura dionisiaca y en cuyos derroches palatinos, se tuerce, es verdad, pero también se acusa, la devoción pagana de la forma, la pagana locura de la línea; la divina embriaguez báquica que trenza las guirnaldas ardientes de la danza lúbrica, en torno de las gloriosas ancas de los sátiros? ¿O mejor aún, sería la elegante molicie asiática, floreciendo por igual en el África de los vándalos y en la España de los visigodos?... El temblor arrebolado, polirrítmico, miliunanochesco, de nuestra

lengua única, sería allá, en las mecánicas monotonías septentrionales, así como fue el Cairo de los fatimitas para las arenas africanas que ya habían visto, es cierto, el desfile de los milagros bajo el reinado de los Barcas y el poderío de los Ptolomeos, pero aun no presenciaban el portento vivo de los increíbles ensueños de Schehrazada? ¿No sería por ventura esa visión caleidoscópica y rítmica, desplegada en imágenes y desgranada en músicas, ante los ojos y en los oídos de los hombres prácticos, como el alargamiento babilónico de la Córdoba de los abderramanes, que desdobló en la península ibérica las alcatifas de Damasco y pintó, en el más dulce rincón de España, el cromo resplandeciente de las riquezas de Bagdad?

“Su oración fue un pensamiento vestido con seda roja, dice un crítico americano y tenía el alegre tintinear de los cascabeles” ¿No es esto una corroboración de lo anterior? ¿Las púrpuras de los abasidas y de los omeyyadas, no afirman sus excelencias y sugerencias, en esa impresión tan sinceramente escrita? ¿En la apreciación citada, no se perfila el resonante temblor de las campanillas de plata que va sacudiendo el trote de los dromedarios? Más aún, sobre la árida desolación de las tragedias nacionales, sobre el inmenso erial que nos ha dejado la muerte, después de los urgentes y reivindicadores, aunque no por eso menos lúgubres y dolorosos, sacudimientos intestinos; sobre esa enorme extensión amarga y vacía, la procesión de la belleza invencible, el desfile de la armonía victoriosa, que es el patrimonio más alto de la raza, ¿no debe haber recordado, a nuestros fríos vecinos, el cortejo de la Reina Saba a través de Palestina, o mejor aún, el largo cuento de las caravanas de Bassora, que, bajo el implacable ardor de los soles asiáticos, llevaban la frescura de los oasis en las aguas de las piedras preciosas y hasta conducían las sonrisas de las rosas en los sedosos cambiantes de las perlas?

Pero hay algo más significativo todavía: el crítico estadounidense concluye su juicio con estas palabras: “Cota, para terminar, abrió los brazos y formó la cruz, como si elevara una plegaria, y luego se recogió, como si crismara su frente con el agua bendita de un ruinoso y olvidado santuario a la orilla del camino”.

¿Puede pedirse símbolo más perfecto de una raza que auna a las milagrerías policrómicas y a los portentos musicales, el más puro, el más hondo y a veces, el más trágico misticismo? ¿No está allí, en el discurso y el ademán de ese muchacho (acaso por ser nuestro discípulo, tan comprensivamente estimado), no está en la síntesis de su mímica –palabra que dibuja–, y de su palabra –dibujo que habla–, no está allí la cristalización más completa de un pueblo que hasta en sus danzas religiosas –¡oh epopeyas rútilas y rítmicas de los Huehuenches de la Virgen Morena y de los danzarines votivos del Señor de Chalma!–, por encima del arrebató de la fe, más allá de los transportes arcangélicos, hace tremar y esplender como una vívida floración del alma o como mágica transfiguración del sufrimiento, la locura de los penachos en cuyos iris tornasoles tiembla la fiesta de los jardines; mientras los labios, jardines de músicas al par, vuelcan su devoción en cánticos que suben, y bajan, y ondulan, y serpentean, y corren, y saltan, y vibran, en fin, y coruscan incansablemente, hasta acabar prosternados en el reclinatorio del silencio, bajo las miradas húmedas de los cristos agonizantes y al amparo taumaturgo de las vírgenes misericordiosas?

¡Raza que mata y reza; raza que canta y ora; raza que en las raigambres autóctonas conjuga la furia de Huitzilopoxtil con el sacrificio de Quetzalcoatl y que es, de ese modo, serpiente de tinieblas y pájaro de arreboles; raza que echa a volar sus ímpetus en el águila y que cincela sus esperanzas en el colibrí; raza que, a través del hierro de los conquistadores y el nardo de los misioneros, se injerta en las llanuras castellanas y en las vegas andaluzas, hasta trenzar con las sombras de Toledo las luces de Sevilla y hasta poner, en las edificaciones de sus sueños, junto a las masas lúgubres y enormes de San Jerónimo de Yuste y San Lorenzo del Escorial, el orgullo alado de las Giraldas, los delirios eurítmicos de las Alambras y los orfébricos encajes de las mezquitas!

Raza así, de oros y obsidianas; de pumas y neblías; de Popocatépetls y Xochimilcos; de ciudadelas teotihuacanas y palacios del Palenque; raza que retuerce su angustia para trocárla en canto y que afina su desesperación para

filtrarla en savias de dalias y zampoalxochiles (las dos flores aborígenes y hermanas); raza, en fin, que posee la suprema virtud estética, don de los grandes pueblos, y la sublime hondura mística, presea de las más remotas civilizaciones, no podía ni debía haber tenido en el país de las grandes pero torpes realizaciones materiales (la felicidad como fin, el progreso mecánico como medio) mejor representante que el joven y vehemente estudiante mexicano, en cuyo discurso, basado en la tesis histórico-dinámico-estética (aunque en esta ocasión no cíclica) de Spengler, se exaltó la modalidad y la finalidad de nuestra idiosincrasia latina; la característica de nuestra misión racial; el ananké de nuestro destino; el móvil de nuestra mentalidad y nuestro esfuerzo que más allá de la civilización, que es sólo adaptación material del planeta a las necesidades más bajas de la especie, busca la cultura; es decir, la asimilación quintaesencia del cosmos, a través de la conciencia, como quiere Max Scheler; la adaptación del espíritu al universo, en función trascendental de pensamiento y acción, como insinúan Eucken, Wundt y Fichte; o la superación humana de la naturaleza, al amparo de la más fuerte voluntad iluminada con la más alta razón y la virtud plena, como han soñado todos los grandes veedores desde Zaratustra hasta Renán, y desde Aristóteles hasta Reclus.

No es vana teatralidad el gesto de la raza, dice Cota, es hondura, es medula, pero medula que se entrega con belleza y se manifiesta en armonía, y dice bien. La hermosura de la forma no excluye la existencia del fondo, antes bien, lo exalta y evidencia. Es más, a los ojos de una lógica estricta y de una filosofía puramente experimental y materialista, no hay otra cosa que cualidades, propiedades, perfiles geométricos, símbolos algebraicos, fórmulas químicas, fuerzas, resistencias, equilibrios, reacciones, etc., es decir, esquemas o traducciones formales, cuantitativas o cualitativas manifestaciones visibles o concebibles, pero siempre externas, de un mundo cuya verdadera naturaleza, es decir, cuya esencia creadora y cuyo fondo invariable se nos escapa.

Verbo peregrinante (1939)

¡Qué mucho, pues, que nosotros fuésemos todos “externos”, todos “para afuera”, según la gráfica expresión del catedrático de filosofía de la Academia Lessign de Berlín!... Pero no, no somos puramente centrífugos; no estamos nada más en la pauta o en el iris; junto a la coreoplástica, más adentro de la fiesta verbal está el nirvana búdico, la crucifixión estática del alma, que se traduce en la inmovilidad con que el indio espera, desde hace cuatro siglos, su reivindicación definitiva. Y está también ese adentramiento filosófico, esa esperanza fría, esa conformidad estoica, que es a las veces ironía socrática, en aquel ademán que sorprendió el crítico norteamericano en Muñoz Cota: cuando abrió los brazos y formó la cruz como si elevara una plegaria, y luego se recogió como si crismara su frente con el agua bendita de un ruinoso y olvidado santuario, abierto, cual flor del Señor, en la aridez inmensa del camino!...

¡La evidencia de nuestras excelsitudes en el verbo cálido y en la actitud sincera de un joven tribuno! ¡Todo el ritmo de la raza desatado en un triunfo, bajo la cúpula del Capitolio! ¡La ardiente sangre de América en las arterias puritanas! ¡La voz latina amaneciendo sobre el silencio sajón! ¡México en Estados Unidos... y coronado de ovaciones y ceñido de laureles!... ¡Quién había de decirnos que, después de casi un siglo, la afrenta del 47, se había de convertir en apoteosis y que el mismo pueblo que asesinaba a los héroes niños y arriaba nuestra bandera, había de honrarnos y enaltecernos en otro adolescente, en cuya voz, como en un mástil, se habían de izar los tres colores victoriosos, libres ya del cautiverio de las barras, y bajo la estupefacción de las cuarenta y ocho estrellas! (1)

(1) Este artículo fue escrito con motivo del Primer Concurso Internacional de Ontario, patrocinado por “El Universal”.

A José Muñoz Cota, mi primer discípulo de oratoria y, excelente amigo mío, cupo el honor de ser el primer campeón de Oratoria de México el año de 1926. Como justa recompensa, “El Universal”, organizador del popular concurso, envióle como representante de la juventud estudiosa a los Estados Unidos, donde, en liza inolvidable, contendió victoriosamente con los oradores jóvenes de los más avanzados países de la tierra.

Glosando tan gallardo y significativo acontecimiento, el autor juzgó indispensable exaltar el triunfo cultural de nuestro País en la misma Nación que, abusando de su fuerza, nos arrancara antaño más de la mitad de nuestro territorio.

¡Por eso este artículo se llama LA VENGANZA DE ARIEL!

LOPE DE VEGA

 SADO, si no imposible, resulta ya pretender añadir, no digamos un juicio más, pero ni siquiera un nuevo elogio, en honor de quien, mejor aún que Juan de la Encina y Bartolomé Torres Naharro, merece el nombre de Padre del Teatro Español, pues, no sólo en España y en todo el mundo culto, sino aquí mismo, en la América Española y particularmente en México, cuanto elemento de significación existe en el campo de las letras, ha prendido la flor de su elogio o ha ceñido el laurel de su idea, en las gloriosas sienes de ese maravilloso ingenio que bastaría por sí sólo para sintetizar la historia de una de las más brillantes etapas del pensamiento humano: el Siglo de Oro del teatro castellano, que está todo en él, con sus inevitables defectos, con sus múltiples cualidades y sus méritos indiscutibles.

Por eso, porque tanto, tan bella y eruditamente han dicho nuestros escritores, desde Vigil e Icaza, hasta González Peña, Jiménez Rueda, Junco, Núñez y Domínguez, Acevedo, Sorondo, López, etc., por eso, repito, no incurrirá este humilde catedrático de literaturas en la vulgaridad de repetir que Frey Félix Lope de Vega y Carpio, más comúnmente conocido con los nombres de Fénix de los Ingenios, Monstruo de la Naturaleza, Regocijo de las Musas, Padre del Teatro Español, Sol de la Escena, Gloria de las Letras Castellanas, etc., nació en la villa y corte de Madrid, en la Puerta de Guadalajara y casa de Soto (hoy Calle Mayor número 82) el 25 de noviembre de 1562, y murió en la misma Capital, en la casa de su propiedad de la antigua calle de los Francos (hoy de Cervantes) número 15, el 27 de agosto de 1635, según afirmación comprobada y generalmente aceptada, de Osorio y Bernard.

Tampoco traeré a cuento la asombrosa, la única, la casi inexplicable fecundidad de este verdadero portento de la naturaleza, que ejercitó todos o casi todos los géneros literarios; que recorrió victoriosamente toda la gama del pensamiento hecho palabra; que escribió cerca de 1800 obras teatrales de todos los estilos, 400 autos sacramentales (modalidad de la que es el creador o por tal casi unánimemente se le tiene); 700 sonetos, innumerables relatos, crónicas, epístolas, villancicos; prosas narrativas, históricas críticas, etc., etc., amén de novelas, ora pastoriles, ora descriptivas, psicológicas, etc.; poemas líricos, épicos, místicos, hasta satíricos y festivos, como su magnífica y regocijada Gatomaquia; en fin, que legó a la humanidad una verdadera montaña de ideas, imágenes y armonías; un verdadero mundo poblado de las más diversas y reales criaturas; una obra colosal, con existencia propia, que si, para los efectos de su apreciación intelectual, puede encerrarse cuantitativamente en la espantosa suma de veintiuno y medio millones de versos, cualitativamente alcanza proporciones tales, que para poder comprender y calificar a este verdadero fenómeno de la inteligencia, sería preciso recurrir a los arquetipos platónicos, o ascender, para mirarlo mejor, lejos ya de la arcilla humana, hasta esas regiones donde brillan los astros cerca de genios, que son, según la eterna expresión de Víctor Hugo: Genios, astros también de la belleza y de la idea, los hermanos menores de los dioses.

No, ninguna referencia erudita habré de hacer; no me expondré al ridículo queriendo completar, siquiera fuese en pequeñísima parte y fuese siquiera en el más insignificante de sus aspectos, el estudio de esta personalidad estupenda, cuya enorme silueta reclama pinceles de titán y lienzos de gigante; pero, puesto que el deber me obliga a sumar mi débil voz al coro de los ditirambos, odas y panegíricos, permítaseme que al par que nuestros próceres de las letras nos honran honrando la esclarecida memoria del coloso, el humilde catedrático de Literatura coloque en la frente del silencio la deslucida rosa de su verbo.

Lope de Vega, para mí, y perdóneseme esta audacia, no es precisamente el padre del teatro español: es el mismo teatro hecho hombre o, más claramente, el

teatro a través de un hombre en quien la farsa se concreta. Él no lo hace, el teatro se hace en él, taumaturgamente, imperativamente, como la semilla se elabora en el surco y el germen, el espermatozoo evoluciona en la matriz. Sus personajes son tan reales, tienen tal y tanta cantidad de alma y de materia, que no parece sino que surgieran ya hechos de ese cerebro portentoso, donde yacían guardados, como encantados o dormidos, esperando nada más la ocasión de salir al mundo, para realizar el imperativo, no de su ficticia sino de su efectiva existencia. El espíritu de Lope es como un manantial de vidas (vidas, no expresión o símbolos de vidas); pero no es Lope quien las crea, sino de Lope de quien se desprenden, con una fuerza, con un vigor, con una tan humana verdad que, a veces, se piensa que, fatalmente, aunque Lope no lo hubiese querido, sus criaturas se habrían condensado, formado y animado en él y habrían surgido, a pesar suyo, para trenzar, ellas solas, la trama de su propia y personalísima existencia.

Porque sí, hay en el teatro de Lope un soberano fatalismo: el fatalismo del genio que es arrebatado por el torbellino de su propio sino creador y que, juguete de él, se deja obrar, pensar y vivir por ese sino (sino para Spengler, fuerzas físicas o biológicas para Einstein y Uexküll, naturaleza para Bergson) hasta el punto de que abrumado por la potencia que de él emana, acaba por ser su esclavo, como un coloso que en fuerza de crear gigantes concluyese por verse cercado y dominado por ellos... ¡Si hasta se llega a creer que los personajes lo han obligado a crearlos o a encarnarlos de determinado modo y a seguirlos dócilmente en el desarrollo de sus propias vidas y que, Lope, sumiso al mandato de sus mismos hijos, no ha podido hacer otra cosa que someterse a los imperativos de sus propias criaturas, adelantándose de este modo, tres siglos, a la ficción de Pirandello, cuyos seis personajes andan en busca de un autor!...

¿Lope animador? ¡No! ¿Lope titiritero de marionetas convencionales? ¡No! Lope conciencia, sensibilidad y expresión de todo un mundo que se encarna en él y de él se desprende y en torno de él gira, como las masas cósmicas del mismo sistema planetario. Y claro está que siendo de su alma y de su carne, o mejor aún,

su carne y su alma desdobladas, proyectadas, multiplicadas y fragmentadas en el orbe, su teatro es, no tan sólo español, con serlo tanto, sino humano, intensa, sincera, profundamente humano. De ahí que se le conociera y aplaudiese, lo mismo en el corral de la calle del Príncipe que en las plazuelas de Londres, en la Isla de Francia y en los serrallos de Estambul.

Por supuesto que Lope, según ya dijo, no es nada más el dramaturgo, el comediógrafo, el príncipe indiscutible de la escena. ¡No!, ya sabemos que también Lope es el poeta, el novelista, el narrador, etc.; pero ninguno osará negar que, ante el autor teatral, los otros aspectos de Lope, con ser tan interesantes, resueltan secundarios. En efecto, Lope es, ante todo y sobre todo, el sentido dramático o cómico de la vida; es la vida, pero vista como un juego de personas, como una trama de seres y resuelta en un conflicto de voluntades, de inteligencias, de sentimientos: es decir, la existencia tal como es: teatro, farsa, artificio y realidad, rostro y máscara, llanto y alarido, sonrisa y carcajada; caridad y apetito, instinto y devoción.

Y eso, eso precisamente fue también la vida de Lope: torbellino desatado de pasiones y remanso de dulzura y de paz; amor de arcángel y deseo de bruto; inquietud de aventurero e inmovilidad de estilista. A veces, el espléndido derroche potencial, la lujuria pagana; la locura creadora, soberana, magnífica de un renacentista, y a veces, la fiebre mística, el heroísmo devoto, el sacrificio épico y religioso de un cruzado. Derrochador de goces como un hermano de Rafael; renunciador de bienes como un discípulo del de Asís; austero como un monje de Cluny; sencillo y dócil como un fraile de Citeaux, o inquieto, gallardo, incorregible y fanfarrón como un mosquetero de Luis XIII. Su existencia fue una síntesis espléndida de cualidades y defectos; pero fue, como su obra, sobre todo, una explosión magnífica de fuerza, de belleza, de verdad, en la que la obscuridad del fondo sirve admirablemente para realzar, ora el vigor, ora la gracia del dibujo, y en la que, los defectos mismos, contribuyen a darnos con mayor precisión una idea de la realidad de esa obra, a la que, para ser completamente humana, no

le faltan ni las desigualdades, ni los absurdos, ni las aberraciones, de esta pobre absurda y desigual humanidad.

Tal, en mi humilde concepto, Lope de Vega. Si en el Siglo de Oro del teatro español, Alarcón es, sobre todo, la comedia; Tirso el drama y Calderón la tragedia. Si Tirso hace hombres; almas Alarcón y Calderón, símbolos. Si uno plasma criaturas que obran, otros seres que sienten y el último entes que piensan. Si el teatro es naturaleza y verdad en Tirso; espíritu y ética en Juan Ruiz; filosofía y retórica en Calderón, Lope es, a la vez, comedia, tragedia y drama; sus personajes piensan, obran y sienten por sí mismos y son, ya hombres, ya espíritus, ya símbolos, y al par, en el inmenso tablado de la vida, de la VIDA, no de sus VIDAS, sino de la VIDA DE TODOS, son acción, inteligencia y sentimiento: criaturas, en fin, de carne, hueso y alma, como nosotros, como los españoles del siglo XVII y los de hoy; como los hombres de todos los tiempos y de todos los países.

Ese es, más que ningún otro, el mérito de Lope: la realidad, la universalidad de su teatro que comenzó en su vida, se expresó en su obra y terminó en el vasto escenario del mundo, por donde, adquiriendo aientos propios, hoy van sus protagonistas codeándose con nosotros, para advertirnos, ante el espectro sublime del inmenso creador, que al conjuro de su propia inmortalidad camina también a nuestro lado: “¡Deteneos! ¡Mirad! ¡Ese es Lope! ¡Ese es Lope!”... exactamente como exclamaban ayer los habitantes de Madrid, cuando veían discurrir por las torcidas calles, sencillo, noble y amable a ese gran capitán de los tercios del arte; a ese sublime almirante de los mares del alma; a ese portentoso conquistador de espíritus y de pueblos, que, al igual que Cervantes, y más afortunado que Fernández de Córdoba, Colombo, Cortés, Pizarro y Valdivia, dió a España otro mundo, ¡qué digo! otros mundos, sin haber menester manchar los laureles de su gloria con el polvo de las ruinas, las sombras de la muerte, la sangre de los vencidos y las lágrimas de los explotados!...(1)

(1) Con motivo de la entusiasta celebración del Segundo Centenario del Fénix de los Ingenios, el genial dramaturgo, poeta y comediógrafo Lope de Vega, cupo en suerte, el autor, ser designado para llevar la voz oficial de las Escuelas Secundarias número 4, de la cual, a la sazón, era catedrático de Literatura y de la Escuela Secundaria número 10, de la que era Profesor de Historia.

Con tan honroso motivo, pronunció la humilde disertación que dió forma a este artículo y en la cual trató de apartarse, hasta donde le fue posible, de los moldes eruditos que sirvieran de patrón a los brillantes trabajos literarios que, en tal ocasión, produjeran nuestros más distinguidos literatos.

Por lo tanto, no se exija la precisión, casi matemática, de una biografía perfecta o de una exégesis impecable; no, apréciese esta labor, simple y sencillamente, como la contribución espontánea de un espíritu, que, honda y bellamente impresionado por el genio creador más asombroso de las letras castellanas, trató, a su vez, de reproducir en palabras, un eco aunque fuese de su estado de ánimo.

H. Z.

EL PALACIO DE LAS BELLAS ARTES

DOS SON los sentidos o las direcciones en que se proyecta el ímpetu del ser y el ansia del espíritu, para integrar el universo de sus relaciones y coordinar la efímera miseria del átomo consciente con la total armonía cósmica.

Dos son esos sentidos: profundidad y extensión. Profundidad religiosa que enraíza en el corazón del mundo; que se adentra en los surcos del misterio; que extrae de la entraña de la sombra, los jugos de las hondas verdades o de las sublimes mentiras, para arrojarlos al cielo en ramazones de mensajes bíblicos; en floraciones de evangelios sibilinos; en perfumes de parábolas nazarenas; y extensión dinámica, ávida de horizontes, demoledora de murallas, enigma de límites y fronteras; creadora al par que avasalladora, madre de los descubrimientos y de las conquistas, que ya latigüea con relámpagos de bravura, los lomos encrespados del mar, o ya corona con los laureles del prodigio las testas de las cumbres, para volcar por todas partes el ansia fáustica, la locura aventurera y gambusina de las inquietudes específicas, que, en su afán de moverse, de vaciarse, de expandirse, tras de haber encontrado lento el furioso galope de Mazepa, le arranca sus alas al milagro y se arroja en los atlánticos cerúleos por donde discurren los astros, como rubios e innumerables odiseos!

Mas si en algo tornase evidente este doble movimiento de penetración y extensión; si en algún producto de la acción humana y de la energía psíquica, hácese visible el doble afán de acrecerse en el tiempo y de ensancharse en el espacio (Religión que es eternidad del alma; vida que es infinidad del ente, ¡oh inagotable coordinación biológica de Uexküll!); si en alguna forma del sentir, el pensar y el obrar, tradúcese este anhelo diatónico, es en el arte, que, no obstante

la afirmación del concepto clásico (Taine, Pijoan, Reinach) no es independiente de la actividad religiosa, ni mucho menos antagónico a ella, sino antes bien, su consecuencia, o mejor aún, una manifestación más humana, menos trascendente, más sensual o material de la esencia religiosa; otra exteriorización u otro modo de concretarse de esa sublime fuerza arcana que viniendo de quién sabe qué recónditas profundidades del universo, a través de la criatura efímera y por medio de sus recursos deleznable, tiende a traducir el ritmo cósmico que si, desnudo de toda vanidad, es lino de plegaria en labios de Francisco, puede ser también perfección y elegancia en los mármoles áticos, misterio en las penumbras de Ostade, gracia en las fantasías de Gentile, dulzura en los paisajes de Hobbema y místico arrebatado en los delirios pictóricos de Theotocópuli!...

¡Sí! el arte, y sobre todo el arte de la piedra en función arquitectónica, es el supremo exteriorizador de la afirmación extensa del ánimo y del sentido profundo del espíritu, pues, a mayor intensidad espiritual, mayor potencia estética y a mayor expansión específica, menos arte y más artesanía; menos belleza y más utilidad.

Y no podía ser de otro modo: el afán dinámico de desplazarse, de andar, de correr, de volar; el afán de extensión no construye, ni tiene tiempo de construir; su fin es avanzar sin descanso, sin tregua, siempre avanzar, no importa a dónde se vaya ni cómo se vaya: avanzar, avanzar, nada más, aunque el límite sea el de Artzybasheff. Si alguna vez construye, es de prisa, es decir, mal y sólo para hacer acopio de nuevas fuerzas; para apuntar la nueva ruta; para tender los hilos invisibles de la nueva dirección. En cambio, el afán de profundidad, sí construye y construye bien; construye paciente y admirablemente, porque sabe que la virtud suprema es la inmovilidad corpórea, en la que se conjugan —¡Oh Buda!—, todos los movimientos del espíritu; todas las trayectorias del alma; todos los caminos del mundo; todas las velocidades del ser. ¡Correr! ¡Volar!... ¿Para qué? si quien se crucifica en la beatitud, y se anonada en la humildad y se arrodilla en la columna del panfletario o se reposa en el éxtasis del iluminado, desarraigase de la carne,

libérase de la arcilla, emancípase de la gravedad biológica y no ha menester de ruedas, ni de hélices, ni de motores, ni de alas, por que todo él es expansión de desinterés, ímpetu de caridad, vuelo de perfección, perfume de misericordia, hálito de pureza y esencia de verdad.

De ahí que el espíritu religioso haya sido siempre creador de arquitecturas formidables, no sólo por la grandeza externa, sino por el “pathos” invisible que las anima. Es más, por eso para los que encontramos siempre un fondo religioso en todo primitivo o trascendental movimiento estético, las pirámides de Egipto no son únicamente los monstruos productos de la vanidad faraónica que con la servidumbre, el hombre y la vida de millares de esclavos trata de extender, a través de los siglos, la sombra de su poder con la sombra de los túmulos enormes. No, para los que así pensamos, en esas moles inconmensurables, al igual que en las ruinas de Luxsor, Korsabad, Persépolis, Susa, Palenque y Mitla; en esas fábricas ciclópeas que giban de eternidad granítica la desolación implacable del desierto, más que la expresión de un satánico orgullo hay la angustiosa resonancia del grito de esperanza y de pavor, conque pretende la voz de nuestras supremas desesperaciones, sacudir el enorme, el espantoso silencio que nos sepulta.

¡Proclamar, no que fuimos, sino que seguimos siendo! ¡Demostrar, asociándola a la piedra o inyectándola en ella con la magia del arte, que nuestra vida no fué de ayer, ni es de hoy, sino de siempre, o cuando menos de cuanto dure la entidad pétrea transfigurada por el “hélán” creador, en resucitadora del hombre; en instrumento de la humana redención; en prolongación perdurable, serena y todopoderosa de nosotros mismos, que de ese modo no habremos desaparecido del todo cuando el soplo arcano borre la cadencia y apague la chispa del efímero existir, pues que en la música de las fábricas y en la pitagórica lumbré de las arquitecturas, se quedarán cantando por nosotros los equilibrios de las masas y las euritmias de las formas; y quedáranse alumbrando por nosotros —¡tales los siete soles de las pléyades!—, las siete lámparas maravillosas que, como siete palomas místicas, dejó posadas John Ruskin, en los rosetones de arco iris de las catedrales del medioevo!...

¡Construir bien; edificar con amor, con ternura, con devoción infinita! ¡No agrupar piedras, armonizarlas! ¡No amontonar sillares, acordarlos! ¡Labrar los granitos con primores orfébricos; tallar los mármoles con unciones místicas; pulir los ónixes con delicadezas franciscanas; cincelar con paciencias benedictinas; bruñir, tersar, miniar con suavidades galileas! ¡Erigir las columnas a golpes de corazón, a ímpetus de alma! ¡Dilatar las naves con soplos de esperanza; disparar las cúpulas a empujes de ideal! ¡Enloquecer la materia con nuestra propia locura, para que suba, y suba, y no se canse de subir; y corra por las estrías de los fustes, y trepe a las floraciones de los capiteles, y ascienda por las audacias de las archivoltas, y escale el atrevimiento de las cornisas, y brinque a la osadía de los balaustres, y ya en plena ceguedad de demencia, por las pétreas nervaduras de las torres, enormes y musicales, siga aún subiendo, subiendo y subiendo, hasta afirmar sus fiebres en el vértice diamantino de las flechas donde el día es un colibrí de resplandores y es la noche una libélula de plata!...

¡Construir como Ictinos, como Anthemio de Tralles, como Luzarches y Cambriges y Juan de Challes y Roberto de Croixmort; o como Brunellesco el ciclópeo, Herrera el austero, Ghiberti el lapidario y Mateos el divino!...

Oh, si así construyésemos nosotros que falsificamos hasta la piedra y movidos por una triste urgencia económica, al golpe de oro del cincel preferimos el bárbaro gruñido de la maquinaria, cuyos engranajes sin alma, han substituido a la poesía de los alarifes y a la profusa inspiración de los imagineros!...

¡Si pudiésemos construir así todavía!... ¡Pero no!, que estamos ya infinitamente lejos de esa Pascua Florida de la Piedra, pese a la exposición de Artes decorativas de París y al genio de Von Hoegen, el formidable arquitecto del siglo, que levantara en Hamburgo, como la petrificación de una *Ilíada* oceánica, uno de los más grandes y originales edificios de nuestros días.

¿Cómo pues, no regocijarnos de la magna empresa, galvanizadora del marmóreo e insepulto cadáver del que había sido Teatro Nacional y hoy es Palacio de las Bellas Artes? ¿Cómo no congratularnos de esta aventura digna de

Gilles de Patay, Mauricio de Sully, Sanglier y San Bernardo, el verdadero Papa del siglo XII, cuya elocuencia se materializó en las naves de Pontigny y cuyos dos más grandes sermones habían de transmutarse en las torres de la Catedral de Colonia, que, por encima de la nube de púrpura y lumbre del Renacimiento y más allá del ronco trueno de la Reforma, corona aún el delirio de sus ascensiones con las rosas musicales de Santa Cecilia?...

Sí, aplaudamos esta obra de belleza que es también, por su hondo sentido estético, una pujante obra de cultura, y hagamos votos porque eternamente esplenda, en toda su majestad la grandiosa fábrica de Adamo Boari, donde, más arriba de los mármoles de Bistolfi, Boni y Fiorenzi, y de los broncees de Mazzucotelli y de Querol, rematando la espléndida cúpula que trasunta la silueta bizantina de Santa Sofía, y redimiendo la angustia de nuestra historia, la miseria de nuestro siglo y las tormentas de nuestro cielo, yérguese la fuerza y la gracia del maravilloso grupo de Marotti, en el cual, sobre el capitel que ciñen las musas de la tragedia, la danza, la música y la poesía, el nopal aborigen estiliza una esfera cósmica, que parece desatar el relámpago de sus potencias en el vuelo del águila nativa, cuyas alas no se tienden al horizonte en ansia de abarcarlo, sino que, a modo de los brazos de un delirio, parecen penetrar en el azul, como impetrando, para los infortunios de la Patria, la bienaventuranza de oro de una estrella!...(1)

(1) El autor confiesa, sinceramente, que, en concreto y desde un punto de vista rigurosamente técnico y estético, el Palacio de las Bellas Artes está muy lejos de constituir una verdadera obra de arte, sobre todo, después de las reformas y adaptaciones que si lo hicieron más útil y cómodo, le quitaron hasta la más rudimentaria unidad y armonía. Por eso cree necesario hacer notar que su artículo toma simplemente la magna edificación, como un motivo o un pretexto para desarrollar su tesis de que la arquitectura, síntesis de las artes plásticas, es la expresión más elocuente de la cultura y la grandeza de los pueblos.

H. Z.

EL CONFLICTO ESTUDIANTIL

POCOS movimientos colectivos más apasionantes, más gallardos y significativos que la última huelga estudiantil, si se la considera desde el punto de vista de la masa; y al mismo tiempo, más pobres, superficiales y desarticulados si se la juzga desde el punto de vista de sus líderes que, ya sea por falta de cultura (nunca de generosidad, ¡eso no!) de ecuanimidad o de experiencia, están próximos a echar a perder una de las oportunidades más brillantes que el destino haya puesto jamás en manos de la juventud mexicana, para demostrar a la faz entera del país y del mundo, no sólo que existe como elemento de pasión, de entusiasmo y de justicia, sino como fuerza creadora y como potencia reivindicadora de los más altos timbres del espíritu.

En efecto: si se analiza serenamente el movimiento en cuestión, se verá desde luego, que su carácter es absolutamente crítico, no constructivo y lo que es peor, que carece de toda seria y elevada finalidad, pues, es imposible imaginar siquiera que constituyan una finalidad de clase (ni siquiera de la peor clase social) la serie de peticiones domésticas entregadas al señor Presidente de la República.

Nosotros sinceramente todavía no salimos de nuestro asombro: ¿Cómo, ese es el precio en que se cobra la sangre inocente de esta juventud garrida? ¿De ese modo tan mediocre se tasa el sacrificio heroico de esta pléyade de muchachos dignos de una epopeya de Rostand y de una alegoría de Rudé? ¿La renuncia del conserje, y de toda servidumbre del Palacio de Justicia es lo único que acierta a pedir una multitud sedienta de justicia? ¿Es posible que los gallardos directores del movimiento no hayan encontrado para resolver el problema otra fórmula que esa pobre fórmula, vibrante de pasión y rebosante de resentimientos?

¿Ignoran estos excelentes amigos nuestros, cuyo gesto de virilidad aplaudimos sin reservas, pero cuya torpeza y falta de generosidad, con todo valor censuramos, que cuando la juventud está a la altura de nobleza en que la juventud mexicana se ha encontrado, ellos, como guías de esa multitud, como sus índices, como sus antorchas y sus clarines, obligados están a cristalizar y si es posible a superar la generosidad de la masa, y a extraer de la agitada conciencia colectiva, los ideales luminosos que, convertidos en bandera, han de conducirla a la victoria.

Porque sí, cuantos presenciaron la enorme manifestación estudiantil se dieron perfecta cuenta de hasta qué punto la juventud, mal dirigida, exhibió al par que su poderosa fuerza de grupo, su escasa profundidad de visión, y la pobreza de una pasión que no supo levantarse más allá de las personas y de los polizontes, para dorarse con el divino fulgor de los anhelos redentores. En medio de tanto grito destemplado, de tanto ruido, de tanto sarcasmo y hasta de tanto insulto, ¿dónde estaba la voz unánime, noble y levantada de la juventud?

¿Qué es de jóvenes la risa sana, la ironía cortante y hasta la chacota un poco burda, pero cascabelera y entusiasta? ¡De acuerdo! Nosotros no censuramos esas, después de todo inofensivas manifestaciones propias del gremio, ni mucho menos hubiéramos querido que la manifestación se hubiera convertido en un velorio andante. No, lo que criticamos es que no haya sonado, por encima de esa batahola de carnaval, inmensamente simpática, si se quiere, ese grito sublime del espíritu, esa gloriosa clarinada del alma, que, aun por encima del furor desencadenado de las muchedumbres más crueles, proclaman las más sagradas causas de la humanidad, e impetra por los más santos fueros de la conciencia, como aquellas santas palabras de LIBERTAD, IGUALDAD Y FRATERNIDAD, que vibraran su repique de oro, más allá del rugido de hierro de Francia patética del 89 o como aquella flamígera tríada de LIBERTAD, JUSTICIA Y TIERRAS que iluminara la marcha apocalíptica de las coléricas chusmas zapatistas.

¡Desfilan con el traje de arlequín, al día siguiente de que la generosa sangre de sus hermanos de aulas, había santificado los hierros malditos de los sayones!... ¡No encontrar, ante el atropello otra respuesta que el insulto! ¡Y en vez de levantar el ímpetu del alma hasta el evangelio, hacer descender el odio hasta la caricatura y el pasquín!

¿Qué es esto? ¡Olvidan nuestros jóvenes amigos, que como dijo Rousseau: quien contesta una injuria la merece! ¿No saben que el odio es infecundo? Y sobre todo, los flamantes líderes del movimiento, ¿no comprenden que, cuando toda una muchedumbre de espíritus enmudece para escucharlos y se encuentra dispuesta a seguirlos, tienen ellos la obligación sacratísima de merecer, por su cultura, su inteligencia y su bondad, ese sumiso homenaje de la multitud?

Con cuánta razón, el señor Presidente de la República, no encontrando ninguna vasta visión en la lista de peticiones que le hicieron, superó los horizontes espirituales de la juventud, y respondió con un gesto insólito, por su magnitud y significación; con un gesto que es toda una lección de patriotismo y generosidad: el proyecto de la Autonomía Universitaria, que, si entraña graves peligros, y acaso, por lo pronto no alcanza a solucionar la situación creada, por lo menos quita al asunto el aspecto de una mera disputa bizantina, o un palenque de odios y resquemores, y transforma la lista de destituciones y renunciaciones, y el deseo de superficiales reformas técnicas, en algo que bien puede ser la bandera de toda la clase estudiantil.

Sin embargo, como ya lo insinuamos anteriormente, no creemos que el proyecto del señor Presidente, aun aprobado por la Legislatura en las mejores condiciones posibles, resuelva de una manera definitiva esta situación y, para que tampoco se nos tache de críticos exclusivamente, vamos a sintetizar en qué consiste el problema y cuál sería a nuestro humilde juicio la manera de resolverlo.

Pero antes, hagamos la siguiente aclaración: la situación actual, sin bien reconoce como origen inmediato y visible, el conflicto doméstico de los estudiantes de Jurisprudencia, agravado por el salvaje abuso de la fuerza que

levantó en son de protesta y como un sólo hombre a toda la juventud de la República, tiene como causa fundamental el disgusto que desde hace varios años ha venido acumulándose en la conciencia estudiantil por una serie de medidas y disposiciones que la juventud no ha encontrado todavía justificadas y, sobre todo, la inquietud inconsciente casi siempre, pero no escasa de certeras intuiciones de la juventud actual, que no acierta a comprender el porqué de tantas y tantas modificaciones introducidas últimamente en materia educativa, ni tiene una idea clara del fin social o humano para el cual se la forma; ni mucho menos ha podido darse cuenta, por culpa de la ignorancia, torpeza y mezquindad de sus mentores, de su posición en el mundo donde habita; de sus relaciones conscientes con el universo que la circuye y de su valor funcional, no sólo como entidad económico-biológica, sino como ser racional y criatura del cosmos.

Hecha tal aclaración, el principal problema estudiantil, queda reducido a los siguientes puntos:

1°—A una cuestión de índole trascendente que consiste en poner a la juventud actual, al compás del espíritu del mundo y de acuerdo con la conciencia filosófica del instante. Es decir, hay que encontrar el centro esencial en torno del cual gire, se entrecruce y halle su punto de equilibrio, todo el contenido de las múltiples disciplinas en que se divide y subdivide la ciencia universal; y hay que formar, cuando semejante cosa se logre, un nuevo plan, que, a semejanza del comtiano sobre el que Barreda edificó la vieja Preparatoria, sea capaz de abarcar toda la vastedad del espíritu de la juventud de nuestros días que no se conforma ya únicamente con una ciencia seca, fría, calculadora y desarticulada, sino que desea ensanchar la efímera duración de su instante en las llanuras sin límites de los conceptos perdurables, los ideales trascendentes y los anhelos infinitos.

2°—A una cuestión técnica, que estriba en permitir que los estudiantes intervengan de una manera eficaz en los asuntos capitales de su escuela, creando consejos directivos de profesores y alumnos en las escuelas donde no los hay y equilibrando el número de representantes de ambas partes en los planteles donde

estos consejos ya existen; y en resolver de una vez por todas el conflicto creado por las Secundarias; pues mientras estas escuelas siguen un plan simplista de enseñanza cíclica, deficiente y trunca (excepción hecha ¡por supuesto!, en materia de deportes) en la Preparatoria, que es su continuación, se trata de establecer un plan de enseñanza intensiva, lo cual produce una desarticulación completa entre estas dos instituciones que deben estar perfectamente relacionadas por cualquiera de estas dos soluciones: I.—O las Secundarias se reincorporan a la Preparatoria, para que todas obedezcan a un mismo plan de cultura **PROGRESIVAMENTE INTENSIVA**, o II.—Siguen, formalmente separadas pero, una y otra ponen de acuerdo sus programas, a la luz de un criterio y una finalidad comunes, con el objeto de que queden perfectamente conectados los estudios de las primeras con los de la segunda y de este modo los estudiantes no sufran las consecuencias de una instrucción impartida sin una visión total o integral de sus necesidades.

He aquí pues, en lo que estriba, fundamentalmente, el problema estudiantil; lo demás: reconocimientos, renunciaciones, destituciones, son sólo incidentes o detalles que nada significan. Y respecto a la Universidad Autónoma: de nada tampoco servirá si no deja totalmente resueltos esos dos puntos fundamentales. Es más, nosotros nos atrevemos a afirmar que autónoma o no, si la Universidad no los resuelve, la Universidad habrá fracasado lamentablemente y con ella los estudiantes y los funcionarios públicos; pero que, en cambio, si tales cuestiones son resueltas, los estudiantes habrán triunfado; los funcionarios públicos merecerán bien de la Patria y, todo lo demás... expulsión del conserje, renuncia de los mozos, destitución del caballerango, etc., lo obtendrá la juventud por añadidura!...(1)

(1) En los momentos en que la juventud de la capital de la República se conmovía profundamente por el salvaje atentado que perpetrara un grupo de esbirros frente a la Facultad de Medicina, con motivo de la célebre huelga de mayo de 1929; cuando la propia sociedad de México hallábase justamente indignada, el autor escribió este artículo, sinceramente decepcionado por la pobreza ideológica y la casi carencia de levantados ideales de los líderes de un grupo cuyo sacrificio exigía mayor nobleza, inteligencia y decisión por parte de sus dirigentes.

¡Quizá inspirado en tales reflexiones y seguramente bajo la presión moral del gremio estudiantil, resuelto bravamente a todo, fue por lo que el entonces Presidente de República concedió a la Universidad Nacional su autonomía... sin que, como se haya dicho y se siga diciendo aún, la hubiesen solicitado entonces los estudiantes cuyos líderes, poco tiempo después, habían de abochornarnos con el espectáculo de sus ambiciones sin límites y su torpe y sucia politiquería de campanario.

Afortunadamente, tras de serias vicisitudes, la Universidad actual ha podido ir saliendo a flote y libre ya de la mafia de negociantes, merolicos, charlatanes, sinvergüenzas e impostores, bajo la recta y enérgica Rectoría del Dr. Baz, hállase al fin en plena marcha progresiva... ¡Qué sea para bien de ella y del pueblo que tiene derecho a recibir los beneficios de la alta cultura, puesto que él es quien de hecho, además, paga la costosa instrucción de los profesionistas!...

Además, los comentarios y consideraciones de éste y otros artículos similares, son de tal naturaleza, que todavía resultan actuales y necesarios para la orientación de la juventud estudiosa de nuestros días. Esa es la razón por la cual incluimos este artículo en nuestra obra. Por otra parte, ello es una prueba más del interés y entusiasmo que hemos puesto siempre en cuanto atañe a los problemas educativos y culturales del País.

H. Z.

CHOCANO Y VASCONCELOS

QUANDO el torbellino de las pasiones desencadenadas deja ciegos de claridad los horizontes del espíritu y desenraiza de las humanas arcillas, lo mismo los laureles de Platón que la higuera de Buda, y hace zozobrar en el mar de los asombros, el ensueño argonauta al par que el milagro de Salamina; cuando la lira órfica cede su puesto al “banjo” hotentote y las selvas sinfónicas de Wagner y Beethoven son arrasadas por la locura de la “jazz-band”; cuando, de la filosofía no parece quedarnos otra cosa que las recetas homeopáticas de Smiles, pues, detrás de Wundt, Bergson, Boutroux, Gassett, y algunos otros, no hemos querido o no hemos podido distinguir la antorcha humana que socorra de luz las rutas mendigas y arrope de calor los corazones harapientos; en este bárbaro minuto en el que hasta nuestras explosiones de regocijo estallan en el “¡HURRA!” sajón, empeñados como estamos en ceñir la frente púnica con las rosas musicales de la lengua; en fin, ahora que más necesitados nos hallamos de ideas nuestras, de personalidades nuestras, de índices latinos o iberoamericanos, capaces de segar los vergeles del día para transfigurarnos con su cosecha de fulgores; ahora, decimos, en este instante, he ahí que dos de nuestros más legítimos valores: José Santos Chocano el poeta y José Vasconcelos el pensador, ruedan de sus pedestales augustos para acudir a una innoble palestra, en la cual, si el uno ha acabado por cobrar los grotescos perfiles del bufón, el otro muestra ya la odiosa silueta del farsante, según las crueles denominaciones que recíprocamente se dedican.

Semejante actitud no puede ser más dolorosa. ¡Disminuirse, una a la otra, estas dos figuras egregias en cuya alta estatura intelectual ha crecido, para hartarse de siglos y de cielos, el vasto continente dorado con la leyenda de Quetzalcoatl

e iluminado con el sacrificio de Atahualpa! ¡Cavarse sus propias tumbas estos Cides Campeadores del verbo que no podrían morir aunque quisieran, puesto que hasta en sus ataúdes estaría cantando y floreciendo la primavera del alma: madre de las rapsodias rotundas y de los diálogos sublimes!...

Befar el pensador al poeta. Insultar el poeta al pensador. Si queréis, quitarse el antifaz uno al otro. ¿Es esto noble? ¿Es digno esto de dos hombres de cuyo ejemplo puede depender la desviación de todo un río de conciencias, de todo un Amazonas de espíritus desorientados, que sólo esperan la parábola de oro de un vuelo taumaturgo para disparar, tras ella, las inquietudes de las alas nómadas y gambusinas?...

¿Habrán reflexionado las dos inteligencias preclaras en la enorme trascendencia de su gesto? ¿No recuerda el poeta que todo gran poeta en el fondo tiene que ser, forzosamente, un filósofo? ¿Ha olvidado el filósofo que todo filósofo es, inevitablemente, un poeta? ¿Pitágoras que “escucha con la mirada” el ritmo astral que se desprende de la geometría de las constelaciones, no es hermano de Homero que desenvuelve la tragedia de Ilión en torno de la belleza de Helena (como mujer, alma y eje de todas las tragedias)? ¿Anaxágoras de Clazomene, que con el índice en el azul y la mirada en el más allá, arrodilla de embeleso la atención de Sócrates, no es digno de caminar junto a Francisco (¡poeta de la devoción!), que, cuando oraba, ponía de hinojos a la Naturaleza?... ¿Platón, el divino, “la abeja ática”, no tiene en la lengua el arpa de Crisóstomo, el de los labios de oro?... En cierto modo, no es Anacreonte la sombra de Epicuro? Y Jesucristo (¡el bardo de la caridad, el filósofo de la misericordia!) ¿no es como el resplandor agrandado y divinizado de la ética que irradiaba ya en la escala del Estagirita, en la pobreza de Diógenes y el estoicismo de Zenón?

¡Qué Chocano y Vasconcelos tienen defectos, grandes defectos, defectos abominables!... ¿Y qué? ¿No sabemos que ambos son de humana gleba; que desgraciadamente y salvo rarísimas excepciones, las cualidades son correlativas de los vicios? ¿Habremos olvidado ya la amarga lección de los Zoilos empeñados en

buscar sólo la porquería para darse el gusto de mostrárnosla? ¿Se habrá borrado de nuestra experiencia la formidable frase con que Mirabeau se defendía de ciertas odiosas (y acaso exactas) imputaciones: “Hay circunstancias en que los hombres más grandes parecen pequeños, pero es de pequeños, juzgar por sus pequeñeces a los grandes”.? ¿Queremos, por ventura, encarnar el símbolo del hombre que vivió su propia doctrina sencillamente porque era hijo de Dios?

¡Que Chocano ha sido la cotorra de los tiranos, el ave lira de los poderosos, el panegirista de los fuertes, desde Doroteo Arango hasta Leguía, pasando por el florentino Estrada Cabrera!... ¿Quién no lo sabe? Pero, ¿quién no sabe también que es muy larga y muy triste la lista de los poetas cortesanos entre los que figuran nada menos que esa pléyade de ingenios que ilustraron la corte del Rey Sol, en los fastuosos tiempos en que Voltaire iba de la corte de Francia a la de Prusia, sin dejar de escribirle a Catalina la Grande?

¿Qué Vasconcelos es... un farsante; que su labor tiene mucho de “fachendosa”, que, como pretende un sublime loro del país que ve con un solo ojo (naturalmente con el que le conviene) que su obra se limita a la publicación de los Clásicos, inútiles para un pueblo de analfabetos y que además de todo eso, esconde detrás de su prestigio lacras vergonzantes y defectos infames?... ¡Puede ser!... Aunque, para nosotros, esta última imputación es tan cobarde que jamás cometeríamos la injusticia de tomarla en cuenta, menos aún cuando Gener, por un lado, Starkenburg, Gide y Marañón por otro, y el más vulgar tratado de psicopatía o psicopatología explican ya o tratan de explicar (esto según el criterio de cada quien) hasta qué punto el desequilibrio físico-psicológico concomitante a toda inteligencia desorbitada o simplemente desarrollada en demasía, puede dar lugar, a su vez, a las desviaciones orgánico-sexuales, puramente sensitivas que culminaron en la tormentosa vida de Oscar Wilde, la espléndida existencia de Leonardo, la dramática de Miguel Ángel (no por esto menos grande paradjista) y en los paraísos artificiales de Baudelaire (poeta magnífico a pesar de “Las Flores del Mal”, o quizá precisamente a causa de ellas).

Mas, ¿es posible que Chocano sea nada más tal cosa para Vasconcelos y que Vasconcelos sea nada más tal cosa para Chocano?... ¿Adónde está entonces esa gran lira épica en cuyo cordaje se ensortijan los relámpagos de “Iras Santas” y enredan sus crines los ciclones de las epopeyas autóctonas? ¿Qué se hizo de esa voz potente en cuyas bravas inflexiones tronaba la rapsodia de los Andes y hasta se oían crujir las envergaduras de los cóndores? ¿El gran órgano del bosque sinfónico, qué se hizo? ¿El viento del Sur que venía cargado de perfumes, dorado de esplendores, irisado de auroras, suntuoso de crepúsculos; el gran viento del Sur que era como una inmensa música errante, rítmica a la vez que kaleidoscópica; el gran viento del Sur, bandolero de paisajes y gambusino de leyendas, qué se hizo?...

¿Y el pensador que abrió estadios y escuelas a la ignorancia de un pueblo que sólo tenía abiertas las puertas de los cuarteles y de las cárceles? ¿El Mecenas que hizo posible el advenimiento de un arte nuevo, que amó tanto a los estudiantes que, en cierta ocasión, fue agredido por ellos con la misma fuerza que les diera? ¿Y el que hizo descender el alfabeto hasta el rincón de los humildes y llevó la escuela hasta los pobres que son los que siembran los surcos y hacen revoluciones sin recoger otra cosa que la infamia y la explotación? ¿Y el filósofo, el filósofo práctico que, habiéndose aventurado en la política (para vivirla según el concepto aristotélico) dió a la juventud de México y de América la sublime lección de HABERSE CONFORMADO CON SU DERROTA, aquí, donde, para resolver el conflicto de nuestras ambiciones sería preciso que hubiera al mismo tiempo 16 millones de presidentes?

¿Este Chocano y este Vasconcelos, no existen?... ¿Sí?... ¿Entonces, a qué insultar la sombra cuando es tan brillante la luz que la proyecta? ¿A qué verle las garras al cóndor si sus alas están plenas de cielos?... ¿A qué buscarle a Zaratustra la serpiente si lleva encima la liberación del águila?...

¿Chocano bufón? ¿Vasconcelos farsante?... ¡No! ¡La juventud de América es demasiado desdichada para aceptar estas mentiras... o estas verdades! ¡La

Verbo peregrinante (1939)

juventud de América no tiene ojos para ver las pústulas ni oídos para escuchar las infamias! ¡La juventud de América, para fortuna suya, no es todavía omnisapiente ni grandilocuente para ser pesimista ni embaucadora; la juventud de América es todavía noble, buena, sencilla y generosa; por eso, terciando en la ingrata lucha, abre, bajo la ancha mirada del sol la ráfaga de su verbo y proclama, con toda la música del peán en sus palabras que, a pesar de todo el lodo que pueda amontonarse en torno suyo, José Santos Chocano, el poeta, y José Vasconcelos, el pensador, son dos auroras gemelas sobre los vastos hombros de los Andes!... (1)

(1) Era la época en que la juventud todavía se apasionaba por las cuestiones intelectuales: La obra de Vasconcelos se hallaba en la plenitud y la infatigable actividad de Chocano se dilataba hasta nosotros, en forma de discursos serviles y de poemas incomparables. El autor era, a la sazón, catedrático en la Escuela Nacional Preparatoria y contaba entre sus discípulos y amigos a jóvenes de la talla de Muñoz, Cota, Kubli, Carrillo, Díaz, Valencia, Rodríguez y Formentí; cierto día, cuando disponíanse a sustentar su cátedra de costumbre, un corro de estudiantes de Leyes y Preparatoria, penetró en el salón, y, unido a sus discípulos, en medio de grandes manifestaciones de entusiasmo, suplicó a quien esto escribe que, como había sucedido en ocasiones similares, trocase la clase en conferencia y pasara al anfiteatro Bolívar para darles su opinión respecto al debatido asunto del poeta y el pensador y orientar en esa forma el criterio de la juventud mexicana.

Como siempre, también, el maestro accedió y pronunció, entonces, la plática que dió forma a este artículo, publicado más tarde en los principales periódicos capitalinos.

H. Z.

LA APOTEOSIS DE URBINA

MOVIMIENTO de reacción contra las formas clásicas, que derivadas del pensador greco-latino (Epístola de los Pisones de Horacio, lógica de Aristóteles, retórica de Cicerón) a través de la Francia de Boileau, llegaron a España con la contribución decisiva de Luzán. Gesto de rebeldía, grito de emancipación, y al par retorno al historicismo, a los viejos solares nativos, a los muníficos surcos autóctonos, el romanticismo, en una locura de imaginación y en un delirio sentimental, hace más de cien años, sacudió el espíritu humano arrastrándolo, de altura en altura, de cima en cima y de estrella en estrella, hasta desasirlo completamente de la férrea gravedad terrena, que por mala que se la considere, tiene que ser forzosamente, el pedestal de todo monumento, el zócalo de toda columna y la torre desde la cual, el ojo humano arroja la escala inmaterial de la mirada, para clavarla, sea en los bajeles azules del viento o en el galeón escarlata del crepúsculo.

¿Escuela literaria, como absurda y sistemáticamente se repite, en cátedras y textos? ¿Simple y brillante, aunque efímera actitud de grupo? ¿Manera, acaso, más retórica que poética de la lírica occidental, con repercusiones correlativas en la América de habla hispana? ¿De ninguna manera! Ya Paul Hazard, fundado en la casi simultaneidad con que se extiende en toda Europa, desde la Península Ibérica hasta Rusia y Polonia, y desde Italia hasta Inglaterra, pasando por los pueblos escandinavos, ha reclamado para el romanticismo una mayor comprensión ideológica; un más vasto límite de tiempo y un más ancho límite de espacio.

¡Y es verdad! El romanticismo no es una escuela literaria, es una modalidad humana; es un aspecto del espíritu que realiza la belleza; más aún y fuera de la

belleza misma, el romanticismo comprende también la filosofía, la sociología, la economía, la historia etc., etc. Es un modo universal de sentir, de comprender y de vivir la existencia individual y colectiva; es una posición del hombre frente a sí mismo, frente al hombre y frente al mundo; y tal modo, tal posición consiste en un egocentrismo que hace que todos los fenómenos individuales, sociales y naturales, giren en torno del ego imperativo y victorioso: el clásico y subjetivo de Fichte, desprendido del espiritualismo crítico kantiano. Por eso, el romanticismo es la apoteosis del hombre en lo individual y del conglomerado en lo histórico; es decir, la glorificación de la unidad y de la personalidad perfectamente diferenciadas, vigorosamente perfiladas hasta el punto de que, para el romántico, no hay nada más grande que nuestra propia tragedia, ni nada más sublime que el momento crítico del drama colectivo.

“Románticos somos, ¿Quién que es no romántico?”, decía en cincelados versos, el elegante poeta de los cisnes. Nada más cierto, porque, pese a las nuevas maneras, al “dernier cri” de las modas contemporáneas, al deportismo lírico, al maromismo y pedantismo literarios de última hora, en el fondo, inevitablemente, desgraciada o venturosa, pero fatalmente, todos somos románticos; todos hemos sido románticos en un momento de nuestra vida, en un instante de nuestro ser; y es natural que así acaezca, puesto que todos, en algún perdido y dorado rincón de la juventud, ¡sobre todo de la juventud! hemos vivido esa angustia divina, ese entusiasmo sagrado o esa ilusión todopoderosa que nos obliga a pensar, o mejor aún, a sentir sin pensarlo, que toda la vida y toda la naturaleza y el universo entero, somos nosotros, nosotros y ELLA (ella individual: la novia, o ella colectiva: la patria) que concierta latido con latido, mirada con mirada, y acento con acento, para realizar ese acorde maravilloso en el que caben, gloriosamente sintetizadas, todas las urgencias del bruto y todos los fervores del arcángel!....

Porque sí; no en vano, romántico es sinónimo de amor, puesto que el amor es la más vigorosa gravedad de la carne y el éxtasis más bello del espíritu; y precisamente por ello, por abrevarse en la fuente del amor que es eterna porque

es la fuente de las eternas lágrimas, precisamente por eso, el romanticismo es perdurable como el amor, y es así como, por encima del bárbaro estruendo de las orquestas modernistas, más allá del férreo rezongo de las hélices supercivilizadas, y más lejos del humo que bostezan las chimeneas y las imbecilidades que eructan las muchedumbres (las muchedumbres, mejor aún, el populacho no el conglomerado, no las masas abnegadas, sufridas y trabajadoras), el romanticismo hace y hará sonar perennemente la melodía del corazón, que es la más humana y la más divina de todas las melodías (razones del corazón que la razón no comprende, ¡oh Kant!) la más humana, sí, porque es fruto de nuestra angustia y flor de nuestra carne y aroma de nuestro ser; porque está nutrida con la suprema verdad de nuestro dolor, de nuestro sacrificio, de nuestra caridad, (Amor: caridad de darse. ¡Oh, mínimo Francisco, oh dilecto Mauclairé!); y la más divina, porque es la expresión del yo de abajo, que va, inconscientemente al yo de arriba; ¡del yo en quien se sintetiza un equilibrio de células, hasta el yo que gobierna una armonía de mundos!...

Prueba de esta aparentemente osada afirmación, constitúyelo precisamente, el justo homenaje que se tributa a nuestro último romántico (¿el último?) LUIS G. URBINA, razón y motivo de este artículo. Prueba más brillante de cuanto llevamos dicho no puede haber. En efecto; mientras, dislocando o aboliendo ritmos, prostituyendo y pisoteando fórmulas, escarneciendo cuanto de grande ha realizado el intelecto humano, en su afán de crear belleza por medio del lenguaje; en tanto que convirtiendo el libro en pasquín, la página poética en cartel de propaganda y la lira en huéhuatl, caracol o chirimía, los poetoides de nuestros días, las señoritas poetisas de nuestra hora, o los formidables cancioneros de chamarra, canana y 30-30, que escriben por deporte, por pose, por conveniencia o autobombo, inútilmente tratan de polarizar hacia ellos la atención pública como cualquier payaso de feria o tiple de carpa, he aquí que la conciencia nacional, en lo mejor, en lo más puro que tiene, se siente íntimamente conmovida, y brillante, y noblemente apoyada por el Gobierno,

yérguese victoriosa y a través de los mares salobres que lo vieron partir con el corazón coronado de espinas y el alma embalsamada de músicas, se ha aprestado a recoger como la más preciada reliquia y el más santo galardón, el cadáver del inmenso poeta nuestro, de ese viejo sublime que fue siempre el más adorable de nuestros niños; de ese auténtico bardo, que sin haber necesitado ascender hasta el pétreo delirio de las cúspides para arrojar la diana de oro de la epopeya, fue un poeta nacional, un poeta mexicano, en la más bella de las acepciones, puesto que fue un poeta triste, amargo y un tanto irónico, como nuestro pueblo; dulce como nuestro cielo; melancólico como nuestra raza.

¡Sí! Urbina no necesitó hablar de México, constante, sistemáticamente, para ser mexicano; no necesitó proclamarse revolucionario para ser un devoto de los irredentos, de los befados y de los caídos; ni hubo menester glosar corridos, ni estilizar rapsodias, ni comentar o urdir anécdotas de vivac, para ser consagrado como un apóstol del proletariado. ¡No! Urbina fue todo nuestro, popular, racialmente nuestro; desde su pobre envoltura física y su color moreno; desde su origen casi anónimo, todo el calvario resignadamente sufrido de su existencia, son nuestros, son, ¡Oh, Doctor Azuela!, de los de abajo; pero no de los de abajo que matan en una soberbia reacción de justicia; sino de los de abajo que cantan en una sublime reacción de perdón!

Con razón, hermanados pueblo y gobierno, en un gesto que mucho nos honra, México entero, glorifica la muerte, a ese enorme poeta a quien, diciéndolo o sin decirlo, todos amamos en la vida.

Conste, pues, que también tenemos héroes blancos, limpios de toda mancha, inmaculados de toda sangre, huérfanos de toda baja pasión. Conste que si se atestan los estadios para ver cómo un par de trogloditas, ante miles de pseudocivilizados, reproducen la vieja, la bárbara lucha de la edad de piedra, también llenamos las vías y las plazas públicas, para exaltar la memoria de un prócer de la inteligencia, en quien, mejor que nadie, se hizo carne el clásico apotegma: “el hombre es un ser que piensa” (Descartes), “el hombre es un ser que

habla” (Cicerón); “el único animal que piensa y habla con belleza y con verdad”, como dijera Unamuno, esa soberana cumbre intelectual de España, el día en que selló sus cátedras en la ilustre benemérita universidad de Salamanca.

Tal la significación de esta apoteosis, ¡Oh dulce “viejecito” de los versos nítidos y suaves como vellón, transparentes y ágiles como arroyuelos!; ¡el de las rimas de gasa, las cadencias de seda y los madrigales de miel!...

Tal la significación de esta apoteosis; y ahora, ¡Oh noble, oh bueno, oh tierno “viejecito”, descansa en paz!... ¡Duerme!... ¡Duerme!... Tu profecía se ha cumplido, pero superada, magnificada: querías que tus huesos reposaran en tu Patria; bella, tierna, melancólicamente, como siempre, lo decías: “pues me habrá de cubrir pesada y fría tierra sin flores, pero tierra mía” y tierra tuya te cubre ya, te envuelve como sudario amoroso, como una inmensa caricia, como un beso infinito; pero, no sin flores, como tú decías; no sin flores, sino antes bien, toda ella transfigurada en rosas; ¡que al contacto de tus despojos radiosos y musicales, hasta la tierra aroma, hasta la tierra canta, hasta la tierra alumbra, porque es la tierra que querías, porque es tierra mexicana, esta bendita tierra nuestra que, si supo de las férreas pisadas de los conquistadores, también supo de las leves pisadas de los misioneros, y que, si se ha sentido desgarrada por el desenfrenado galope de la barbarie que asesina, también se ha sentido acariciada por el tránsito de los sueños que se levantan, de las ilusiones que se remontan, de los entusiasmos y de los ideales que suben de la tierra con toda la sombra dormida entre las plumas y vuelven a la tierra con todas las auroras prendidas en las alas!...(1)

(1) De algún tiempo a la fecha, cuanto poetoide se siente con tamaños para pontificar en cuestiones de arte, ha creído necesario mostrar públicamente su profundo desprecio por los románticos y cuanto trasciende a romanticismo.

Desde luego, no pretendemos en unas cuantas líneas hacer un análisis de semejante absurdo, ni mucho menos, habremos de desarrollar una tesis acerca de lo que por romanticismo se ha entendido y debe entenderse.

Sin embargo, creemos indispensable repetir que, para nosotros, el romanticismo no es exclusivamente el movimiento literario de acción que se inicia en Alemania, teniendo como medula filosófica el subjetivismo de Fichte y que trasciende después a Inglaterra, Francia, Polonia, España, etc., construyendo, según los tratadistas, una vuelta al tipismo de la Edad Media, al nacionalismo o individualismo colectivo de las concepciones jurídicas inglesas.

¡No! Para nosotros, como para Paul Hazard, el romanticismo es más que una simple escuela literaria; es una modalidad espiritual, una posición universal del hombre frente al mundo; un momento del Ego en que el ser se constituye en centro de lo creado y siente y expresa al mundo en función exclusiva de su yo.

Con tal criterio, exaltamos la figura de Urbina, quien seguirá siendo un gran poeta, pese a la pose de nuestros absurdos ultramodernistas, quienes, entre paréntesis, según la sentencia de Díaz Mirón, presto tendrán que rectificarse si no quieren seguir malbaratando su talento en los ensayos y las realizaciones más absurdas.

H. Z.

LA EMANCIPACIÓN DE LA LENGUA

PROHIJADA por la Liga de Escritores de América, acaba de aparecer en las columnas de un periódico la idea, hecha proyecto, de crear un Diccionario Mexicano, capaz de reflejar y regir el proceso lingüístico del país, tan diverso, por varios títulos, al lejano proceso evolutivo del habla hispana, cuyo castellano solar ni siquiera alcanza dar albergue a la acerada lengua del norte o a la sugestiva y nerviosa del Sur de la Península.

Proposición tan importante, no puede menos de merecer la devota atención de cuantos directa o indirectamente se hallan relacionados con el más armonioso, elástico y eficaz vehículo del pensamiento, sobre todo, en este supremo minuto de crisis intelectual en el que las inquietudes de las nuevas generaciones parecen estar dispuestas a encontrar, a todo trance, el centro dinámico-psíquico donde atar, como ráfagas de oro, el vuelo cósmico de sus ideas fuerzas.

Emancipar la lengua de toda influencia extraña; ¿puede haber algo más urgente y trascendental? Seguir, estudiar, reflejar y normar el libre curso del fenómeno lingüístico, de NUESTRO FENÓMENO LINGÜÍSTICO, tan independiente de todo otro fenómeno similar, aunque haya sido su progenitor; ¿puede haber algo más lógico, más racional, más humano y específicamente imperativo?

Porque sí; es verdad; nadie niega que España es la madre común de todas las músicas del verbo hispano; nadie niega que las quillas de las carabelas pautaron de asombros el océano para que escribieran misioneros y conquistadores, sobre la trémula página rayada de estelas, la *Iliada* de bronce y oro en la que resuena la armadura de Cortés entre el perfume melodioso de los sermones de Fray Pedro de Gante, Fray Martín de Valencia y el pobrecito Fray Bartolomé de

las Casas; nadie niega que el relámpago avasallador se deshiló en el arco iris de las miradas nazarenas y que el trueno, abofeteador del silencio, se desgranó en el deshojamiento inmaterial de las plegarias; nadie niega, nadie podría negar semejante cosa; pero, tampoco puede negarse que el verbo de Castilla en los labios nuestros sonó de otra manera y que si el bronce autóctono floreció primaveras rítmicas, esas primaveras amamantadas con las savias nativas, produjeron floraciones donde había tanto de España como de México, pues no en vano la ya anticuada pero en ciertos casos insuperable ley de las adaptaciones espaciales y temporales, aceptó la semilla pero modificó la planta hasta lograr que en la encina armoniosa de Cervantes se posaran las águilas de Cuauhtémoc, los faisanes de Moctezuma y los cenizales de Nezahualcóyotl.

Es decir, mala o buena, mejor o peor, nuestra lengua castellana, resultó y pese a los esfuerzos casi inútiles de las academias sigue resultando distinta, aunque esencialmente similar a su progenitora; y esto, lo repetimos, porque si los gérmenes son idénticos no lo son los surcos, ni los ambientes, ni las capacidades nutritivas de la conciencia o la psiquis de los pueblos, que no accionan ni reaccionan de acuerdo con las más o menos doctas leyes que fijan los eruditos, sino al soplo creador o destructor de sus dinámicas biológicas o sociológicas, y a las veces, al soberano y noble empuje de sus ideales, anhelos y esperanzas.

A centenares de kilómetros de México, a una enorme distancia política y cultural, con una idiosincrasia tan diversa, España no puede, no podrá acaso nunca, a pesar de sus indiscutibles excelencias, regir eficazmente el proceso de una lengua que es nuestra ya, que nosotros y sólo a nosotros toca corregir, robustecer, afinar e iluminar, como llegado a cierta edad, toca al hijo y sólo a él, cuajar definitivamente su destino: un destino que, poseyendo la medula creatriz de donde emanan los caracteres específicos, muestra las transformaciones mesiológicas, bio-psico y sociológicas donde se van afianzando las lentas, pero ineludibles conquistas de los caracteres adquiridos, únicos que, a través de la herencia, hacen posible el ritmo cósmico de las evoluciones.

Encapricharse en seguir negando tal HECHO, persistir en seguir creyendo que un fenómeno tan vital y tan complejo como el de la lengua, puede presidirse y manejarse a capricho desde un gabinete donde se discuten los destinos del verbo (la más alta manifestación del universo inteligente, la esencia misma del mundo y el ser: ¡EN EL PRINCIPIO ERA EL VERBO!...) y se legisla acerca de sus procesos, tal y como se hace con la distribución del tránsito o con cualquier otro problema material de la ciudad urbana; acogerse en plena liberación espiritual y en pleno triunfo espiritualista, a la férrea y absurda omnipotencia del dogma, y sobre todo, desplazar de nosotros el centro directriz para irlo a poner en el otro lado del océano, en el otro extremo de la ruta náutica, en un lugar donde, por mucho que se empeñen, jamás conseguirán sentir, de otro modo que inmensamente amortiguadas, las palpitaciones de un corazón que es nuestro y los aleteos de una lengua que es nuestra ya, por más que en nuestro corazón haya fibras de España y que en nuestra lengua haya músicas de Castilla. Hacer todo esto y disponerse a seguir haciéndolo, ¿no es, por ventura (por desventura, mejor dicho) erigir el triunfo de una observación torpe, cuando no culpable, por encima de la derrota de una necesidad sagrada, avasalladora e ineludible?

Porque sí, es tan sagrada e ineludible la necesidad de poseer una legislación propia, en materia de idioma, que, precisamente por no haber respondido hasta ahora, el Diccionario de la Real Academia Española, a nuestras urgencias, es por lo que el lenguaje en México se ha descoyuntado; pues, encerrado dentro del dilema de: O hablar bien pero artificialmente, o hablar naturalmente pero académicamente mal, el pueblo, la gran masa, el país en síntesis, ha optado por hablar naturalmente, aunque hable académicamente mal; cosa lógica y hasta biológica, toda vez que el peor de los gritos propios enraizados en la propia conciencia y en el propio corazón, vale más y dice más, que la más dulce de las voces extrañas, hijas de sentimientos, voliciones y pensamientos que no se albergue en nuestro espíritu.

¿Qué emancipar la lengua de España sería una ingratitud? ¡Imposible! Entonces lo mismo se habría objetado cuando legislamos para nosotros e hicimos nuestra Carta Magna, en cuyo texto, con mayor o menor acierto, tratamos de dar una norma a nuestras necesidades y aspiraciones.

¿Qué no es lo mismo que otra? Ciertamente, como que la emancipación de la conciencia colectiva es mucho más importante que la emancipación político-social. Pero, precisamente porque aquélla es de más significación que ésta y precisamente porque tal emancipación es un HECHO consumado a través del siglo que llevamos de vivir políticamente alejados de España, sufriendo influencias sociales, intelectuales y materiales más fuertes que las de España (las de Francia y Estados Unidos, por ejemplo), por eso y sólo por eso, si se quiere desatender a otras muchas razones de la misma fuerza, ya es tiempo de que, sin dejar de ser españoles en la medula de nuestra psiquis (¿no seguimos creyendo, no seguimos cantando y orando como España?) seamos también nosotros; mezquinos o grandes, pero nosotros, dueños de nuestras excelencias y nuestras lacras; definitivamente poseedores de nuestra vida, nuestro destino y nuestra responsabilidad.

PRINCIPIO DE AÑO

*U*N AÑO MÁS. Otro límite de tiempo, cuyo contenido no sólo debemos llenar con nuestros mejores deseos y con nuestros más nobles propósitos, sino con nuestro decidido empeño de mejorarnos y de cumplir con la tarea que a sí mismos debemos señalarnos.

Un año más, para la computación exterior del tiempo; desgraciadamente, un año menos para nuestra propia vida.

En verdad, no es el mundo ni el Universo los que acaban, sino nosotros los que acabamos en el Universo y en el mundo. Criaturas efímeras, pasamos según la expresión poética, como las nubes, como las alas, como las sombras, y por encima de nosotros, más allá de nosotros, queda la vida eterna, victoriosa, y triunfante, en sus múltiples manifestaciones, y el orbe persiste, realizándose perpetuamente, bien sea, en la evolución creadora como afirma el ilustre filósofo francés, o mejor aún, en la creación evolutiva, como afirma el más eminente de los pensadores mexicanos.

Pero, efímera y todo, la criatura humana puede dejar tan hondas huellas de su existir, que compensa con la profundidad de sus actos, la brevedad de su tránsito sobre la superficie de la tierra. Menos extensos, pero más profundos en el tiempo y en el espacio, los hombres estamos obligados, a través del espíritu, a trascender hasta el pasado y a proyectarnos hasta el provenir, sobrevenido a la relativa eternidad de la piedra, que sólo es grande cuando ha sido tocada por la vara mágica del espíritu, como en las transfiguraciones arquitectónicas en que, la materia ennoblecida y sensibilizada por el alma, alcanza las proporciones de libros gigantescos, de verdaderas “Biblias de piedra”, abiertas a la admiración perdurable de los pueblos y al asombro perpetuo de los siglos.

Por eso, porque siendo tan pequeños en la materialidad de la vida, somos tan grandes en el existir inteligente, por eso, debemos obligarnos a intensificar nuestra acción, a multiplicar nuestro empeño, a proponernos cada vez más arduos y útiles problemas, a intensificar la tensión de la voluntad, para que, al desaparecer como entidades materiales, sigamos persistiendo como inteligencia, como pensamiento, como espíritu, en fin, ya sea materializado en obras que beneficien al conglomerado, o ya sea invisible, inasible, inmaterial, en fin, pero innegable, evidente y gloriosamente fecundo, en frutos de sabiduría, flores de belleza y perfumes de bondad, sin los cuales la humanidad no sería otra cosa que un conjunto de bestias más o menos fuertes, más o menos sanas, pero bestias al fin y al cabo, indignas de ser llamadas animales racionales, criaturas superiores dotadas de conciencia, de voluntad, de selecta y honda sensibilidad.

Un año más o un año menos, ¡qué importa!... Lo que interesa es la renovación constante del ser, el mejoramiento continuado del individuo, la nueva carga de voluntad que debemos poner en la vida, para empujarla cada vez más lejos, para llevarla cada vez más alto, para movernos en el sentido ascendente de la escala del estagirita, que comienza en la piedra y sigue en la planta, continúa en el animal y llega hasta el hombre, para elevarse desde el hombre al genio, al héroe, al santo, al apóstol, que son como los puentes sublimes tendidos entre la esfera humana y la esfera divina, según la gráfica afirmación de Wofflin, o que constituyen el peldaño por el que, se pasa del hombre al superhombre y del superhombre a Dios, según la rotunda e incisiva alegoría de Nietzsche.

¿Esperar la ocasión para triunfar? ¡No! ¡Crear la ocasión para triunfar aun cuando la ocasión no llegue nunca!

¿Atisbar la oportunidad? ¿Hacer un llamado a los hados propicios? ¿Implorar la buena suerte? ¿Invocar a la Fortuna? ¿Clamar a los dioses? ¡De ningún modo! El hombre de hoy, más aún que el hombre de otras épocas, tiene obligación de ser el autor de su propia vida, el arquitecto de su propio destino, que dijera el insigne pensador francés, o el escultor de su propia estatua, el tallista de su

diamante espiritual, como bellamente afirmara el poeta latino; el hombre de hoy está obligado, si es preciso, a enfrentarse hasta con él, para afirmarse y afirmar en su triunfo el mensaje positivo de un mundo pleno de optimismo, vigoroso de fuerza y ansioso de verdad y de justicia.

En efecto, lo que principalmente debemos proponernos, es la educación del carácter. Los latinos, los neo-latinos, pero particularmente los vástagos lejanos de la Loba Romana y el León Hispano, descendientes también de la vieja Águila Azteca, somos inteligentes, sensibles para la belleza, capaces de cultura, fecundos en el arte y gloriosos en el ideal, pero, desgraciadamente somos inconsistentes en el trabajo, abúlicos en la vida, desorganizados en la existencia, pobres, paupérrimos, miserables, en la voluntad.

Nuestro más grave defecto consiste en esperarlo todo de lo imprevisto; en pensar que la buena suerte vale más que la buena labor y que un solo instante de fortuna, es suficiente para reivindicarnos de todo un siglo de infortunio.

Por eso, entre nosotros, las religiones han sido más propicias; por eso, nuestra oratoria política está florecida de promesas; de allí que para nosotros valga más el hombre que llega abriéndonos la perspectiva de la tierra de promisión, que el luchador austero, que no nos ofrece otra cosa que las seguridades indispensables para que transformemos el medio en pan y en vida, a costa de nuestro propio esfuerzo.

De allí lo indispensable, repetimos, de formar caracteres, de cultivarlos, de multiplicarlos; de hacer comprender a todos, así sea a los más grandes y a los mejor dotados, que sin carácter, como decía el Sordo de Bonn, “hasta el genio es sólo un ídolo que los tiempos destruyen”.

Hagámonos, pues, en este principio de año, la promesa y la resolución firmísima de ser aptos, pero sobre todo, de ser activos, de ser laboriosos, de ser justos, de ser fuertes... de ser fuertes ¡sí!, es decir, de tener carácter, de no abatirnos ante la desgracia, de no doblarnos bajo la injusticia, de no disminuirnos ni decepcionarnos ante el dolor, sea cual sea y dure cuanto dure; de erguirnos si

se nos abate; de volvernos si se nos persigue; de responder, golpe con golpe si se nos ataca y de triunfar, ¡sí, decidámonos a triunfar, sin esperar a que despunte el día, sino antes bien, haciendo el día con el resplandor de nuestros ideales y de nuestra existencia vencedores!

¡Qué no se insista absurdamente en afirmar que nuestra raza, que nuestros pueblos, son una raza o unos pueblos de soñadores, de contemplativos y de artistas y que nuestro Continente es un Continente de ríos de paisajes y bosques, de poemas y cimas de epopeya!

¡No! Recordemos al mundo que descendemos de cruzados, descubridores y conquistadores; al par que de indios sabios, estadistas y edificadores como los aztecas: romanos de América o como los toltecas, los mayas, los mixtecozapotecas y los tarascos que fueron capaces de crear culturas propias y de fincar imperios prósperos y dilatados.

¡Un año más! ¡sí! pero que sea el año del carácter, que todo lo puede y de la voluntad que todo lo alcanza, eso constituya para nosotros el año que apunta ya en el horizonte como una promesa de mejoramiento, de progreso y de felicidad!

LA SOMBRA DE SHYLOCK

DECIDIDAMENTE la dantesca sombra de Shylock amortaja al mundo americano. Se dijera que una noche de siglos, ciega de estrellas y húmeda de lágrimas, se desploma sobre el contienen maravilloso que desgranaron, como a una enorme rosa de pedrerías, las manos bandoleras del argonauta empeño de Colón.

El filón de Cipango y la veta de Schehrazada se funden por igual en la avidez implacable de la hornalla ignominiosa. Las montañas azules de lago, de cielo, de horizonte, y de leyenda: capiteles de cóndores o pedestales de águilas, sienten pasar sobre su dorso, como un escalofrío, el vuelo famélico de los buitres nórdicos, y atalayan, a lo lejos, el salvaje galope de los búfalos cuyas pezuñas bárbaras, vienen despedazando las estampas de flores y los cuentos de pájaros de las praderas latinas; mientras allá, en el mar lontano y aborigen, en el océano autóctono que despertó a la vida de occidente el grito de Rodrigo de Triana, en el agua doncella que desfloró la proa de la Santa María, en el piélagos formidable, de vórtices por dentro y de ensueños de espuma por encima, como las naves que sobre el bosque de los mástiles y el torbellino de las jarcias, llevan los blancos besos de las velas, hasta allá, en la llanura líquida, la perspectiva se descoyunta con la visión fantástica de los mastodontes náuticos; la distancia se fatiga con el perforador galope de las hélices; el silencio se astilla con el ríspido trote de las trepidaciones, y el viento, ese viento marino que es como la azul y vasta respiración de la selva (Reclus afirma que desde 130 kilómetros se anuncian los bosques del Amazonas con el perfume que dobla los hombros de la lejanía), el propio viento danzarín y nómada se ennegrece las crines con el humo de las chimeneas y se destroza las alas entre los largos colmillos de los cañones.

¡Sueño imposible el de Bolívar!... ¡El cínico evangelio de Monroe, tenía forzosamente que crucificar la música de la Biblia Latina, y el pobre Don Quijote que se había hecho navegante para poner los gorjeos de Dulcinea en los labios de Doña Marina, una vez más hubo de resignarse a la fácil victoria de Sancho, trocado, a la sazón, en presidente de la London y la Plymouth Company de donde descenden, en línea recta, los que mancharon los timbres del Mayflower, y renegaron del prestigio de William Penn...

¡Ayer Panamá; después Nicaragua! ¿Mañana?... ¡Nosotros quizá! Y entre tanto, la eterna esperanza del débil, la eterna indolencia del escéptico, o la pereza eterna y maldita de nuestra idiosincrasia, esperando, tranquila y vergonzosamente, que algún día, por sí sólo se obre el milagro que se anuncia en la promesa del blasón universitario: “Por mi Raza Hablará el Espíritu”.

Porque sí, ante la implacable, ante la irremediable y constante (a veces encubierta y a veces descarada) acometida del judío ¿qué hemos hecho, qué estamos haciendo, o por lo menos, qué intentamos hacer, fuera de las protestas líricas y las manifestaciones fanfarronas? Nada, absolutamente nada efectivo, pues hay que conceder que, pese a nuestra decisión de llegar según la fórmula espartana, sobre el escudo glorioso antes que con el escudo deshonorado, el galope de los tropeles de Jerjes se oye cada día más cerca de nosotros, y el ronco aullido de Escipión, arrojado, como una injuria a las mismas puertas de la Patria, está anunciando al asombro de la justicia burlada y del derecho escarnecido, la próxima realización de “Delenda Est Cartago”, conque Catón el Censor aplastó para siempre la grandeza de los Barcas!...

Y es que, cegados de ira o borrachos de dolor, o criminalmente escépticos, ante la certidumbre de nuestra impotencia, no hemos hallado otra solución que la de esperar y morir cuando llegue la hora de la epopeya, ya que la hora de la victoria no llega nunca para los pueblos débiles, a menos que se reproduzca el milagro de Marathón y Salamina que es el milagro de la fe todopoderosa, al servicio de la belleza, de la sabiduría y de la libertad!...

Sin embargo, de tal manera ha evolucionado la matanza colectiva, que, acaso dentro de muy poco tiempo, hasta el relámpago del sacrificio sea imposible dentro de las futuras luchas físico-químico-mecánicas que, como procedimientos ultracientíficos y a distancias increíbles, anularán el poder del contrario sin permitirle esbozar ni el esquema fugaz de un friso épico, o el olímpico medallón de una metopa.

Esto, naturalmente, aparte de que semejante actitud negativa de víctimas propiciatorias, no sólo no resuelve nuestro problema, sino antes bien, lo agrava considerablemente con la colaboración sumisa que nosotros mismos prestamos al enemigo y con la convicción disolvente y suicida, de que, lo mejor que podemos hacer es: o no hacer nada, o iniciar de una vez desde adentro la intervención, importando modas y costumbres que paulatinamente van modificando nuestra psicología, achatando nuestra mente, deformando nuestro gusto y aplanado nuestra dignidad, como toda esa bochornosa invasión de absurdos y tonterías que inundan ya nuestros espíritus y nuestras ciudades: desde nuestras ridículas copias de los “rascacielos”, las películas yanquis o ayancadas, desde el salvajismo del “Jazz”, los “Quick Lunch”, “Bar Room”, “Grill Room”, etc., hasta los “eventos”, y las “Highs Schools”, a las que concurren nuestros “boys” de pantalones “Balloons”, camisetas “Charleston” y choclos “Brown”, que prorrumpen entusiastas cada vez que se “bate un record”: “!Hip! ¡Hip!... ¡Hurraa!” , exactamente igual a como se grita allá, donde diariamente escucha cada uno de los demócratas ciudadanos, la embustera profecía de las brujas de Lady Macbeth...

¡Absurdo innoble de nuestro rastacuerismo ignominioso!... ¡Esperar pacientemente a que se cumpla la voluntad del fuerte, y entre tanto, en vez de encerrarnos siquiera en el orgullo de nuestra propia personalidad, facilitar nosotros mismos la conquista exterior con la conquista interior del alma, descoyuntando nuestra ideología, embruteciendo nuestra sensibilidad, mecanizando nuestra acción y prostituyéndonos y rebajándonos hasta el punto de estrujar los lyses musicales de la lengua entre los hierros bárbaros de un idioma que ha sido

hecho para anunciar locomotoras, automóviles, máquinas de escribir, zapatos de Boston y jamones de Chicago!...

En cambio, ¿cuándo se ha insistido suficientemente acerca de que la única manera de salvarnos, es realizar entre nosotros el apotegma que fulgura en el escudo de Bélgica? ¿Cuándo hemos emprendido, con una efectividad más perdurable que la de las cortesías diplomáticas, las proclamas y discursos, mensajes y promesas de relumbrón, el positivo, el urgente y salvador acercamiento de los latinoamericanos?

¿Será preciso recordar que conocemos mejor la Historia de Francia que la de la más cercana de las Repúblicas gemelas? ¿Se necesitará sacar a cuento el hecho de que, mientras se atiborran nuestros estudiantes de las minucias más ridículas del diccionario histórico de occidente (para nosotros el sistema ptolemeico de la civilización, que tiene por único centro Europa, sigue siendo el mejor sistema, a pesar de Spengler, Scheller y Keyserling) y en tanto que nuestras juventudes se saben de corrido todos los pormenores de las más insignificantes dinastías de allende el Atlántico, ignoran por completo la génesis de nuestras nacionalidades, y permanecen perplejas ante nombres elocuentísimos, detrás de los cuales se perfilan los más altos hechos y las más nobles hazañas de nuestro mundo?

Y conste que para nada hablamos de ciencia, filosofía y literatura, pues por lo que a esto respecta nos conformamos con Darío, Lugones, Reising, la Mistral, la Ibarbourou, la Storni, Rodó, Montalvo, Ingenieros, Silva, Huidobro, Novión, Palacios, Capdevila, Mariátegui, Viamonte, Gallegos, Güiraldes, de Justo, Rivera, Vigil, Palma, etc., de muchos de los cuales ni siquiera el nombre conoce la mayoría de nuestros pseudocivilizados.

¿No es esto sencillamente bochornoso? Y sin embargo, todos los años el Día de la Raza (?) desbaratamos en peanes de victoria los labios de bronce de la Ilíada continental, proclamando con resonancias homéricas, que América es una sola e inmensa lira de cuyo formidable cordaje de ríos y cordilleras, las manos de Dios arrancan esa cósmica sinfonía que retumba en el “allegro” de

las tormentas: recita en el “sherzo” de las auroras y danza o se arrodilla en el pitagórico “andante” de las constelaciones!...

Semejante farsa debe terminar. Ya es tiempo de que afrontemos con entereza y decisión el problema: leámonos, conozcámonos, hagámonos, en fin, una potente conciencia colectiva a base de comprensión y simpatía: de inteligencia y sensibilidad.

Hinquemos nuestras raíces en el mismo pasado; arrojemos hacia idéntico fin las musicales ramazones de la encina racial. ¡Qué Paraguassú, la de los ojos dulcísimos, pase junto a la Malinche de las miradas inefables, suavizando y embelleciendo –¡tal un bálsamo y un brillo!– el hierro de la conquista! ¡Que Atahualpa vea desaparecer en las entrañas de los galeones el tesoro que trajera el ágil y muelle galope de las llamas; al par que Cuauhtémoc ve con una estoica displicencia, cómo echa flores de lumbre la brasa, para exornarle de resplandores las carnes heroicas, más gloriosas que los leños de los bergantines, contorsionados de dolor sobre el llagado lomo del océano! ¡Qué Caupolicán, el atlante cruce, barriendo campiñas y levantando remolinos de oro, con el selvático follaje de su roble, en tanto que Ilhuicamina, vestido de colibríes y empenachado de ciclones, derriba, uno por uno, los faisanes dorados de las estrellas! ¡Qué Ollanta deshile en sedas de susurros el granito inca, y Nezahualcóyotl desgrane en rítmicas iridiscencias el corazón de músicas de la obsidiana; y que, más allá de la noche de la Conquista (¡alba de la oropéndola de Asbaje!) donde encontramos a Cristo tras de las huellas de nardos de las pisadas de los misioneros, más allá del dolor del coloniaje, infierno del indio y paraíso del encomendero, Hidalgo y Sucre, San Martín y Morelos, Juárez y Bolívar, se yerguen épicamente sobre los pedestales de las cumbres nativas y se queden inmóviles y solemnes ante la devoción de veinte pueblos arrodillados, como mástiles vivos donde se ice, a modo de bandera, el alma de la raza, o como humanas columnas, en cuyo fuste se enreden las flámulas del día y en cuyo capitel se queden prendidas las cabelleras de los soles! (1)

(1) Antes de que Don José Vasconcelos, nuestro insigne apasionado e injusto pensador, enderezara sus ataques esta vez absolutamente justificados contra la filtración del espíritu yankee en nuestra conciencia colectiva, el autor de estas líneas ya había señalado el peligro que implica la invasión pacífica que los Estados Unidos de Norte América están llevando a cabo con la más lamentable eficacia en nuestro País.

Por eso, a pesar de que el anterior artículo tiene el defecto de ser de corte lírico, el autor juzgó prudente publicarlo como una prueba de que la campaña contra el pochismo se comenzó a hacer en México varios años antes de que la iniciara el ilustre autor de la Nueva Historia de México.

H. Z.

LA REFORMA UNIVERSITARIA

*I*NSTANTE duro, amargo, preñado de augurios nefastos y de signos funestos, éste que le tocó vivir a la generación presente, surgida a las lides del pensamiento y a las palestras de la acción, cuando el más cruel de los imperativos nietzscheanos, resucitaba en el viejo mundo el rito sangriento de la danza de las cabelleras, trenzadas, por coros de catástrofes, al lívido resplandor de los incendios, y cuando aquí, en las glebas autóctonas, hervía la noble sangre de nuestros héroes y de nuestros apóstoles, hasta echar a volar el filón de los muertos sacrificios y de los desaparecidos holocaustos, en el oro relampagueante de la más cruenta y sublime de nuestras conflagraciones.

Entenebrecidos los horizontes de la conciencia en el hemisferio que había visto rodar, con el sistema de Comte, una fase de la historia del pensamiento humano, demasiado grande para conformarse con plegar la audacia de sus odiseas al implacable círculo del silogismo en bárbara y de la experimentación de gabinete; y demasiado profundo para conformarse con la reacción espiritualista, pero aún no definitiva ni religiosamente trascendente de Bergson y Boutroux, de Eucken y Fichte. Fracasadas las férreas ideologías que habían endurecido, mecanizado y barbarizado el alma occidental, hoy, sin sus espiritualidades y refinamientos, transfundida en el organismo norteamericano; y conmovida, desde sus cimientos, la absurda y teatral arquitectura de nuestras instituciones; carcomida por el tiempo la ilustre fábrica de Barreda, que completó, o coronó, mejor dicho, la Reforma con la Preparatoria, de donde salían las juventudes con falsas doctrinas, si se quiere (excelentes, en nuestro concepto para entonces) pero con magníficos métodos de pensamiento y de trabajo. Sin medulas filosóficas allá, sin claras orientaciones

aquí, la pobre y desventurada juventud de nuestros días, abrumada por el doble problema que pesa sobre sus hombros (el genérico y el específico: el de la patria y el del mundo), materialmente aplastada por el choque de este oleaje tremendo que le golpea el alma y le muerde, con sus amarguras corrosivas el corazón, no podía menos que escoger cualquiera de los términos o soluciones que fija el destino a quienes viven bajo la sombra de estas épocas atormentadoras y decisivas: el epicureísmo con sus derivaciones principales: la ironía elegante y el sarcasmo plebeyo; el estoicismo con sus corolarios: la indiferencia abnegada y la tolerancia caritativa; y el heroísmo con sus múltiples aspectos y en sus múltiples formas, pero con sus características inconfundibles y gloriosas: la acción incansable, la inquietud invencible, la fe tesonera, el entusiasmo todo poderoso y la esperanza tenaz.

Afortunadamente para la Patria y para ella, esta angustiada y nobilísima juventud nuestra optó por el tercer término, el heroico, y consciente de su sacrificio y de la magnitud de su empresa, decidióse a incrustarse en el rostro la máscara de bronce de la tragedia, antes que embadurnarse las mejillas con el colorete de Arlequín, grato a los sibaritas de todos los tiempos y a los homosexuales de todas las decadencias, que, en plena etapa de transformaciones sociales y económicas, y en plena gestación demoledora y creadora de valores éticos y estéticos, no tienen empacho en proclamar, con sus finos labios pintados, que los jóvenes cultos sólo deben reír y bailar y jugar; que deben tener de la vida un “concepto deportivo”; y que al ronco clamor de los Homeros y de los Esquilos, deben preferir los melodiosos y perfumados gorjeos de los Ganimedes y los Antinoos.

En efecto, no hay más que dirigir una rápida mirada al magnífico espectáculo que nos ofrece la actual juventud metropolitana, para percatarse de que, sobre la gloriosa pero vana alegría de Anacreonte y la noble pero fría conformidad de Zenón, ha preferido destacar el gesto reivindicador del iluso divino que lo mismo puede arrodillar el océano ante el desfile de los tres Rayos Magos de las carabelas, que levantar en los dos brazos de una cruz, todas las angustias y todas las desesperaciones de los hombres!

La Autonomía Universitaria, la Reforma Universitaria, tales las dos conquistas resumidas en una: la última, que prueban nuestras afirmaciones y que cristalizan las ansias renovadoras y las angustiosas inquietudes de nuestros jóvenes e ilustres amigos que, amarga e irremediabilmente convencidos de que jamás descendería de las altas esferas oficiales, el mensaje reivindicador de sus destinos, decidieron al fin a arrancarse el sublime y admonitor mensaje, de la propia alma, del propio corazón, de las honduras más íntimas del ser, que es de donde surgen siempre las luminarias de las cóleras justicieras y los fulgores errabundos de los ideales increíbles!

Y las apretadas falanges juveniles hacen bien; en primer lugar porque, frente a la actitud delicuescente y femenina de los niños bonitos de nuestra literatura, empeñados en confeccionar paradojas y sandeces, como si bordaran pañuelos o elaboraran confituras, erigen su gesto viril y gallardo hombres de lucha, de intelectuales de combate, de adalides capaces de forjar los hierros de la epopeya y empuñar los clarines de la apoteosis; y en segundo y principalísimo lugar, porque demuestran haberse compenetrado perfectamente de la magnitud de su responsabilidad en la resolución del grave problema educativo (hasta el que no ha logrado llegar aún la Revolución, a pesar de que de él depende el triunfo de la Revolución en la conciencia pública) que no pudiendo ser resuelto eficazmente por las supremas autoridades escolares, tiene que ser forzosamente resuelto por quienes diariamente lo viven y lo sufren; por los estudiantes, víctimas expiatorias de todas las deficiencias y los errores de los hombres de cuya atingencia depende su salud espiritual; en fin, por la inmensa y todavía irredenta población escolar que lo mismo que las muchedumbres turbulentas de los pueblos oprimidos, en las grandes horas de la Historia, también tienen derecho a manumitirse, a liberarse con su propio esfuerzo, a amasarse, ella misma, el porvenir que sólo a ella pertenece, y a abrir así, de par en par, a golpes de fe y a ímpetus de sacrificio, las puertas de hierro de la sombra, vanamente acribilladas por los arietes de plata de las estrellas y abofeteadas vanamente por los puños de lumbre de los relámpagos!...

¿Deficiente? ¿Incompleto? ¿En ciertas partes débil, en otras ilusorio? ¡Evidentemente! y no podía ser de otro modo, ya que la grey estudiantil, en este momento supremo de su vida, ha estado casi sola, sin otro apoyo ni otro guía que los de unos cuantos espíritus generosos que han pagado y tendrán que pagar más caro aún, su audacia y desinterés. Precisamente, para el que esto escribe, el defecto mayor de que adolece el magno proyecto de Reforma Universitaria, por lo menos desde un punto de vista rigurosamente crítico, es el fin del proyecto mismo, pues piensa, quien esto escribe, con Sánchez Viamonte, que, más que reformar la Universidad caduca e irremediabilmente fosilizada, hay que CREAR OTRA NUEVA, sobre bases completamente distintas, libre de toda tradición opresora y huérfana de todo prejuicio ancestral; capaz de interpretar las necesidades del presente y de prever e iluminar las urgencias del futuro; ajena por completo a las exigencias oficiales, y a salvo, en absoluto, de las contingencias políticas; pero convenientemente lejos también de los caprichos y los intereses de toda chata burguesía. Es decir, a este respecto, nos parecen mejores las ideas de los jóvenes de la Unión de Estudiantes Pro Obrero y Campesino, brillantes impugnadores del proyecto en cuestión.

Sin embargo, pese a ésta y a otras mínimas objeciones, la Reforma Universitaria planeada, no puede ser de mayor importancia y trascendencia; es más, acaso por el criterio de transición con que está concebida, tenga todavía un valor efectivo mayor, pues, si bien es cierto que en teoría es preferible la actitud radical del pensador Sudamericano, que con tanto entusiasmo compartimos y quien enfrenta valientemente la cultura (obra del espíritu en la vida) a la Universidad clásica (producto de la tradición académica), en la práctica seguramente es más fácil transformar, pero con la condición de rehacerla por completo, una institución que ya existe, que echarse a cuestras el enorme trabajo de formar una nueva institución.

Así pues, colaboremos con todas nuestras fuerzas en la realización de este soberbio proyecto que pone de relieve el noble empuje de una juventud fuerte, consciente y desinteresada. Prestemos nuestro apoyo y otorguemos nuestra

simpatía a este garrido grupo de muchachos, fieles representativos de la única parte todavía sana del conglomerado, y propugnemos porque sus ideales se cumplan plenamente: Que la Reforma Universitaria sea un hecho, sí, que la Universidad se transforme totalmente; que ya no sea un semillero de pedantes y una incubadora de parásitos superiores, togados de vanidad y ayunos de virtud y de un verdadero y noble sentido humano; que extraiga la esencia de sus elevados conceptos, del dolor, del sacrificio, de la abnegación de los de abajo; que la universidad se democratice, en la más pura acepción del término; que se acerque al pueblo, pero no nada más por medio de una labor de extensión a cargo de un departamento organizador de conciertos, exposiciones y conferencias; no, que toda ella tenga como fin principal el pueblo, lo cual no quiere decir que deba prescindir de las altas especulaciones y de los superiores conocimientos, sino antes bien, procurar difundirlos y otorgar sus beneficios al mayor número, empapándolos de amor al semejante, caldeándolos de simpatía al prójimo y alimentándolos con sangre y espíritu humanos, para que no sólo viva en el mundo selecto pero irreal de las abstracciones metafísicas, de las dialécticas escolásticas y las teosofías huera y bobaliconas.

Sobre todo, urge demostrar, ¡oh revolucionarios de verdad! que si la Revolución ha ido hasta los campos a libertar del yugo de los latifundistas a los campesinos; que si ha logrado difundir el silabario hasta las chozas, por medio de las Escuelas Rurales y ha manumitido definitivamente a los siervos de la gleba por medio de los magníficos Centros de Cultura Agrícola; y ha llegado hasta los talleres en defensa del obrero, la Revolución, en un supremo afán de completarse dignamente, también es capaz de penetrar hasta los paraninfos universitarios, para arrojar a los ámbitos todos de la Patria, la gran ola de luz almacenada por unos cuantos privilegiados, y para colocar al fin, sobre la frente sudorosa y ennoblecida de los trabajadores del surco y del taller la aureola de la belleza, el resplandor de la sabiduría, el fulgor de la misericordia, y el pálido pero sublime destello de la eternidad!... (1)

(1) El problema estudiantil de los ciclos, Secundario, Preparatorio y Profesional, sigue siendo, fundamentalmente, el mismo de ayer, o sea de la época en que fue escrito este artículo; por ello y por exponer en él ideas de carácter general y soluciones que aún no han sido realizadas, el autor juzgó conveniente publicarlo. Además del espíritu de este artículo expresa ampliamente, por qué desde entonces el autor se cerró a sí mismo las puertas de la Universidad.

H. Z.

RETÓRICA Y ORATORIA

En el principio era el verbo
y el verbo era Dios.

NO OBSTANTE cierto oportuno artículo del ilustre escritor y orador Herrera y Lasso, aún sigue siendo debatida, con singular sabiduría y atingencia, la arcaica cuestión de las ventajas o desventajas de la oratoria, sobre todo en un pueblo de verborreicos como el nuestro, y pero aún, en un medio tan propicio como la juventud, para el desarrollo de esa maleza intelectual que constituye la vacua y oropelesca palabrería, entre cuyas excesivas espesuras se asfixian las flores de los pensamientos sublimes y se malogran los frutos de las fecundas ideologías.

Sin rechazar, por supuesto, la parte de razón que asiste a quienes muéstranse alarmados por el auge que adquiere entre nosotros la expresión demasiado ampulosa, adornada y retorcida, creemos que, gran copia de sus fatalistas apreciaciones son el resultado de una confusión lamentable: la de la oratoria (que implica elocuencia) con la retórica (que significa artificio), error que incuestionablemente oblígales a identificar al retórico de tribuna, que es una mezcla de recitador, actor y farsante, hijo de la preceptiva y la vanidad, con el orador propiamente dicho, en quien, para que sea tal, necesita realizarse la síntesis admirable del pensador y el artista; el ideólogo y el poeta; la sólida cultura y la vasta imaginación; la tesis medular y la imagen pictórica; en fin: “la razón apasionada” de Mirabeau que implica emoción, inteligencia y conocimiento, y “la proyección de la verdad por medio de la belleza y con un propósito de mejoramiento, de caridad o de justicia” que han encarnado, invariablemente, los más grandes oradores de todos los siglos.

En efecto, si el retórico de tribuna es detestable y peligroso, el orador verdadero es y ha sido siempre digno de todo elogio. Es más, si aplicamos a

nuestro caso el axioma de Michelet: “la elocuencia es el termómetro de la libertad” y si afirmamos con Gambetta que “sólo están mudos los pueblos y los hombres esclavos”, tenemos que aceptar que el orador, en ciertos momentos, es el índice supremo de las libertades públicas; el exponente máximo del progreso político y social y el grito por excelencia de las conciencias manumitidas, que pueden proclamar y proclaman, bella y vehemente, el glorioso mensaje de emancipación material y espiritual.

Y esto es tan evidente, que ocioso nos parece ejemplificarlo. Pero si ello no fuese suficiente para patentizar los méritos, o si se quiere, sencillamente, la utilidad de la elocuencia (¿Será indispensable repetir que toda verdadera oratoria es elocuencia, lo mismo que es simple retórica toda oratoria de oropel?) bástenos lanzar una breve ojeada al pasado: razón del presente e inevitable condición del porvenir y transponiendo los límites del Egipto “esa civilización de oasis” como la llama Worringer, que no tiene voz más que para sus muertos, porque todas sus libertades caminan aherrojadas, por los largos corredores, por los estrechos caminos del sino desesperadamente lineal que le atribuye Spengler; después de abandonar, también las anchas pero silenciosas perspectivas asirio-caldeas, cuajadas de astros, pero yermas de palabras; y de dejar atrás a persas y cartaginenses (guerreros y mercaderes) veamos cómo, en el más alto patético minuto de Grecia, Demóstenes se levanta encarnado, él sólo, todo el dolor, toda la grandeza y la justicia de su patria; y allí mismo, contemplemos cómo la elocuencia de Platón, pone alas de música a las luminosas doctrinas de Sócrates, y a través de los Diálogos, hace llegar hasta nosotros el armonioso espíritu del Maestro.

Luego, evoquemos en la colina de Galilea a Jesús, cuyo divino mensaje, sin la prédica de los apóstoles, ¡Oh Renán!, jamás se habría expandido de Judea, y hagamos especial hincapié en Pablo, sin cuyo verbo nómada, el cristianismo no habría podido ser catolicismo, es decir universal. Después, haciendo sólo un breve descanso ante Cicerón; excelso tribuno que vive una apoteosis oratoria positivamente elocuente: “las catilinarias” puesto que detrás de ellas se yergue la

República, y sin detenernos en la Edad Media, que por encima de la elegante dialéctica de Abelardo, nos muestra las figuras máximas de Santo Domingo de Guzmán, el predicador de las verdades eternas y San Francisco de Asís, el poeta de las caridades inefables; sin escuchar tampoco el estallido de hierro de los sermones de Savonarola, que parecen cruzar de maldiciones el rostro sublime y trágico del Renacimiento, vayamos hasta la orgía de sangre y libertad del 89 y veamos cómo se derrumba la Bastilla, no al empuje formidable de la cólera de las masas, sino ante el golpe de ariete de las deprecaciones de Desmoulines y Mirabeau!...

Y cortando aquí este ciclorama retrospectivo, para que no se nos tache, a nuestra vez, de demasiado retóricos, lleguemos a nuestra época, situémonos en medio de nuestras propias necesidades y veremos cómo y hasta qué punto la creciente socialización de la vida colectiva, la generalización de las organizaciones sindicales, literarias, científicas, económicas, etc. etc., al multiplicar las asambleas, en las cuales el ejercicio de nuestros derechos reclama imperiosamente su expresión verbal, coloca la palabra en lugar preeminentísimo, en primer lugar; ya que ella se ha transformado no sólo en un vehículo de la justicia y la razón, sino en un instrumento de convicción y de interés, con el cual se hacen escuchar nuestros más urgentes e inaplazables imperativos.

Mas si en esta zona de la realidad económico-social, la palabra es de tal valía, mucho más lo es aún en el terreno de la divulgación científica, de la extensión, de la expansión cultural o por lo menos civilizadora o ilustrativa, que parece constituir ya uno de los objetivos principales de nuestra Universidad Autónoma. Por ello hubo de causarnos gran extrañeza, cierto artículo de un eminente intelectual, que rige los destinos de una de nuestras más prestigiosas escuelas; pues, si no es por medio de la palabra, y de la palabra empapada de belleza, al par que de verdad y de emoción, para que sea sugestiva, para que no sólo ENSEÑE sino EDUQUE (“educar, es enseñar con belleza, con verdad y con amor”. “El maestro debe ser más que un sabio, un apóstol y un artista”, dicen

las pedagogías contemporáneas –Key, Cousinet, Bovet, Richard, Mantovani–) no comprendemos cómo va nuestra suprema institución cultural a difundir conocimientos, a saciar curiosidades, a despertar inquietudes y a abrir, en fin, nuevas perspectivas en el espíritu de las masas; ni acertamos a explicarnos, de qué modo van a proceder las misiones evangélicas que vayan de hoy en adelante a “incorporar a la civilización” a tantos parias, que todavía, no obstante venir a través de varios siglos, de tantos trabajos, de tantas angustias y de tantas lágrimas, siguen escuchando las sublimes alegorías de las parábolas nazarenas, que trajeron hasta los más abruptos rincones de América, los labios elocuentes, por emotivos y piadosos, de los misioneros!...

Pero que, aun aceptando la necesidad y hasta la preeminencia de la palabra en nuestro tiempo y sobre todo en nuestro medio, ¿debemos desnudarla de sus galas, despojarla de sus suntuosos atavíos, dando al traste así con un largo y glorioso proceso de evolución lingüística? ¿Qué, a semejanza de otros pueblos que carecen de imaginación y tienen embotada la sensibilidad, debemos privar al lenguaje de toda capacidad emocional, aunque con ello descoyuntemos las características de nuestra idiosincrasia? ¿Que, pese a nuestros antecedentes, étnicos-históricos-literarios, a nuestras gravedades psíquicas, a nuestros imperativos biológicos, sintetizados en aquella lapidaria sentencia de Vico: “la raza, la patria y el hombre están en la lengua”, debemos preferir la expresión escueta, fría, sintética, como una fórmula telegráfica, como una geometría de vocablos o mejor aún, como una suerte de matemática del razonamiento, científica, mecánica, lógica, en fin? ¿Y, por qué? ¿Por qué la expresión del pensamiento debe girar en el eje de acero del silogismo en bárbara, en vez de moverse sobre el pivote de diamante del lenguaje figurado, que es el lenguaje natural de la humanidad, precisamente porque encontrándose más lejos de la gramática (sabio pero arbitrario artificio) háyase más cerca de la realidad, que antes de ser conocida en sus esencias, en sus principios, en sus últimas razones, tiene que ser aprehendida en sus apariencias, en sus manifestaciones cualitativas y formales: génesis de tropos: alegorías y

metáforas, etc.? ¿Por qué hemos de preferir al hombre como entidad lógica y no como entidad estética; como mecanismo de conocimiento y no como proyección verbal de emoción, de pasión, en fin, de sensibilidad? ¿Acaso el conocimiento no es una simple relación de relaciones, de una realidad perpetuamente variable, perennemente inasible, que se nos escapa aún de entre las más tupidas mallas de la observación, la experimentación y la inferencia más estrictas? ¿El mismo hecho científico, no es en cierto modo “creación del sabio” según la contundente afirmación del matemático Poincaré; mientras que el sentimiento es un instinto evolucionado –Freud, Ribot, Baudouin, James, Baldwin, Dougal (1)– que tiene, por ende, una medula vital más profunda, ya que los instintos son nada menos que los resortes biológicos de la existencia?

Ahora bien, ¿qué deben evitarse los abusos de lenguaje demasiado hinchado e insubstancial? ¿Qué debe procurarse que “detrás de cada palabra haya una idea”, que debe exigirse más consistencia a la literatura discursiva de hoy; es decir, que debe tenderse, no hacia la RETÓRICA TRIBUNICIA sino hacia la ELOCUENCIA ORATORIA? ¡Perfectamente! Nada más de acuerdo con nuestro criterio, por más que sea poco menos que una necesidad, pretender que en la inmensa mayoría de personas que tienen forzosamente que hacer uso de la palabra, en un conglomerado donde la acción societaria y socializante multiplica día a día las asambleas, se realice la admirable síntesis de profundidad de pensamiento, riqueza imaginativa y belleza de expresión, que constituye al orador genuino, de cuyo arquetipo, verdaderamente singular, más alejada aún tiene que hallarse la juventud, pues, por razón de edad y de temperamento, es natural que posea más imaginación que cultura y más exuberancia periférica que medula esencial; lo cual no debe ser motivo para que tratemos de acallar sus entusiasmos, ni de estorbar sus nobles ambiciones de iniciarse y perfeccionarse en el ejercicio de una actividad que, a pesar de cuantos defectos puedan encontrársele, constituye en los pueblos como el nuestro, una válvula de escape de formidables fuerzas psíquicas, que de otro modo reaccionarían en forma de

mitotes, peticiones o zafarranchos. No hay que olvidar aquel célebre comentario de cierto canciller inglés; “¿Decís que hace varios días que en plena plaza pública se habla de derrocar al rey? Entonces, no hay cuidado, ¡eso prueba que el pueblo ha quedado satisfecho con saberlo!”...

Y conste que el que esto escribe, jamás ha podido hilar en la tribuna dos palabras, razón por la cual ha tenido que desquitarse escribiendo artículos “demasiado oratorios”, justamente criticados por quienes olvidan que, siendo la literatura escrita una simple proyección gráfica de la literatura hablada, puede y hasta debe tener todas las formas de ésta, inclusive la oratoria; pues de otro modo, si no se debiera escribir artículos como discursos, menos debían admitirse poemas como recitaciones, y tendríamos que rechazar de la literatura, el verso, por demasiado musical y declamatorio.

Así es que, producto de un neófito en la elocuencia, no podrá atribuirse este artículo a una simple reacción defensiva, como pudiera creerse de ciertos ataques lanzados contra la actividad oratoria, por algunos críticos que, encontrándose en el mismo caso del autor, lejos de reconocer las excelencias que no poseen, prefieren resucitar la actitud de la zorra de la fábula, que puso defectos a las uvas para ella inaccesibles, o parecen empeñados en reproducir el gesto de aquel oficial de granaderos de Federico el Grande, que ordenó fuese decapitado el infeliz recluta cuya testa sobresalía insolentemente de la línea de cabezas de los demás!...

(1) “La emoción es la forma psicológica del instinto” Dougall; “La idea de que la vida afectiva, comprendiendo los sentimientos superiores, representa una evolución de los instintos, debe admitirse como una idea general, es una consecuencia natural del evolucionismo” Baudouin; etc.

LA LOCURA DEL TOHTLI

A Emilio Carranza

CUANDO ya había descargado, en las vastas planicies nórdicas, el botín melodioso y perfumado de las floras latinas, en cuyas sedas policromadas se deshojan y desenhebran los arcos iris de la lengua mater, tersada por las manos gorjeantes de Cetina y matizada por los dedos pictóricos de Góngora. Cuando, sobre el cansancio de las brumas septentrionales, había exprimido los múrices tirios de los crepúsculos del trópico y hasta había coronado la escueta audacia de los rascacielos, con las amapolas xochimilcas de las auroras de Anáhuac y había posado en los mástiles de las antenas de Hertz, las cuatro palomas de la Cruz del Sur y la garza de plata de la estrella matutina. Cuando, como una metáfora vagabunda de nuestras cúspides o una sinfonía argonauta de nuestras liras, el intrépido tohtli nativo, dispersando los turpiales de oro del Zodíaco, había llegado hasta el país, donde por encima del coro de espectros judaicos en que parece prolongarse la sombra del 47, amanece aún el alma justiciera de Washington y florece el corazón apostólico de Lincoln. Cuando, con el épico rezongo de los patrios vórtices arrodillado en las alas y con el abanico de nuestros paisajes desplegado en la hélice había, el paladín sidéreo, cerrado el arco del vuelo, más digno que el napoleónico, de sustentar el peso de las victorias y de velar el sueño de los héroes, he aquí que la racha del destino apaga la trashumante estrella del milagro, y en el supremo instante del retorno, mientras el vástago de las águilas trataba de romper a aletazos el nudo de los ciclones y de domar, a golpes de bravura, las gorgonas del misterio, de la horda de relámpagos y truenos de los elementos desencadenados, surge la flecha encendida del rayo que, atravesando por igual avión y nauta, crucifica en una cruz de lumbré la apoteosis del valor

humano y el ensueño divino, y nos arroja, como un germen de asombros, el cadáver flamígero del odiseo, que presto se ve ascender nuevamente, convertido en una enredadera de astros que irisa, con las Mil y Una Noches de sus brillos, el silencio en éxtasis de las cerúleas ramazones!...

¿Victoria de la previsión sobre la audacia? ¿Triunfo del espíritu calculador sobre el alma demente? ¿Saldo insólito –que no lúgubre, ¡eso no!– de un capricho excelso erigido por encima de una reflexión sensata?... ¡Sí! ¡Y qué! ¡Así está bien!... ¿Quién ignora que es la locura de Don Quijote y Jesucristo, la suprema inspiradora y la creadora suprema? ¿Quién no sabe que ella es la única capaz de desorbitar en heroísmos nuestros pavores; de aclarar en bondades nuestros intereses y de arrebolarse en galas nuestras miserias; y que si puede mil veces precipitarnos al fracaso, en los contados, pero definitivos instantes de sus triunfos, pueden también raptarnos hasta los elíseos de los milagros y conducirnos a los inaccesibles mundos del portentoso, donde los ángeles del Beato de Fiésole, forman guirnaldas celestes en torno de las madonas de Giorgione y las vírgenes de Bellini, mientras las mansas criaturas de Benozzo, contemplan con serenidad inefable, a sus hermanas de Luini y Carpaccio que sonríen, imperturbables de dulzura, ante el huracán dantesco de las atormentadas figuras de Lucas Signorelli!...

Mundos de los delirios de la belleza, pero a la vez de los arrebatos de la justicia y las cóleras de la libertad y los transportes de la misericordia, pues que al par de las pictóricas lujurias renacentistas, con más eficacia aún, con más elevada eternidad, con más grandeza, la zarza ardiente de las Bastillas brota en ellos, perfumando de luz el viento que respiran los oprimidos; y en ellos redobla el trueno de las Termópilas que llama a las puertas, chapadas de constelaciones, del infinito, para que se abran al paso de los trescientos heraclidas; y en ellos, por fin –¡locura suprema, suave y divina locura de la caridad!– surge el inefable Rabí de los ojos de arrullos y la barba de seda, que ablanda las rocas con la caricia de sus pasos, unge el ambiente con el resplandor de sus guedejas y pinta en los tules del arrobo, con los pinceles de sus labios y los celajes de sus sueños, los lienzos nazarenos de sus visiones y las acuarelas de músicas de sus parábolas!....

¿La vida en vez de grandeza? ¿La felicidad en lugar del sacrificio? ¿El bienestar por encima del holocausto?... ¡No!, ¡Imposible! Quédense esas tristes disyuntivas para otras razas, para otros pueblos y otros hombres; ¡para nosotros, no! Nuestros imperativos étnicos e históricos nos exigen las vehemencias gloriosas y nos hacen ineptos para las empresas calculadas. Un pasado de delirios nos ha empujado hasta este presente de inquietudes. Exhumemos de su inmensa cripta de siglos la muchedumbre de nuestros pretéritos; troquemos, por un instante, el cementerio de las ruinas en el museo de las leyendas y en la pétreo biblioteca donde pueden leer aún las pupilas de oro de los soles, las *Iliadas* de nuestras epopeyas y los *Paraísos Perdidos* de nuestros desastres, y veremos cómo y con qué fuerza se afirma esta sublime o esta terrible verdad: nosotros no caminamos, saltamos, o mejor aún, volamos como las faláricas ardientes que se abrasan y consumen víctimas de la misma dinámica de su anhelo.

Somos más que de luz, de fuego; de lumbre más que de resplandores. Detrás de nosotros, tres hogueras inconmensurables se yerguen a modo de las tres columnas de llamas que nos guían o de los tres clarines relampagueantes que nos derriban las murallas de las sombras y nos aran *Damascos* de heroísmos y *Vías Lácteas* de eternidad: ¡La hoguera mitológica de la transfiguración de *Quetzalcóatl*; la hoguera estoica del brasero de *Cuauhtémoc*; y la hoguera épica y gallarda de las naves de *Cortés*! Y, después todavía, como trasuntos de ellas o cual brotes ignívomos de esas tres ígneas semillas: la hornalla de la *Independencia*, el incendio de la *Reforma*, y la conflagración perpetuamente maldita, por lo que tiene de sangrienta, y bendita perpetuamente, por lo que tiene de reivindicadora, de nuestras fatales pero santas e ineludibles revoluciones.

¿Calcular? ¿Pesar? ¿Esperar? ¡Imposible! ¡Que esperen otros, nosotros no podemos! ¡Como los héroes de *Mukden*, seríamos capaces de rellenar con nuestros cadáveres el foso que nos separa la victoria, y como el divino *Orión*, dispuestos estaríamos a desdeñar hasta la belleza, nada más para que con nuestros huesos descarnados por la venganza de la diosa y desgranados en estrellas por la piedad

de Zeus, pudiésemos alfombrar de fulgores la senda de los que han nacido con las rebeldías oceánicas en el alma y los ímpetus del Bóreas encadenados en los hombros!

¡Qué admirable, por lo tanto, resulta el símbolo de esta desgracia! ¡Con qué perfección quiso el destino evidenciar los gallardos perfiles de nuestra raza y los nobiliarios trasuntos de nuestra estirpe en la armonía de ese vuelo, hecha pedazos por la carcajada de bronce de la tragedia!...

¡Así! ¡Oh inútil pero altiva aventura de Medina Sidonia, oh fracasada gallardía de Alejandro Fernesio!— así la gesta en marcha de la Invencible, cuyas velas empuja, el ritmo poderoso de las estrofas del Cid, húndese acribillada por las teas corsarias de los brulotes, cuyos ásperos aullidos perforan el noble metal del romance castellano! ¡Así, el clamor de oro de las trompetas galas, que iba, como una nube de gloria sobre la terca y torpe audacia de las caballerías, sucumbe machacado por el hierro del ronco y calculado furor de las trompas británicas, cuando, desde Crecy hasta Azicourt, el rugido del viejo león insular marchita las rosas líricas y aladas de Chanteclair, cuya encendida gola había de prender más tarde sus bélicos tornasoles sobre el casco de Santa Juana y el romanesco yelmo de Bergerac! ¡Y así—afinidad elocuente de las proezas gemelas o de los sinos idénticos— así ruedan, así desaparecen para reaparecer eternizados, esos dos, entre otros tantos alados precursores de Carranza: Nungesser y Coli: los dos bayardos del azul, cuya aeronave, para nuestro afán poético, no parte del aeródromo de Le Bourget, sino de las torres truncas de Notre Dame, que, a manera de dos pétreas encinas como ruisseñores de campanas, disparan a lo alto, como el alma hecha música de Lutecia, el repique glorioso de la odisea del pájaro inmortal!...

¡Salve, pues, oh Emilio Carranza, signo mejor en la muerte que en la vida de tu país; prez y timbre de orgullo de tu Patria! ¡Salve porque supiste luchar, pero, sobre todo, porque supiste morir! ¡Porque supiste morir, sí, pues si exaltando la empresa del iluso almirante, uno de los más elevados poetas de Francia decía que

aunque jamás se hubiese posado en el puño del silencio el gerifalte del grito de Rodrigo de Triana, Cristophoro Colombo habría triunfado, porque nos habría enseñado a sucumbir en el misterio antes que eludirlo, con cuánta mayor razón puede afirmarse tu victoria hoy que con el subitáneo resplandor de tu cuerpo fulminado (¡fulminado, sin duda, porque sólo la cólera o el celo de un Yago estelar pudieron haberte abatido!) nos enseñaste a horadar de llamas, la entraña del abismo y a coronar de arreboles las crines de la tormenta!...

¿Sepultarte?... ¡Sería inútil!... ¡Te incorporarías de la tumba; harías saltar tu ataúd en celajes; convertirías en nimbo tu sudario; y disociando tu carne en vuelos, y dispersando tus células en ritmos, llenarías la vasta llanura etérea, para iluminar a tus hermanos alados y para soplarnos en el oído el secreto de las cadencias cósmicas y dorarnos las miradas con el esplendor de los panoramas astrales! ¡Por eso tu último albergue no será el Panteón sino la azul rotonda; y puesto que para que fuese menos luminosa que la enseña de las estrellas, ardiste tú, como un sol en la bandera de tu Patria, hoy la bandera de tu Patria, se trueca en arco iris para poder envolver tu espíritu disgregado en luz y desgranado en meteoros, que exalta, ante la mirada de los hombres y de los dioses, las esplendideces de la egregia locura Latina, capaz de fundir el hierro de los paladines en las líricas pedrerías de los juglares, y de arrojar al espacio el fragor de nuestras luchas y la sombra de nuestras desgracias, en el paraíso de gorjeos de una alborada de oropéndolas y en el relámpago de tornasoles de un éxodo de colibríes!... (1)

(1) Sabemos perfectamente que la aviación ha pasado de la epopeya al tránsito económico y de la gloria desinteresada al provecho comercial, pero eso no impide que exaltemos la hazaña de quienes hicieron posible el intercambio de intereses, con la inapreciable contribución de su sacrificio, de su ensueño, de su locura o de su audacia.

¡A pesar del Normandie y el Queen Mary, siguen siendo un símbolo las carabelas de Colombo y los veleros de Magallanes!...

JUÁREZ Y EL CREDO JACOBINO

AYER, una vez más, ardió en el altar de la República, la lumbre votiva con cuyo calor se anima el bronce epónimo del zapoteca y en cuyos resplandores áureos se baña aquella firme testa que emergió, por sobre los torbellinos de la guerra de Tres Años, con la misma olímpica serenidad con que emergiera, en la sagrada colina del Acrópolis, el casco de Pallas, al otro día de Maratón, pese al desastre posterior de Anfípolis, a la vergüenza de Siracusa y al inmenso dolor de Queronea.

Y es que, maciza y definitiva como es la figura de Juárez, al igual que la sombra del taumaturgo legendario, se ensancha sobre la llanura del tiempo a medida que los soles de otros falsos prestigios se derrumban, y crece tanto, y tanto se agitan que, como en la hermosa alegoría del anacoreta, la sombra acaba por confundirse con la noche; concluye por ser la noche misma; es decir, una sombra suprema, sin límites, infinita que envuelve al mundo y amortaja el instante, pero en cuyo corazón se encienden y deflagran las mil palpitations de los astros.

Empero, si la silueta del Benemérito es tan vasta, desgraciadamente, por ello mismo, a través del espacio se deforma, se tuerce, descoyúntase, altérase en tales proporciones que, el que definitivamente impasible y soberanamente austero, debía asentar su firmeza gloriosa en los mármoles fríos y perfectos de las convicciones inalterables y los fervores inmarcesibles, muéstrasenos, no pocas veces, como una hoguera roja de odios y crepitante de intolerancias, por obra y gracia del fanatismo patriotero y el jacobinismo desenfrenado (hijos, ambos, de la incultura y la tontería ambientes) que no conformes con escupir de injurias las carnes luminosas de los cristos, tratan de desenterrar los cadáveres de nuestros

grandes muertos, para azotar con ellos el rostro de la Fe (¡sublime proyección psíquica de los de arriba, consuelo insubstituible, única tabla de salvación de los de abajo!) en cuyas alas la gravedad biológica se convierte en vuelo, y en cuya Pascua Florida (¡amanecer de los tristes, aurora de los desamparados!) el egoísmo vital se transfigura!

¿Juárez jacobino? ¿El indio inmovible luciendo la blusa del chicano? ¿El magistrado severo, el lacónico Jefe de la República convertido en un demagogo furibundo, en un Marat que hubiese nacido en Guelatao? ¿El que pudo haber figurado junto a los senadores que el bárbaro tomó por estatuas de la ley, trocado en un agitador de plazuela, o lo que es peor aún, en un propagandista político? ¿El que amarró en el puño de su voluntad sin titubeos, todas las fuerzas, todas las virtudes, todos los ímpetus, todos los resplandores de la Reforma, trepado en el corcel de Mazepa y arrojado, como el torbellino de Atila, sobre la noble anchura de la Patria, donde, junto al oro de la espiga y a la seda musical de la panoja, el indio ve abrirse las rosas galileas que florecieron en la tilma de Juan Diego, y siente los pasos de la Virgen cuya imagen bendijo la Independencia aquella mañana sublime en que, en vez de nacer la aurora, amaneció en el horizonte la libertad? ¿Juárez el justo, el ponderado, el creyente —¡oh insigne maestro Sierra, oh sabio y ecuánime maestro Aragón!— Juárez el símbolo de la Patria, DE TODA LA PATRIA (la de los vencidos y la de los vencedores, la de Arístides el justo y de Temístocles el héroe) transformado en un monigote de partido, en un pelele de facción, en la bandera, el clarín o el fetiche de una turba de descamisados enloquecidos que tratan de reproducir el gesto implacable, pero puro, de Robespierre, cuando no tienen ni la menguada estatura de Fouquier de Tinville?

¡No! ¡Imposible! Permitir semejante fobia patrioter, sería permitir una infamia; infamia de cuyos resultados día a día nos damos cuenta, cuando reparamos en que, a pesar de los méritos y las virtudes indiscutibles del repúblico, por culpa de quienes lo utilizan como arma de odio y de ignominia, buena

parte del país aún le pone reparos, y hasta hay talentos singulares que, en aras de una injusta venganza, sistemática y brillantemente, impugnan y zahieren a él, a quien, sistemática aunque no brillantemente, una turba de gritones de propaganda, toman como pretexto para abofetear la conciencia nacional y escupir el alma colectiva en aquello que tienen de más puro, de más noble, de más bello y de más santo.

A mayor abundamiento, ¿quién que sea siquiera medianamente culto y superficialmente instruido, ignora que hoy más que nunca, el mundo aspira a realizar el axioma de que, la tolerancia flor del genio, según Renán, es fruto de civilización y signo indiscutible de excelsitud moral, intelectual y social? France, Papini, Rolland, Amiel, André, José Enrique Rodó, Gabriela Mistral, Rabindranath Tagore, Ortega y Gasset, etc., desde el autor de la vida de Jesús hasta Guiglielmo Ferreiro, desde el rotundo Richet y el apasionado Vasconcelos, hasta el nórdico Wells y Spengler el escéptico; lo más granado, lo más alto y puro del pensamiento contemporáneo, no es por ventura profundamente respetuoso, no digamos ya de cuanto sacudimiento seráfico ha raptado la miseria humana desde las cavernas trogloditas hasta las flechas de las catedrales góticas, sino de cuanta espiritual violencia ha arrastrado, enteros, a los continentes de las almas hacia los paraísos imposibles y las utopías deleznable, como aquella epopeya mística de las Cruzadas que puso a Europa en marcha rumbo a Jerusalén, o como aquella larga y estoica peregrinación de los ancestros cuyos destinos iban pendientes del pico taumaturgo que ordenaba: “¡Tihuí... Tihuí”... “¡Adelante... adelante!” en tanto se realizaban los augurios proféticos que habían de suspender el vuelo del águila en el islote simbólico, erigido, como un grito de triunfo, en los labios múltiples de las linfas estupefactas!...

Pero, hay más todavía, ¿toda acción, toda idea apasionada, no alcanzan los límites del fanatismo que es el desorbitamiento de la razón calculadora, del pensamiento egoísta y del acto preciso, justo y equilibrado? ¿Grecia no fué el fanatismo de la belleza, de la sabiduría y la libertad? ¿Roma no fué el fanatismo del poder, de la grandeza y de la fuerza? ¿El medievo, no fué el fanatismo del orgullo,

del honor y de la religión? ¿El Renacimiento no fué el fanatismo de la vida, del arte, de la lujuria y de la muerte? ¿Y la Reforma, nuestra Reforma (no al fanatismo racionalista teológico de Calvino y Lutero); la Reforma de acá, no fué, al igual que la Revolución Francesa, un fanatismo libertario, una demencia político-social, una verdadera y sublime locura colectiva que hizo de la justicia, la verdad y la razón, la trinidad de sus teologías y convirtió a Juárez en el mesías de sus evangelios?... ¿Altamirano el tormentoso, el grandilocuente, el apocalíptico, y Ramírez el acerado, el profundo, el implacable, el incisivo, no fueron dos excelsos fanáticos, el uno trágicamente iluminado, a la manera de Dantón y el otro siniestramente lívido, al modo de Voltaire?

¿Qué razón hay, por lo tanto, para combatir un extravío con otro extravío; una fobia con otra fobia; un arrebató sublime con otro sublime arrebató? ¿Qué los creyentes están ciegos por el resplandor de Dios?... ¡Y qué! ¿Acaso los jacobinos no han cegado por el resplandor de la libertad? Sobre todo, ¿qué tienen que ver los unos y los otros con Juárez que no fué ciego sino clarividente y que –voluntad firmísima al cabo y carácter inconmovible al fin– se mantuvo sereno y fuerte en medio de todos los torbellinos y borrascas, como el vértice de la cumbre en cuya solidez aguda se afina la montaña para mejor partir el corazón de la estrella y abrir mejor la entraña del relámpago?...

Héroe cívico, soldado máximo de la República, paladín de la Reforma, Benemérito de América, varón augusto e insigne de la Historia Continental, Juárez, pues, –¡oh jacobinos, oh necios intolerantes!– no debe entrar en la inmortalidad de la mano de una facción, sino de la mano de todo un pueblo, como entran los verdaderos elegidos; como ascienden a la gloria los mimados de los dioses; como han llegado a la eternidad de las consagraciones indiscutibles: Pericles, Krüger, Bolívar: ¡El que plasmó el milagro heleno; el que encendió la epopeya boera y el que, enraizando su alma oceánica en todo el continente, inyectó los espasmos de sus fiebres en las arterias amazónicas e hizo vibrar los nervios de los Andes, con un poderoso, con un esquiliano impulso emancipador!...

MAESTROS: LÍDERES O APÓSTOLES

EN EL NUEVO calendario de celebraciones cívicas que padecemos y con que tanto se regocija nuestra benemérita pereza nacional, sólo hay, para quien esto escribe, tres fechas realmente dignas del panegírico: el Día del Trabajo, universal y pomposamente celebrado en todos los Países de ideas avanzadas; el Día de la Madre, que para los hijos ejemplares es todos los días y el DÍA DEL MAESTRO, acerca del cual he hablado o escrito casi siempre, no sólo porque he deseado precisar quiénes son los maestros, y por lo tanto, a quienes debemos honrar en tal ocasión, sino porque pienso que urge ya determinar, con todo valor civil, cuál es el tipo de maestro a que debemos aspirar, no para exaltarlo en determinados momentos, sino para hacer de él el modelo a que deban ajustar su ciencia, su vida y su obra, cuantos con el más sagrado de los nombres corrompen el corazón de la infancia, malogran el destino de la juventud y en laberintos de absurdos o dédalos de pasiones, tuercen, entenebrecen o prostituyen los altos fines de la humanidad.

En efecto, urge determinar ya, ¿qué es el Maestro, quién es el Maestro? Desde aspectos filosóficos, de filosofía social y de ética colectiva, en artículo anterior publicado hace un año, ya expuse lo que a la luz del más generoso de los criterios tengo yo por Maestro. Sin embargo, urge ahora, desde un plano más modesto y más nuestro, examinar el punto, teniendo en cuenta las especiales circunstancias que operan en esta crisis de los viejos valores, en que los añejos arquetipos ceden su lugar a símbolos nuevos, fundidos en el crisol de nuestras luchas sociales, no con metal de ideas sino con carne, sangre y alma; es decir, no vaciados en moldes y abstracciones metafísicas, sino desprendidos, con brotes de nuestro ser, a la gloria o a la tragedia de un mundo que para bien o para mal,

¡quién lo sabe!, ha substituido las torres de las catedrales por las chimeneas de las fábricas; ha trocado el Clavileño de Don Quijote por el aeroplano de Charles Lindbergh y para convertirlo en signo swástico, le ha doblado los cuatro brazos a la cruz inmarcesible de Jesucristo!...

¿El líder de hoy, que roba sus horas a la cátedra y que convierte ésta en mitin y hace del salón de estudios una sala de discusión: el profesor que abandona su elevado ministerio para “sesionar” según bárbaramente él dice, tal vez porque ya no dispone de tiempo suficiente para aprender gramática; el sublime modelador de espíritus y conductor de almas, que se trueca en el discutidor apasionado y el panfletista sin escrúpulos; el que cambia el desinterés de enseñar por el interés de poseer; el que tasa en pesos y centavos la sangre de sus sacrificios y la carne de sus holocaustos; el que por mejorar las condiciones económicas de su vida, olvida la vida espiritual de los demás; en fin “el trabajador de la enseñanza”, de nuestros días, es realmente el Maestro? ¿Merece este altísimo nombre o es sencillamente un jornalero de la cátedra, un proletario del aula, un simple obrero: albañil, carpintero o mecánico de la Escuela?

Pero, se nos dirá ¿el Maestro no tiene derecho a vivir? ¿No tiene derecho a comer como los demás? ¿Quién puede negarle supremo recurso de agruparse para defenderse de la voracidad de una sociedad implacable? ¿Porque se es Maestro, forzosamente se debe ser pobre, perseguido y humillado? Cuando todos los victimados de ayer se están convirtiendo en hombres libres ¿sólo el Maestro debe permanecer al margen de este movimiento reivindicador; sólo él debe sustraerse a la acción transformadora de este instante en que, viviendo la sentencia de Ihering, los hombres se hacen justicia porque ya no tienen fe en que se les haga? ¿En plena apoteosis del materialismo histórico, querríamos que el Maestro viviese como en la metafísica época de la República de Platón o en los planos abstractos de la Ciudad de Dios de San Agustín o en los limbos inmatereales del Contrato Social de Rousseau o siquiera en el clásico y teórico Estado de Maquiavelo?

¡No! de ningún modo. Quien esto escribe, desea pero no impone el tipo del Maestro Apóstol, aunque éste sea el verdadero, el único Maestro; mas tampoco acepta el tipo de Maestro Líder, porque éste es el menos Maestro que puede imaginarse. Lo que todos quisiéramos es, acaso, un tipo intermedio, es decir, un hombre que viviese nuestra “realidad social”, pero que no olvidase a todas horas y en todas partes, que es, que tiene que ser maestro; o sea que tiene derecho a vivir como el mejor, económicamente hablando, pero que tiene obligación de vivir mejor que nadie en la acepción moral de esta palabra. Que puede y debe agruparse, sindicalizarse, defenderse, formar en las filas del proletariado universal al que pertenece, catalogarse entre los trabajadores con quienes tiene múltiples afinidades; pero que debe agruparse sin perder su dignidad de hombre, que, en todos los casos de su vida, debe ser ejemplo de pureza, de nobleza, de desinterés; que puede y debe integrar sindicatos, pero no enlodándose de pasión, no exhibiendo mezquinas ambiciones; no explotando ideas a la moda, sino dando a sus sindicatos un tono inconfundible de reunión de hombres sabios, buenos, cordiales; que puede y debe desfilar con los obreros; pero de tal modo, con tal gallardía espiritual, con tanta nobleza de corazón, conservando siempre tan dignísima apostura de hombre moralmente superior, que los mismos proletarios, y los propios obreros, se sientan satisfechos de su compañía pues verán junto a ellos, no esclavos manumitidos que imploran el apoyo de los fuertes y se visten de overol para halagar a las masas, sino hermanos mayores suyos en el saber y en el sentir y en el querer, a quienes, confiadamente, pueden encomendarles la formación y educación de sus hijos.

Porque, si con motivo o so pretexto, de adquirir y afianzar beneficios económicos justísimos e inaplazables, los Maestros copian servilmente los procedimientos sindicalistas del “proletario” del campo y del taller, un día acabarán por confundirse con él, sin ennoblecerlo, sin dignificarlo, que es la verdadera misión que corresponde a los maestros en la hora actual.

Por otra parte ¿cómo van mañana a respetar a sus Maestros los niños que los ven rebajar su dignidad por conseguir unos cuantos pesos más y corromper su conciencia por alcanzar tales o cuales prebendas? ¿Cómo van a respetar y amar la niñez y la juventud al que los abandona para ir a discutir sus propios intereses; a quien cambia el orden del Liceo por el tumulto de la Plaza Pública, transforma la Escuela en mercado y no tiene empacho en renunciar a todas las excelsitudes del espíritu y a todas las aristocracias de la inteligencia y a todas las perfecciones del corazón, por merecer el apoyo y el elogio de quienes más lo estimaran y quisieran si el maestro, en vez de rebajarse hasta la incultura, llevara a la incultura hasta las nobles cimas de la sabiduría, de la belleza y de la virtud?

Es que antes, se nos dirá, padecíamos la vergüenza y la humillación de que nuestros discípulos nos vieran extenuados de hambre, corroídos de miseria, con nuestros trajes deslucidos y nuestros zapatos rotos. ¿Sería preciso que volviésemos a ofrecer un cuadro semejante? ¡No, desde luego! ¡Indudablemente que no!, pero, en todo caso, entre la miseria material de antes y la miseria moral de ahora, yo preferiría la miseria de antes. ¡Mendigos, pero con alma luminosa! ¡Limosneros si queréis, pero con el corazón radiante! ¡Cuerpos enclenques, pálidos, prematuramente envejecidos, pero existencias inmaculadas, vidas perfectas, seres sublimes, dignos de merecer ese título que, según he afirmado ya, únicamente corresponde a quien despreció todas las riquezas, todo el poder, todos los honores y sin reclamar uno solo de sus derechos, ni el supremo derecho de la vida, por salvar a la misma canalla que lo befó y atormentó, fue capaz de morir con los brazos abiertos como para abarcar mejor a todos los seres y a todas las cosas, en ansia sublime de estrecharlos eternamente sobre su corazón!

¿Apóstoles? ¡No!, yo no pretendo que los Maestros actuales sean Apóstoles; yo sé que no podrían serlo. Pero tampoco deben ser líderes, si no quieren acabar con la poca fe y el poco amor que todavía tienen para ellos la niñez y la juventud. Algo de Apóstoles aunque sea, y casi nada de Líderes: esa sería la fórmula. Pero si fuese preciso escoger entre este dilema formidable, yo, apoyado no en

la sabiduría pensada y escrita, sino en la sabiduría vivida, en la más humana de todas las sabidurías, diría a los Maestros: Preferid ser Apóstoles, aunque sea un minuto o un segundo en vuestra vida, con la seguridad absoluta de que ese único instante apostólico, enseñaría más a vuestros discípulos que todas vuestras otras horas inútiles de hombres bien comidos, bien vestidos y bien tratados. Y si queréis que la humanidad se salve y aleje los ojos de las llanuras erizadas de cañones o los aparte de los cielos ennegrecidos de aeroplanos, para posarlos en los espíritus iluminados de ideas o en las cúspides coronadas de auroras; si queréis que el hogar sea otra vez lo que ha debido ser siempre: oasis de ternura, fuente de vida, reclinatorio de paz, entonces, ¡oh, equivocados compañeros míos! discutid menos, regatead menos, hablad menos de mezquinos bienestares económicos; de efímeras conquistas materiales, de ampulosas reivindicaciones colectivas, y sin temor al hambre, al dolor, al ridículo, a la ingratitud o a la calumnia, daos todos a vuestros discípulos; ofrendaos todos a la humanidad; sacrificaos, inmolao, bajad hasta los oscuros fondos en que se debate la angustia, solloza la miseria y clama la estulticia; no os sintáis, no os llaméis ya proletarios del mundo, ni obreros de la enseñanza, ni trabajadores de la ciencia; procurad merecer únicamente que os llamen maestros, pues, dentro de este título, caben todos los otros y en ese símbolo están implícitos los más nobles símbolos y ese fue el nombre sagrado que llevaron los que nos arrancaron de las tinieblas de la ignorancia sin arrojarnos a los abismos de la duda; los que nos enseñaron a leer sin inducirnos a odiar; los que nos hicieron encontrar más grande a nuestra Patria, más dulce a nuestra madre, más bella a nuestra historia, más santo a nuestro hogar, y que sin haber tenido nunca un día consagrado a su glorificación, sin honores, sin derechos, casi sin pan y sin amparo, valían infinitamente más que nosotros, fatuos hijos de este siglo mecánico, que vivimos sin grandeza, luchamos sin entusiasmo, sufrimos sin heroísmo, soñamos sin esperanza y enseñamos sin amor! (1)

(1) La exagerada, absurda o mal intencionada interpretación que se ha dado al artículo 3° Constitucional, ha venido produciendo, en la Educación Pública del País, un fenómeno de desorientación, fácilmente apreciable, que amenaza dar al traste con los clásicos y eternos valores morales, sobre los que, forzosamente, tiene que asentarse toda sociedad humana, sean cuales fuesen sus finalidades económicas o políticas.

Por ello y justamente alarmado ante la disolución social que nos amenaza y en vista de la progresiva decadencia espiritual de nuestra juventud, cada vez más fuerte y más sana de cuerpo y cada vez más débil de carácter y corrompida de conciencia, he escrito ya en dos ocasiones, artículos como este, en los que, acaso inútilmente, he tratado de hacer un llamado a quienes son más responsables que nadie del porvenir de nuestra Patria, puesto que tienen en sus manos los destinos de la niñez y de la juventud.

¡Ojalá que mi voz no siembre su semilla en el desierto y que los maestros de México comprendan que en esta hora suprema, por encima de todos ellos mismos, está la colectividad!

H.Z.

LA EPOPEYA DE ORFEO

UNA VEZ más, sobre la hornalla bermeja de nuestras pasiones, el noble laurel olímpico desgrana sus esmeraldas musicales y en plena hondura trágica hace cantar su corazón de liras, como para que nadie dude ya que el árbol de los dioses ha de sembrarse en la tortura humana y que sólo puede elevarse y abrirse en ramazones de rapsodias, la vida que ha enraizado en los infiernos de Alighieri.

En efecto, no parece sino que estamos predestinados a morir y a cantar; a despedazarnos y a deificarnos; a ceñirnos la frente con los pámpanos de Dionisios o a desgarrarnos las sienes con las espinas nazarenas. ¡El Acrópolis ático y las latomías de Siracusa; el Capitolio y la roca Tarpeya; el arco de Tito y las horcas caudinas; Pátmos y el Tabor, en fin, la cumbre de los Apocalipsis y la cúspide de las transfiguraciones, o mejor aún, la aurora de Esmeralda en la noche de Cuasimodo!

¿No es ese el ritmo trágico-lírico de la raza? ¿No son esos los dos tiempos de la pendulación de nuestro sino, que lo mismo ayer que hoy, en nuestro mundo y en nuestra alma, en nuestra geografía y en nuestra historia, no ha sido ni ha podido ser otra cosa que una sublime fiesta de contrastes; un angustiado conflicto paradójico, donde triunfan, a compás, el jade de las águilas y el vidrio de los colibríes; la seda de los vergeles y el granito de las serranías; el cromo de Xochimilco y la pesadilla del Espinazo del Diablo; la estampa de Pátzcuaro y el agua fuerte de Maltrata; mientras en la superficie no menos pintoresca ni quebrada de nuestra vida social, entre la sombra trágica que proyectan las carabelas, donde viene, a través de los mares. ¡Oh Felipe II y Carlos V!, la inmensa noche de España; en el supremo dolor de la Conquista, es decir, desde

el dintel de nuestra nacionalidad, la reciedumbre de la estirpe se ablanda en el regazo de doña Marina, en tanto que el orgullo racial se endurece en la bravura de Cuauhtémoc, y mientras la indecisión de Moctezuma se queda temblando en el símbolo brillante pero inconsistente del penacho, el ímpetu de Ilhuicamina se dispara en la flecha nómada que va ensartando estrellas en el hilo invisible de su ruta.

Y antes aún, en plena virginidad de América, en pleno sueño de la perla autóctona, cuando Chalchicueye, la de la enagua azul iba junto a Xochiquetzal ¡Flor y Pájaro!, diosa de la primavera, o se quedaba sentada con Centeotl, en cuya frente resplandecía la mazorca bendita empenachada con la seda de luz de la panoja... Entonces, en pleno paraíso mitológico, ¿no zigzagueaba el espíritu ancestro, entre el doble imán de sus dioses magnos? ¿No iba y venía la conciencia atormentada, en un formidable balanceo, en un enorme vaivén fúlgido y sombrío, del abismo insaciable del dios devorador al surco creatriz del dios misericordioso? ¿Sobrepasando la muchedumbre selvática de las divinidades menores, no crecen desmesuradamente las siluetas andinas, los perfiles montuosos de Huitzilopochtli y Quetzalcóatl: el Moloch azteca ataviado de huracanes y coronado de relámpagos, de lumbre por fuera y de furor por dentro; y el aborigen taumaturgo empenachado de brillos y enguirnaldado de arreboles, de alma de epifanía y carne de amaneceres?

Y, ya en la síntesis racial que alcanzamos, doblando el cabo tormentoso de un pasado que apenas si se aferra aún al presente, con el indio de la montaña; desde la Colonia (azul de éxtasis de Sor Juana y nívea de candores de Juan de la Cruz) hasta nuestros días, pasando por la alborada de la Independencia y la hoguera de la Reforma, ¿no se reproduce mil veces ese soberbio contraste que pone en la entrada de nuestra historia las dos puertas sublimes: ¡la del Paraíso, de Ghiberti y la del infierno, de Rodin!...

¡Primo Verdad, Quintana Roo, poetas del ideal y de la acción! ¡La Corregidora y Leona Vicario: de suavidades románticas y fortalezas heroicas!... Y el padre

Hidalgo que torna de hierro las azucenas de sus caridades, y que más tarde vuelve de música su espada para dejar cantando la prisión con los ingenuos versos de su despedida!... Y Morelos, cura también como Matamoros, que hace de su sotana una bandera y la pone a flamear, como una antorcha sobre la noche de los oprimidos!...

Más tarde, en la Reforma, ¿quién no ve pasar esa fuerte y sonora falange de luchadores y videntes, estadistas y oradores caudillos y poetas, todos firmes, todos de una pieza como el indio que los rige; todos convencidos, todos hechos, como el picacho de las sierras nativas, para despedazar la tormenta y arrojarla al viento en arco iris, o para quebrar el vaso de la estrella y vaciar en los valles sus mieles luminosas?... ¡Ramírez, Altamirano, Zarco, Lerdo, Ocampo, Prieto, Leandro Valle!... ¿Quién no escucha ese redoble de truenos que al otro día de la batalla se transfigura en seda de susurros? ¿Quién no siente la ráfaga de esos vuelos aquilinos, que, entre victoria y victoria o desastre y desastre, se amarran en el mástil del minuto que canta, para desenhebrarse dulcemente en iridiscencias de prisma o desbaratarse en arreboles de quimera? Y después aún, los que ya están mudos y los que cantan todavía: Don Justo, roble de bronce con frondas de plata y ruisseños de oro; Othón, solemne y brillante como una noche plena de jeroglíficos de estrellas; Nájera, dulcísimo y ágil a modo de una pradera con trinos y con alas; Acuña, apasionado y patético como el amante de Eurídice; y Pagaza el inefable; y Peón, el pindárico; y tantos, tantos otros, hasta ese glorioso príncipe lírico que nos devolvieron los hermanos del Sur escoltado de músicas y amortajado de elegías; lo mismo que ese otro pontífice del verso, cuya palabra va todavía en la nave quimérica, rumbo a la Cólquida celeste de los astrales vellocinos!...

Y López Velarde, el de los tornasoles de ópalo, de tecallis, de chuparrosas y palomas colipavos; y Rafael López, cuyo Pegaso, sangra en oro de rapsodias de peñas de Guanajuato; y González Martínez, fuerte y noble como un árbol que canta; y Tablada, el virtuoso, alma de prisma donde se quiebra en ritmos la

belleza; y Núñez y Domínguez, que de las alas de su estrofa deja caer el botín perfumado de las floras veracruzanas; y Gravioto, hierro de peanes y perla de melodías; y Urbina, de romanticismos beatos y tristezas doncellas; y Teja Zabre, de artistas de crestón y facetas de piedra preciosa; y Pellicer, el joven viento del Sur embalsamado de perfumes y dorado de paisajes; y Torres Bodet, de ensordinados cambiantes de concha perla; y Ledesma, de antañonas y exquisitas esencias coloniales; y González de Mendoza, refinado y perfecto como un orífice benedictino!...

Y sobre todos ellos, suma y síntesis de excelencias, Díaz Mirón: la cúspide musical de nuestras cordilleras sonoras; el índice supremo que, presidiendo el coro sinfónico de nuestros poetas por encima de nuestras tragedias, más allá de nuestros desastres, levanta el alma de la Patria hasta la torre augusta de su testa, para mostrarla, bajo el arco de sus labios olímpicos, al infinito asombro de los cielos y a las miradas de oro de los astros!...

¿Qué acto más imperativo, pues, que la apoteosis del hombre donde la Patria ya es una apoteosis? ¿Qué justicia más urgente que ésta que honrará en un mexicano, la más bella hondura de la idiosincrasia nacional, y exaltará en un hombre una tendencia específica y una sublime cualidad humana?

Porque sí, específica y humana y no sólo nuestra, es la devoción estética que palpita en el mismo corazón de la lujuria, de la barbarie y de la muerte: ¿Alejandro (uno de los más grandes matadores de hombres, según Richet), no va a la conquista del mundo, de la mano de Homero, al amparo de Aquiles, y bajo la sombra inmensa de la *Ilíada*? ¿Los normandos, no se rinden a las seducciones de Lutecia, como los bárbaros se humillan ante los prestigios de Roma? ¿En lo más intrincado de la Edad Media (conservaremos, ¡Oh Spengler!, esta denominación absurda), los juglares, troveros y *minennsinger*, no embellecen los extravíos de los banquetes pantagruélicos? ¿En esa misma Edad, tan calumniada y fecunda, la poesía no se vuelve acción incontenible en las Cruzadas, y no se magnifica en las catedrales, cuyas torres vibran como largos clarines de piedra y cuyas naves

se disparan al azul y cantan, y truenan, y rugen –¡oh agresividad de las flechas, oh pesadilla de las gárgolas!– como sermones de Crisóstomo, lamentaciones de Isaías y exultaciones de Ezequiel?... ¿Los califas del Cairo y de Bagdad, bajo los árboles de pedrería, no presiden las primeras fiestas del poema? ¿Abderramán, el príncipe poeta, no escribe con Mezquitas, palacios y jardines, las Mil y Una Noches de Califato cordobés? ¿No es Acolti, en Florencia, quien obliga a los mercaderes, a cerrar sus tiendas, para ir a ablandar sus avideces con el adorable unguento de las rimas? ¿Más atrás, en los albores de la nacionalidad helénica, no es un poeta y filósofo, Solón, quien esculpe en mármol de sabiduría, la primera constitución de Atenas? ¿Y el Renacimiento –¡lujuria de pasiones y borrachera de bellezas!– que plasma definitivamente el símbolo de sus contrastes, en el sepulcro de Lorenzo el Magnífico, donde a ambos lados del soberbio mecenas puso el genio de Buonarroti, la gracia serena de la aurora y la majestuosa fuerza del crepúsculo?... ¿Y la corte de los Luises? ¿Y Catalina de Rusia, y Pedro el Grande? ¿Y la demencia armoniosa de Luis de Baviera? ¿Y Federico de Prusia? ¿Y, la misma Inglaterra que consagró la más ilustre de sus abadías a perpetuar la memoria de sus espíritus insignes?... Y, los Estados Unidos del Norte; sí, hasta la república enorme y obtusa, ¿no honra con su oro a los ingenios extraños, ya que para su castigo, no tiene ingenios propios?...

Así pues, trabajemos la idea como un diamante glorioso, consumemos el proyecto como la más bella de las hazañas. Que cada quien dé lo que pueda: su chispa, su hoguera, su aurora, y para que pronto arda la República en una inmensa llamarada ¿por qué no se lanzan en una cruzada sublime, a todos los rincones del país, nuestros jóvenes oradores, para desgranar las rosas líricas de la Buena Nueva? ¿Cota, Formentí, Kubli, Sierra, Díaz, Uruchurtu, Moreno Galán, Zapata, Carrillo, todos nuestros efebos elocuentes, por qué no van a encrespar los entusiasmos de las juventudes regionales, haciéndolas converger en el corazón histórico y político de México, las ponen a las plantas del bardo como una selva de espíritus bajo el pendón de la luz de la mañana? (1)

(1) ¡Jamás! ¿Quién no lo sabe?, ha sido honrado en México poeta alguno, como lo han sido nuestros propios escritores en el extranjero... Fué necesario, por ejemplo, que Amado Nervo muriese en la América del Sur, para que ante los homenajes principescos que tributarán las Repúblicas hermanas al cadáver del egregio lirida, nosotros organizásemos manifestaciones públicas y oficiales que sólo sirvieron para confirmar la amarga sentencia: “La gloria es sol de los muertos”.

Pues bien, pocos años antes de que el enorme poeta veracruzano, de que nuestro inmenso vate continental Díaz Mirón dejara caer de sus manos gigantes su lira formidable, estremecida de rapsodias y trémula de estrellas, un grupo de intelectuales mexicanos pretendió rendirle el brillante homenaje a que tenía derecho. Desgraciadamente, la muerte se interpuso entre el hombre y la gloria y cuando México, por primera vez, en su convulsionada historia trataba de honrar espléndidamente, no a un general, ni a un político, sino simple y sencillamente a un escritor, nuestro destino trágico malogró la idea y el estruendo de las ovaciones se trocó en el dantesco clangor de las plañideras y en vez de alzarse sobre la tierra florecida de palmas y laureles, la figura ciclópea de un hombre coronado de auroras, se ahondó la gleba aborigen para recibir en su entraña, el cadáver sagrado del más grande de nuestros poetas.

Sin embargo, quede mi artículo como una prueba de que ya México es capaz de comprender a sus legítimas glorias y que si esta vez no se pudo, otra vez podremos rendir justa pleitesía a quienes han sido capaces de hacer universal el prestigio de la Patria, no en nombre de la muerte, del poder y la fuerza, sino en nombre de la inteligencia y de la belleza eternas.

H. Z.

LA UNIVERSIDAD ACTUAL

*H*ACE MÁS de dos lustros, publicamos un artículo en el que seguramente con tanta deficiencia como decisión, tratamos de afocar la atención pública en un asunto al que entonces no se daba ninguna importancia: el problema de LA UNIVERSIDAD NACIONAL. Años después, en 1931, complementando lo que a este respecto dijéramos, dábamos a la publicidad nuestra serie de artículos acerca del mismo tema, que provocaron no pocos desfavorables comentarios para el autor y hasta una inteligente y honrosa pseudopolémica sostenida contra el que escribe por uno de los más brillantes intelectuales mexicanos, cuyo nombre, desgraciadamente, todavía no conocemos, quien, después de haberse mostrado refractario a nuestras ideas innovadoras, hoy es precisamente uno de los que con más entusiasmo las sostienen.

La tesis desarrollada entonces es, sintéticamente, la siguiente: la por aquellas fechas llamada Universidad Nacional Autónoma, era una institución de corte aristocrático, creada para el beneficio de unos cuantos que explotaban con sus conocimientos a un pueblo que lo sostenía con su sacrificio. Instituto de inteligencias superiores que vivía enteramente alejado del dolor y la ignorancia de los de abajo, a los que no llegaba nunca la dádiva intelectual de los de arriba. Reducto de una ciencia sin amor o de una especulación científica desarraigada completamente de la realidad. Brillantísimo proscenio donde los más excelsos espíritus del país, discutían y resolvían cuestiones abstractas y embrolladas, haciendo verdaderos malabarismos de ingenio; bordando filigranas de ironía y derrochando prodigios de erudición, mientras los desheredados seguían teniendo no sólo HAMBRE Y SED DE JUSTICIA, según la bella expresión

del maestro Sierra, sino HAMBRE Y SED DE JUSTICIA, DE CULTURA Y DE AMOR. En fin, afirmábamos que la Universidad constituía entonces la cristalización de uno de nuestros más grandes y graves errores sociales, y que, o se modificaba completamente hasta ser otra, o para poder existir, incorporábase decididamente al Estado, o, por fin, se convertía en otra Universidad: la que llamamos nosotros UNIVERSIDAD FUTURA, alta como una torre, pero como la torre de un faro cuya luz desgarrase todas las tinieblas y fuese guía de todas las almas y consuelo de todos los desamparos. Una Universidad que sin dejar de acendrar los conocimientos más elevados, hiciese descender el beneficio de la cultura hasta las más humildes capas sociales, no constriñendo, sino al revés, ensanchando su esfera de acción, a manera del sol que cuanto más asciende sobre la línea del horizonte, mejor y más anchamente derrama sobre el mundo la vida hecha luz, calor y belleza.

Pues bien, han transcurrido ya más de diez años desde que el humilde autor de estas líneas abordó tema tan escabroso y apenas hace cinco que publicamos el resumen de estas ideas en nuestra obra: LA UNIVERSIDAD, LA JUVENTUD, LA REVOLUCIÓN, y tras de haber sido rudamente atacado primero y haberse aparentado, ignoramos después, hoy, por coincidencia si se quiere, pero por una coincidencia que en fuerza de ser precisa e irrefutable, resulta inmensamente honrosa, todas o casi todas las ideas por nosotros expuestas, han sido o están siendo hechas carne y vida por la actual Universidad que, con decisión, inteligencia y nobleza ejemplares, se ha transformado por completo, y en vez de continuar siendo la institución aristocrática de alta cultura que era, y lejos de convertirse en una dogmática y unilateral Universidad de Estado, ha acabado por ser, está siendo ya el más alto instituto cultural del país al servicio del pueblo; y esto sin mengua de su libertad; sin detrimento de la altura siempre más excelsa de su pensamiento; sin prejuicio de frecuentar los más gloriosos planos de la especulación científica, sino antes bien, toda ella consagrada a la tarea de saber más para enseñar más; de ser mejor para servir mejor y de conservar los

preciados dones de su autonomía ideológica, sin la cual toda enseñanza y hasta todo mejoramiento económico, político y social no son otra cosa que formas, más o menos veladas, de la esclavitud.

Por eso, el que ayer con tanta justicia como energía, atacara a la llamada por los lideroides de hoy Universidad burguesa; herencia teatral y absurda de un pasado lleno de ignominias; el que ayer señalara, implacablemente, los graves errores del viejo Instituto, al par que tratase de fijar las nuevas rutas de la Universidad futura, hoy, que ve cómo hasta en sus formas disciplinarias la caduca institución ha desaparecido para engendrar con el polvo de sus despojos la Universidad de mañana, con toda entereza, con toda caballerosidad, con todo entusiasmo y desinterés quiere hacer pública su adhesión al nuevo solar de la cultura patria que sabrá ser, en la más generosa acepción de los vocablos, una Universidad del pueblo, sin necesidad de ser una Universidad esclava; que no tendrá que disfrazar su labor tendenciosa con palabras huecas y actitudes falsas; que estando en contacto constante con el proletariado, no hará del proletariado un escudo o un pretexto para despojar a unos, explotar a otros y engañar a todos; que enarbolando, con brazo firme, la bandera roja y negra de las reivindicaciones colectivas, tendrá siempre en alto el glorioso pendón de tres colores (palio de nuestras glorias, sudario de nuestras angustias, aurora de nuestras esperanzas, cielo de nuestras redenciones!) que amortajó los cadáveres de nuestros héroes y que, traduciendo en su pensamiento y en su acción, la inquietud de la gleba aborigen, el dolor y la alegría, la angustia y el ensueño de los obreros del surco y del taller, clave hondamente sus raíces en el corazón de México y en el convulsionado y enorme corazón de América, nutrido con sangre de océanos y lumbre de epopeyas, para que realice, para que haga carne, alma y verdad, la divisa que enciende sus hogueras en el escudo del águila y el cóndor: **POR MI RAZA HABLARÁ EL ESPÍRITU.**

Y conste, ilustre señor rector, que quien tenía razón hace cuatro años al hablar en el palco escénico del Teatro Principal de Toluca, la noche del 18

de julio de 1931, era el que escribe. En efecto, usted bella y elegantemente, afirmó que ante el desastre de los valores morales, el desencadenamiento de los apetitos y el torbellino de las pasiones, a la juventud mexicana sólo le quedaba aislarse estoicamente de la podredumbre que la rodeaba, para resignarse con ir, helénicamente, apolíneamente, cantando su dolor por todos los ámbitos de la patria. Entonces, refutando tal punto de vista, éste a la sazón catedrático de Historia y Literaturas en el glorioso Instituto de Toluca, afirmó vigorosamente, rotundamente, apasionadamente, que ante esa momentánea victoria de la vileza, que en medio de ese desastre espiritual, no era el aislamiento olímpico el que correspondía a la juventud, sino la actitud combativa, el afán de lucha, el espíritu de trabajo; y que, lejos de separarse de la realidad ambiente y de resignarse con ir cantando su dolor por la convulsionada tierra, amarga de lágrimas y roja de sangre, debía caminar altiva, soberbia, asentando reciamente la planta en los propios lodazales, mientras tendía, cada vez con más vigor los brazos a lo alto, para poder, en un supremo afán de entusiasmo y de trabajo, sembrar en el surco abierto en la ignominia y el dolor, por la firmeza de sus propios pasos, el germen luminoso de las estrellas valientemente arrancadas del avaro corazón del cielo.

Pues bien, señor rector, conste que usted mismo ha vivido este evangelio, que entre paréntesis no es nuestro sino de Montalvo, Mariátegui, Viamonte, Vasconcelos y Rodó; y conste que con tesón, con entusiasmo, con energía, talento y cultura que todos le reconocemos, ha logrado usted, superando sus propias palabras de entonces, sacar a flote, recrear, crear nuevamente, con la brillante colaboración de maestros y alumnos, la nueva Universidad actual, ¡Universidad de todos y para todos; porque todos somos mexicanos; porque todos somos humanos, porque todos tenemos derecho al pan y al saber: a la Justicia, a la Ciencia, al Amor y a la Belleza!... (1)

(1) Con tanta profusión y habilidad supo manejar el rector a que alude este artículo, la propaganda en favor de la Universidad que, ingenua y caballerosamente, el autor de estas líneas, creyó de su deber aplaudir la labor del propio tribuno que en otra ocasión, justificadamente, fuese objeto de sus ataques. Desgraciadamente, muy pronto se supo la verdad, casi toda la verdad y salieron a flote las podredumbres de una administración corrompida, que estuvo a punto de dar al traste con los nobles ideales universitarios, por obra y gracia de un Rector que no fué otra cosa que una especie de Líder Máximo, compadre o capitán de innumerables liderzuelos.

Naturalmente, tal régimen hubo de caer y entonces asumió la rectoría el doctor Baz, cuya recta administración, cuya noble y enérgica conducta, nos hacen concebir la esperanza de que cuanto decimos en nuestro artículo, él habrá de realizarlo, para bien del pueblo y de la Universidad.

H. Z.

MONSEÑOR DE LAS ALONDRAS

En el primer centenario del nacimiento de
Joaquín Arcadio Pagaza.

POCOS Estados de prosapia más ilustres que el Estado de México, seguramente por estar situado en el centro geográfico e histórico de la República y por enmarcar, a la manera de un engarce, nada menos que a la Capital de la República, sede política de México, cuyo territorio constituyóse precisamente a expensa del preclaro solar que ennobleciera el tránsito de las dos más grandes culturas ancestras: la nahoa que representa el sentido fáustico y externo de la historia y la olmeca que cristaliza el espíritu profundo y trascendente de los pueblos y el afán estético, filosófico y religioso de los hombres.

Desde Netzahualcóyotl el edificador, el estadista, el poeta, el filósofo y Tlilcuetzpalin el batallador, el indomable, el heroico, pasando por Sor de Lys: la alondra del alma azul y de la voz de miel, y el ilustre corcovado, padre de la comedia moderna y primate del Siglo de Oro de España: Alarcón, hasta el Dantón indígena del espíritu de torbellino, verbo de llama y estro de ruiñeñor: Altamirano, que ennoblece el Instituto de Toluca con los timbres de su prestigio y acuña fechas gloriosas en el historial de esa magna Escuela, que ya había oído en sus aulas la voz elocuente de José María de Heredia y la palabra incisiva, como puñalada de oro, de Ignacio Ramírez y que había de oír después, en las jaulas azules del viento, a las oropéndolas de Bustillos, a los zenzontles de Olaguíbel y a los pájaros juglares de Abel Salazar, Felipe Villarello, Agustín González, Heriberto Enríquez, Crisóforo Ménez y Enrique Carniado!... Desde los héroes de la epopeya ancestral, hasta los ingenios de nuestros días, son innumerables las glorias que prestigian los anales del Estado de México y lo

colocan en primerísimo lugar entre las entidades fraternas que integran la gran patria mexicana(1).

Y no sólo en las esferas del arte ¡Oh dulce Laura Méndez de Cuenca, oh inmortal Felipe Villanueva! ¡No! Dentro del mismo campo de la ciencia pura, en el plano de las más serias investigaciones, parece el Estado de México tener la primacía: Díganlo si no, estos cuantos nombres que, por sí solos, también constituyen un símbolo de trabajo, de inteligencia y de grandeza espiritual: José Mariano Mociño, José Antonio Alzate, Felipe Sánchez Solís, Anselmo Camacho, Alberto García, Mariano Riva Palacio, Silviano Enríquez, Andrés Molina Enríquez, Maximiliano Ruiz Castañeda, Manuel Uribe y Troncoso, Manuel Villada, Nava Rojas, Ocaranza, García López, Ignacio León, etc., etc. hasta ese ilustre y venerable anciano que tan inmenso vacío acaba de dejar en las aulas nacionales, el eminente filólogo e historiógrafo Don Miguel Salinas.

Mas, como si semejante caudal de gloria no fuese suficiente y como si tratase de corroborar brillante y definitivamente nuestras afirmaciones, he aquí que hoy sale a nuestro encuentro una fecha memorable en los fastos espirituales del Estado de México: el primer centenario del nacimiento de Clearco Meonio, Arcadio Pagaza, Monseñor de la santa armonía, primate de liras y árca de ruiseñores, que abriera los ojos gambusinos de celajes en uno de los rincones más bellos de la patria chica: Valle de Bravo, que es como un libro de cuentos de hadas, cuyas láminas de paisajes hojean las manos de las horas sobre las pétreas rodillas de los montes.

¡Clearco Meonio! ¡Joaquín Arcadio Pagaza! En la lírica mexicana ningún estro más limpio, más claro, más clásico, más perfecto que el suyo. Hombre de arraigo pueblerino, hijo del campo, devoto de la naturaleza, a la par que espíritu cultivado en las más serias disciplinas, es una síntesis del hondo sentido de la tierra

(1) Alarcón y Altamirano son para nosotros, glorias del Estado de México, sapiencias porque nacieron dentro de su territorio, antes de que Taxco y Tixtla pasaran a formar parte del Estado de Guerrero.

y del trascendente sentido del cielo. Las manos de la sabiduría, benedictinamente, modelan el barro aborigen y el fruto de las sapiencias cerámicas es una joya orfébrica de tersuras increíbles, de finuras insospechadas, en cuyo seno el jugo divino se atesora como promesa de las más excelsas embriagueces ¡Así, el vino de Kíos, así el vino de Samos, así el maravilloso licor de Chipre, iba y temblaba en las cráteras griegas que circulaban en los banquetes socráticos, donde zumbaba la abeja ática de los hélitros musicales! ¡Así, las copas de Benvenuto, que en la llama cuajada del oro prócer, ofrecían la llama líquida de las ambrosías ilustres, que encendían en los espíritus los crepúsculos del Ticiano y hacían irradiar de gloria sobre las frentes, las rosas escarlata de los cielos del Veronés... ¡Y así las nativas cerámicas cholultecas, tezcucanas y teotihuacanas, donde tal vez el peyotl autóctono ofrecía el delirio de sus fiebres a los príncipes y a los pontífices, en cuya sangre hervirían los arrebatos místicos y las fobias dionisiacas, como anticipadas síntesis de los paraísos artificiales de Baudelaire!

¡Porque sí, Pagaza fué un primitivo y un complicado, un cuatrocentista y un renacentista, nada más que era tan pura la línea de su verso, era tan justa la imagen, el ritmo era tan sobrio, que había llegado a la consumación de la elegancia, de la clásica elegancia, en que se traduce la vieja y sabia sentencia de la difícil facilidad, donde culmina toda obra de indiscutible perfección!

Lo clásico, pero no lo académico; lo terso, pero no lo frío; lo perfecto, pero no lo monótono, pues el alma del ilustre varón estaba reciamente hincada en el nativo terruño, y por las arterias de su estrofa circulaba la cálida y fecunda savia del campo, que, como una sangre de fulgores y como un néctar de músicas, llegaba hasta el cerebro prócer para desparramarse sobre el mundo, en un torrente de imágenes cautivadoras y en una catarata de rimas admirables.

Por eso, Arcadio Pagaza, clásico por excelencia, fué, es, sin duda ninguna, nuestro primer bucólico, diría yo, nuestro único bucólico, que si Manuel José Othón, el enorme poeta potosino, como bucólico es considerado también, para quien esto escribe sólo es bucólico por la temática de su poesía, pero no lo es

por el fondo trágico, dramático de su estro, en el que vibra el nervio épico de la naturaleza, que se nutre de dolor y se sacude de espanto y enmudece de asombro. Othón, para mí, según lo he dicho en mi oda a él consagrada, es más bien un patético por excelencia; un esquiliano, uno de esos bardos capaces de pulsar liras de bronce con cordajes de hierro y de ir azotando el rostro de la noche con la bofetada del trueno y la injuria de lumbre del relámpago; y es que Othón llevaba sobre los hombros la túnica de la tormenta, sobre la frente el airón del torbellino y calzados los pies con el coturno de plata de la estrella!...

Pagaza, en cambio, era infinitamente dulce, acariciadoramente suave; entre sus manos gorjeaba el agua melodiosa del arroyo y en sus cabellos susurraba la caricia perfumada de la brisa; en sus ojos, como en un oasis de fulgores, los dromedarios rubios de las constelaciones, bebían el agua azul del cielo; en sus labios se posaban los jilgueros nativos y en su alma, el alma misteriosa del bosque, temblaba, vibraba, se estremecía con sus múltiples palpitaciones y así era como este hombre parecía todo él un trozo de naturaleza en marcha, inmensamente bueno, infinitamente grande; sereno y musical como un mármol párico que hubiese sido tocado por el prodigio de los cinceles de Fidias, o, mejor aún, como un crestón de las montañas nuestras, absorto de horizontes y sumido en un éxtasis de auroras y luceros.

Inútil que las humanidades ataviaran con sus clámides magníficas la desnudez armoniosa de las rimas del bardo, a través de los egregios ropajes, la carne tibia del verso eglógico, temblaba con estremecimientos musicales y así era como, detrás de la recia y vigorosa figura de Monseñor, primado de los ruiñeños, se perfilaba la dulce sombra de Virgilio: el cisne de Mantua, el más dulce, el más grande tal vez de los poetas latinos.

Por eso el príncipe de nuestros bucólicos, fue el mejor traductor Publio Marón; por eso sus versiones parafrásticas de la Eneida y de las Geórgicas, constituyen uno de los más bellos momentos de las letras castellanas... ¡Y es que ambos llevaban en la entraña el terrón moreno de la gleba, fecundado con la sangre heroica de la belleza y transfigurado por el soplo divino del amor!

Verdad es, empero, que junto a sus traducciones de Virgilio deben figurar sus versiones de Horacio y hasta las del más cercano Pedro Landívar, y cierto que estos trabajos son de tan subidos quilates como los bucólicos, pero, nadie puede negar que si el escritor clásico triunfa por igual cuando polariza su espíritu en el autor de las Epístolas a los Pisones, que cuando hace correr su imaginación tras de las hábiles pisadas de las rimas que hollaran las dulces campiñas del Lacio, donde alcanza nuestro vate su máxima estatura, es en el plano en que su alma, como el alma de Virgilio, siente y hace sentir a los demás las sublimes palpitaciones del profuso corazón de la naturaleza.

¡Gloria de los endecasílabos inmortales que suenan en las torres aldeanas de los sonetos campesinos, como las esquilas labriegas en las mañanas de los días de fiesta o como las lentas campanas pueblerinas en el Ángelus melancólico de las tardes! ¡Infinita blandura de los versos pastoriles, que parecen ir de puntillas en las noches de plata de la provincia devota, para no despertar el sueño beato de las doncellas ingenuas, de alma virgen y corazón de niño o de las santas madres de conciencia de nardos, manos de jazmines y ternura de azucenas! ¡Poemas nostálgicos añorantes de cielos absortos y valles elásticos como dorsos de panteras o grupas de jaguares; saudosos de estanques inmóviles como ojos boyunos y de jagüeyes tranquilos como pupilas de antílope! ¡Poesía que huele a madre selva o tierra recién mojada, o a vientos lavados por la lluvia, ungidos por las rosas y peinados por el sol! ¡Poesía que sabe a pulpa blanca y suave de chirimoya, a carne de miel y oro de naranja, a fresco vientre de papaya, a rojo jugo de sandía, a miel perfumada de mango, de chicozapote y de melón! ¡Poesía que ofrenda al caminante la sombra de los árboles abuelos, la gracia de los arroyos hermanos y la belleza de las flores doncellas, de las fogatas amigas, de los pájaros trovadores y de los luceros vagabundos! ¡Poesía mexicana! ¡Poesía de esta tierra nuestra, deliciosa y adorablemente nuestra; poesía de la patria chica; poesía de nuestros pueblos candorosos, que, cabe el amparo de las tardes labriegas se recuestan en el regazo del campo, como niños buenos, para ver salir de los labios taumaturgos el

maravilloso desfile de los príncipes y de las hadas, que se inicia con la heráldica frase: “este era un rey...” y termina con el epílogo de siempre: “colorín colorado, el cuento ha terminado”! ¡Poesía de las cosas bellas y de las gentes sanas! ¡Poesía eterna, inmortal como el misterio de la naturaleza que sólo tuvo para él una explicación, nada más una, pero excelsa, pero irrefutable, pero definitiva: ¡Dios!

¿Cómo, pues, no glorificar a hombre tan insigne y fecha tan ilustre; cómo no arrojar la vista por encima de este mundo agitado que cada vez pone más luz en las ciudades y cada vez apaga más astros en el alma; cómo no echar la mirada cien años atrás para evocar el instante en que surge a la vida uno de nuestros más insignes héroes blancos, para fortuna nuestra hijo de este México atormentado, sublime y grande, capaz de llevar en el puño ferrado, las águilas de la epopeya y de lucir sobre el yelmo refulgente la lira con alas de los turpiales del romance?

¡Sí, gloria y honor para quien supo, antes que todo y antes que nada, ser un cantor del terruño nativo! ¡Sí! ¡Honor y gloria para quien nutrido con nuestra ternura y con nuestra nostalgia, inspirado en nuestra esperanza y en nuestra tristeza, fué sustentado ayer, y acaba de ser definitivamente acogido ahora por la noble, por la sagrada, por la bendita tierra pueblerina, que, al fin, ha abierto sus entrañas para recibir en su seno los preclaros, luminosos y armoniosos despojos de Monseñor de las Alondras, del Árcade de los paisajes, del insigne prelado de nuestra dulce, de nuestra misericordiosa, de nuestra Santa Señora la Belleza!...

LA GLORIA DE PORFIRIO DÍAZ

HOY HACE diez años que se derrumbó para siempre el hombre que durante más de seis lustros rigió los destinos nacionales. Con este motivo ayer, desde las columnas de un periódico mercenariamente ecléctico, García Naranjo, el elegante confitero de la palabra, arrojando lejos de sí la lira jeremíaca que azotó el rostro del silencio con el látigo de las más amargas deprecaciones, empuña el largo clarín de las famas napoleónicas y doblega las espaldas del viento con el grito de oro de la más entusiasta epifanía.

Se dijera que asistimos al desbordamiento iridiscente de los tesoros salomónicos; así es de espléndida la fulguración metafórica de que hace gala el eximio escritor al evocar al “héroe epónimo” (¿no es verdad Don Federico Gamboa?) que por espacio de treinta años hizo reinar entre nosotros una felicidad paradisiaca más dulce que la de los vergeles de Mahoma y más suntuosa que la de los jardines de Aladino.

Y, Don Nemesio hace bien, ¡perfectamente bien! Su actitud no sólo es lógica, es necesaria, pues, cuando en fuerza de prostituirlo se ha perdido ya la virginidad del verbo; cuando en fuerza de arrastrarlo por orgías y cuartelazos, se ha cubierto de sangre y lodo el egregio manto de la palabra, y cuando hasta el airón de la idea se ha empolvado de sombra y de ignominia, preciso es que el tribuno se encarama a un escenario de opereta para proclamar desde ahí la supremacía de las opresiones infames y envilecedoras, afirmando, de una vez por todas, que vale más la dictadura coronada de rosas que la revolución coronada de espinas y que la paz dantesca de Iván el Terrible es muy superior a la obstinada rebeldía de Sagunto o a la enorme y sublime epopeya araucana.

¡Don Nemesio hace bien, perfectamente bien! Rodeado de consideraciones y respetos, aureolado de prestigio, puesto sobre el plinto de las públicas admiraciones, los ojos constelados de mirajes palaciegos, los oídos resonantes con el eco de los aplausos, y la noble testa un tanto cuanto mareada por el incienso de los elogios, tenía necesariamente que amar las superficialidades gallardas y eurítmicas, hechas para conmover y arrebatarse a quienes sólo se han cuidado de barnizarse de erudición y dorarse de vanidad, pero incapaces de impresionar perdurablemente a quienes están acostumbrados a buscar el rostro detrás de la careta y a espiar al demonio que se agazapa en el corazón de Onfalia y de Dalila.

¡Don Nemesio hace bien!.... Lástima grande que, como casi siempre, no tenga razón, y que de la belleza de su palabrería pueda afirmarse que “no es verdad tanta belleza”. Y eso, por razones tan claras y sencillas que saltan desde luego a los ojos. Hélas aquí:

Afirma Don Nemesio en su artículo que Don Porfirio Díaz cristaliza la tercera etapa de nuestra sociología; que es el tercer héroe nacional; que con Hidalgo, el precursor, y Juárez el reformador, constituye el otro vértice de la trilogía epónima, porque él es el consumidor, el reconstructor, el arquitecto de la Patria; que si en Hidalgo fué el preludio del germen, y en Juárez la aleluya de la flor, en Porfirio Díaz fué el himno del fruto definitivo y glorioso como las manzanas de las Hespérides.

Pues bien, Don Nemesio se equivoca, y lo que es peor, se equivoca a sabiendas, toda vez que un hombre de su cultura no puede ignorar que, a menos que aceptemos formas definitivas de gobierno, y sistemas políticos invariables, no puede llamarse a nadie exclusivamente “reconstructor o constructor”, ya que unos y otros construyen y unos y otros destruyen impelidos por la fuerza de las circunstancias y por los imperativos del instante que quieren que, según la fórmula Hegeliana, apoyada en la sabiduría moderna y antigua (Heráclito, Aristóteles, Darwin, Spencer, Gauss, Riemann, Einstein, etc., etc.), las cosas no sean sino estén siendo, y el mundo no constituya sino un constante “devenir”.

Pero, aún aceptando que, de acuerdo con quienes creen con Emerson y Carlyle que es el hombre el que hace la Historia y no la Historia la que hace al hombre, personalizásemos exclusivamente en un individuo toda una etapa del dinamismo social, aún así, la conclusión del armonioso orador es falsa de toda falsedad, porque no puede llamarse arquitecto de la República a quien, burlándose de todas las leyes y corrompiendo todas las instituciones escarnece a la República; ni se puede considerar como reconstructor nacional a quien, para reedificar a la Nación, sólo echa mano de los materiales que le convienen y utiliza nada más a quienes le son servilmente incondicionales, dejando olvidados a millones de mexicanos, indios, criollos y mestizos que tienen que resignarse a soportar sobre sus hombros, como nuevas cariátides de dolor, o paradójicos atlantes de ignominia, los cimientos de las residencias palaciegas de cuyos mármoles y bronces sólo conocen el peso abrumador que los aplasta!

¿Porfirio Díaz consumidor del proceso libertario? ¿Porfirio Díaz cúspide de los anhelos nacionales y de las luchas redentoras?... ¿Porfirio Díaz cima y remate del largo y doloroso proceso de la integración nacional? ¿Porfirio Díaz hermano del Cura que despertó a la Patria con la aurora de la Independencia, y del Ajax bronceada que se llevó a la Patria en el corazón cuando ya no le quedaba otro lugar donde ponerla? ¿Porfirio Díaz, el que dejó en la ignorancia más infame a tantos centenares de millares de indios que todavía están esperando ser incorporados a la civilización, llamado civilizador? ¿Porfirio Díaz que asesinó la libertad municipal con las satrapías de las jefaturas políticas, llamado “héroe epónimo” y exponente máximo de nuestra Historia? ¿Porfirio Díaz que estranguló a la democracia con sus perpetuas imposiciones, puesto por encima de Morelos que sucumbió por someterse a las decisiones de un Congreso que él mismo instituyó y que pudo haber borrado con un sólo signo de su espada, como borró el “llorón de Icamole”, el Plan de Tuxtepec? ¿Porfirio Díaz el que amordazó a la prensa libre, y asesinó a García de la Cadena y encerró hábilmente a Bernardo Reyes en Nuevo León, y mandó a las mazmorras de San Juan de

Ulúa a cuantos no quisieron acuñar con el oro del talento los treinta dineros de la infamia; Porfirio Díaz, el que hizo célebre la frase de “mátalos en caliente” e instituyó como un código, el úkase de la Ley Fuga; Porfirio Díaz el que, sobre el cadáver del pueblo, de la justicia y de la Patria, alzó los teatrales edificios que constituyen el famoso progreso, cacareado por las gallináceas serviles incapaces de comprender que la reivindicación popular y el mejoramiento colectivo no está en las suntuosidades de Versalles, ni en las grandezas del Kremlin, ni en la severidad aplastante del Escorial, ni mucho menos en las pirámides de Keops y Micerino, y en los palacios de Baltazar y Sardanápalo, sino en la “polis” ateniense, y en la “civis” romana, que no necesitaron para ser dichosas de la suntuosidad del “Forum” o del milagro, divinamente armonioso del Partenón. Porfirio Díaz, en fin, el gobernante espectacular (como diría Ingenieros) el tirano aparatoso, astuto y ladino; el glorioso soldado de la Carbonera, Puebla y Calpulalpan, que manchó sus laurales de paladín y que azotó las desnudeces de la patria con el mismo acero conque la había defendido; Porfirio Díaz, el dictador, el tirano, convertido en uno de esos prohombres cuya estatura moral sobresale de la de sus semejantes, hasta alcanzar una de esas alturas de vértice desde las cuales se siente la trepidación de los mundos, se ve el voltejo radiante de los soles y se escucha la sinfonía de las constelaciones, más allá de la carcajada del trueno, del tumbo del mar y del atropellado y confuso desfile de los siglos?...

¿Porfirio Díaz, el presidente eterno, el eterno sojuzgador de la voluntad nacional, el burlador del voto y el “amo” de la República, bajo la bóveda del Panteón que ilustra el vuelo estático de la victoria y el resplandor divino de la justicia?...

¡No!... ¡Imposible!... ¡El soldado, sí! ¡El héroe del 5 de Mayo y el 2 de Abril, sí, y mil veces sí!... ¡El paladín del 62, el glorioso recluta de la Reforma, sí, sí, que ascienda definitivamente al empíreo de las consagraciones nacionales, que ocupe su lugar insustituible; que presida el coro de las apoteosis y las epopeyas!... Pero, el otro, el Porfirio Díaz de la dictadura, no, y mil veces no!... Ese que se

desvanezca piadosamente en el olvido que según la sublime expresión de Renán, amortaja por igual a los hombres que a los dioses!

Y no se diga para disculpar o para “explicar” al gobernante, que la Revolución ha seguido muchas veces sus mismos procedimientos, y que los revolucionarios han robado, y matado tanto o más que él, y que el actual estado de cosas, pese a todos nuestros sinsabores, es peor que el pasado. No, aún así; aún aceptando que, por ejemplo, la labor cultural de Vasconcelos haya sido inútil; aún admitiendo que no existan las múltiples escuelas rurales que se han fundado; aún desconociendo las actividades nobilísimas de la Secretaría de Educación Pública y negando el crecimiento de nuestro Comercio y la bonanza insospechable de nuestra producción petrolífera. Aún demoliendo el Estadio, y el Edificio de la Secretaría de Educación, y los múltiples y magníficos edificios que ocupan las escuelas y las bibliotecas creadas por la revolución en los últimos tres años; y sobre todo, aun cerrando los ojos ante la libertad de imprenta que permite al licenciado García Naranjo decir lo que siente (y que como tal es sacratísimo), libertad que no existió jamás en el glorioso reinado de “Tata Díaz”. Aún olvidando, o suprimiendo todo eso, y admitiendo que el actual estado de cosas sea el peor de los estados posibles, aun así, nosotros que hemos padecido tanto con los sacudimientos revolucionarios y que, casi casi podemos decir que nos hemos formado bajo el ala cárdena de la tormenta, y al resplandor bermejo del incendio; nosotros, adoloridos pero fuertes derrotados pero no vencidos; tristes pero no escépticos; con la esperanza divina en el corazón y el ideal cantando a flor de labio, afirmamos, ¡Oh timorato tribuno de las conferencias de salón!, que preferimos las contingencias dolorosas pero necesarias de esta larga transición que habrá de conducirnos a un mejoramiento individual y colectivo, antes que aceptar la definitiva y bochornosa felicidad de una paz de infamia y servilismo, alcanzada con el sacrificio de los pobres, el holocausto de los buenos y el martirologio diariamente renovado de los indios, que también tienen derecho a sentarse con nosotros a la mesa de la Patria, a comulgar con el pan y el vino que ellos mismos han arrancado del corazón fecundo de la tierra!...

Qué quiere Ud., así somos nosotros, “los muchachos inexpertos de la nueva hornada”; así somos: No tenemos el rostro vuelto perpetuamente hacia el pasado, tenemos los ojos clavados en el porvenir, y anhelamos fervientemente que los treinta años de dictadura que fueron, como treinta latigazos sobre el cuerpo desnudo de la Patria, como treinta brasas en el corazón del pobre, como treinta grilletes en los miembros ateridos de los desheredados, sirvan siempre de advertencia a quienes olvidan que el absolutismo de Luis XIV sólo fue grande, porque preparó el advenimiento del 89 de cuya tribuna de sangre y llamas descendió sobre el mundo ese sublime apotegma que debiera resonar siempre en los oídos de los lacayos: “¡Franceses, estamos acostumbrados a ver grandes a los reyes, porque los vemos de rodillas; levantémonos y veremos que son nuestros iguales!” (1)

(1) Casi quince años hace que el ilustre tribuno que arrastró el manto de su palabra, por las orgías de Victoriano Huerta, publicó un bello artículo intitulado La Gloria de Porfirio Díaz, inspirado en un criterio unilateral y lleno de sofismas tan brillantes, que el autor de estas líneas creyó conveniente hacer una rectificación, la cual dió margen a este artículo, que, con el mismo nombre, publicó al día siguiente en EL DEMÓCRATA de la ciudad de México.

LOS PUEBLOS Y LA ARQUITECTURA

POCOS Congresos más interesantes, de entre los numerosos habidos, a últimas fechas en la Capital de la República, que el de Planificación y de la Habitación, efectuado hace algunos días, en México, con la brillante representación de autoridades indiscutibles y eminentísimas, en esta rama de la Ingeniería Civil y de la Arquitectura Social, que tanta significación tienen en la vida de los grandes centros de población.

En efecto, si muchos piensan, si casi todos creen que las ciudades crecen espontáneamente, sin otra ley que la del capricho, ni otro principio que el que impone la simple necesidad de construir; si para la unanimidad de los impreparados o de los superficiales, una gran Capital no es otra cosa que un conjunto de edificios aglomerados sin orden, en masas caóticas, carentes de ideas directrices, en fin, en verdaderos amontonamientos, privados de toda significación y hasta de toda comodidad e higiene, todo el mundo culto sabe ya, en cambio, que las ciudades son organismos vivos, no sólo reflejo de la vida de los hombres, sino expresión de esa misma vida, grandes realizaciones de la cultura de los pueblos; no nada más albergues de los cuerpos sino templos de las almas, monumentos gigantescos de la gloria de los Países; documentos titánicos de su historia, libros en cuyas formidables páginas de piedra, pueden leerse las más brillantes hazañas del pasado, las más nobles conquistas del presente y los más sublimes anhelos del futuro.

Así por ejemplo, toda la grandeza de Egipto está en Menphis y en Tebas los palacios gigantescos pregonan la riqueza del pueblo y la magnificencia y potestad de los faraones. La suntuosidad de las tumbas, la enormidad de los templos, nos

dicen del hondo arraigo del sentido religioso, así como de la trascendencia del culto de los muertos.

La gracia marmórea del Acrópolis y la armonía perfecta del Partenón, al par que la belleza de las plazas abiertas de Atenas, propicias a las públicas asambleas, son prueba fehaciente de que en la Península maravillosa, florecieron las Artes con un éxito incomparable y el pueblo libre fue dueño de sus propios destinos, manejando la cosa pública con el ágil y sublime instrumento de la palabra.

La grandeza, la fuerza, el orden y el carácter del romano, están perfectamente expresados en la ciudad de las Siete Colinas y el misticismo heroico de la Edad Media, el “Pathos” religioso de la conciencia, entenebrecida de angustia e iluminada de fe, la miseria individual y la riqueza colectiva, el sacrificio de lo personal y la victoria de lo trascendente, no pueden estar mejor simbolizados que en esas tortuosas y admirables ciudades del medioevo, cuyas calles estrechas y laberínticas se reivindican con la amplitud de las plazas públicas, y cuyos edificios oscuros y amontonados, se glorifican en la apoteosis de piedra de los Ayuntamientos y las Catedrales.

Y hasta en nuestros tiempos, al otro lado de nuestras fronteras patrias, nada refleja mejor la chatez espiritual y la opulencia económica de nuestros vecinos, que esa síntesis, o mejor aún, esa suma de casilleros de cemento armado que se llama un rascacielo: verdadera superposición de cajitas sin carácter, estilo y nobleza, en las que se acomoda el homo economicus, para dormir y acaso para comer, pero en las que realmente no vive nadie, porque la vida no sólo es continuismo celular, sino profundidad religiosa y excelsitud artística.

Nueva York, Chicago, Boston. He ahí tres grandes ciudades características del pueblo que las ha levantado. ¡Indiscutiblemente grandes desde el punto de vista material, pero indiscutiblemente pobres, desde el punto de vista estético! ¡Inmensos y magníficos ejemplares de la Ingeniería moderna, pero, seguramente, raquílicas manifestaciones de la arquitectura universal! ¡Inmejorables como cosas útiles! ¡Inconcebibles como cosas bellas! Pero, de todos modos, perfectamente lógicas respecto a los países y a los hombres que las han edificado.

Salta, pues, a la vista, la inmensa significación que tienen las ciudades, con respecto a la existencia de los pueblos. Por ello, repetimos, este Congreso de Planificación y de la Habitación ha marcado una fecha memorable en nuestra Historia Cívica.

Sobre todo, para nosotros, resulta particularmente significativo este hecho, pues ya era necesario que hiciésemos un alto en esta desenfrenada carrera “progresiva” que está transformando o mejor dicho deformando, hasta el absurdo, el aspecto y el carácter de nuestra Capital, antaño pobre, humilde y pequeña, pero inconfundiblemente nuestra, indiscutiblemente bella, rica de modalidades propias y de típicos aspectos y en la actualidad grande, rica en plan constante de superación, pero desorganizada, desarticulada, espantosamente heterogénea, atestada de adefesios, atiborrada de absurdos, plena de contradicciones hasta el punto de que no sabemos ya si México es una ciudad o es un muestrario de toda clase de edificaciones; un verdadero Museo de edificios en el que, junto a la señorial casona que nos heredara el Virreinato, se eleva la caricatura de rascacielos de un hotel ultraísta y ante la noble fachada del Edificio de los Azulejos, yérguese, por un lado, el marmóreo merengue del edificio de las Bellas Artes, por otro la remendada arquitectura del Banco de México y por otro, en fin, el desabrido y enorme cajón de la Latino Americana, frente por frente de la masa pretenciosa de La Nacional.

Y, para mayor desgracia, las calles convertidas en callejones por la desproporcionada altura de los edificios, las Avenidas insuficientes, la ausencia, cada vez más notable de lugares abiertos, de parques, jardines públicos, etc., y, como digno remate de todo esto, nuestra Plaza de la Constitución convertida en una estación central de tranvías y camiones, sin ninguna solución arquitectónica, con edificios de todas clases, de un extranjerismo tan absurdo como el Centro Mercantil o de una pobreza tan grande como las casonas a él adosadas. Con el Sagrario apuntalado y un enorme corralón misérrimamente bardeado detrás de la fuente de Fray Bartolomé de las Casas que, por efectos de la perspectiva abierta ha quedado reducida a las proporciones de un pobre peón de ajedrez!...

Por eso, decíamos, por eso insistimos en afirmar que si un Congreso de Planificación en nuestros días es de inmensa trascendencia, lo es mucho más para nosotros, que estamos obligados a salvar a la muy noble y leal ciudad de México, de esta fobia deformadora y absurda, que pronto habrá de convertir, si no la detenemos, en un disparate de hierro, piedra y cemento armado, lo que fuera antaño la más bella Metrópoli de América.

ELEGÍA DITIRÁMBICA

CULTURA que no conforme con perfumar de madrigales los terciopelos azules de los plenilunios, en las tibias noches de Córdoba y Granada, se echa a correr por el mundo del asombro, sobre el encabritado corcel de la epopeya. Potente y férrea cultura que hastiada de ser sueño de arco iris en el regazo de la perla y fervor de néctar en el breviario de la rosa, exalta sus aceradas reciedumbres hasta ser garra en el puño de Pelayo y lanza en el brazo de Rodrigo. Cultura que se macera en ungüentos de músicas de violas, con bálsamos de arrullos de laúdes y liquidámbaros de trinos de oropéndolas; pero que sube hasta la cresta de los peñones éuskaros, para desclavar de la cruz de los cuatro vientos el grito de la libertad, crucificado por los romanos y escarnecido por los cartagineses. Cultura de los Averroes, de los Boscanes, de los Lulios, de los Juan de Mena y los Enrique de Aragón; a la vez que de los Jaimes y de los Alonsos y de los Fernandos y de las Isabeles. Cultura de los comuneros de Castilla y de los juglares de la corte del rey Juan II; de las justicias de Aragón y de los trovadores catalanes. Cultura de la apoteosis de Lepanto y del apocalipsis de Trafalgar. Cultura que es flor y gracia y espuma de belleza en las arquitecturas mozárabes y en las fábricas mudéjares; en las filigranas orfébricas de las mezquitas inverosímiles y en las guirnaldas melodiosas de los alcázares musicales. Cultura que es fuerza y eternidad en el credo de piedra de la catedral de Toledo y en el “requiem” de granito del monasterio del Escorial. Cultura que borda las alfombras de rosas de las vegas granadinas y las alcatifas de pájaros de los Cármenes valencianos, al mismo tiempo que ilustra de hazañas y flordelisa de osadías las llanuras castellanas y las escuetas colinas manchegas, por donde va todo el tesón de la audacia y toda la

armonía del ensueño, en la sátira hecha vida, del humano y divino Señor Don Quijote!

Cultura que aprieta sus muchedumbres transfiguradas de fe, tras de la enseña de Pedro el Ermitaño, más grande que Urbano II, par ir a rescatar la tumba del que puso el lirio de la paloma mística por encima del trueno del águila romana. Cultura de las cruzadas que quiere también ser cultura de las conquistas y después de fatigar sus galeones con el tesoro desgranado en brillos de las pedrerías y de trasuntar hasta Europa el corazón perfumado de los bosques índicos que amanecen en el aroma de las resinas y se insinúa en el hálito de las especias, impaciente, dinámica, indómita y audaz, “fáustica” en fin, como quiere Spengler, pone en fuga a los lobos del mar con los mastines de las carabelas, que llegaron hasta la América virginea, cuyas flores doncellas y cuyos astros aborígenes, miran estupefactos, cómo las velas se desprenden convertidas en pendones y los mástiles avanzan transformados en cruces, para ponerse, los pendones, a volar en el torbellino de lumbré de los Cortés, los Pizarro, los Valdivia, y las cruces a caminar por los senderos amargos y los boscajes hostiles, con la oración peregrinante y la misericordia errabunda de los Motolinía y los Gante, los Martín de Valencia y los Bartolomé de las Casas!...

Cultura así: visionaria pero audaz; delicada pero enorme, como la Edad Media de Verlaine. Cultura capaz de soñar ocho siglos al pálido fulgor de la media luna de los Abderramanes, que se quedó dormido en los azahares de los huertos andaluces y en los nardos de los arriates cordobeses; pero capaz, igualmente, de despertar al eco del olifante de Rolando, precursor del ronco grito del Cid, para luchar otros tres siglos, al resplandor del signo de Constantino, que inmovilizó la fuerza de su símbolo en el pomo de las espadas y subió sobre las montañas de preces de las basílicas, hasta quedarse clavada en las sacras testas de las torres coronadas de celajes y vibrantes de esquilas, como enormes lanzones tiarados de rosas y enguirnaldados de oropéndolas!...

Cultura que amplificó la sublime pendulación de sus contrastes en el sístole y diástole del enorme corazón del Nuevo Mundo, produciendo en el metal indo-latino (hierro y plata de España, y bronce y oro de América) las resonancias sinfónicas en que florece por igual, el roble de Lugones, que la azucena de Darío. Cultura que al asimilarnos, diónos a un tiempo, sus excelencias que sus mezquindades y nos tornó, a la vez, agresivos que misericordiosos, brutales y soñadores, pues que si los gerifaltes de las canciones de gesta vinieron posados en el ferrado puño de los conquistadores, también, sobre los cascos de los caudillos y en los labios de los misioneros, llegaron las alondras de Cervantes y los ruiseñores de Garcilaso!

Cultura de esta guisa: pensamiento pero también acción; ensueño pero a la vez osadía; canción y al par ala y vuelo, no podía conformarse con permanecer inmóvil de estupefacción, ante el espectáculo del Prometeo libertado por el milagro de un Íaro definitivamente vencedor del destino y de la muerte.

De ahí la sidérea odisea de Franco; de ahí el éxodo astral de Sidar y Carranza; de ahí esta última, sublime y trágica aventura de Collar y Barberán!...

¡No es verdad que la estirpe latina sólo cante! ¡No es verdad que la raza latina sólo sueñe! La capacidad fáustica de desplazarse y de encerrar en el puño de nuestras urgencias el tiempo y el espacio; el poder de desplegar los centripetismos sedentarios en centrifugismos nómadas y aventureros, no son ni pueden ser patrimonio exclusivo de las civilizaciones mecanizadas (que no culturas, ¡Oh Sheller!), ni de las vastas organizaciones económico-mercantiles que anuncian ya la consumación del mundo profetizado por el conde Hermann de Keyserling; mundo en cuyos laberintos de bajos intereses, apenas si habrá otra esencia trascendente que la del dinero, conque trata de reivindicar la danza de los millones y el ávido torbellino de las cifras, el agudo pensamiento de Federico Bendixen.

¡No, nosotros cantamos y volamos! ¡Hacemos versos, es verdad, pero realizamos, igualmente, hazañas! ¡Sabemos pulsar la lira de oro y cordajes de

crystal, lo mismo que la otra: la ancha lira de Dios, de cuerdas de huracanes y notas de meteoros! ¡Si no hemos ido más lejos, no ha sido porque nos haya faltado espíritu, sino porque nos han faltado técnica y recursos para adquirirla! ¡Somos alma sin máquinas, como otros son máquinas sin alma!

Pero que la mecánica nos brinde sus potencias, que nos presten, Pactolo sus caudales y Euforión sus cuadrigas y ya veréis hasta dónde llegamos y cómo llegamos, pues mientras otras pasan abofeteando el silencio con la carcajada de hierro de las hélices huérfanas de toda elevada armonía, y acribillando el azur con la doble puñalada de las alas abiertas, viudas de todo sublime mensaje, contemplad, escuchad el vuelo divino de los aviones latinos y asistiréis al espectáculo de las hélices que gorjean porque tienen alma de versos, y de las alas que alumbran porque llevan plumas de arboles, como esa que es la precursora de todas: esa que era bulbul y azor, neblí de peanes y libélula de florilegios; esa que fue arando de rapsodias el cielo de Italia, y bendiciendo Marsellesas el suelo de Europa: ¡El velívolo de la victoria y de la gloria; la aeronave del triunfo y de la apoteosis: el aeroplano musical de Gabriel D'Annunzio!...

¡Símbolo del arrojo de un pueblo, que si ayer empurpurando de sangre los heroicos crestones de los montes astures, ascendió hasta la cúspide de la epopeya, para respirar mejor los anchos vientos de la libertad, hoy no vacila un instante en arrojar toda su inquietud de cielos de la flecha vibrante de esa aeronave transatlántica, que se hubiese dicho disparada por un Nemrod ciclópeo, que tuviera por arco la lira de Homero y que, en vez de la sagita ardiente, arrojase al espacio la flor melodiosa del verso divino! ¡Expresiones, las más altas, las más puras y más bellas, del empuje de una raza que si antaño, en la vasta extensión del mar, iba crucificando el imposible en los mástiles de las carabelas, ahora, con los dedos ferrados de la hélice en vuelo, tras de haber desgajado los laureles de las constelaciones, abrió de par en par, a sus hijos predilectos, las puertas del infinito! ¡Alados paladines de los que flagelaron con la llamarada de su sacrificio, las mismas sombras que los abatieron! ¡Campeadores de la altura! ¡Centaurios de

las llanuras sidéreas! ¡Víctimas de la muerte, pero escogidos de la inmortalidad!
¡Cruzados del ensueño capaces de transfigurar a la propia tragedia en apoteosis!
¡Almas victoriosas manumitidas al fin de su corpórea y efímera envoltura!
¡Sangre de nuestra sangre, espíritu de nuestro espíritu, oh audaces, oh inmortales
odiseos de la eternidad, yo os saludo! ¡Yo os saludo, porque para cuantos amamos
la real irrealdad de Don Quijote (mentira en la miseria de la carne, verdad en
la carne del símbolo, vosotros estáis hoy más que nunca, entre nosotros! ¡Yo os
saludo en nombre de nuestros héroes y de nuestros bardos, de nuestros mártires
y de nuestros apóstoles: insignes hermanos vuestros en la hoguera del mismo
holocausto, en la aurora de la misma fe, en el relámpago de la misma audacia y
en el esplendor de la misma gloria; yo os saludo, en fin, en nombre de nuestra
atormentada América española, que si ayer se volvió vigorosamente contra la
España monárquica, que azotó con el látigo de su soberbia las espaldas desnudas
del mundo de Colombo, hoy, noble, hidalga, generosamente (brote de la estirpe
latina al cabo), sale al encuentro de la España nueva que a través del prodigio
de un vuelo santificado por el infortunio, llega hasta nosotros sobre las alas de
la libertad, y confundiendo sus lágrimas con nuestras lágrimas, oprimiendo su
pecho contra nuestro pecho, estrechando corazón con corazón, en este aciago
sublime instante, en que la desgracia la hace más nuestra y más querida que
nunca, la decimos con el temblor de una inmensa, de una infinita ternura en
las palabras: ¡Salve, madre España! ¡Salve, madre nuestra, hoy más respetada,
hoy más admirada, hoy más amada que nunca, porque eres la verdadera madre,
puesto que eres la MATER DOLOROSA!...(1)

(1) Demasiado resonante tal vez, barroca, churrigüesca, he dejado, intencionalmente, sin corregirla, mi Elegía Ditirámica, para que dé mejor idea de la espontaneidad conque, en determinados momentos de mi vida, la palabra ha afluído de mis labios, tratando de subrayar o de interpretar el momento histórico. Por otra parte, si para unos puede ser demasiado caudaloso cierto modo vehemente y vibrante de expresarse, quién sabe si para quienes tienen o pueden tener este censurable privilegio, no constituya una lamentable pobreza, el austero estilo clásico, perfectamente explicable en pueblos cuya historia, cuyo medio físico, cuyo ambiente social, no ofrecen los espléndidos contrastes, ni los magníficos espectáculos de nuestro paisaje natural y nuestro panorama psíquico.

Ya en otros lugares yo mismo he afirmado que para la América del Amazonas y el Chimborazo, el Niágara, el Tequendama y el Iguazú, es más lógica la cláusula suntuosa y rotunda, que los tersos períodos de la literatura francesa del Siglo de Oro o las rimas opacas de la literatura escandinava del período post-romántico.

Sobre todo, mala o buena, esta prosa es infinitamente sincera: es el producto de una juventud hirviente que, desgraciadamente, ya traspuse y es un indicio irrefutable de que no sólo prospera entre nosotros el suave zureo de las palomas, sino que en las espesas ramazones de nuestros vastos silencios tropicales, los clarines nativos, los zenzontles autóctonos, prenden las rosas de sus trinos y cuelgan los frutos sonoros de sus cantos.

H. Z.

SOFISTAS Y RUISEÑORES

UNA CONFERENCIA de Bassols, ya célebre por cierto, ha servido de pretexto a los sistemáticos impugnadores de la intelectualidad revolucionaria, para sacar a relucir todas las viejas armas de sus panoplias enmohecidas.

Naturalmente, se trata de Moheno y García Naranjo, los árbitros de la palabra en este pueblo que, desgraciadamente, todavía no es capaz de preferir la honrada elocuencia de Demóstenes y al verbo deshonorado de Esquines.

¿Qué dicen estos excelsos tribunales? ¿Qué afirman estas lumbreras indiscutibles? Lo de siempre: que la razón no ha florecido en otros cerebros que en los suyos; que la verdad sólo fluye de sus labios; que nada más su cultura y su criterio significan algo; que su concepto de la sociedad y del mundo es el único concepto que vale la pena y que, cuanto piensan los otros es pura necesidad, sobre todo si los que lo piensan son jóvenes y no se han prostituido sirviendo bochornosas tiranías.

Todas estas cosas no son familiares y con gusto las habríamos dejado pasar sin comentario, si no fuese porque tememos que la nobleza de las nuevas generaciones sea sorprendida, pues, desgraciadamente la inexperiencia juvenil no siempre está capacitada para distinguir a un bufón de Cuasimodo, o a Cyrano de Bergerac de un fanfarrón tenorio de barriada.

Sin embargo, no se crea que vamos a hacer un análisis de cuanto han escrito contra las ideologías imperantes, los dos excelsos maestros de la pluma, no; esto sería poco menos que imposible, además de ser innecesario, pues, aparte de haber escrito casi siempre lo mismo con distintas palabras, han hecho gala de tanta erudición, tanta anécdota y tantas florituras arcaicas de ideología y lenguaje, que

sería preciso disponer de un grueso volumen o de un largo rollo de papiro, como esos que se colocaban junto a las momias egipcias, y que, si mal no recordamos, se llamaban: “El Ritual Funerario” y “El Libro de los Muertos”.

Empero, de dos cosas queremos ocuparnos especialmente, en estas líneas: de una razón de pie de banco esgrimida por García Naranjo, y que se nos antoja uno de tantos gorjeos del ruiseñor de la palabra, y, de un argumento divertidísimo de Querido Moheno, que sería suficiente para acreditarlo como el más regocijado sofista de nuestros tiempos, después de otros muchos sofistas que andan por ahí.

La razón de García Naranjo es ésta: El hecho de que, actualmente, los destinos de Europa estén bajo el imperio de dictaduras más o menos disfrazadas, demuestra plenamente que los pueblos que como el nuestro, luchan por alcanzar formas de gobierno más avanzadas, están equivocados, y, que, por lo tanto, debemos arrojar al cesto nuestros anhelos reivindicadores y seguir, a pie juntillas, la edificante lección que nos está dando el viejo mundo, pues, según parece, para el elegante orador (que, indiscutiblemente conoce Historia y debe saber que los uralo-altáicos y los indo-arios orientales son los progenitores de los indo-germanos o indo-europeos de occidente) la sibila de Cumas sólo habla para los pueblos mediterráneos cuya cultura ético-filosófica jamás ha ido más allá de adonde fué ese formidable monumento literario-ético-filosófico cuyo índice principal es el Rig Veda.

Pues bien, la afirmación del egregio tribuno no puede ser más deleznable. En efecto. ¿Ignora el ilustre pensador (!) que no ha habido UN SOLO PUEBLO que no haya sufrido MÁS DE UNA VEZ las consecuencias de las REACCIONES, DESGRACIADAS PERO INEVITABLES? Ya no recuerda el erudito expositor que la Francia de la República de Thiers, por ejemplo, que ya había intentado ser republicana desde los días de Robespierre y Dantón, tuvo antes que atravesar por la dictadura de Bonaparte, la restauración de Luis XVIII, la monarquía de Luis Felipe y el imperio de Napoleón III? ¿Ni siquiera sabe este señor que, aquí en México, frente a la República de Juárez tuvimos el imperio de

Maximiliano, del cual le oímos abominar al preclaro orador, en un discurso que pronunciara en la ciudad de Toluca un 18 de julio? Sobre todo, ¿es posible que un hombre que sabe tanto, no sepa que, aún cuando el imperio de los Césares (de los Césares de Suetonio, se entiende, no de Octavio Augusto, por ejemplo) hubiese durado mil veces más que la República de Catón, jamás el sistema de la opresión podría considerarse superior al régimen de la libertad?

¿Por ventura, la naturaleza, no gasta miles de siglos para llegar hasta el hombre, más efímero y variable que otras formas de vida, sin que a nadie se le ocurra afirmar que porque el mundo geológico es más estable que el mundo animal, debemos de retrotraer nuestra acción hasta el universo de la piedra, máxime si en Europa, las especiales exigencias del momento histórico, han provocado una reacción que DE NINGUNA MANERA PUEDE SER DIFINITIVA?

A mayor abundamiento, ¿no cada pueblo debe resolver sus problemas de acuerdo con sus propias necesidades y aspiraciones e iluminarse con el ejemplo de las colectividades afines? Precisamente, el error de los constituyentes del 57 (¡generoso error por cierto!) ¿no fué el haberse inspirado demasiado en Europa y Estados Unidos, cuyos antecedentes étnicos–históricos, y cuyas circunstancias económico–sociales, eran tan diversos de los nuestros?

¿Por qué, pues, critica el licenciado García Naranjo la inquietud revolucionaria que pugna por resolver sus propios problemas?

Además de esto, todavía podríamos insistir acerca de la afirmación absurda de que “El Derecho es siempre el mismo” hecha, no una, sino dos veces, por el ilustre orador, pero como, no digamos para los hombres realmente cultos sino para los estudiantes que conocen, por ejemplo, las Físicas de Rieman Watsorn y Tyndall; las Fisiologías de Loeb y Von Baer; la Química de Ostwald; los conceptos matemáticos de Poincaré; los estudios fisio-psicológicos de Richet; la psicopatología de Cajal, y las especulaciones y las teorías de Nordmann, Max Born, Fitzgerald, Lorentz, Einstein, Sandoval Vallarta, etc.; sobre Física y Dinámica Cósmicas, como para estas personas, decimos, la afirmación de

UN DERECHO INMUTABLE es algo completamente sin sentido (pues todos sabemos que lo único que hay inmutable es EL PERENNE CAMBIO DE LAS COSAS), pasamos por alto esta bella tirada lírica del orador, y, para concluir, sólo nos ocuparemos ya del elocuente sofista del Néstor de los jurados de Belén.

Hélo aquí: Con el objeto de rematar dignamente la campaña de García Naranjo contra Bassols, el licenciado Moheno (quien debe haber buscado, indudablemente, el argumento de más fuerza esgrimido por el joven abogado, para reducirlo al silencio) nos resulta conque los dispépticos (Bassols es dispéptico) no son jóvenes; que la juventud con dispepsia es un TIMO DE JUVENTUD (*sic*), que la juventud es la que puede permitirse “ciertos excesos orgánicos”, como los que todavía se permite el licenciado Moheno, quien se gasta el lujo de sumergirse “con bufidos de tritón” en deliciosos baños de rosas, y que, por lo tanto, ningún derecho tiene a impugnar a las mentalidades atrasadas, el autor de la conferencia acerca del Derecho Revolucionario, puesto que no es capaz de reproducir el edificante gesto de Gargantúa.

¿Verdad que esto es sencillamente desconcertante? Conque, en vez de Atenas, la meca de la juventud debe de ser Sybaris, y a los banquetes de Platón debemos preferir los extravíos de Calígula y las saturnales de Heliogábalo?... Es bueno saberlo. Nosotros ya presumíamos, desde antes que lo confesara el ilustre orador, que él había entendido la juventud de ese modo. ¡Con razón, ocupado en seguir la sombra de Anacreonte –por no decir la de Dionysios– no tuvo tiempo de seguir las sombras de los varones de Plutarco tras de las que han marchado todas las juventudes innovadoras, austeras y desinteresadas! ¡Con razón no comprenden a la juventud actual, que come menos pero piensa más; sobre todo, que piensa más en otras cosas que no sean comer, divertirse y sacar provecho del prójimo!... ¡Con razón el licenciado Moheno ahogó el esplendor de su palabra en orgía de sangre de Victoriano Huerta!...

LA NUEVA TUMBA DE LOS HÉROES

POR FIN, bajo la ancha mirada del orbe y al amparo de las famas de largos clarines, los despojos de nuestros héroes máximos abandonan el húmedo silencio de la gran basílica, para ir a incrustar el fulgor de sus símbolos en el alma de la columna, que, a modo de antorcha que empuñasen los siglos, tiende hacia el azur, como una llama, el vuelo de su arcángel maravilloso.

Ahora bien, ¿será éste uno de tantos actos inútiles y a las veces absurdos, con que se distraen los ocios gubernativos? ¿Se tratará, simplemente, de una de esas pomposas y vacuas ceremonias que tan bien caracterizan a las democracias espectaculares de América, excepción hecha, naturalmente, de la fría y austera democracia nórdica?

No, indudablemente. Al contrario: en nuestro humilde concepto, pocas veces se habrá emprendido y realizado una empresa tan noble, tan justa y acertada como ésta de dar por tumba definitiva, a los restos de quienes nutrieron las raigambres de la Patria, el propio monumento destinado a perpetuar el sacrificio.

Sin embargo, se objetará, ¿no estaban mejor las sagradas urnas en el reposo sagrado del templo máximo, bajo cuyas naves se pasea el fantasma del tiempo y en cuyos rincones sombríos se arrebuja los espectros de la leyenda? ¿Acaso para dormir “el sueño de las horas inmensas”, que dijera D’Annunzio, no es lugar más a propósito la majestuosa severidad de las basílicas unguidas por la tradición y perfumadas por misterio? ¿No debimos de haber dejado mejor los venerados huesos en la fría, sucia y empenumbada capilla, cuyo aspecto deprimente e indecoroso nos hubiera dado una idea más perfecta del olvido y la ingratitud humanos, que son, por desgracia, los únicos surcos definidos que dejan los

pasos de la muerte? ¿Los sacros recintos, siempre propicios a la meditación y la plegaria, no constituyeron, durante muchos años, el monumento ideal de emperadores y pontífices?

Es verdad, responderíamos, las egregias catedrales han sido tumbas de varones insignes y preclaros; las divinas fábricas ponen de hinojos el orgullo; humillan la vanidad y hacen que los apetitos se tiendan como dóciles lebreles; en su augusta amplitud, martirizada de silencio, la voz se ductiliza en lágrimas y el corazón acobardado se fuga por los resquicios de la fe, que son, en la entraña bruna, los únicos senderos luminosos. Cierto también que la tradición y el misterio discurren junto a nosotros, en esos lugares de contrición; y cierto, igualmente, que, como quería John Ruskin, las siete lámparas de la arquitectura arden allí perpetuamente, sobre la irremediable desolación de las urnas olvidadas: ¡por olvidadas y por solas, verdaderas urnas de los muertos!

¡Es verdad, sí! pero... es una verdad tan cruel y dolorosa que, precisamente por serlo, urgía sustituirla por otra más de acuerdo con las exigencias ético-filosóficas del instante, cuyo concepto de la muerte ha evolucionado hasta ascender, de los atormentados círculos dantescos, a las radiosas espirales y helicoidales de Hegel, Darwin, Spencer, Fouillé, Wundt, Bergson, Borne, Loeb, Richet, etc., cuya progresión incansable nos hace comprender cuánta y cuán honda razón tenía Littré cuando aseguraba que la muerte era la más natural de las funciones.

Efectivamente, no es posible seguir aceptando como un postulado inconmovible el trágico concepto de la Edad Media, que crucificó la devoción en el dogma y afinó tanto las almas en el éxtasis, que, en fuerza de sutilizarse, se desprendieron de la carne, pecadora, mezquina, ruin, efímera, pero carne al fin, es decir, biología, naturaleza, mundo también digno de realizarse, de vivirse, de ser conducido desde la agresividad del instinto hasta la irisación de la idea, el resplandor, el pensamiento y la música de la palabra! ¡Empeñarse en seguir viendo para atrás, obstinarse en continuar supliciendo la emoción en los

mismos moldes angustiosos donde se enfrió el metal de los sublimes arrebatos; pretender que la humanidad tenga siempre ante los ojos la visión macabra de un fin que no es más que el principio de otras escalas, de otros equilibrios, de otros ritmos, de otros vuelos! ¡Inmovilizar la audacia con la meditación tenebrosa del fracaso inevitable; pugnar porque, ante las cenizas augustas, el corazón, en vez de magnificarse con la vibración de los divinos entusiasmos y de iluminarse con el resplandor de las eternas auroras, se encoja con el pavor de las derrotas definitivas y se amortaje en las tinieblas de las noches sin límites. Ofrecer a la juventud la radiante visión del héroe, junto a la torva realidad del esqueleto y hacer que, de este modo, las sombras insignes se confundan o amalgamen bárbaramente con los espectros lívidos y trágicos. En fin, no entregar a los que vienen detrás de nosotros, empujados por la esperanza, un pretérito limpio de máculas y huérfano de errores, sino un pasado sombrío y sollozante, negro de lodo, de dudas y de infamia; obrar así, proceder de este modo, no sólo sería punible desacato, sino crimen imperdonable, pues nadie tiene derecho a echar a perder, con la amargura anticipada de la muerte, la afirmación suprema y gloriosa de la vida!

Por lo demás, si la pétrea majestad de las basílicas ha amparado los despojos de monarcas y pontífices, no hay que olvidar que la bóveda zarca ha sido siempre preferida por el Mito y la Leyenda, y que las pirámides que guardaron las momias faraónicas están en la desolación del desierto, ante los horizontes vacíos, bajo el bronce fundido de los soles implacables y en medio de la furia desencadenada de los elementos, incapaces de conmover las recias moles a cuyos flancos desfilan los simunes, se encrespan los torbellinos y silban los huracanes!

¿Olvidáis acaso la pira de Patroclo, y esa otra, más grande todavía (alta y robusta como una torre ígnea), sobre la que ardió el cadáver de Héctor, domador de caballos e infortunado rival de Aquiles, el de los pies ligeros? ¿En nuestras mitologías, no alimenta también el árbol fulgurante de la hoguera, la divina carne de Quetzalcóatl; la maravillosa serpiente emplumada que resucita en los tornasoles matutinos?...

¡Y las cenizas de Orión, que sobre las alas de los vientos suben a encender las sortijas de la constelación perdurable!... ¡Y Jesús, que abandona la crisálida de la fosa para irradiar en la resurrección del tercer día y arrebolarse en la transfiguración del Tabor!

¡Sí! Ya es tiempo de substituir el espantajo por el espejismo, el ananké por la quimera; la fatalidad por el ensueño; el escepticismo por el entusiasmo. Bien haya que las cosas se acaben cuando tengan que acabarse; pero no anticipemos su ruina, ni debilitemos, con perpetuos temores, su existencia. Tenemos, irremediamente, que sufrir los imperativos de nuestra naturaleza; pero no debemos violentarnos. En buena hora que cuando las arterias sean cauces fríos, los nervios cordajes rotos y el cerebro lampadario extinto, nos arrojen a la fosa y nos cubran de tierra; pero no debemos enterrarnos antes de tiempo ni sepultarnos a nosotros mismos si la sangre es aún torrente de músicas vitales y el corazón es lira de aleluyas y el cerebro es repique de peanes de victoria!

¿Ayudar a los enterradores? ¿Colaborar con la muerte? ¿Por qué y para qué? ¡No! Esto equivaldría a suicidarnos, a disminuirnos, a suspender con un calderón inmóvil la profunda cadencia de la especie.

Además, ¿morir por la Patria, no es acaso, la mejor y más bella forma de estar vivos? ¿No dijo en cláusula inmortal el glorioso poeta de Francia, el anciano y “sublime emperador de la barba florida” que para los grandes la tumba es un altar y que el ataúd de los genios, de los apóstoles y de los paladines, no es el lecho de la noche, sino la cuna de la aurora?

Bien, pues, por los que glorifican las cenizas de los héroes, llevándolas a la columna que erige su símbolo en plena actividad citadina. Allí, junto a la vida que corre a sus pies, estarán mejor que allá, donde la muerte aleteaba en torno suyo; el contacto con la vorágine eterna, lejos de profanar su grandeza, la exaltará, pues nada evidencia mejor la firmeza de la montaña que el torrente que ruge a sus plantas, sin conmoverla, o la tormenta que se parte en dos, sobre su frente, sin abatirla!

Verbo peregrinante (1989)

¡Bien, pues, muy bien por la nueva y definitiva tumba de los héroes! ¡Dejadlos ahí! ¡Ahora sí no los mováis!... ¡No importa que susciten la censura! ¡no importa! ¡Dejadlos ahí, que si alguien nos arguyera que el Voltaire de Hudon luce en el vestíbulo de la Gran Opera, y que el sarcófago de Napoleón reposa bajo la cúpula de Los Inválidos, le replicaríamos que es verdad, pero que también es cierto que el Victor Hugo de Rodin se yergue, como su hermano “Le Penseur”, en plena aurora, al igual que la danza de Carpeaux, y que el Arco de Triunfo, monumento y altar del soldado anónimo, está en el corazón de la Plaza de la Estrella, oreado por los flabelos del azul, envuelto en las túnicas salomónicas de los crepúsculos y dando a la gloria del viento el trueno formidable de La Marsellesa de ¡Rude!...(1)

(1) Como se recordará, las cenizas de los héroes de la Independencia, descansaban en la Capilla de San José de la Catedral metropolitana. Pues bien, el Gobierno, el año de 1925, hizo pública su resolución de colocarlos en un lugar más apropiado. Entonces, el Lic. Querido Moheno hizo mofa de tal proyecto y el autor de estas líneas refutólo en este artículo: La Nueva Tumba de los Héroes, cuyo éxito le proporcionó la satisfacción de haber sido nombrado por la Universidad Nacional de México, para representarla como orador, en la primera ceremonia que, con asistencia de toda la población escolar de la ciudad de México, se efectuó el 30 de septiembre de 1925, para honrar a nuestros héroes ante la Columna de la Independencia donde, desde entonces, reposan sus despojos.

H. Z.

NUESTRA SEÑORA DE LAS ROSAS

ESDE el más recóndito pliegue de los siglos, desde lo más remoto de la entraña histórica, el culto de la mujer divina o deificada, se levanta, sublime y luminoso, como el vuelo de plata de la estrella que, absolviendo las sombras, surge de la conciencia de la noche.

Isis, que nieva de luz y suaviza de ensueño el trágico mito de Oriente. La fenicia Astarté, del cuarto creciente lunar y la paloma de espuma; Istar, de Nínive, dulce y poderosa como tigresa enamorada, que humaniza un tanto la barbarie del asirio-caldeo ya macerada con los ungüentos de Semíramis. En el mundo grecolatino, la clásica teoría: Hera o Juno, la de los ojos de buey; Afrodita o Venus, perla de carne en el estuche marino de la concha irisada; Artemisa o Diana la ágil, la ingrávida, la herméticamente casta; Palas Athenea o Minerva, austera como el deber, misteriosa como el pensamiento, inmovible y poderosa como la sabiduría; Hestia o Vesta, la de los íntimos recatos, la de la fidelidad incólume, la del fuego perdurable; y Deméter o Ceres, la de los surcos morenos y las gavillas doradas y los vientos musicales.

Y las deidades germanas: Nealennia (la abundancia) Freya (la fecundidad) esposa de Odín, Olda, la Diana germánica, Mani (la luna), Herta (la tierra) y el coro salvaje y magnífico de las walkirias, que ofrecen a los héroes en el Walhala, la celeste hidromiel, en los cráneos mundos de sus enemigos. Y Nerthus (la subterránea) la Deméter escandinava; y Artío (osa) y Epona (fuente caballar) diosas de los galos; y las divinidades ario-indas: las tres esposas de “Siva el misericordioso”: Kali (la negra), Durga (la inaccesible) y Parvati (la hija de la

montaña). Y la sabia y casi divina Bodb Irlandesa, y la diosa solar del Japón, cuyo símbolo es el pájaro de oro del que descienden los mikados.

Y aquí mismo, en nuestras autóctonas teogonías, desde la todopoderosa Cihuacoatl o Coatlicue (la de la enagua de serpientes) madre y señora de los dioses. Tonacacihuatl (la tierra) y Tezcatlipoca o Meztli (la luna) hasta Chalchicueye (la de la enagua azul) diosa de los lagos; Chalchilticue (la de la enagua de esmeraldas) diosa de las lluvias y Centeotl, diosa del maíz, de las cosechas o de la abundancia, y la jocunda Xochiquetzal o Xochiquetzalli (Flor y Pájaro) diosa de la alegría, de la belleza, de la primavera y del amor.

Pero cuando el culto a la mujer humana y divina alcanza su grado máximo, es en la Edad Media, por lo menos en los pueblos de cultura occidental, cuyas características a este respecto no logra modificar la penetración pacífica de la cultura árabe, que tanto habría de influir en el mundo europeo, a pesar de Poitiers y de Las Navas de Tolosa.

En efecto, es en aquella edad, “enorme y delicada” como decía Verlaine, cuando el culto de la mujer florece al igual que la plata de los lises en los cuarteles de los blasones o que las luengas plumas ingravidas, en el metal bruñido de los yelmos. Es así cómo bajo el palio de seda de las miradas adorables, se desarrolla el rudo y galante (dualidad antitética pero bellamente simbólica) simulacro de las palestras, en que los besos ungen las heridas y florecen las rosas en la punta de las lanzas. Y es así también cómo, al par que las apoteosis de los guerreros, celébranse las justas de los felibres y mientras, en las aventuras cinegéticas, sobre el ágil galope de los elásticos lebreles, dispárase el rápido vuelo de los halcones, en las gallardas lizas del Gay Saber, sobre la muelle cadencia de los madrigales, bate sus alas de bronce el ritmo poderoso de la epopeya. ¡Y los ejércitos de la Reconquista, como los soldados de los más bellos días de Grecia que marchaban a la victoria o a la muerte, al compás de las odas de Tirteo, van también a la lucha, al épico redoble del romance!

¡Oh los gloriosos reinados de Jaime el Conquistador, el Gran Pedro III y el sin par Juan II “amador de la gentileza”, en que los trovadores iban en los áulicos cortejos, junto a los nobles y a los paladines! ¡Oh el gesto definitivo y lapidario de Alfonso VII que recurre al serventesio de Macabrés, para conseguir el auxilio de los barones de Guiena y del Poitou, contra los sarracenos y que, dispersando a todos los rumbos, por medio de mil ministriles, la arenga épica del bardo, consigue al fin –Santo poder de la poesía, más significativo que en ninguna otra, en aquella época tan frecuente como injustamente llamada bárbara– que se levanten en armas y acudan como un solo hombre “todos los soldados y los pecheros, lo mismo de Cataluña y de Aragón que de Castilla, con sus condes, barones y marqueses al frente, confundidos con los delegados por el brazo popular de las ciudades y de las villas”!

¡Edad vigorosa y elegante, sutil y profunda, macizamente viril y delicadamente femenina, inconfundiblemente bélica y arrebatadamente religiosa, que acuña, en el más rotundo de los metales, la santa, egregia y galante divisa “Por mi Dios, por mi Rey y por mi Dama”, y que, al par que edifica las pesadas fábricas de castillos y fortalezas, lanza al azul, cada vez más ágiles, cada vez más bellas, las altas cúpulas de las basílicas y las vertiginosas torres de las catedrales!

¡Evidentemente, naturalmente, en una época así, que de tal modo poseía el sentido de la fuerza y de la belleza, el culto de la mujer tenía que alcanzar proporciones increíbles, pues ante la dama hasta el rey se inclina, y las plegarias femeninas llegan más pronto a Dios que las plegarias de los hombres! De allí que la mujer sea como el pivote de diamante, sobre el que gira toda la literatura caballeresca. De ahí que sea ella la que sostiene la trama, la que sirve de fondo, de base y coronamiento –tal el “leit-motiv” romántico de una sinfonía heroica– a toda la epopeya nacional de España, De ahí, en fin que, junto a la recia figura del Cid, se mueva la preclara trilogía de Doña Elvira, Doña Sol y Doña Jimena: las adorables doncellas, causa y razón de tan interesantes aventuras y la matrona augusta, dulce y vigorosa, tierna pero fuerte –¡castellana al cabo!– que

sobrevive al héroe epónimo, para sepultar ella misma los despojos del caudillo, en el monasterio de San Pedro de Cerdeña al lívido resplandor del incendio de Valencia.

¡Con razón hasta en la enorme sátira de Cervantes, hasta en esa sublime crítica de la andante caballería, yérguese la mujer, maravillosamente bella en el símbolo de Dulcinea que es como la *Consolatus Affictorum* del insigne y egregio Señor Don Quijote! ¡Y con razón, en esa que es una de las más grandes creaciones del espíritu humano, en la Biblia medieval: La Divina Comedia, más allá de los horrores del infierno, sobre las lentas angustias del purgatorio, en el sublime esplendor del paraíso, impalpable como el ensueño, inasible como la dicha, eterna como la esperanza y el dolor, surge una mujer: Beatriz, por encima de la cual, sin embargo, el propio Alighieri, coloca a otra mujer, pero no humana ya, sino divina: María, la rosa mística, la rosa luminosa y misericordiosa, que brilla —¡Oh la soberbia concepción de Doré que completa la imagen del genio de Dante!— como el corazón desnudo de una estrella de gracia y de ternura, en el centro de la inmensa flor celeste que forman, al cruzarse y entretrejerse, los alados torbellinos de los radiantes coros de los ángeles!

¡María! ¡Sí!, aquella Edad que pusiera en el lugar preferente de su estimación al más adorable de los seres humanos: la mujer, al proyectar sus fervores en la órbita celeste forzosamente tenía que colocar en el pináculo de su devoción, a esa otra criatura femenina y celestial, que encendía también en el corazón del hombre la llama de un amor, pero divino, y que así, toda llena de gracia y de ternura, era como un puente de misericordia, tendido entre nuestra miseria infinita y la infinita caridad de Dios!

Es entonces cuando el bélico mundo occidental parece querer reivindicarse con la blandura de su culto. ¡María! ¡María! La melodía inefable de su nombre crisma el mutismo de las piedras insignes que a su conjuro se tornan luminosas y musicales: ¡Nuestra Señora de Rouen, Nuestra Señora de Amiens, Nuestra Señora de Evreux, de Coutances y de Bayona y de L'Epine, y de Grenoble y

de Reims y de París!... Con la divina palabra se bautizan ciudades, pueblos, villas, templos, hasta las mismas campanas, símbolos perfectos de la fuerza y la belleza del medioevo, en cuya voz potente y armoniosa, rotunda y aterciopelada, se confunden el trueno de bronce de las epopeyas y el grito de oro de las aleluyas!

¡María! ¡María! Toda la vieja Europa agresiva, ruda y batalladora, pero dotada del más exquisito sentido artístico y del más profundo sentido religioso, permanece de hinojos ante la virgen de las vírgenes; ante la madre por antonomasia; ante la reina suprema, en la que se magnifican y sublimizan, la castidad de las doncellas, la ternura de las madres y la grandeza y el poder de todas las soberanas de la tierra! ¡María! ¡María! En las propias peñas heroicas de los montes astures, María santifica y glorifica uno de los minutos más grandes de España: cuando Nuestra Señora de Covadonga clava la media luna de Alkamáh en la cruz de la enseña de Pelayo!...

Por eso cuando el espíritu del viejo mundo llega hasta nosotros a través del prodigio de las carabelas y el portento de los bergantines; cuando el genio del almirante iluso y el empuje del conquistador osado, prolongan hasta las tierras nativas, al par que las más viles ambiciones, los fulgores más bellos de la conciencia de occidente, el culto de María penetra en nuestras creencias con la parábola galilea de los misioneros, que encuentran en el corazón del indio, adolorido pero tierno, dócil, puro y bueno, fertilísimo surco donde sembrar devoción tan grata; pues, no sólo las autóctonas religiones acogían ya, desde muy atrás, el culto de la mujer divina o de la diosa, sino que, para aquellas existencias en derrota, para aquellos seres vencidos, humillados y explotados hasta la crueldad, nada podía ser más consolador, más suave, más amable, que el culto de esa celeste y celestial criatura, de esa divina e inmaterial doncella: de esa pura, santa y dulcísima María: ¡Mater Amábilis! ¡Refugio de los Pecadores! ¡Salud de los enfermos! ¡Consuelo de los Afligidos!...

¡Así llega hasta nuestra conciencia el culto admirable! ¡Así las pupilas azules de los cielos de América, se abren un día a la contemplación de la luz increada,

al dorado y divino fulgor de la que, no en vano llaman nuestros labios: ¡Estrella Matutina!

Empero, tal culto, con ser ya cosa propia, no dejaba de constituir entre nosotros un simple aunque sublime reflejo, el resplandor, únicamente, del más delicado culto occidental. El indio, es verdad, lo llevaba en el alma, pero no le había arrancado del alma. Sobre el corazón sufriente estaba puesto, como sobre un regazo amantísimo, pero no brotaba del corazón, no se desprendía de él, cual fruto maduro, proveniente de una elaboración íntima y ancestral.

Mas un día el milagro floreció en el tronco autóctono, cuyas raíces hincábanse en las glebas aborígenes y nutriánse con el jugo de nuestro propio sudor, de nuestra propia sangre y nuestras propias lágrimas, y en una colina nuestra: El Tepeyac, árida, triste y desolada como la existencia del indio, la criatura celeste, amaneció su alborada en la noche sin astros de las pupilas de Juan Diego; se desgranó el corazón en rosas para suavizar la senda de los que van descalzos arrastrando su dolor por los más agrios senderos, y en la tilma indígena, pobre también y humilde como su dueño, dejó estampada su divina imagen de virgen mexicana, de virgen india, de virgen morena, morena ¡sí! de cutis obscuro, de ojos oscuros y de cabellos negros, como una sublime reparación a la raza cuyo color fuera estigma de infamia y de vergüenza para todos aquellos viles explotadores que tenían el cutis blanco y los cabellos rubios, porque todas las negruras y todas las tinieblas las llevaban en el alma!...

Tal el prodigio de tu advenimiento entre nosotros, ¡Oh Nuestra Señora de Las Rosas!, ¡Oh Madre Nuestra de Guadalupe! ¡Oh Virgen del Tepeyac!

¡Bajar hasta la arcilla, descender hasta la sombra, venirte a albergar entre la miseria, para absolverla y transfigurarla! ¡Cuán grande! ¡Cuán infinita fue tu caridad! ¡Por eso, mira a tus plantas a tu pueblo; mira postrada ante tu imagen a la raza a cuyas angustias nosotros jamás volvemos el rostro y de cuyas angustias, como una suprema reivindicación, surgiste ¡Tú!

¡Mira! ¡Mira a tus hijos predilectos: los indígenas de los rincones más apartados de la Patria, perfumándote con las oraciones que a duras penas se desprenden de sus labios resecos y ungiéndote con las miradas que trabajosamente despuntan en sus ojos marchitos! ¡Míralos! ¡Ámalos! ¡Ampáralos! ¡Consuélalos y levántalos de la miseria en que se debaten! ¡Tú y sólo Tú puedes reivindicarlos! ¡Nosotros no podemos, estamos ya demasiado corrompidos! ¡En nuestra inmensa e insaciable locura de poseer, de saber y de vencer, hemos destruido la fe, hemos despedazado la esperanza, hemos aniquilado el amor; abofeteado, escarnecido y crucificado la virtud, y a cambio de todas las grandezas materiales que hemos alcanzado, hemos perdido hasta el último destello de la grandeza moral! ¡El camino de nuestra victoria está alfombrado con los jirones de nuestro propio espíritu; entre los arcos triunfales de nuestra apoteosis mecánica, hemos dejado como harapos de banderas sagradas los despojos más puros de nuestro corazón! ¡Podríamos, es verdad, podremos incuestionablemente, incorporar al indio a nuestra civilización y transfundirle nuestra cultura; podremos hacerlo sabio, rico, fuerte y poderoso, pero no podremos, no podríamos jamás hacerlo feliz, porque nuestra cultura y nuestra civilización han matado la felicidad para siempre; por lo menos la felicidad superior, que es la verdadera, que es la única felicidad! ¡Dentro del complicado engranaje de nuestro mundo, el indio llegaría a ser un rey de la tierra, pero sería, inevitablemente, un tráfuga del cielo; encendería estrellas artificiales para alumbrar mejor sus apetitos, pero ya no encendería los cirios que iluminan los pasos de su esperanza por las grutas ingravidas del más allá! ¡Viviría en los paraísos de Pantagruel y Gargantúa; se revolcaría en las saturnales de Calígula y Heliogábalo, agotaría los placeres como Sardanápalo; su imperio sería el imperio del rey Midas, sus festines serían los festines de Baltasar, pero... habría perdido para siempre el refugio de la paz perdurable, el puerto de la gracia suprema, el consuelo definitivo de la celesta Caridad!

¡Tú, por eso, Tú y sólo Tú puedes salvarlo! ¡Tú y sólo Tú puedes redimirlo! Y si para reivindicarnos y absolvernos a nosotros también, es preciso que vayamos

a pie enjuto como Juan Diego, por los caminos del sufrimiento que son los caminos de Dios; si es preciso que alcancemos la ingenuidad primitiva del niño, de la bestia y del arcángel; sí, en fin, nuestra supercivilización y nuestra supercultura nos estorban y son una venda en nuestros ojos que nos impiden contemplar la verdadera luz, ¡Oh Nuestra Señora de las Rosas! ¡Oh Madre Nuestra de Guadalupe! ¡Oh Virgen del Tepeyac!, desnúdanos de todo saber, despójanos de toda necia rebeldía, arráncanos la vanidad del poder, del dinero y de la gloria, aunque nos arranques con ella pedazos del alma y fragmentos del corazón, y así, ya humildes, pobres y buenos, haznos caer de rodillas ante tu altar, con la misma fe, con la misma devoción, con el mismo amor y el mismo entusiasmo, conque ocho millones de indígenas ruedan hoy ante tu imagen, y permite que desflore las manos del silencio, esa oración que puso en nuestros labios de niños, como una rosa de músicas, nuestra madre: ¡Dios te Salve María, llena eres de gracia!...(1)

Verbo peregrinante (1939)

(1) Nada tenemos que agregar, respecto de este artículo, a lo que tanto nosotros como nuestro estimado prologuista el diputado Zárate Albarrán decimos al principio de esa obra, o sea su esencia es literario-filosófica y que nada tiene que ver con los panegíricos sectarios.

EL DOBLE PROBLEMA DE LA PREPARATORIA

CONVENCIDOS ya de que sólo la educación atinada de las nuevas generaciones, será capaz de salvarnos y redimirnos de caos perenne de nuestros conflictos económico-político-sociales, vamos en seguida a analizar el problema de la cultura oficial en México, enfocando nuestro empeño únicamente en la Preparatoria, no sólo porque es de esta escuela de donde fluye el contingente intelectual que, a través de las profesionales, va después a constituir las clases directoras del país, sino porque la Preparatoria, colocada entre las Primarias que iluminan someramente nuestro espíritu, incorporándonos conscientemente al agregado, y entre los planteles de especialización, que nos distribuyen por uno solo de los numerosos rumbos de la actividad social, es la escuela que nos pone más en contacto con la vida, con el mundo racional, con el cosmos físico y psíquico, en fin, con el universo todo, en sus múltiples relaciones directas e indirectas, mediatas e inmediatas, efímeras y trascendentales.

En efecto, hasta por razón de la edad en que se reciben las influencias educativas y se sufren las disciplinas mentales, la Preparatoria es la Escuela por antonomasia. Cuando se estudia en ella se está en el sano vigor de la primera juventud; ya no se es un niño como en la primaria, ni se es un hombre prematuro, como en la profesional; ni es tan divagada la atención ni es tan apremiante el interés. Ya no nos divierten los juegos insubstanciales y, por fortuna, todavía no nos inquietan las triquiñuelas del juzgado; no creemos en las hadas pero aún no pensamos en las queridas; somos jóvenes, en fin, pero jóvenes de verdad: es decir, resueltos y altivos como Prometeo, no astutos y hábiles como Ulises. Sin que sigamos viendo a los héroes en el Olimpo de los dioses, aún no nos resignamos

a confundirlos con los demás mortales. Simbad tal vez ya no exista para nuestra evidencia; pero Jasón aún guía su barco de oro por el mar pagano. Orfeo será un mito; pero Homero es una realidad y a pesar de la Física, la Química, la Biología y las Matemáticas, la voz de Platón será el ritmo que más persista en nuestros oídos y la música más dulce de nuestra alma!... ¡Y amaremos aún, y creeremos, y esperaremos!... Indiscutiblemente la Preparatoria es la Escuela por antonomasia; la única escuela capaz de hacer del hombre un ser humano y divino al mismo tiempo.

De ahí nuestro empeño en insistir acerca de la necesidad imperiosa en que nos hallamos, de hacer un plantel de tal importancia, algo parecido a lo que fue en la época de Barreda, quien, tan clara y acertadamente, resolvió el problema del conjunto, sin descuidar para nada los múltiples problemas del detalle.

Desde luego, salta a la vista la falta absoluta de cohesión intelectual, de concatenación científica que existe en el fárrago de materias que se SUPERPONEN (tan ordenadamente cuanto se quiera) en el espíritu de los alumnos, sin procurar que éstos vean la CORRELACIÓN necesaria o incidental de los fenómenos, a efecto de que tengan una visión sintética, pero integral, del universo. Los profesores creen sobradamente cumplida su misión, cuando han explicado el último tema de su programa, sin haber procurado aprovechar la menor ocasión para indicar a sus alumnos que, como dijera el pensador: no hay ciencias, sino distintas partes de una ciencia o de La Ciencia; que cada disciplina no es más que un aspecto del cosmos; que cada materia escudriña una faceta del mundo y que, por lo tanto, la verdadera sabiduría es la que armoniza lo aparentemente diverso en lo esencial y relativamente invariable. Sin esta labor complementaria de organización y de equilibrio, ¿puede decirse que la cultura con que se aplasta materialmente a los alumnos, va a servirles de otra cosa que de un espantapájaros de bobos, o de una de esas levitas académicas, apestosas de erudición barata, hechas para seducir a los necios, pero incapaces de marcar ningún rumbo al espíritu, como lo hiciera la escarapela de la Revolución, que, viviendo la rotunda profecía, rompió las fronteras

y le dió la vuelta al mundo. ¿Sin ese trabajo de coordinación mental, la Preparatoria puede hacer en los espíritus jóvenes, algo más que una anarquía, desde todos los puntos de vista lamentable?

Mas, admitamos provisionalmente que tal estado de cosas queda resuelto; supongamos que los alumnos, por un lado, organizan trabajos de extensión cultural, por medio de periódicos, conferencias, etc., que los maestros, por su parte, desde la cátedra, la tribuna y la prensa, se asocian noblemente al esfuerzo de los estudiantes; y aceptemos en fin que, apoyados por la superioridad, profesores y alumnos se agrupan en Consejos consultivos y directivos, y logran diseñar planes, introducir métodos y señalar direcciones adecuados a las necesidades y aspiraciones no sólo del mundo estudiantil sino de la colectividad. Concedamos, en síntesis, que todo el procedimiento educativo haya sido transformado y que, rectificadas las rutas, los impulsos jóvenes se orienten hacia las nuevas auroras; sin embargo, ¿con tan bellas conquistas podríamos dar por totalmente resuelto el importante problema a discusión? ¿La modificación procesal, el simple cambio de sistemas, bastaría para realizar el milagro de la reorganización cultural de la escuela máxima?... Evidentemente que no, pues para los que no comulgamos con la famosa sentencia de que “hay que estar con las instituciones y no con los individuos” (grata a los parásitos de todos los regímenes, a los tráfugas de todos los partidos o a los timoratos de la Llanura, que tienen miedo de ser Girondinos o Montañeses); para los que habitamos este rincón del planeta, donde, por razón de idiosincrasia y temperamento, las personalidades crecen a expensas de las ideas y las personas se afirman sobre las personalidades; para nosotros, decimos, tanto o más todavía que los sistemas, significan los hombres encargados de llevarlos a la práctica, los cuales, si no son lo suficiente competentes y avanzados, si no sienten ni viven los imperativos del minuto, sabrán encontrar la manera de adaptar a los nuevos métodos sus viejas ignorancias, sus torpes egoísmos, y amparados con la más noble de las investiduras, pasearán por las aulas, aparentemente vindicadas, las más vergonzosas inmundicias.

Por eso nosotros hemos insistido tanto en la urgencia de seleccionar convenientemente al profesorado y por eso, unánimemente, en sus tribunas y en sus periódicos, todos los estudiantes de la Preparatoria aplauden la promesa que les hiciera en fecha memorable el señor Rector de la Universidad, de substituir a los que han convertido la enseñanza en “modus vivendi”, por verdaderos maestros, jóvenes de espíritu, nobles de corazón, generosos y desinteresados de conciencia.

¿Cambiar sistemas sin cambiar, paralela y simultáneamente, a los individuos que los van a cristalizar?... ¡Absurdo! ¡Error lamentable que lejos de solucionar el problema lo habría aplazado indefinidamente, toda vez que, los vividores de la cosa pública, habrían encontrado, con la implantación de los novísimos planes, un más consistente y durable caparazón con que proteger sus mentalidades de tortuga!

¿Que esto sería llegar a un personalismo odioso? ¿Que equivaldría a abandonar la etérea región de la metafísica histórico-política, para descender hasta los bajos fondos de la economía social o de la economía biológica?... ¡Tonterías; malabarismos retóricos; frases cortesanías y versallescas... nada más! En efecto: para fundar nuestro acerto no tenemos más que volver el rostro hacia atrás; el pasado, como en la metáfora de Longfellow, vendrá a nuestro encuentro y nos ofrecerá mil ejemplares de sistemas políticos semejantes, cuyas influencias fueron totalmente distintas, debido a LOS DISTINTOS HOMBRES que los sirvieron o traicionaron, de acuerdo con sus conceptos netamente INDIVIDUALES.

¿No recordáis, por ventura, que dentro del mismo sistema imperial alentaron los apetitos de Nerón, la imbecilidad de Claudio, la virtud de Marco Aurelio, la majestad de César y la excelsitud de Octavio Augusto? ¿Olvidáis que, en la actualidad, dentro del mismo régimen parlamentario, pueden desarrollarse actividades tan disímiles como las de Kitchener el aristócrata y Lloyd George, el laborista; de Clemenceau, el padre de la victoria, y de Caillaux, el reo de alta traición? ¿España, es la misma con Canalejas que con el Marqués de Estella? ¿La Italia de Garibaldi puede parangonarse con la de Mussolini? ¿Y aquí mismo,

Verbo peregrinante (1939)

entre nosotros, a pesar de ser constitucionalmente la misma, la República de Juárez fue igual a la República autocrática de Díaz o la República democrática de Madero?... ¿Será necesario, pues, insistir más acerca de la necesidad que hay, no sólo de reorganizar la educación, sino principalmente, de seleccionar a los educadores? (1)

(1) Substancialmente el problema de la Preparatoria sigue siendo el mismo que hace años dió origen a este artículo.

Por esta razón y sin hacerle modificación alguna lo damos a la publicidad, pues esperamos que las consideraciones que en él hacemos, puedan servir de algo a quienes como el que escribe, sigan creyendo que la Preparatoria es el pivote intelectual de la cultura de nuestras juventudes.

H. Z.

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA

En el Primer Centenario de la muerte
del insigne Cantor del Niágara.

SI EN ALGUNA parte del mundo se ha realizado con más perfección la síntesis del caudillo cívico y el poeta, ha sido en ese pueblo sublime, cuyo territorio es a modo de un bergantín de ensueño, anclado en un golfo de turquesas o como el diamante soberano de una estrella, engarzado en el escudo de zafiros del océano.

En efecto: ha sido en Cuba, en el pedestal brillante de esa Isla, donde se han levantado, como dos estatuas vivas, las dos figuras próceres de los dos poetas continentales, en cuyo puño ferrado han hincado la garra los halcones del relámpago y en cuyo yelmo refulgente han crucificado el vuelo las alondras más dulces de la Lengua: nos referimos, claro está, a José Martí, el apóstol, el tribuno, el estadista, el patriota, el poeta y a José María de Heredia, su hermano en la gloria y en la tragedia, que, también como él supo ceñir los laureles del triunfo sobre la púrpura simbólica del gorro frigio, porque, igual que el otro, llevaba a la Patria en el espíritu y en la lira y daba al viento el esplendor de sus cánticos, mientras sus plantas desnudas iban sellando de sangre los agrios senderos de la persecución y el infortunio.

¡Martí, el epónimo, el dulce, el inmaculado! ¡Heredia, el vehemente, el armonioso, el fulgurante! Dos columnas del más limpio mármol párico, del más reluciente mármol jónico, de cuyos capiteles florecidos de metáforas, arranca el arco del día para que pase bajo de él, como bajo la curva gloriosa del arco del triunfo, el desfile de las generaciones y la inmensa caravana de los siglos.

Y los dos, grandes y sinceros amigos de México. Nuestros los dos por la virtud del espíritu y el imperativo de la sangre, pero, sobre todo, por la afinidad

del ideal, pues que los dos, fueron mariscales de la libertad y mosqueteros de la gloria, Cides campeadores de nuestras democracias y Alonsos de Quijada de nuestras bellezas; los dos gallardos y fuertes como caballeros medievales, armados de punto en blanco y de lanza en ristre, capaces, como el divino loco de la inmortal locura, de poner la vida sobre el afán del Clavileño y de clavar los ojos en los castillos imposibles de las siempre lejanas y por lo mismo siempre infinitamente adorables Dulcineas.

¡Martí! ¡Heredia! Gemelos los dos y los dos hermanos nuestros y los dos dignos de ser immortalizados en el mismo recuerdo y de ser glorificados con idéntica apoteosis.

Mas, si en otra ocasión, habremos de exaltar como merece, el nombre de Martí, séanos permitido, en esta vez, ocuparnos, particularmente, de José María de Heredia, puesto que, el 7 de mayo de este año de 1939, hizo un siglo que el más esplendoroso de los liridas antillanos selló sus labios, para siempre, en la ciudad de Toluca, según afirmación de autoridades tan respetables como las de la Enciclopedia Hispanoamericana y la de la Biblioteca Internacional de Obras Famosas, en cuya recopilación colaboraran eruditos de la talla de Marcelino Menéndez y Pelayo, Director de la Biblioteca Nacional de Madrid, Ricardo Palma, correspondiente de las Reales Academias Española y de la Historia y Director de la Biblioteca Nacional de Lima, Enrique José Varona, Profesor de la Universidad de La Habana, David Peña, Profesor de las Universidades de Buenos Aires y la Plata, José Toribio Medina, Secretario de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Santiago de Chile; Justo Sierra, Ex-ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes de México; José Enrique Rodó, Ex-Profesor de Literatura de la Universidad de Montevideo; Ricardo Garnett, Bibliotecario del Museo Británico de Londres; León Vallée, Bibliotecario de la Biblioteca Nacional de París; Alois Brandl, Profesor de Literatura de la Universidad Imperial de Berlín y Ainsworth R. Spofford, Bibliotecario de la Biblioteca del Congreso de Washington.

Pero no sólo cabe a México la honrosa satisfacción de haber acogido en su tierra bendita los despojos mortales del excelso cantor del Niágara, ¡no! tanto como Cuba, nuestra Patria puede ufanarse de contar entre sus hijos más preclaros a tan brillante cuanto noble inteligencia, ya que José María de Heredia, desde el año de 1819, o sea a los 16 años, estuvo entre nosotros, puesto que nació el 31 de diciembre de 1803 en Santiago de Cuba.

Y no se crea que pasó por estas tierras, simple y sencillamente como un espíritu en tránsito; su vida en nuestras latitudes no tuvo el errante fulgor de un bólido o el efímero esplendor de una alborada; José María de Heredia enraizó alma y corazón en nuestra gleba; se abrevó en nuestras lágrimas; se nutrió con la sangre de nuestros sacrificios; se saturó con el azul de nuestra atmósfera; se glorificó con la magnificencia de nuestros soles y fue mexicano, tan honda, tan intensa, tan inmensamente mexicano, que si quisiésemos prescindir de él, que si pretendiésemos olvidarlo, dejaríamos trucas varias de las más hermosas páginas de nuestros anales patrios.

En efecto, cuando la firmeza de sus convicciones y el ímpetu de sus rebeldías lo hicieron acreedor a la honrosa amargura del destierro; cuando la bota de los tiranos pisoteó bárbaramente sus primeras rosas líricas y el látigo del déspota hizo huir, en desbandada, a sus primeros ruseñores, el adolescente Dantón antillano, vino a posar los palacios de esmeraldas de las selvas de México, el vuelo de los faisanes de sus metáforas, mientras dejaba clavadas en las catedrales de hierro y plata de nuestros volcanes, las flechas temblorosas de sus ardientes y sublimes ideales libertarios.

¡Y desde entonces, México fue la patria de Heredia; la tribuna de Heredia; el clarín de Heredia; el enorme órgano de este poeta formidable que entubó, en las gargantas del torbellino, el torrente impetuoso de sus voces, cuando hizo el panegírico de esa gigantesca apoteosis de agua que se despeña, como una montaña líquida, para desbaratarse en el fleco ciclópeo de un soberano mantón

de seda que cayese sobre la alfombra de nardos de la más blanca y más blanda epopeya de la espuma!

Alto funcionario de nuestra administración pública: diputado al Congreso del Estado de México; Director insigne del benemérito Instituto de Toluca, que transformara, por completo, hasta hacer de él lo que desde entonces ha sido, o sea una de las más gloriosas escuelas del País, y primer Director de la humilde, pero desde aquella época indiscutiblemente útil, Biblioteca Pública Central de Toluca, en cuyos fecundos veneros de luz, de belleza y de verdad, habían de nutrirse espíritus de la talla de Altamirano, de Bustillos, de Olaguíbel, de Uribe y Troncoso, Ocaranza, Garza, Baz, García López, Enríquez, Salazar, Rodríguez, Carniado, García Moreno, Villarello, González, Zambrana y Vázquez, Vicencio, Martínez, etc., etc., y en cuya alta torre, abierta a todos los panoramas del universo y de la vida, para disipar las sombras de los fanatismos y desgarrar las tinieblas de la ignorancia, había de clavar su antorcha la conciencia libre, manumitida, al fin, de quienes, en nombre de absurdas superioridades y torpes y ridículas preeminencias, levantaban la suntuosidad de sus palacios sobre las espaldas ensangrentadas de los humildes, de los pobres, de los desheredados, de los que encienden los cirios de los altares con la combustión de su propia carne y cuelgan su corazón ante los crucificados, como ardientes y angustiosas y palpitantes lámparas votivas!...

Eficazmente apoyado por ese inmenso equivocado de indiscutible talento y vasta cultura, que se llamó Don Lorenzo de Zavala, benemérito del Estado de México y... traidor a la Patria, el egregio poeta cubano-mexicano, desde esos dos principalísimos centros de cultura ya mencionados: el Instituto y la Biblioteca del Estado de México, derrama sobre las arenas azules del silencio, el caudal luminoso y armonioso de su inteligencia privilegiada y es así como, en Toluca, publica la segunda edición de sus Poesías, en 1833, y, en México, algunas de sus obras didácticas, mientras resuenan las aulas ilustres de nuestra magna Escuela y la pequeña sala de nuestro Congreso, con la voz iluminada del tribuno, que,

no obstante haber nacido bajo la ardiente llamarada de los trópicos y de haber visto, desde niño, tendidas a sus pies, las caravanas azules del mar, pudo y quiso y supo vivir con esplendidez de belleza, en la árida, triste, fría y casi muerta Toluca; en ese monótono valle sobre cuya parda llanura apenas si en los Otoños magníficos, como rajás de Oriente, desfilan los crepúsculos, en sus literas de oro y escarlata, y en los Inviernos crudos, tienden las lunas sultanas sus colchones de armiño para que se repose el silencio, tembloroso de suspiros y perfumado de nostalgias!

¡Cuba! ¡Cuba! ¡La voluptuosa, la hechicera, la embrujadora! ¡La vibrante Cuba, la elástica bayadera del cuerpo de llama, sangre de jugos dionisiacos, nervios de guitarra, ojos de relámpagos, brazos de serpiente y corazón de volcán!... ¡Cuba, la náyade de las grutas de esmeraldas del Golfo incomparable!; ¡Cuba, la perla cálida de cambiantes de seda y orientes de amanecer! ¡Cuba, la de las palmeras elásticas y los cafetos perfumados y los hombres jocundos y las mujeres maravillosas!; ¡Cuba, en México, y, en una de las más altas mesetas, en Toluca, en la antañona parroquia de ese terruño, que no ha sabido nunca de los ardores, de las vehemencias, de las desesperaciones que desgarran los espíritus y despedazan los corazones y hacen fragmentos la vida, en una soberana locura y en una sublime lujuria de vida que se desborda ahitada, arrebatada, frenética y torturada de sí misma!...

Y es que José María de Heredia era un trozo vivo de Cuba, trasplantado al más alto terrón de México; es que José María de Heredia era, fue, como el germen de un astro caído de las manos de Dios sobre el surco tembloroso de nuestra tierra morena y ello es, precisamente, lo que más nos asombra y nos encanta, porque si se explica perfectamente que, ante la grandeza colosal del Niágara, la lira del enorme poeta tuviese vibraciones de trueno y palpitaciones de huracán, es verdaderamente admirable el hecho de que un hombre de lumbre y de tormenta como él, hubiese podido vivir y vivir en toda la magnificencia de su espíritu, en la triste y árida y gélida Toluca, donde, hasta las estrellas desnudas

parecen cintilar de frío y hasta los pájaros juglares parecen quedarse mudos y hasta las rosas sultanas tienen miedo de entreabrir sus párpados de seda!...

Por eso, el que esto escribe, que también ha tenido que plantar la tienda de sus sueños e izar la bandera de sus esperanzas en la dulce ciudad beata, en esta hora evocativa, ha querido referir la grandeza del poeta cubano a la pobreza del medio que él ennobleciera con los claros prestigios de su talento, y las indiscutibles esplendideces de su espíritu.

Lo demás, todos lo saben: Heredia fue uno de los más grandes líricos de América, digno hermano de Rubén, el de los cisnes, de Díaz Mirón el de las águilas, de Valencia el de las garzas de nieve, de Neruo el de las palomas de espuma, de Reissing el de los pavos de piedras preciosas y de Chocano el de los jaguares de seda y los leones de bronce y las panteras de nervios de acero y belfos de miel; pero, por encima de esto, nadie ignora, tampoco, y nadie debe olvidar, que, en Heredia, más grande que el poeta, fue el patriota, el hombre de lucha, el sublime rebelde que arrojado por los tiranos de su Patria, cuando Cuba era esclava, quiso venir a nuestro México, atormentado pero libre, y después de brindarnos la brillante dádiva de su inteligencia, dejó en nuestra tierra prócer la gloriosa herencia de sus huesos, como la prenda más valiosa de la fraternidad de nuestros dos grandes pueblos, que a través de las turbulencias oceánicas, se tienden la mano y sellan hoy sobre la tumba o mejor aún, sobre el recuerdo de ese que es acaso el más grande de los poetas antillanos, una amistad que inició ayer el destino, a la sombra inmensa de las tres carabelas de Colombo y que se robustece ahora, bajo el vuelo magnífico del águila azteca, en cuyo pecho arde el corazón de plata de la sublime estrella solitaria!... (1)

(1) Intencionalmente deseé escribir este artículo, apartándome del punto de vista puramente erudito y sobre todo tratando de hacer a un lado el aspecto histórico y crítico de la vida de Heredia entre nosotros, pues para mí tiene muy poco interés el hecho de que los restos de Heredia se encuentren a diez centímetros al norte o al sur de determinado lugar, así como que haya nacido en la pieza número tantos del piso tal, de aquella calle o de la esquina de enfrente. Igualmente muy poco importa al que esto escribe que el enorme poeta cubano haya acostumbrado levantarse a las siete o a las ocho o diez y cinco minutos de la mañana... y que hubiese preferido usar un poco de lado, hacia la derecha o hacia la izquierda, el sombrero o que le hayan gustado más las rumbas de su tierra, pongamos por caso, que los vales vieneses o el Jarabe Tapatío... ¡Sí! para el autor tiene más interés el recio perfil de vate, el comediógrafo, el orador, el maestro y el patriota, que todas esas otras cosas que tanto desvelan a quienes juzgan a los hombres y a la historia con un criterio de modistos, compiladores o anticuarios. De ahí la índole de este artículo, que preside un criterio de apreciaciones generales y estimaciones literarias y de ética social.

H. Z.

ARENKA PINDÁRICA

A Costes y Le Brix,
los modernos odiseos.

DE LA ISLA de Francia, todavía resonante con las músicas del verbo de Abelardo, que había de prolongar sus magnificencias en los raudales sonoros de Masillón y en los torrentes sinfónicos de Bossuet. De la dulcísima madre latina que recogió en los ojos limosneros de paisajes, los últimos fulgores del panorama ateniense, y que, por encima de la barbarie sublime de los normandos, bandoleros del Sena y conquistadores de Albión, más allá del hierro de los godos, resplandeciente de pedrerías árabes (¡oh el milagro de Córdoba, más bello y más grato que el prodigio de Toledo!) había de lanzar al asombro del mundo los órganos pétreos de las catedrales, cuyas inmensas columnas, como haces de flautas indescriptibles, todavía se arrojan a lo alto abriéndose en las ramazones de las naves selváticas y las cúpulas nervadas que parecen temblar con poderosos sacudimientos rítmicos, como si las estremeciese un formidable viento sagrado surgido de las tumbas de las edades muertas, o desgajado de la rosa náutica y sidérea de las constelaciones!

Desde allá: torre de bronce de Hugos; capilla de plata de Verlaine; relicario de piedras preciosas de Leconte, y vaso de esencias románticas de Rostand; desde esa hermana de Alejandría, menos pura que la ciudad de Pericles, pero más armoniosa que la capital de Constantino; desde allá, ¡oh grata resurrección del minuto heroico de Roncesvalles que resuena todavía en la garganta de oro de la trompeta de Rolando!, escribiendo músicas marciales en el pentagrama de los vientos, vinieron los aviadores nómadas, hermanos de los peregrinantes gambusinos de las Cólquides, como dos gerifaltes de luz que llegaron a posarse en el puño de lumbre de los soles americanos, o como dos anchas banderas de

auroras que, a través de las brutales pesadillas oceánicas y sobre el camino de resplandores del Zodíaco, se trajesen todo el fulgor del alma latina, para dejarlo clavado en los capiteles de plata de nuestros volcanes!

Y, si, agradeciendo esta ofrenda magnífica, la poderosa lira de Lugones vibró la mejor de sus odas, ductilizando el granito de los Andes en el dócil y rotundo metal de los peanes y de las epopeyas, fuerza es que, también aquí, en este solar de tradiciones magníficas y pedestal homérico de gestos heroicos, haya una voz que se resuelva a empujar las envergaduras de los cóndores y a restirar los poderosos nervios de las águilas, para saludar, con el arco de triunfo de un vuelo glorioso, la llegada de los hermanos de Nungesser y de Coli: esos otros dos pájaros locos de azul, que se perdieron, ¡afortunadamente!, para las vilezas de la tierra, pero que se quedaron volando perennemente en el cielo, con las alas de oro y de música de las estrellas!

Porque sí, urge evidenciar al espíritu del mundo, que si empenachamos de estruendosos regocijos la frente adusta de nuestro silencio ancestral, cuando nos llegó del Norte un mensajero aquilino, con mayor razón aún ceñimos de rosas de epifanías la frente de nuestra incurable y trágica tristeza, cuando apunta en nuestros horizontes la pascua de luz de ese mensaje de Francia que viene a iluminar la tortuosidad sombría de nuestro destino, en estos precisos instantes en que en el corazón tempestuoso de un mar nuestro, sobre las peñas heroicas de la tierra antillana –¡oh inútil gallardía del Castillo del Morro!– la maldita sombra de Shylock se pasea trazando en lontananza quién sabe qué siniestras profecías!...

De ahí la razón imperiosa de este artículo, que no debió haber surgido de los arrebatados fervores de un impulso que no tiene otra virtud que su propio entusiasmo, sino de una de esas plumas de diamante, hasta cuya punta, acerada y rútila, desciende la música de los nervios y el hervor de la sangre, para dejar sobre la blanca llanura del papel absorto, esas praderas de magnolias líricas o esas selvas de robles épicos, que transfigura el silencio en una vasta primavera sinfónica.

¡Costes y Le Brix, gajos en vuelo del laurel de Francia que bendijo la gloria las sienas de Turena, de Napoleón y de Joffre, y en cuyas armoniosas ramazones, al par que los azores de Foch, se han posado las alondras de D'Annunzio y los ruiseñores de Darío! ¡Costes y Le Brix, hijos primogénitos del arcángel victorioso de Rodin, que llevaba toda la tragedia bajo la anchura de las alas, pero que, por encima de los labios rotundos de donde se derrumba el trueno de las Marsellesas, sobre los ojos relampagueantes de cóleras divinas, luce, en el arco de la frente, la caricia de seda y ámbar de los nacientes esplendores matutinos! ¡Costes y Le Brix, reivindicadores alados de Nungesser y de Coli: los inmortales Euforiones transfigurados; los Sanjuanes proféticos del milagro! ¡Costes y Le Brix, Godofredos de la cruzada trasatlántica, que habéis venido a rescatar el sepulcro donde yacen los despojos de las carabelas: mastines precursores de vuestros ágiles lebreles! ¡Embajadores vagabundos, coreoplastas danzarines de las siderales y astrales fiestas dionisiacas del azul, en cuyas vaguedades muelles, se ostenta la desnudez eurítmica de las diosas junto a la desnudez gloriosa de los astros! ¡Caballeros del prodigio que deshojáis sobre las crines de los vientos la rosa de hierro de la hélice y crucificáis el infinito sobre los brazos abiertos de vuestra aeronave! ¡Raptos de la fama, gambusinos del triunfo, Cyranos del espacio, violadores del misterio, conquistadores de la inmensidad, vencedores de la muerte, sed bien venidos! ¡Sed bien venidos en nombre de esta tierra maravillosa y única —tierra de alas, de ímpetus, de audacias y de vuelos!— donde, sobre los arco iris en columpio de oro de los quetzales, más allá de los bergantines sidéreos de las águilas; más arriba aún de las islas flotantes y arboladas de las nubes, se abre la odisea dorada y simbólica de Quetzalcóatl: ¡la serpiente emplumada que se transfigura en la hoguera del sacrificio, para colgar en las metopas de lumbre de las estrellas, las guirnaldas de amaneceres de sus ideales y de sus sueños victoriosos! (1)

(1) Era la época romántica de la aviación cuando en las alas de los velívolos ¡Oh sublime! ¡Oh glorioso Gabriel D'Annunzio! iba el ensueño nómada de los pueblos en un afán ecuménico de unión universal... ¡Los icaros de acero no eran todavía locomotoras del aire ni trasatlánticos del viento, aun cuando ya habían sido instrumentos de destrucción durante la espantosa pesadilla de la gran guerra.

La aviación tenía aún perfiles de leyenda y fines apostólicos; por eso el autor, poeta al fin y al cabo, glosa esta hazaña que hoy ha sistematizado el espíritu mercantil de los hombres, pero con la pequeña diferencia de que ayer era el soplo del alma el que movía las aspas de la hélice y es hoy el egoísmo de los mercaderes el que alimenta la insaciable sed de los motores!...

H. Z.

ARENGA FERVIENTE

Al glorioso Instituto de Toluca.

Voluntariamente exiliado por razones de dignidad, del terruño nativo donde erige su gloria secular la magna Escuela, que, en el preciso instante de su apoteosis, sufre la afrenta de hallarse regida por un extraño, el autor, ex alumno y ex catedrático del insigne plantel, quiso poner en las alas múltiples de la prensa, este sincero mensaje de su alma, para que llegase, como la alondra de un saludo cordial hasta las manos de sus hermanos institutenses y ex institutenses de Toluca; y para que, como guirnalda votiva, se deshojase en un desgranamiento de fervores, en los sillares benditos que hoy bruñen los labios de luz y música de cien estrellas!...

¿POR QUÉ sólo hemos de restirar los nervios y acerar los músculos de las águilas épicas y los gerifaltes pindáricos que se llevan en el pico la carnaza de los cadáveres, para glorificarla con la excelsitud de la altura? ¿Por qué únicamente hemos de empujar con alientos ciclópeos los velámenes de las alas enormes, cuando en torno de nosotros, demasiado corrompidos y ciegos de pasiones para verlos, hay tantos ruseñores juglares y tantos zenzontles romanceros que esperan nada más el menor impulso, para llevarse a santificar nuestra miseria en el incienso de los azules immaculados donde las aves peregrinas saben afirmar nuestras rudezas y nuestros odios, hasta trocarlos en el hilo melódico conque bordan, en los linos del silencio, sus parábolas galileas, las agujas increíbles de los picos maravillosos?...

Atronar siempre el espacio con el redoble de las fanfarrias guerreras, ¿por qué y para qué? ¿Acaso el cabezal de nuestro sueño no ha sido casi siempre la cureña del cañón de Turena? ¿No hemos ido en nuestra absurda fobia hasta donde no fueron ni las hordas de Alarico, ni las turbas de Atila, ni los tropeles de Jerges, ni los bárbaros aludes de Gengiskán? ¿No hemos llegado hasta el alma para hacer befa de los dioses que no merecemos y escarnio de los principios que nunca comprendimos y calvario y martirio de los ideales que nunca alentamos? ¿En nuestra locura de supercivilizados, fieles discípulos de este siglo que abrió los ojos a la vida sobre la hornalla de la Gran Guerra, y a través de nuestras filosofías críticas y decadentes (Oh Fallmerayer y Scheller, Oh Stoddard y Enstein, Oh Spengler y Kireyenski y Keisserling!), no estamos renegando o desconfiando de nosotros mismos, hasta el punto de afirmar que nuestros ciclos progresivos están definitivamente cerrados, o que –¡sangrienta ironía!– nuestro mundo, “el mundo que nace”, es el mundo magnífico de la técnica victoriosa del espíritu; de la industria vencedora del ensueño; de la cultura convertida en civilización; del templo trocado en fábrica, con chimeneas por campanarios, según la expresión de Maupassant, tan finamente glosada por Dubufe, y del hombre artista, pensador, sabio, etc., estereotipado al fin, en el prototipo específico del chofer?...

¡No! Es preciso que ciñamos la testa trágica de Niobe con la guirnalda de besos de Afrodita, y que, en las enmarañadas crenchas de la tormenta, prendamos el quetzal simbólico del arco iris. ¡Afortunadamente, también es pródiga en bellezas y excelsitudes, esta tierra de contrastes extraordinarios, en cuyos dantescos laberintos va siempre el alma de bulbules del poeta, de la mano luminosa del maestro y bajo la advocación celeste de la amada!

Y si no, ahí están para corroborarlo esas tres fechas máximas que en tres distintos Estados de la República, celebran otras tantas pléyades de espíritus: El centenario del Instituto de Oaxaca, el centenario del Instituto de Toluca y el del Instituto de Guanajuato, las tres gloriosas instituciones gemelas que hacen arder por tres rumbos diversos el alma de la Patria, como si fuesen las tres torres

de luz de una basílica de constelaciones donde hasta la eternidad y el infinito se quedasen prosternados!

Mas si es indiscutiblemente significativo el centenario del Instituto oaxaqueño, detrás del cual, como la silueta enorme del Zempoaltépetl, perfílese la sombra augusta de Juárez; y si tiene singular importancia la secular apoteosis de la ilustre escuela de Guanajuato, que surge, como el mejor de los filones, de las peñas auríferas que supieron fundirse con el bronce de la campana taumaturga, para coronar de resplandores el grito de la Patria manumitida, más significativo es aún y de mayor importancia para nosotros, el primer centenario del Instituto de Toluca, no sólo por la feliz circunstancia de encontrarse situado en el punto en que se cierra el triángulo diamantino de las tres magnas fechas, sino porque a ello nos obliga la más rudimentaria gratitud, ya que quien bautizó de fe la audacia de nuestras quimeras adolescentes, fué precisamente el benemérito plantel del Estado de México, en cuyas aulas venerables, exornadas con las eurtimias orfébricas de Heredia y ungidas con los románticos perfumes de Olaguíbel, todavía resuena el huracán apocalíptico de la elocuencia del Nigromante, y todavía susurra y solloza y canta y ruga y truena, el “crescendo” sinfónico del verbo de alondras y águilas de Altamirano!...

¡El Instituto de Toluca!... Desde aquí, desde este instante glorioso y a la distancia de cien años, ¡cómo crece, cómo se agiganta, cómo sube la magna escuela, a cuyo amparo se detuvieron para haber claridad y fuerza, tantas y tantas generaciones!... ¡Se dijera un roble sidéreo con nidos de luceros y pájaros de arreboles, de cuya ramazón de lirás, como flores misericordiosas, cayesen bendiciones de ensueño y limosnas de amor sobre la frente abrasada de los peregrinos!...

¡El Instituto de Toluca!... Reivindicando los claros prestigios autóctonos; afinando la savia aborígen de las glebas matlatzincas que dormían ya, bajo la pesadumbre enorme de la conquista; sacando a flote las melodías de la raza que se habían echado a volar en el zenzontlalli de Netzahualcóyotl y se habían puesto a sonreír en los labios de pétalos de Xochiquetzal; injertando en el presente las

floraciones del pasado, con qué vigores nuevos, con qué nuevas gallardías, en el valle que abre las pupilas de antílope de sus lagos, al amparo del granito coronado de plata del Xinantécatl, inicióse la edificación de la Institución portentosa.

¡Sólo los alarifes e imagineros del medioevo presenciaron milagro semejante, cuando en la Isla de Francia y en Reims, y en Chartres, y en Estrasburgo y Colonia, las muchedumbres y los siglos se congregaban para empujar poco a poco la mole sonora del “Gloria In Excelsis Deo” de las catedrales; pues obra del arrebatado colectivo, como ellas, fruto del entusiasmo popular que llevaba las piedras y edificaba las fábricas sin cansancios, ni dudas, ni desfallecimientos, el prócer edificio, material y espiritual, irguióse un día ante la estupefacción de sus mismos constructores, rotundo y elocuente, patético y magnífico, como el órgano de clarines de una orquesta de robles musicales!...

Preciso es pues amplificar la voz y magnificar la talla para exaltar la imaginación de esta hora única, y para arrojar sobre los sillares venerables, bruñidos por los besos de tantas devociones, los botines de pájaros y las primaveras de gorjeos, conque fatigan los galeones del viento, los príncipes de la palabra, más poderosos y más grandes que los banqueros genoveses y los mercaderes florentinos.

¡Salve, Oh Instituto de Toluca, Belém de las almas sedientas de eternidad, que van de la mano de los fulgores de la estrella, en pos del portal simbólico donde nace la misericordia sonriente y perfumada del Nardo nazareno! ¡Salve, Instituto de Toluca, facistol inmenso, donde abre Dios los misales del día que preludia la plegaria de rosa y ámbar de la alborada y donde colocan sus antifonarios de estrellas las constelaciones! ¡Salve, Instituto de Toluca, templo sublime con columnas de sermones laicos, y capiteles de oraciones líricas y arcos de frenesíes espirituales, cuyas bóvedas reivindicadoras de las miserias de abajo, encierran en sus curvas, las parábolas flamígeras de los bólidos y las doradas trayectorias de los soles! ¡Laurel de los laureles académicos! ¡Encina de las encinas forales! ¡Roble de los robles druídicos! ¡Colina melodiosa y luminosa de las filosofías socráticas, y de los diálogos platónicos y de las bienaventuranzas nazarenas!

Verbo peregrinante (1939)

¡Anfiteatro de montañas de luz, donde se congregan las muchedumbres de los siglos, para escuchar las tragedias esquilianas de los orbes y ver el friso movable de las danzas pitagóricas de los astros! ¡Farallón titánico, domeñador de la mar amarga, donde se despedaza la rabia de la ola en el susurro de seda de la espuma y el hierro de los clangores del trueno se derrite y transmuta en los arrullos de plata de las gaviotas! ¡Pórtico de la ciencia! ¡Propileo del arte! ¡Ágora de la sabiduría! ¡Santuario de la belleza! ¡Genezaret de la quimera! ¡Damasco del ensueño! ¡Sinaí del entusiasmo! ¡Tabor del ideal, Salve! ¡Salve, oh Instituto de Toluca, en este día enorme y rutilante que llenas todo Tú, que todo lo iluminas y transfiguras, como la torre, ebria de sol, loca de cielo y trepidante de tormentas, del picacho, a cuyo vértice asciende todo el temblor ciclópeo de la cordillera y todo el estremecimiento homérico del continente, para dispararse en la formidable clarinada de la epopeya andina que se fuga en las escalas frenéticas de los tropeles de los cóndores, y retumba, y se encrespa y se arremolina en el trémolo selvático de las cóleras de los huracanes!... (1)

N.B.—A través de estas letras habla también mi hermano Abel Zúñiga, hijo igualmente de nuestra Escuela Mater.

(1) No parece sino que existe entre determinados círculos de pseudointelectuales del Estado de México, el propósito deliberado de preferir y hasta solicitar la colaboración de hombres de otras Entidades Federativas para regir los destinos de nuestra magna Escuela.

¿Por qué? ¿Es que nuestro Estado carece de individuos índices capaces de encauzar la marcha de nuestro Instituto para que hayamos menester ir a buscar a otras partes lo que existe en nuestra propia casa? ¿No tendrá nuestra Patria Chica una personalidad digna de constituirse en el Director espiritual de la juventud, cuando precisamente ha sido el Estado de México y el Instituto los que han dado ya a la Universidad dos de sus últimos rectores el Dr. Ocaranza y el Dr. Baz, amén de haber dado a la Escuela de Jurisprudencia su penúltimo Director el Lic. García López, y, de tener representativos suyos entre lo más granado del Magisterio Nacional?

¿Por qué esta aberración? ¿Será por un afán absurdo de negarnos a nosotros mismos? ¿Será un resultado del más torpe de los celos y la más necia de las envidias? ¿Será por perfidia? ¿Será por torpeza? ¿Será...? ¡Quién sabe! pero el hecho de que entonces como hoy, también el Instituto tuviese al frente a un intelectual de otras latitudes, precisamente en una de sus fechas más gloriosas y significativas obligó al autor a dictar esta arenga que por las circunstancias que entonces prevalecían, tuvo que pronunciar en su voluntario exilio de México, entre un grupo de sus más fieles discípulos de la Capital de la República.

H. Z.

ARENGA PATÉTICA

A Salvador Díaz Mirón.

POR FIN, para inmensa desgracia de la lírica continental y para gloria definitiva de su espíritu transfigurado, va ya, sobre los hombros de plata de las estrellas y envuelto en el sudario de la aurora, el cadáver armonioso del águila olímpica que consteló, con el zodíaco de sus vuelos sinfónicos, el silencio en éxtasis de nuestros cielos asombrados!

Díaz Mirón ha muerto: El enorme clarín por cuya ciclópea garganta galopaba el escalofrío titánico de los vórtices de la inquietud y la pasión, ha rodado, en el estruendo de una caída que es una apoteosis del vigoroso puño del más grande de nuestros órficos trompeteros; del más insigne de nuestros caudillos apolíneos; del rapsoda maravilloso y apocalíptico que, al ronco grito de los Vivares, aunaba el verbo sibilino de los Ezequieles, el hexámetro de hierro de los Homeros, el terceto de bronce de los Alighieri y las rimas de seda y miel y de palor de concha perla y de iris de gota de agua de los Fray Luises y los Valencia y los Darío y los Gutiérrez Nájera!

Díaz Mirón ha muerto, y sin embargo, nunca con más vida, nunca con más vigor, nunca con más belleza y luz ha alentado entre nosotros. ¿Será que, como en la suprema alegoría del gran tribuno, el espantoso vacío que este roble musical, ha dejado al caer en las selvas de las rapsodias, dándonos una idea más perfecta que nunca, de sus proporciones, nos obliga a permanecer de rodillas ante sus despojos que cantan y alumbran, que siguen cantando y alumbrando, que cantarán y alumbrarán aún durante mucho tiempo, pues nada mejor que el mutismo de la muerte para hacer resaltar los ritmos de las almas; ni nada mejor que las sombras de las eternidades para destacar el brillo de las células disociadas en meteoros y de los pensamientos desgranados en constelaciones!

Díaz Mirón ha muerto ¡y está más vivo que nunca! Camina entre nosotros, olímpico y vibrante, como un Zeus de la rima que abriera en las llanuras de las muchedumbres, surcos de admiración con el tajo encendido de su palabra. Lo vemos, lo sentimos, lo escuchamos: En la torre poderosa de su testa, las cien campanas de la poesía están repicando a gloria: lo mismo las formidables de voz de tragedia, que las dulcísimas de lengua de madrigal. De los miradores de las pupilas kaleidoscópicas, de los balcones de panoramas de los ojos aguilinos, de los vitrales de sidéreas visiones de las retinas embrujadas, se arrojan a los azules indemnes los neblíes impacientes de las metáforas y se derrumban sobre los valles pictóricos, los botines de rosas y las ofrendas de pájaros de las alegorías soberanas. Y de los labios también; de los labios que son como puertas de bronce de una basílica de peanes y una catedral de pindáricos clamores; de los labios también suben como vías lácteas de alas, brillos y de cánticos, las cláusulas victoriosas, y se desprenden como torrentes de pedrerías y Amazonas de himnos los periodos rotundos y las rimas formidables!

Porque, en efecto, pese a la evidente pero absurda realidad de ese féretro sobre el cual rueda la enseña de la Patria, como un vasto silencio de ruiseñores, Díaz Mirón no ha muerto. ¡Sí, Díaz Mirón no ha muerto! Se dijera hecha carne, en este minuto, aquella sublime visión del poeta hispano alusiva al entierro de Don Quijote: cuando tras de ahondar, y ahondar, y ahondar en la tierra, no de Castilla sino de todo el planeta, para ver de albergar el cuerpo sin límites, desmesuradamente crecido de gloria y eternidad a través de los siglos, no pudo evitarse que la lanza ilustre quedase fuera de la fosa descomunal y tuvo que dejársela fuera, sostenida por el puño ferrado del visionario y como enraizada en su corazón, libre al viento que la acariciaba con sus mil manos, y al azul que la perfumaba con sus mil besos, y al sol que la bruñía con el oro fluido de sus miradas infinitas. Libre y alta, y gallarda y eternamente en pie, como el afán insepulto del Manchego que perdurablemente asciende a Dios, por encima de las vilezas de los hombres, y todavía más allá de los éxodos de las nubes y de las doradas y pitagóricas peregrinaciones de los astros!

Llorar, pues, ¿para qué y por qué? El sollozo de las plañideras está bien para los que pasaron definitivamente; para los que se fueron sin remedio. Pero para éstos, para los grandes, para los ciclópeos: para los que comparten con los dioses el sublime don de ser eternos, no hay elegía mejor que la de los elementos desencadenados, y no hay responso mejor que el infinito redoble de los tumbos del mar y el macabro tañido de los esquilones del trueno que voltejean patéticamente desde los torvos campanarios de la tormenta!

¿Llorar?... ¡No! ¡Aullar de desesperación como Niobe; rugir de rabia y de indignación como Hécuba; deprecar de furia y de venganza como Orestes y tronar de blasfemias y maldiciones como Laocoonte! ¡La caída de los gigantes reclama y exige duelos gigantescos! ¡Para dar un digno marco a esta pavorosa desgracia que es el augurio de una póstuma reparación, sería preciso reproducir el gesto de las muchedumbres desmelenadas, que retorcían el hierro encendido de sus protestas o arrojaban a los dioses los dardos sibilantes de sus injurias, en torno de las piras inconmensurables de Héctor, Patroclo y Aquiles, que izaban sobre las llanuras troyanas, como mástiles de epopeyas, las banderas llameantes de los cadáveres insignes, que de ese modo iniciaban su propia apoteosis, haciendo florecer la carnaza en una primavera de brillos y en una epifanía de resplandores!

¡Pero no! ¡Aún hay que hacer más! ¿No ha dicho el filósofo que la muerte de los genios debe ser una suprema alegría? ¿Y, no el sordo de Bonn hizo de la alegría la más hermosa aureola de su calvario, cuando en el último tiempo de su Sinfonía Coral, colocó la aurora del “resurreccit” por encima de los funerales de su propia amargura? ¿Y, antes aún, hace ya diecinueve siglos, sobre la colina deicida, no ascendieron al tercer día las sombras de la tumba del Rabí, en la espiral melodiosa y luminosa de las alondras de la Pascua de Resurrección?

¡Alegría! ¡Alegría, sí, de los muertos que no han muerto jamás! ¡Suprema alegría de los inmortales que han concluido con la amarga visión de su tránsito e inician ya la ruta de las transfiguraciones! ¡Alegría de los hombros que echan alas, y de los ojos que se vuelven clarividentes, y de las almas que se tornan

infinitas! ¡Alegría del ruiseñor convertido en arcángel, de la arcilla trasmutada en luz, del ritmo del verso magnificado en cadencia cósmica, de la adivinación del vate sublimizada en anunciación divina! ¡Alegría dolorosa de ver, por la falta que nos haces, cuán grande, cuán titánico eras! ¡Alegría fortalecedora de convencerse, por la magnitud de este duelo nacional, de que también nuestras campañas tienen flores para los poetas, y que hay en nuestros bosques laureles para los visionarios, y existe en nuestras almas, admiración para los genios! ¡Y alegría verdadera, pagana y cristiana alegría; alegría humana y divina, máxima alegría de contemplar, ¡oh enorme aeda, oh inmenso panida! cómo la juventud de tu patria, –pléyade representativa de la juventud del continente– coloca sobre sus hombros tu féretro como una urna que contuviese las cenizas de un sol carbonizado y lo conduce en apoteosis hasta la tumba que te ha abierto en su propio corazón la República, mientras, ¡oh juventud, divino tesoro de tu hermano Darío!, arranca de la adversidad, del dolor y de la muerte tu nombre rotundo: SALVADOR DÍAZ MIRÓN, y lo dispara en la parábola flamígera del más potente de sus vuelos, como el cóndor de lumbre de una antorcha fugitiva, cuyas crines de relámpagos fuesen barriendo los siglos, flagelando los orbes y dispersando las estrellas!...

ARENKA DEPORTIVA

Al Sr. Wenceslao Labra, Gobernador Constitucional del Estado de México, al C. Gral. Juan Soto Lara, Jefe de la XXII Zona Militar, a los señores Licenciados Juan Fernández Albarrán, Secretario General del Gobierno del Estado; Diputado Alfredo Zárate Albarrán, Secretario General del Comité Estatal del P. N. R.; Licenciado Octavio Sentías, Secretario Particular del C. Gobernador del Estado; Diputado José Jiménez, Presidente del Comité Estatal del P.N.R.; Sr. D. Adrián Legaspi, Tesorero General del Estado; Licenciado Juan N. García, Oficial Mayor de la Secretaría General de Gobierno; Licenciado Gustavo Durán Vilchis, Procurador General de Justicia en el Estado, y Sr. José Reyes Nava, Director del Periódico “Antorcha”.

CIUDADANO Gobernador del Estado, C. Presidente Municipal, C. Jefe de la XXII Zona Militar, señoras y señores: Esta no es aquella Toluca donde yo viví de niño: la ciudad que cuajaba casas de plata en las noches de luna y erigía palacios de oro en las mañanas de azul; ésta no es la ciudad recatada y dulce de nuestras primeras novias, de nuestras madres buenas, que tenían las manos de caricias y los labios de miel; no es la Toluca de nuestros sueños, de nuestras esperanzas y de nuestras ilusiones; no es la provincia de ayer; es más que eso, es la ciudad de ayer, de hoy, de mañana, y de siempre, que aúna a su espíritu devoto una conciencia clara de su responsabilidad; es la ciudad que sueña, que ama, que canta, que ora, pero es también la ciudad que lucha, que trabaja, que vibra, que sale a la calle a la gloria de la luz y al esplendor del cielo y que revive entre nosotros el claro ejemplo de Grecia!... ¡De Grecia! ¡Oh cómo fue grande Grecia!

¡Cómo fue hermosa Atenas donde discurría la mujer armoniosa y desnuda cual estatua animada; donde lucían su fuerza y su agilidad los atletas olímpicos y en cuyas plazas públicas, la muchedumbre se congregaba para escuchar a los poetas, a los filósofos y a los oradores! ¡Consortio admirable de la fuerza y de la gracia, de la salud y de la belleza, de los cuerpos que eran apoteosis de células y los espíritus que eran monumentos de luz!...

Pues bien, señoras y señores, he aquí una reminiscencia del milagro griego, por eso nuestro dinámico y entusiasta Gobernante, me ha encargado que os haga patente su felicitación, por esta espléndida manifestación de civismo; pero yo pienso que no sólo vosotros merecéis el público aplauso, sino que también, y en primer lugar, nuestro distinguido Gobernante, merece la felicitación más calurosa, ya que a su voluntad indomable y progresista, débese este magnífico espectáculo, que nos hace pensar en la reivindicación de nuestra bella ciudad dormida de antaño, despierta hoy al esplendor del nuevo día, que nos demuestra, de la más bella manera, cómo las sombras de los viejos prejuicios y de las viejas preocupaciones, se rompe al fin en una explosión de relámpagos, en un florecimiento de auroras y en una catarata de estrellas!...

Mas todo esto, señoras y señores, débese a la transformación del espíritu social, a la modificación casi radical de nuestra estructura, operada por la Revolución... por nuestra magna Revolución, de la que sería imposible hacer siquiera una breve síntesis en estos instantes; por eso voy a resumirla en unos cuantos hechos y en unos cuantos hombres representativos.

La Revolución, tiene en su iniciación dos figuras próceres: Madero, el inmaculado, el justo, el apostólico y Zapata, el impetuoso, el indomable, el rebelde. Madero, es el sentido del pueblo; Zapata, es el sentido de la tierra. Madero habla en nombre del derecho burlado; Zapata proclama el Evangelio del indio: libertad, justicia y tierras. Estos dos hombres cierran el primer Ciclo Revolucionario. El uno inmensamente bueno, el otro, vigorosamente justo!

No llegó entonces la Revolución, hasta los avanzados límites que alcanza ahora, ¡es verdad!, pero sin Madero, sin ese hombre de estatura pequeña y enorme espíritu, que hizo rodar el despotismo porfiriano, la Revolución no habría sido posible; ¿quienes lo critican habrían sido capaces de enfrentarse, como él, a un régimen que todos creían inmutable, pero que estaba condenado a perecer, porque se levantaba sobre la opresión y la injusticia?

Pero no sólo fue política la Revolución maderista, ¡no!, la Revolución, que había comenzado por ser política y social como todas las revoluciones, tenía ya una esencia medularmente económica con el zapatismo. Zapata completa, pues, con su liberación de la tierra, la ideología de Madero; por eso uno y otro son inseparables en la grandeza sublime de su misión. Entre Madero y Carranza se perfila la más trágica personalidad de nuestra Historia: el chacal, el sanguinario Victoriano Huerta, cuyo régimen llegó a las más espantosas y absurdas ignominias!... Fue entonces, cuando Toluca contempló avergonzada la manifestación pública con que las clases acomodadas, los pseudo-aristócratas y los rezagados del régimen porfiriano, celebraron el asesinato de Madero. Todos los muchachos de aquella época vimos cómo Leopoldo Rebollar, capitaneaba y arengaba a la multitud haciendo el panegírico del crimen!... ¡Pero también Toluca fue testigo de un acto de gratitud y de reparación: la velada que unos cuantos revolucionarios convencidos celebraron en el Instituto Pompeyo Portilla, en la que, este humilde escritor, niño entonces, exaltó la inmaculada y gloriosa figura del victimado!

Carranza fue el varón austero cuyos defectos desaparecen ante su vigorosa actitud, ante su carácter férreo que dió al traste con la obra disolvente de Francisco Villa: ese sublime bandolero a quien perdono todos sus crímenes, porque hizo morder el polvo a los bárbaros rubios y barrió con los pliegues de la bandera imperialista, las abrasadas arenas de nuestro suelo!... Carranza es la Constitución de 17 que cristaliza en sus artículos 27 y 123, las más avanzadas aspiraciones populares de entonces!... ¡Obregón! ¿Obregón, continuó la oligarquía porfiriana;

su gobierno detuvo la marcha de la Revolución, pero fue un soldado sugestivo, un glorioso conductor de ejércitos, el héroe en fin, de Celaya y de la Trinidad; uno de los Presidentes que más apoyo han dado a la Instrucción Pública, pues hizo posible la obra de Vasconcelos; ese genial equivocado que lejos de su Patria se ha vuelto contra su Patria y contra él mismo, olvidándose de que es mexicano, de que él nació, de que él ha vivido, de que ha amado y ha sufrido en esta tierra bendita empapada de lágrimas!...

De Calles no quisiera hablar, porque yo soy Maestro y Poeta y el Maestro y el Poeta, cantan, aman, enseñan, perdonan; ¡no condenan, no pueden condenar!... ¡Yo, que nunca elogí a Calles victorioso, no voy a injurarlo ahora que se encuentra caído; pero no puedo olvidar que Calles tiene las manos empapadas de sangre y la conciencia torva emponzoñada de perfidia!... ¡Es el hombre fuerte, pero también es el hombre trágico de la Revolución!

Para mí, los regímenes de Ortiz Rubio, Portes Gil y Abelardo Rodríguez, son meros regímenes de transición, que no tienen importancia en el desarrollo progresivo de la Revolución; pero llegamos con el Presidente Cárdenas al último aspecto de nuestro magno movimiento emancipador. Cárdenas, señoras y señores, tiene para mí el mérito enorme de saber acercarse a los que sufren. Va a los más apartados rincones de la Patria y a la sombra de los árboles o a la orilla de los ríos, gobierna en medio de un conglomerado de hombres humildes, que son, que constituyen el verdadero Pueblo. ¡El Pueblo, señoras y señores!... ¡Y cómo no acercarse al pueblo, si él posee el sentido de la verdad y de la justicia, porque vive cerca de la tierra, de la tierra que es la vida, que es la belleza, que es el amor, porque en su seno las simientes se multiplican; porque el grano que en ella arrojamos nos es devuelto glorificado en la espiga; porque ella, abre su entraña amorosa para acoger nuestros últimos despojos y cuando todos nos olvidan sigue envolviéndonos con su abrazo definitivo; porque ella sustenta los pasos de nuestros hijos, las pisadas de nuestras novias y la caricia alada del tránsito de nuestras madres, pues ella es, madre al fin, verdadera madre, celestialmente dulce, divinamente santa, infinitamente

tierna!... ¡Por eso, yo amo al pueblo también, sobre todo, a los humildes y a los pobres, pues soy pobre y sé de la angustia de los calvarios íntimos de quienes han menester, pan para sus cuerpos y luz para sus almas!...

Pero no es sólo Cárdenas el que sintetiza a la Revolución, en la hora presente; junto a él, otro personaje se destaca, el líder, y los dos expresan la Revolución en este instante: ¡El líder, señoras y señores, escuchadlo bien, el falso líder, por supuesto, lleva el puño cerrado y predica una lucha de clases, implacable y sin cuartel: quiere ver otra vez nuestra tierra tinta en sangre; su Evangelio es el odio, la destrucción y la muerte. Pues bien, frente a esa figura del falso líder que lleva el puño cerrado, se yergue la figura bondadosa y fuerte de Cárdenas, que lleva los brazos abiertos, porque gobierna, no en nombre del odio, sino en nombre de la paz, del trabajo y del amor!... Y Labra, que en el Gobierno del Estado de México, continúa la obra reconstructiva del Presidente Cárdenas, también, señoras y señores, también, en vez de predicar el odio, la destrucción y la muerte y de levantar el puño cerrado, abre los brazos a todos y gobierna en nombre del trabajo, de la paz y del amor!...

Porque en efecto, señoras y señores, es al esfuerzo y a los nobles propósitos del señor Gobernador, a los que se debe este espectáculo que proclama la concepción integral del Gobierno de Labra, pues, no es una mera coincidencia ésta, de que yo sea quien os dirija la palabra; no, yo tengo encomendada la custodia del más fecundo caudal de cultura del Estado de México: soy Director de la Biblioteca; es decir, represento, la fuerza intelectual más grande de nuestra Entidad; vosotros, representáis la fuerza física, la salud, la armonía; vosotros y yo por lo tanto, significamos la coordinación de la vida y de la inteligencia, de la fuerza y de la belleza, del espíritu y del cuerpo; por eso quiso el ciudadano Gobernador, que os dirigiera la palabra, para demostrar que su Gobierno es integral, y que de la vida sana y fuerte y de la inteligencia noble y grande, perfectamente armonizadas, habrá de surgir la Patria de mañana, total, inteligente, robusta, buena, activa y armoniosa!...

¡He aquí, señoras y señores, la obra de la Revolución; ella ha hecho posible esta hermosa manifestación de civismo; este derroche de voluntad y de gallardía; sin la Revolución, no hubiéramos podido llegar hasta Cárdenas y hasta Labra; por eso, señoras y señores, ¡Loemos a la Revolución! ¡Sí! ¡Salve, Revolución sublime! ¡Salve Revolución Mexicana, la más grande Revolución de América y una de las más nobles revoluciones del mundo!... ¡Salve, Revolución Mexicana, por tus apóstoles, por tus héroes, por tus caudillos, por tus mártires, por tus políticos, por tus soldados, por tus periodistas, por tus oradores, por tus hijos, por nuestros hijos, por nuestros padres, por nuestras mujeres liberadas, por nuestras esperanzas fortalecidas, por nuestros esfuerzos transfigurados, por nuestros pobres reivindicados, por nuestros anhelos en pie y nuestros ideales en marcha, Revolución de ayer y de ahora y de siempre, Revolución Mexicana, ¡Salve! ¡Salve! ¡Salve! (1)

(1) Esta arenga fue pronunciada desde el balcón Central del Palacio del Poder Ejecutivo del Estado de México, el día 21 de noviembre de 1937.

ORACIÓN FÚNEBRE

SEÑORAS y señores:

EN NOMBRE de sus fieles amigos, de sus leales colaboradores, de sus subordinados, simpatizadores y compañeros de luchas e ideales, permitidme que en esta amarga ocasión, diga unas cuantas y sinceras palabras:

Hace cinco años, que, con motivo de su exaltación a la suprema magistratura del Estado de México, yo mismo levanté mi voz para saludar, pleno de esperanza y vibrante de entusiasmo, el advenimiento de una nueva era de trabajo y de nobles empeños, que bien podría sintetizarse en la hermosa divisa: Carreteras y Escuelas, puesto que, el Coronel Gómez, siempre comprendió que la resolución del problema económico y cultural de nuestro país dependía, esencialmente, del inaplazable propósito de abrir caminos para el hombre y rutas de luz para el espíritu.

Entonces, mi acento adquirió sonoridades de bronce, mi garganta vibró como trompeta épica y mi verbo todo se estremeció de alborozo, como el repique de una epifanía, pero he aquí que ahora, un lustro después, ante esta inmensa desgracia, frente a este cadáver sagrado para cuantos quisimos el alma que lo animó, mi voz nuevamente pugna por elevarse; mi verbo se quiebra en mi garganta y mi pensamiento, empapado en mi propio llanto, se arrastra en torno de esta fosa, donde sepultamos un poco, o seguramente, un mucho de nosotros mismos, ya que, como decía el hondo poeta de Francia, hay seres que, en fuerza de habernos amado, han acabado por ser nosotros mismos, el punto de que cuando se van para siempre, para siempre también se llevan girones de nuestro ser, pedazos de nuestra alma y fragmentos de nuestro corazón!

Y es que este querido muerto supo conquistar todas nuestras simpatías, porque, sobre todo y ante todo, supo ser bueno; en efecto, bueno, inmensamente

bueno debe haber sido este hombre cuyo cadáver llega a la tumba en hombros de sus amigos; bueno, inmensamente bueno debe haber sido este ser generoso, cuya partida pone suspiros en nuestros labios, lágrimas en nuestros ojos, sollozos en nuestra garganta, temblores en nuestras manos y angustias infinitas en nuestro espíritu. ¡Sí! bueno, inmensamente bueno debe haber sido, tiene que haber sido, esta víctima de un infortunio cruel, cuyos despojos han llegado hasta la fosa, escoltados por una muchedumbre de camaradas fieles, por un cortejo devoto y conmovido, que, viviendo una de las más sublimes páginas de Shakespeare, preside un deudo atormentado y ciego: el General Gómez, hermano del extinto, cuyos ojos del cuerpo están cerrados al espectáculo del mundo, pero cuyos ojos del alma se abren, hoy más que nunca clarividentes, para seguir el tránsito del espíritu definitivamente liberado!...

¡Porque sí, ante esta espantosa realidad de la muerte, la vida protesta y la conciencia se rebela y no nos resignamos a aceptar que todo lo que fué inteligencia, amor y voluntad, ya no sea más que un montón de materia fría, muda, inanimada!...

¿El polvo bajo el polvo?... ¿Sombra entre las sombras?... ¿Silencio en el silencio?... ¡No!... ¡Imposible!... ¡Imposible! ¡Es preciso que el intelectual, el hombre de estudio, que el investigador, que el homo sapiens, dejen las implacables demostraciones de la ciencia fría, abandonen los crueles análisis de la realidad implacable y acudan al refugio de la especulación, al recurso de la filosofía, o si queréis, al amparo del ensueño y de la esperanza, para que enciendan una estrella de ilusión en el más allá, ante esta chispa de la existencia que se apaga; porque yo siempre he creído, sobre todo en instantes como éste, que vale infinitamente más la materia que consuela que la ruda verdad que despedaza!...

¡Que demuestren otros! ¡Que razonen otros! ¡Nosotros, los que anteponemos el amor al saber, en momentos de prueba como éste, preferimos esperar, preferimos soñar, preferimos creer!

Mas, ¿quién fué este hombre por quien de tal modo sufrimos en este trance? Fué desde luego, ante todo y sobre todo, un convencido, un entusiasta y un infatigable trabajador; revolucionario auténtico y hombre de humilde cuna, supo por propia experiencia, del dolor de los humildes, de la injusticia de los poderosos y, por ende, de la urgente necesidad que había, que hay aún, debemos decir, de reorganizar la sociedad de manera que no existan ya dramáticas multitudes de menesterosos junto a odiosas minorías de privilegiados; es decir, Filiberto Gómez llevaba la Revolución en la propia carne, tostada por los soles sin sombra, o mordida por los hielos sin piedad; llevaba la revolución en la encendida sangre nutrida de rebeldías e hirviente de entusiasmo; la llevaba en la vida y la llevaba en el alma, en la experiencia cotidiana, en el diario sacrificio y en la impaciente, incansable e incorregible esperanza. Por eso, para Filiberto Gómez, la revolución fué lógica y natural como una forma del propio crecimiento; como una expresión urgente e inaplazable de la justicia colectiva y cuando llegó a la primera magistratura del Estado de México, su gobierno no fué otra cosa que la revolución hecha administración social; no violenta, no crítica, no dramática; sino constructiva, sistematizada, vaciada en cauces evolutivos, de un constante y cada vez más fecundo mejoramiento.

Su fórmula de Gobierno sintetizóse en la hermosa divisa: carreteras y escuelas: arterias vitales para la economía pública y veneros luminosos para la conciencia colectiva; carreteras, símbolos de progreso material; escuelas, símbolo de progreso espiritual; carreteras que unen a los pueblos, relaciona a los hombres, acercan a las ciudades, llegan hasta el rincón de la montaña y bajan a la quietud de la llanura, discurren junto a las riberas del río y se asoman a las playas del mar; carreteras por donde habrían de cruzar los vehículos redentores del indio, por antes trotaba por los caminos, como una bestia más entre las otras que servían al patrón; carreteras que abrirían al turismo el libro mágico de nuestros paisajes y el álbum maravilloso de nuestras arquitecturas ancestras y coloniales; carreteras, medios de vida, instrumentos de belleza, vestíbulos de

nuestras grandezas históricas y de nuestras riquezas naturales; y escuelas: fuentes de sabiduría vasos de cultura, faros de claridad; escuelas que completarían la redención del esclavo de la gleba y del taller, emancipando la conciencia de los prejuicios, las supersticiones, los mitos, los falsos conceptos, las añejas teorías y las doctrinas tendenciosas que hacían propicia la explotación de nuestra pobre carne de miseria, porque justificaban todas las opresiones; acallaban todas las rebeldías y ponían de rodillas, ante el fetiche del poder, del dinero y de la fuerza, a todos esos pobres seres cuyos ojos, consumidos por el llanto, ya no podían alzarse al cielo para contemplar cara a cara el prodigio del sol!...

De ahí que, durante el Gobierno de Filiberto Gómez, se iniciase la edificación de escuelas en los lugares más apartados y se pusiese particular empeño en impulsar toda clase de manifestaciones de cultura: a este respecto, no hay que olvidar el apoyo decidido que prestó su Gobierno a los estudiantes de la República, cuando se efectuó en Toluca el Congreso Nacional Estudiantil el año de 1932, así como el espléndido recibimiento que hiciera a los miembros del Primer Congreso Ibero-Americano, a quienes agasajó en nuestra escuela máxima con una significativa festividad.

Cuantos elementos valían o creía él que valían, eran inmediatamente honrados por su Gobierno y él, que nunca presumió de hombre culto, ni surgió de ninguna de nuestras Facultades, ni fué profesionista, amó el arte y respetó a la ciencia y glorificó al talento, vanagloriándose de sentar a su mesa o de recibir en su despacho a hombres como Julián Carrillo, como Manuel Gamio, Baltazar Isaguirre Rojo, Manuel Guillermo Lourdes, etc., etc., porque sabía que hay hombres en quienes se honra a la Patria y se glorifica a la humanidad,

Hasta yo mismo, señoras y señores, hasta este pobre poeta recibió el apoyo incondicional de Filiberto Gómez, sólo porque en el pórtico marmóreo de su período administrativo, llamó a la puerta de oro de la cara provincia, con el eslabón de bronce de su verbo humilde y pidió asilo, en nombre de la belleza eterna, pues fué, con motivo de mi triunfo en los segundos Juegos Florales del

Estado de México, cuando conocióme Filiberto Gómez y mientras las manos de nieve y nácar de Rita I me entregaban la flor simbólica de Clemencia Isaura, el Coronel acuñaba en el silencio estas inolvidables palabras: Venga usted con nosotros; yo estoy resuelto a trabajar por el bien del Estado; los hombres como usted tienen que estar a nuestro lado en esta hora de reconstrucción. Yo haré caminos y escuelas y usted, por esos caminos, irá a esas escuelas a enseñar la belleza, a predicar el trabajo y a practicar la bondad!

Desde entonces fui con él, codo con codo y alma con alma y puedo afirmar en este solemne instante, que, pese a sus inevitables e involuntarios errores, Filiberto Gómez cumplió la parte mejor de su programa.

Díganlo si no, las obras materiales por él realizadas y la transformación que en la propia sociedad provinciana logró operar, pues Toluca pudo, como en sus mejores épocas, lucir sus galas a los ojos de la República entera, ya durante las Ferias regionales que con gran pompa se organizaron, ya durante los memorables días del Acercamiento Nacional, en que, la dulce ciudad del Nevado, convirtiéndose en el centro típico y espiritual del país.

Empero, para mí, uno de los timbres más gloriosos de la administración de Gómez, ahí está, para admiración de propios y extraños, en la magnífica carretera al Xinantécatl, la más alta y una de las más bellas del mundo; por la que, con todas las comodidades de la civilización, en el más cómodo y veloz de los vehículos, puede llegarse desde la miseria de abajo hasta la excelsitud de arriba; desde el mundo en que se agitan las ruines pasiones de los hombres, hasta el espacio en que brilla la absolución de luz de las estrellas!...

¡Sí! Codo con codo, alma con alma, fui contigo, oh inolvidable Coronel, oh progresista gobernador, durante los cuatro años de tu período constitucional! Luego, las contingencias políticas nos arrojaron de la tierra que tanto amamos y por la que trabajamos con tanto ahínco. Tú quedaste al margen de la cosa pública mientras veías, triste pero sereno, desintegrarse el círculo de tus amigos, muchos de los cuales te negaron, te traicionaron y te vendieron, en pago a los

beneficios que les prodigaste. Yo, por órdenes de un gobernante que a pesar de haber sido hijo del Instituto, trató de clausurar nuestras benditas aulas y que como profesionista siempre blasonó de hombre consciente y culto, en el propio Palacio de Gobierno fui golpeado brutalmente y obligado a abandonar la provincia, nada más porque cometí el delito de sumar mi voz de protesta a la de los institutenses escarnecidos e infamados, a quienes llegó hasta privarse de las más rudimentarias garantías: ¡Recordad aquellos días en que los internos de las Escuelas Oficiales de Toluca, tenían que ir solicitando la caridad pública, porque el más culto (?) de nuestros gobernantes, en legítima venganza, los había privado de la comida y les había cerrado los dormitorios de las escuelas que pagaba, no él sino el pueblo del Estado de México!...

¡Codo con codo, alma con alma, fui contigo y estuve contigo es el triunfo y en la derrota! ¡Tú sentías por mí una especial simpatía y tuviste siempre una gran predilección por mi palabra. No conforme con hacerme catedrático del Instituto, me hiciste conferencista oficial del Estado. En todas las horas buenas, en todos los fastos, en todos los aniversarios ilustres, deseaste vivamente que mis pobres frases subrayaran el regocijo popular; la exaltación histórica, la remembranza cívica o la añoranza épica. Siempre quisiste escucharme; siempre, amablemente, estimulaste mi pobre verbo, sincero pero desaliñado; por eso, hoy como ayer, señor, estoy aquí fiel a tu póstumo mandato; hoy como ayer, ¡señor! te traigo la humildísima ofrenda de mi palabra, desgraciadamente, en esta vez, empapada de lágrimas y temblorosa de suspiros; hoy como ayer, ¡señor!, gobernante ejemplar, amigo único, hoy como ayer, tu orador oficial, tu tan generosamente estimado y querido pseudotribuno, está a tu lado, junto a ti, junto a los tuyos, pero, tú, ya no me ves como entonces... ¡Es inútil que mi voz trate de vibrar como clarín homérico!... ¡Es inútil que multiplique mi desesperación el volumen de mi acento!... ¡En vano es que ponga toda mi fuerza, toda mi vida, todo mi corazón en mis frases y en mis pensamientos!... ¡Es inútil, señor, porque, como en la sublime y espantosa expresión de Urueta formulada ante la tumba de Justo

Sierra: “¡Tú ya no nos oyes... ya no puedes oírnos! ¡Tú ya no nos amas... ya no puedes amarnos!”

¡Descansa en paz, pues, Señor! ¡Duerme! ¡Duerme!... ¡Los tuyos no se quedan solos; como ayer contigo, codo con codo, alma con alma, corazón con corazón, estamos y estaremos junto a ellos, tus amigos, tus subordinados, tus colaboradores de ayer! ¡Tu esposa, tus hermanos, tus hijos, nos tienen a su lado para llorarte, para recordarte, para bendecirte!... ¡Duerme!... ¡Duerme!... ¡Descansa en paz!... ¡Qué la tierra sea leve a tus despojos; que el viento haga más suave sus pisadas; que las flores desgranen sobre el polvo que te envuelve, sus caridades de perfume; que los pájaros desenhoben en el silencio que te arropa, la seda melodiosa de sus trinos; que el cielo vigile tu reposo con su ancha y profunda mirada azul!... ¡Sí, hombre generoso, hombre dulce, hombre bueno, gobernante dinámico, amigo ejemplar, padre y esposo amantísimo!... ¡Duerme, duerme!... ¡Descansa en paz y que en este último albergue de tu cuerpo, sobre las oraciones de las almas, encienda Dios, allá arriba, las oraciones de los astros!... ¡Duerme! ¡Duerme! ¡Duerme! ¡Descansa en paz!... (1)

(1) La anterior oración fúnebre fué pronunciada en los funerales del C. Coronel Filiberto Gómez, ex Gobernador Constitucional del Estado de México, la mañana del 20 de junio del año de 1935.

Si se tiene en cuenta que desde el 16 de septiembre de 1933, el mencionado Coronel Gómez, había dejado de ser Gobernador del Estado de México y que a la sazón las circunstancias políticas eran adversas para cuantos lo estimamos y lo quisimos, podrá deducirse fácilmente que nuestro humilde discurso constituyó una prueba irrefutable de gratitud y de lealtad, puesto que el autor ya nada podía esperar de un hombre que sólo existía en el mundo del recuerdo; y cuya amistad, a últimas fechas, había sido peligrosa y nefasta para los acomodaticios y logreros de la política.

Conste, pues, que todo podrá pensarse de Horacio Zúñiga, menos que haya sido un canalla.

H. Z.

ALOCUCIÓN AL LIC. JUAN FERNÁNDEZ ALBARRÁN

SEÑOR Gobernador, Sr. Secretario, amigos míos:

EL GRUPO de subordinados, colaboradores y amigos del señor Secretario General de Gobierno, me acaba de hacer la honrosa invitación, de que en representación de todos ellos, le ofrezca este cordial homenaje.

No debe ser el verbo suntuoso y vibrante el que subraye esta fecha; no debe ser la palabra florida y ágil, cincelada y perfecta como una piedra preciosa, de la conferencia académica o la disertación ática; tampoco debe ser el discurso magnífico, ceñido con las guirnaldas de rosas de la aurora o ataviado con el manto de púrpura del ocaso, o salpicado con el polvo de oro de las constelaciones; ¡No! Lo que en esta ocasión se impone, es la palabra fácil, ingenua, cristalina como el romance de la gota de agua, como el hilo trémulo del manantial, como la ingenuidad perfumada del botón de rosa; pues, esta convivialidad tiene para nosotros, la dulce significación de un acto íntimo, todo ternura, todo afecto, todo cordialidad; por eso, es del corazón y no del cerebro de donde debe brotar el justo elogio para este excelente amigo nuestro, que ante todo y por encima de todo, más que un funcionario, más que un jefe, más que un colaborador eminentísimo de Wenceslao Labra, es un amigo nuestro, en la más bella, en la más honda acepción de esta palabra.

Por eso, tan espontánea resulta esta mercedísima manifestación de aprecio! ¡Y si para todos nosotros, Juan Fernández es un afecto sin límites, una cordialidad sin barreras, una generosidad inagotable, para mí, sobre todo, este hombre ha sido el compañero ideal, el hermano insustituible: ¿Te acuerdas Juanito? ¿Te acuerdas de nuestros días de institutenses y nuestros claros días de Jurisprudencia? ¿Te acuerdas cuando juntos sentíamos descender hasta nosotros la luz de las estrellas

en el radiante madrigal de las miradas de la novia y bebíamos la dulce miel de los besos en los labios musicales de la amada? Aquí está Pepe Gutiérrez, ahí está Felipe Molina. ¿Te acuerdas cuando con ellos compartíamos la sal amarga de nuestros infortunios y el pan ázimo de la miseria? ¿Te acuerdas cuando la vida nos azotaba el rostro y nos desgarraba el alma?

¡Ah! Cómo no habíamos de estimarnos y querernos si juntos combatimos al destino... ¿No te acuerdas? Inútil que la adversidad nos mordiese la entraña y nos oscureciese el horizonte y entenebreciera nuestro hogar; nosotros combatíamos hasta el imposible y en las sombras más negras encendíamos las estrellas más claras, nutríamos nuestra esperanza con nuestras propias lágrimas y sobre cada desastre hacíamos temblar el pabellón de una victoria. ¡Quién había de decirnos que un día, tú y yo, victoriosos de las crueldades de la vida, habíamos de estar juntos en la misma cima y habíamos de contemplar la redención de idéntica alborada!

Por eso mis palabras en este instante, surgen tan empapadas de afecto y de emoción; sí, Juan para mí es la expresión más bella del cariño fraternal; por él, amigos míos, por su inagotable abnegación, por su empeño sin límites, mis padres, mis nobles viejos, tienen al fin un reposorio... ¡Sí! ¡Cuando la intriga judicial y la trapacería curialesca nos arrancaba la fortuna de abuelita, Juan Fernández, casi sin cobrarme ni un centavo, arrebató la humilde herencia a la rapacidad togada y entregó a mis padres, a mis amados padres, ¡bendito sea él, benditos sean ellos!, la dulce casa en que reposa su santa y apacible ancianidad!

¿Verdad amigos míos que también para vosotros es Juan Fernández, ante todo y sobre todo, el amigo? ¿Verdad que el actual Gobierno es una gran familia? ¿Verdad que nuestro actual Gobernante: Wenceslao Labra, es como nuestro hermano mayor, que Juan es nuestro hermano predilecto y que nosotros nos sentimos hermanos los unos de los otros?

¡Sí! Por eso nuestro elogio debe ser sincero, espontáneo, cálido, pues es el elogio de almas gemelas consagrado, más que al funcionario, no obstante serlo eminentísimo, al amigo; más que al amigo, al hermano ejemplar.

Verbo peregrinante (1939)

¡Sí, Juan! He aquí la expresión del afecto que tú has sabido conquistar por tu camaradería, por tu sencillez, por tu nobleza. ¡Porque eres un hijo y un padre amantísimo! Porque además de ser una clara inteligencia, una recta voluntad y una laboriosidad incansable, eres, querido hermano nuestro, un corazón, un inmenso corazón fervoroso, entusiasta y palpitante, que se entrega todos los días a todos los hombres, a todos los seres y a todas las cosas en inagotables ofrendas de ternura de sacrificio y de bondad! (1)

(1) Quienes ignoran que Alfredo Zárate Albarrán, Juanito Fernández, Felipe Molina, etc., fuimos amigos íntimos desde el Instituto de Toluca y más tarde en México, cuando estudiamos en la Facultad de Leyes, tal vez piensen que esta breve alocución no fue otra cosa que un acto de exagerada pleitesía, rendida a un encumbrado funcionario público.

De allí que deseemos insistir en esta aclaración: para el autor, muy aparte de laborioso, amable y distinguido C. Secretario General de Gobierno y del dinámico y culto abogado Juan Fernández Albarrán, está el hombre sencillo y bueno; el ejemplar amigo, el verdadero hermano que supo compartir con el que escribe, varias de las horas más amargas y más bellas de su vida.

Pero, para que la expresión de su gratitud sea completa, Horacio Zúñiga, en nombre de los suyos y del propio, por medio de estas líneas hace público también su reconocimiento al eminente abogado y excelente amigo Don Eligio Hidalgo Álvarez, que en inteligente y fraternal colaboración con el Lic. Fernández, resolvió de modo brillante los asuntos testamentarios de la familia del autor.

H. Z.

DISCURSO AL C. WENCESLAO LABRA

SEÑOR Wenceslao Labra, camaradas: El acto que acabamos de presenciar, significa para nosotros, la más hermosa de las reivindicaciones. En efecto, amigos míos, antes, a los banquetes de cualquier carácter que fuesen, no llegaba nunca la honrada, la honda, la sincera voz del campesino; a las mesas se sentaban los de las clases aristocráticas, o que por tales se tenían y afuera quedaban los que labran el surco, esperando, como los perros, que les arrojaran las últimas migajas que sobraban! ¡Hoy, en cambio, señores, la voz del campo ha llegado hasta nosotros y con la voz del campo, la voz ancha, profunda y generosa de la Revolución y de la Patria!

Ya lo veis, campesinos, obreros, hermanos nuestros: ya no hay distinciones enojosas; las diferencias están en la virtud, en el talento, en la cultura; no hay diferencias producidas por el dinero, por la desigualdad de la fortuna, por la pobreza del hogar o del traje; el trabajo nos ha hermanado a todos. La tierra, suprema niveladora, es la madre común: ante ella, no hay campesinos, no hay obreros, no hay intelectuales, hay mexicanos, hay hombres, hay hermanos que desarrollan sus funciones específicas, unos en el surco y otros en el gabinete; unos en el taller y otros con el pensamiento... ¡Todos iguales, las viejas jerarquías se han derribado; por fin hemos llegado a ser todos humanos; feliz y fraternalmente humanos; hermanos en este mismo amor, en este mismo afecto común que hoy nos reúne en torno de Wenceslao Labra... Porque, ¡sí! señor Wenceslao Labra, todos nosotros vinimos a rendirle igual tributo, idéntico homenaje de amistad al hombre, al hermano generoso que nos abre su corazón y su espíritu nos tiende la mano fraternal a todos; pero, más que eso, señores, nuestro homenaje no es

sólo al hombre, al amigo incomparable, al hermano; es un homenaje al individuo en quien todos nosotros vemos, en estos instantes, la más pura y vigorosa cristalización de las ideas revolucionarias!...

¡Qué espectáculo más sublime: mientras del otro lado del mar, la barbarie europea, intoxicada de sabiduría, utiliza su inteligencia en destrozarse; mientras en el viejo continente, se desbocan los cuatro Jinetes del Apocalipsis y los cañones, con su voz de bronce, contestan al rugido de hierro de las hélices de los aeroplanos clamando: ¡guerra, exterminio y muerte!, en México, señores, en esta patria tan denostada y vilipendiada, se levanta otra voz que sobre el grito de ¡guerra y muerte!, dice: ¡Libertad, Justicia y Tierras!

Y en este rincón de la patria, en el Estado de México, un hombre se yergue representando y sosteniendo nuestros más hermosos ideales y nuestras más legítimas esperanzas: Wenceslao Labra: Wenceslao Labra, el fundador de la casa del campesino, que me decía en cierta ocasión: Horacio, es triste que estos hombres vivan como bestias y junto a sus bestias; es necesario construirles un hogar para crearles necesidades nuevas; hay que ponerlos en condiciones de que encuentren su propia conciencia ya que son también humanos como nosotros. Vamos pues a edificar la casa del campesino y a procurar aliviar las miserias de los pobres.

Conocer las necesidades de los humildes y estrecharles la mano, francamente, sin buscar la manera de limpiarnos disimuladamente después, porque nos sentimos aristócratas, cuando no hay otra aristocracia que la de la virtud, el trabajo y la inteligencia, tal ha sido siempre su empeño. Mas no se detiene ahí la labor de Labra, sino que se despliega en todos los problemas y necesidades de los humildes. Por eso, cierta vez me decía: el intelectual no debe limitarse a brillar para sí mismo; debe ser como el sol, que no se concreta a iluminar el espacio sino que irradia su oro benéfico, para que hierva de vida la tierra y devuelva el milagro del grano multiplicado en la mazorca, y que calienta lo mismo al pobre que al rico. ¡Sólo así es verdaderamente grande la inteligencia!...

Por eso, señores, yo estoy aquí; por eso me encuentro en este lugar, yo, escritor y poeta, por desgracia, porque desgracia es ser intelectual y honrado en un medio en el que sólo pueden vivir los que se arrastran, los faltos de convicciones, los serviles y los fatuos, que no se quieren acercar a la verdad de la Patria que es el pobre, el humilde, el campesino, el obrero: esos para quienes Wenceslao Labra tiene abiertos siempre los brazos y el corazón!...

Pues bien, yo, humilde intelectual, yo que desde hace dos años y medio tuve que abandonar el Estado, porque un testafarro del despotismo, al servicio del Máximo de la política, que ahora ya está muy lejos de aquí, consideró necesario marcar mi frente y apeló al bofetón de los esbirros; yo que juré no volver a Toluca hasta que un deber ineludible o una suprema esperanza me llamasen, estoy aquí, me encuentro entre vosotros, amigos míos, porque un deber ineludible me ha traído: la amistad, la amistad de este hombre: Wenceslao Labra, que encarna la suprema esperanza de la recuperación del Estado, ahora que hemos entrado, afortunadamente, en una nueva senda, puesto que ya existen aquí garantías individuales y el actual Gobierno, es un Gobierno de hombres conscientes, que permite que el prodigio de la palabra libre, brille sobre nuestras frentes, como el disco del sol en el azul del orbe.

Por eso, ya podemos venir a decir nuestra verdad y a cumplir nuestro deber: por eso he acudido a este lugar, en nombre de la amistad y del bien colectivo, ya que no debemos permanecer egoístamente encerrados mientras haya desgracias o miserias que remediar; mientras haya desvalidos que sufren; manos que nos llaman, ojos que lloran y bocas que piden pan!... ¡Venturosamente, la aristocracia intelectual se acabó!... ¡Ahora el que sabe más, que enseñe más! ¡El que más conocimientos tenga, que los imparta!...

Por eso yo, repito, vine a cumplir con mi estricto deber de amigo, pero vine también empujado por el viento de una gran esperanza: la recuperación, el mejoramiento de nuestro Estado, que debe llegar a ser lo que fue en otras épocas: el primer Estado de la República; el que siempre sobresalió por sus hechos y por

sus hombres; por sus hijos de los surcos, de los talleres y de la inteligencia que son capaces todavía de realizar un porvenir mejor... ¡Sí! es justo, señores, es necesario emprender la reivindicación de este Estado que ha sellado de luz varias de las más brillantes páginas de la Historia de México. En efecto, no olvidemos que por aquí pasó el Padre Hidalgo y el gran Cura Morelos, rubricando la gloria de nuestra tierra. ¡Ahí está, en Las Cruces, inmortalizada en una piedra, una de las etapas más hermosas de la Independencia!... ¡La batalla de Calpulalpan, en que triunfó definitivamente el liberalismo; se libró en nuestro Estado; y si volvemos los ojos más atrás, ahí está el glorioso cacique Tlicuetzpalin que fue el que hirió y estuvo a punto de vencer al emperador Axayácatl!

¡Grande ha sido el Estado en la guerra y grande ha sido en la paz: él produjo la maravilla del ingenio de Sor Juana Inés de la Cruz: la gran literata mexicana; nuestro es también Alarcón, porque Taxco perteneció al Estado, hasta la segunda mitad del siglo anterior! ¡En la paz y en la guerra; en la fuerza y en el arte; en el trabajo y en la belleza, grande ha sido el Estado de México! ¿Por qué no podrá seguir siendo grande en el presente y en el porvenir? Un hombre es para nosotros la suprema garantía de esta esperanza: Wenceslao Labra, puesto que Labra, lo mismo les ha tendido la mano a campesinos y obreros que a los profesionistas, que a los intelectuales; porque para Labra no hay diferencias de clase, no hay más que una finalidad: el bien de todos; la felicidad de todos unidos; de todos abrazados y abrazados; de todos ardidados en el mismo amor, de todos sacudidos por el mismo entusiasmo!

Señor Wenceslao Labra, excelente amigo mío, un grupo de estimadas personas, juzgó conveniente que mi pobre palabra fuese el vehículo de nuestra amistad; creyó que mi verbo podría servir para llevar a usted el mensaje de nuestras almas; no creo haberlo logrado, porque siempre mis propósitos han sido más grandes que mis posibilidades; ello, por otra parte, no es necesario ya que, más elocuente que mis palabras, es esta reunión, este entusiasta conglomerado formado en torno vuestro; este numeroso grupo de personas en el que no hay

Verbo peregrinante (1939)

diferencias, señores, puesto que todos nosotros constituimos un solo corazón, un inmenso corazón que estrecha a Labra y que le dice, como decía a sus soldados el gran Almirante Inglés, antes de su más célebre batalla: ¡El Estado espera que sabréis cumplir con vuestro deber!

¡Mas hubiese deseado decir!...pero en la imposibilidad de hacerlo, permitidme que concluya. ¡Mi verbo que, algunas veces, por exquisita amabilidad de gratos amigos, ha llegado hasta los Andes; mi verbo que tuvo la fortuna de hacerse oír en la América del Sur y en Europa; mi verbo que es trueno de volcán en el combate y estrofa de ternura en el amor; este mi verbo humilde pero audaz, hoy descende gustoso de las aristocráticas academias universitarias, y viene hasta la realidad amarga y dura de la Patria, para deciros: ¡trabajad, luchad, codo con codo, corazón con corazón, alma con alma, junto a este paladín de los humildes: Labra, que merece todo el bien del Estado y de nosotros, porque lo mismo baja la mirada para ver los ojos henchidos de lágrimas, que levanta las pupilas para contemplar los cielos cuajados de estrellas! (1)

(1) Este discurso fué pronunciado el día 28 de septiembre de 1936 con motivo del onomástico del actual Gobernador del Estado de México, C. Wenceslao Labra, cuando ni siquiera había sido lanzada su candidatura para el alto puesto que actualmente desempeña. Por lo tanto, no podrá creerse que su publicación constituye un acto de servilismo. Al contrario, es una prueba de que antes de que muchos de los que a últimas fechas expresan públicamente su admiración y su afecto por el ciudadano Gobernador del Estado de México, el autor, sin preocuparse mucho de que triunfara o no para sus intereses personales, ya había hecho destacar sus méritos y lo había señalado vigorosamente como el hombre más a propósito para regir los destinos de nuestra Entidad Federativa.

H. Z.

ELOGIO DE TOLUCA

En el cuarto centenario de la fundación
oficial de la Capital del Estado de México.

ALICIA Gómez de Salgado, señor Gobernador, señoras, señores:

Si fuese verdad que, como gentilmente afirma mi distinguido amigo, el culto doctor y catedrático universitario don Gilberto Aguilar, yo soy un San Francisco de Asís con armadura de conquistador, bajo el arco glorioso de este instante, para no herir la suave desnudez de esta tierra bendita, despojárame de la ferrada vestidura y dejándome el sayal del dulce caballero de la santa pobreza, llegaríame hasta el umbral de la provincia adorable para besar su entraña fecunda y sagrada, ennoblecida con los huesos de nuestros muertos, acariciada por las pisadas de nuestros hijos y perfumada e iluminada con el tránsito divino de nuestra madre!

Pero, desgraciadamente, ni poseo las suavidades del Mínimo de Umbría, ni tengo los arrestos del Mío Cid de Vivar; apenas si soy un felibre, un pobre trovero, un devoto entusiasta y ferviente de nuestro señor de la sublime locura, del santo, del humano y divino señor Don Quijote, y por ello, desposeído de todo esplendor verbal, de toda riqueza ideológica, me llego a la dulce provincia, reverente, humilde, conmovido, hoy que celebramos la fecha en que, bajo el dosel de seda de los cielos autóctonos, nuestros gloriosos ancestros fundaron oficialmente la ciudad de Toluca, por Real Cédula de Carlos V, en la sede del glorioso reinado matlatzinca, que prefirió arder en la hoguera de la epopeya, antes que vivir bajo la sombra de la ignominia, cuando, sobre el terciopelo de nuestros valles, se desplomó el huracán de hierro y lumbre de los bárbaros tropeles de Gonzalo de Sandoval!

¡Toluca!... ¡Toluca!... ¡Oh, si para decir tu elogio, tuviese mi verbo las ductilidades que supieron dar al hierro, los maravillosos artífices que forjaron el portento de las rejas del coro de San Lorenzo de Nuremberg! ¡Si este duro material de mi torpe expresión, pudiese convertirse en la suave y armoniosa y casi etérea substancia con que supo Veick Stotss transfigurar la materia, la dura y pesada materia, para hacerla florecer en rosas, volar en querubines, transfigurarse en vírgenes y bienaventurados y sublimizarse, diafanizarse y hacerse luminosa, en el cuerpo ingrátido, en los brazos desfallecientes, en el cuello de lirio, en la cabeza de nardo y en los ojos de violetas exangües del Cristo que corona la obra maestra del más grande, del más portentoso, del casi divino maestro de maestros de los forjadores medievales!

Porque, sí, preciso es poseer un absoluto dominio de la palabra, ser un verdadero mago del verbo, para exaltar una celebración como ésta, que significa, que debe constituir la apoteosis, no de una provincia, sino de la provincia, madre fecunda de la Patria, pues, como lo dijera yo mismo alguna vez, de la misma manera que Demócrito afirma que no es el mundo el padre del átomo, sino el átomo el padre del mundo, no es, tampoco, la Patria madre de la provincia, sino la provincia madre de la Patria, ya que ha sido ella, ya que sigue siendo ella, la fuente cuya arteria rota, ha suministrado y suministra el caudal de sangre, vida y gloria, que lo mismo fecunda los laureles de la guerra que los olivos de la paz, y hace florecer las espigas y las rosas y enciende en nuestro cielo los relámpagos de las tragedias bélicas y los resplandores de las victorias cívicas!

En efecto: desde las edades más remotas, la provincia ha nutrido de inteligencia, de riqueza, de trabajo, de sacrificio y de heroísmo a la Metrópoli. Sin necesidad de remontarnos a las grandes culturas orientales, sin tener que evocar las grandezas de Memphis y de Thebas, posibles sólo mediante el tributo de sangre y de trabajo de todos los habitantes del bajo, del medio y del alto Egipto, nos encontramos, partiendo de la maravilla helénica, con que Atenas florece como una síntesis del múltiple esfuerzo de todos los habitantes de la

Península, del Archipiélago y de las más lejanas islas tributarias. Lo propio acaece con Roma, madre de pueblos e hija de pueblos al mismo tiempo, ya que sin la tributación de sus conquistas no habría podido llegar a ser la señora del mundo.

Respecto de las culturas medievales ¿quién ignora que el campo alimentaba a las ciudades próceres y que los castillos, al igual que las catedrales, se levantaban a golpes de fe, a impulsos de esperanza, lo mismo que a esfuerzos de miseria y a ímpetus de desesperación y que, unos y otros, venían desde los humildes y lejanos rincones, donde se albergaban los humildes; donde se consumían los pobres; donde se extinguían tantas y tantas vidas anónimas y generosas? ¿Durante el tiempo esplendoroso del Renacimiento, frente por frente de Roma, no se yerguen la maravilla de Venecia, el portento de Pisa y el prodigio de Florencia?

Y más tarde, en pleno absolutismo, ¿qué es París? ¿Qué es Versalles? ¿Qué es Londres, sino los gigantescos crisoles, donde hierve el metal del sacrificio humano para producir esos deslumbrantes espectáculos de los grandes centros de población, donde la inteligencia edifica sus palacios: las Universidades; el trabajo construye sus templos: las fábricas; y el poder, el derecho y la política forjan sus Instituciones?

¿Por ventura, los formidables movimientos sociales, históricos, políticos y religiosos, no se han gestado en la provincia? ¿El cristianismo no tuvo como cuna Galilea? ¿La Reforma no se inició en Wittenberg, una ciudad alemana de segunda o de tercer orden y en Basilea, una población suiza de escasa importancia? ¿La propia clásica Revolución de 89, no tuvo como principio un positivo asalto de París por los Departamentos circunvecinos? ¿El Himno de Francia, que es el himno de la libertad, no fue por ventura, también, un himno de Provincia que llegaron cantando a la antigua Isla de la Cité de los aguerridos marseleses? ¿El héroe máximo de la leyenda española, no es el Cid que nace en Valencia, y el arquetipo de la poesía caballeresca de Francia, no es Rolando el del mágico Olifante, provinciano también? ¿Los dos grandes Rodrigo de España, no son

igualmente, de las provincias ibéricas, como de los Departamentos de Francia y de las Municipalidades flamencas y de los Burgos alemanes y las Hanzas holandesas, son casi todos los caudillos nacionales de la Europa renacentista, moderna y contemporánea?

Aquí en México, lo mismo: si el vasto Imperio Azteca pudo dilatarse hasta el Sur y llevar según la gráfica frase de Chavero “Sus pantlis victoriosos hasta Cuauhtemallán, fue porque sojuzgó sistemáticamente, primero a todos los reinos y señoríos circunvecinos y después hasta a los pueblos más lejanos, excepción hecha del indomable Imperio tarasco, ante cuyos formidables ejércitos y aguerridos emperadores, Zizipandácuare y Zuangua, ni Axayácatl ni el segundo Moctecuhzoma pudieron abrir un camino a la victoria.

¡Así fué cómo la Gran Tenoxtitlán, sobre la líquida pedrería de sus cinco lagos muertos, se alzó al asombro de los conquistadores, nutrida con la riqueza y el sacrificio de innumerables tributarios, pues la ciudad de los trescientos teocallis, fué brote del dolor oculto y fruto del trabajo invisible de infinitas moléculas humanas, como gemelas de Europa, del África y del Asia; y como su hermano de Yucatán, de Oaxaca y de América del Centro y del Sur: Palenque, la maravillosa; Mitla, la admirable; Texcoco, la magnífica; Teotihuacán, la sagrada; Cuzco, la de los cien palacios; Cajamarca la de los innumerables monumentos y Pátzcuaro la de las islas de oro, los cielos de seda y los lagos de zafiro.

Y siglos más tarde ¿quién si no la Provincia es la autora de nuestras grandes transformaciones colectivas? ¿No nace la Independencia en Dolores, no se consuma en Acatempan? ¿Nuestro Primer Código, no se firma en Chilpancingo? ¿El Congreso de Apatzingán, no es, prácticamente, nuestra primera expresión jurídico-política de pueblo libre y soberano? ¿La Reforma, no tiene en Veracruz con las Leyes Lerdo, su capítulo más importante y las fechas más ilustres de esa etapa histórica, no se escriben: el 5 de mayo del 62 en Puebla y el 19 de junio del 67 en Querétaro? ¿Nuestras dos últimas Constituciones, no se firman en Querétaro también en 57 la una y en 17 la otra? ¿Y la actual Revolución no es también fruto

de la provincia que la inicia, en Puebla, con los Serdán, le da bandera con el Plan de San Luis Potosí y afirmala, victoriosamente, con el triunfo de Ciudad Juárez, y después de la etapa crítica del magno movimiento emancipador, burlado por la Capital que asesina a Madero y Pino Suárez, no vuelve la Nación los ojos a la provincia para fortalecerse en el Norte, atrincherarse en Veracruz y caldearse de entusiasmo con los contingentes del Sur, que rasgaban el silencio con la puñalada flamígera de su grito de combate: Libertad, Justicia y Tierras?

Por lo que respecta a la cultura, ¿no ha sido la provincia, también, la madre de nuestros ingenios y héroes más preclaros? ¿No es Veracruz, la cuna de Covarrubias, Díaz Mirón, de los Lerdo y de Rafael Delgado? ¿No es San Luis Potosí la tierra de Manuel José Othón, como lo es Nayarit de Amado Nervo; Chihuahua de Urueta y Porfirio Parra; Coahuila de Acuña, de Madero y de Carranza; Morelos, de Zapata; Guanajuato de Hidalgo, de Tres Guerras, Campos, Valle y Rafael López; Jalisco de Santos Degollado, Calderón, López Portillo, Puga y Acal, Rojas, Rosas Moreno y González Martínez; Michoacán de Navarrete, de Morelos y de Rubén C. Navarro; el Estado de México de Sor Juana, Alarcón, Rodríguez Galván, Pagaza, Altamirano, Alzate, Sánchez Solís, Felipe Villanueva y Riva Palacio; Campeche, de Blengio, Sosa y Justo Sierra; Oaxaca, de Juárez, Díaz, Mariscal, Rincón y Vasconcelos; Tabasco de Pellicer; Yucatán de Novelo, Peón Contreras, Alpuche, Méndiz Bolio, Rosado Vega y Menéndez; Aguascalientes de Fernández Ledesma y Manuel M. Ponce; Durango de Belino M. Preza y Ricardo Castro; Zacatecas de García de la Cadena y López Velarde; Chiapas de Belisario Domínguez, Contreras y Rodolfo Figueroa; Puebla de Pesado, Flores y Zaragoza; Quintana Roo del ilustre patricio y abogado Don Andrés; Nuevo León de Fray Servando Teresa de Mier y de Alfonso Reyes; Guerrero del glorioso vencedor de Iturbide; Querétaro de Josefa Ortiz de Domínguez y de José D. Frías; Colima, de Balbino Dávalos; Sinaloa de Rosales, Gastélum y Pérez Arce; Hidalgo de Alfonso Cravioto y Teja Zabre; Tamaulipas de Alejandro Prieto, y Tlaxcala de Lardizábal y Uribe, Alcocer, Lira y Ortega, etc., etc.

He aquí por qué, señoras y señores, el Gobierno del Estado de México ha procurado dar todo el esplendor posible a la celebración del IV Centenario de nuestra Provincia: Toluca.

Cierto es que nuestra humilde ciudad, no tiene los ilustres prestigios ni los preclaros méritos arquitectónicos de las grandes ciudades clásicas de la historia. No es ni Thebas la de las cien puertas, ni Memphis la de los palacios colosales y las pirámides enormes, ni Atenas la del Anfiteatro, el Partenón, el Erecto, el Zeus de Fidias, el Hermes de Praxiteles, el Discóbolo de Mirón, el Efebo de Escopas, el Doriforo de Políclito y el Apoxiomeno de Lissipo; la de los monumentos insignes y las estatuas incomparables; toda de mármol, toda de azul, toda de espíritu, toda de gracia, toda de belleza y armonía; tampoco es Alejandría la del faro inmortal y el Serapeión magnífico; ni es Roma; la Urbs Cuadrata del Foro de Nerva, el Arco de Constantino y la columna de Trajano; de la Vía Apia, el Panteón de Agrippa, la Basílica de Majencio, las Termas de Caracaya y el Coliseo de Vespasiano; no es ni una sombra de Córdoba, la suntuosa; Bassora, la magnífica o Bagdad la imponderable; ni de Bizancio la que duplica sus esplendores en los espejos de zafiro del Cuerno de Oro; ni Venecia la de los palacios como piedras preciosas y las calles líquidas, como de turquesas derretidas; la del León de San Marcos y la maravillosa fábrica de los Dux; la de los Dogos crueles y las dogaresas seductoras: novia espiritual de Ruskin, D'Annunzio y Pierre Loty; ni es la incomparable Florencia de la Plaza de la Señoría, donde lucen, al par, el David de Miguel Ángel y el Perseo de Benvenuto y cuya Cúpula de Santa María del Fiore, ¡Oh, Brunelleschi!, parece soportar sobre su curva ciclópea, el botín escarlata de las rosas del crepúsculo y las cataratas de fulgores de la aurora. Tampoco es la Isla de Francia, ¡oh, Abelardo! ennoblecida con la H gigantesca de la fachada de Nuestra Señora y dorada de brillos con los esplendores de la Cúpula de los Inválidos de Mansard y el Panteón de Soufflot... ¡La vieja Lutecia de los Campos Elíseos y el Bosque de Bolonia, el Louvre de Lescot, la Ópera de Garnier, la Columna Vendome y el Arco de Triunfo de la Estrella!

Pero ni Brujas la muerta, ni Londres enneblinado, ni Berlín el austero, ni Viena la jocunda, ni Ávila la ilustre, ni Santiago la preclara, ni Petrogrado el exótico, ni mucho menos, ¡oh, no!, Chicago el rectilíneo, ni Nueva York el aplastante, el inmenso, el monótono. Efectivamente, Toluca no pertenece a la categoría de las ciudades magníficas, en sus plazas públicas no se han congregado las muchedumbres áticas para escuchar el verbo luminoso de Esquines, ni la arenga vibrante de Demóstenes; en sus pórticos no se ha desmadejado el torzal de seda de los Diálogos de Platón, ni han discurrido por sus calles, con cadencias de antílope, fascinaciones de sirena y elegancias de náyade, las mujeres escultóricas de Megara, que llevaban sobre sus hombros las cráteras gloriosas de los vinos de Chipre, de Kíos y de Shamos. Sus casas no han presenciado desfiles de pontífices y emperadores, en las mañanas litúrgicas en que se echan a vuelo todas las campanas de la aleluya, ¡No! ¡Toluca es una ciudad adorablemente pequeña, deliciosamente típica, encantadoramente sencilla, como una de esas buenas muchachas que se lavan el corazón en las cascadas de azucenas del claro de luna y se iluminan el alma con los besos de plata de las estrellas, en las noches embrujadas de ensueños y perfumadas de amor, cuando canta en los labios de la amada el ruiseñor divino de Verona!

De ahí, que también este homenaje fuese un homenaje característicamente provinciano, es decir, absolutamente ingenuo, sencillo, inconfundiblemente pueblerino. En efecto: como en las clásicas veladas antañonas, en el programa figura los imprescindibles números literarios y musicales, no faltan los cuadros alegóricos, ni, por supuesto, el poema, el discurso alusivo, ni el himno conmemorativo, inspirado en la fecha prócer y cuyas cláusulas vibrantes cierran la apoteótica conmemoración.

Nada más que, en esta ocasión, provincianos también, pero egregios por el valer y por la fama, son los elementos artísticos que con nosotros colaboran: ¿No lo véis? ¡Allí está en esa platea Manuel M. Ponce, el inmortal autor mexicano de cabellera de plata, alma de luz y manos musicales, cuya Estrellita tiembla en las inmensas pestañas de la Patria, como la lágrima del astro en las hondas pupilas de la noche!...

Y aquí estarán, dentro de unos momentos, María Teresa Santillán, la de la voz gloriosa y Manuel Salazar el de la voz pindárica y Manuel Bernal, nuestro gran barítono y declamador, presto regirá su teoría de recitadoras, para que encarrujen las aguas del silencio con el soplo eurítmico de los versos provincianos. Y, para imprimir un sello de adorable ingenuidad a la velada, ahí tenéis, también, a lo más lozano, a lo más noble, a lo más bello, a lo más bueno de cuanto poseemos: la mujer toluqueña representada por esa corte de cuento de hadas que preside Alicia I, la de los ojos de gacela y el cuello de alabastro y la frente de armiño, que ciñe una diadema de reina, cincelada en el oro de un sueño y exornada con las piedras preciosas del radioso tesoro de Aladino.

¡Sí! ¡Oh, Toluca! ¡Oh ciudad enferma de tristeza y como envaguecida de melancolía, árida, monótona, casi hostil, para quien no sabe penetrarte ni es capaz de comprenderte, pero infinitamente dulce, para quien tiene la fortuna de reclinar la frente ardida y el espíritu en brasas, sobre el cojín mullido de tu pecho! ¡Relicario de las más suaves añoranzas! ¡Urna de los recuerdos más gratos! ¡Arcón de las más bellas tradiciones! ¡La de las jocundas fiestas titulares del Carmen, La Merced y Santa Clara! ¡La del Jueves de Corpus, pleno de huacales minúsculos y folklóricas mulitas de tule; la de la Semana Santa, espléndida de aguas frescas y nieves deliciosas y suntuosa de “monumentos” florecidos de luces y joyantes de naranjas irisadas de banderitas de oro que palpitan como colibríes de fulgores o mariposas de celajes. La del “Día de Muertos”, perfumada de ofrendas florales y pletórica de “tumbas”; henchida de frutas exquisitas y dulces evocadores: los entierros y las calaveras de azúcar que alternan con la milagrería de los borreguitos de alfeñique, y toda la gama de las deliciosas golosinas de pepita... Y la de las “posadas” estruendosas de cohetes, gárrula de risas, alegre de “piñatas”, rumbosa de “nacimientos” y árboles de Navidad, en cuyos próceres ramajes florecen las Mil y una Noches del brillo y del color, en el gayo derroche de los juguetitos luminosos, como hechos con carne de estrella y vestidos con sedas de arco iris!...

¡Pequeña, pero total, a manera de un microcosmos adorable! ¡Toluca! ¡Toluca! ¡Provincia por antonomasia! ¡Escucha! ¡Mira cómo en esta hora magnífica nos apretamos en tu torno todos tus hijos y mientras nuestros amados viejos te peinan de caricias la cabellera nevada de luna, los niños te suavizan las plantas con sus besos de perfume y los jóvenes te encienden los ojos con la llama de sus sueños, nosotros, tus poetas o tus pseudo-poetas, te endulzamos los labios con el néctar fervoroso de nuestros cantos de amor!

Por eso, heme aquí nuevamente entre los tuyos, hijo pródigo de todos los sueños, gambusino de todas las esperanzas, cruzado de todos los anhelos, vagabundo de todos los ideales, nuevamente piso tu bendito suelo y glorificado, más que por la victoria efímera, por el dolor eterno, en nombre de los que hubimos de dejarte, pero te llevamos y te conservamos en el alma; en nombre de cuantos, urgidos por los imperativos de la vida, tuvimos que abandonar el amable calor de tu rescoldo y, en nombre también de quienes ya no pueden hablarte porque su grito se ha quedado petrificado en el símbolo de la cruz que riega la sombra de la misericordia sobre el silencio inmenso de la tumba; en fin, en nombre de los míos, en nombre de los tuyos, ¡Oh, Toluca! ¡Oh, provincia de las serenidades aristocráticas y las aristocráticas tristezas, me descño de la frente ardida y me desprendo del pecho palpitante los sagrados laureles, que, tensas de voluntad, han arrancado mis manos de los huertos luminosos y engañosos de la gloria, y, dulcemente, férvidamente, amorosamente, los arrojé en el terrón moreno de tu entraña bendita, donde ayer desgranó sus vibraciones de oro el cascable de mis primeras risas; sobre la que edificó en el viento mi juventud los azules palacios de sus sueños y en cuyo inmenso corazón, que abrióse en gigantesca herida, para servir de reposorio a los sagrados despojos de mis muertos, quisiera detener definitivamente el paso, aliviar, definitivamente mis fatigas, y ahuecar el lecho de mi sueño definitivo, porque yo, como el último de nuestros romanceros, como el más suave de nuestros románticos, quisiera, ¡Oh, provincia! ¡Oh, Toluca, “que me cubra también, pesada y fría, tierra sin flores, pero tierra mía!” (1)

(1) Durante la solemne velada con que culminaron las diferentes festividades organizadas en el Estado de México, con motivo del IV Centenario de la fundación oficial de Toluca, produjo, el autor, el anterior discurso, no sólo en su calidad de Presidente efectivo de la Junta de Festejos respectiva, sino, antes que todo, en su carácter de promotor de esos festejos, puesto que a su iniciativa se debió que el Gobierno de dicha Entidad Federativa, entonces como ahora, a cargo de un hombre progresista, celebrara magníficamente tan fausta conmemoración.

La Reina, cuya presencia ennobleciera el escenario del Teatro Principal de Toluca, fue la actual señora Alicia Gómez de Salgado, a quien alude justamente el autor, y su corte de amor estaba integrada por las más bellas señoritas de Toluca y de los Distritos del Estado, cada uno de los cuales mandó una adorable embajadora. Por desgracia, se escapan sus nombres a nuestro recuerdo y simplemente, en forma anónima, les reiteramos en estas líneas nuestra más rendida y fervorosa pleitesía.

H. Z.

ORACIÓN FÚNEBRE

Versión taquigráfica de Roberto
Aguilar González, tomada en el
Panteón Francés de la Ciudad de México,
el 15 de junio de 1938.

*U*NA VEZ más, como el día en que trajimos sobre nuestros hombros su cadáver amado, encontrámonos en esta morada de la muerte; una vez más nos hallamos en esta selva trágica con suelos de lápidas y arboledas de cruces, donde la sombra discurre exprimida en serpientes, la brisa se desgarrá en suspiros y el viento se desbarata en sollozos; una vez más nos encontramos frente al enigma impenetrable de la muerte, que no es más que un tránsito de la vida, de la corriente vital: de esa transformación eterna de lo que se rompe, de lo que se marchita, de lo que se pierde, para volver a renacer y a reintegrarse en otras formas y en otras infinitas apariencias, y, una vez más, como ayer, sentimos la desesperación en nuestras almas e impetramos al misterio: ¿Por qué mueren los buenos? ¿Por qué acaban los grandes? ¿Por qué las existencias nobles y generosas se agostan también como las existencias estériles? ¿Por qué a los labios amorosos los sella el silencio perdurable, para que ya no vuelvan a hablar? ¿Por qué se hielan en los ojos fraternos las miradas afectuosas? ¿Por qué ya no se abren las manos espléndidas? ¿Por qué se quedan paralizados corazones caritativos?

¡La muerte! ¿Qué es la muerte, amigos míos? ¿Qué es esto? ¿Quién es este hado cruel que aniquila a lo que debiera ser eterno y a lo que es excelso lo convierte en miserable? ¿Quién es esta potestad omnipotente que juega con el destino del hombre y con las mismas leyes que lo mueve, un día lo deja inmóvil, pues conjuga sus actividades en la espantosa inacción del sepulcro?

¿Qué es esto que enciende las estrellas para después apagarlas, que abre las flores y las marchita? ¿Por qué se crean los mundos si han de desbaratarse? ¿Por qué se forman los hogares si han de destruirse? ¿Por qué se quedan los hijos sin madre y las madres sin hijos? ¿Por qué? ¿Qué sombras malditas ciñen este planeta empapado de sangre, inundado de lágrimas? ¿Qué espantosa tragedia se cierne sobre nosotros?... ¡Vivir para morir!... ¡Arder para apagarse!... ¡Ser aurora en la mañana, crepúsculo en la tarde y sombras en la noche! ¡Ah! ¡Si de estas tumbas pudieran levantarse nuestros muertos, cuántas tristezas, cuántas desolaciones serían consoladas!... porque sí, amigos míos, somos los seres más desamparados de la tierra. ¡El hombre ha llegado hasta la inteligencia para sentir mejor los golpes del infortunio!... ¡Qué grande y qué cruel es este movimiento eterno que va de la vida a la muerte, del ser al no ser!... ¡Qué espantosa es esta ley de las transformaciones perdurables que maneja nuestros destinos a pesar nuestro y precipita el torrente vital en los abismos de la nada!...

¡Pero, burlando nuestro sino trágico, ante la tumba de nuestros seres sagrados, nos ponemos en pie y frente a la potestad terrible de la muerte, hacemos que se levante otra potestad omnipotente, la del recuerdo, la de la gratitud, la del amor, a cuyo divino conjuro, los que se fueron vuelven a estar entre nosotros!...

¡Por que sí! Sólo mueren realmente aquéllos que no son recordados; aquéllos sobre cuyos despojos sopla el viento del olvido; los que no han dejado a nadie; los que no tienen hermanos; los que no tienen hijos; los que no tienen esposas. Por eso, hémos aquí, a los amigos de Filiberto Gómez, levantando, según ya he dicho, frente a la potestad formidable de la muerte, la potestad sublime del recuerdo que, como el Rabí, resucita a los muertos, los incorpora, los galvaniza, les da nueva existencia y nos hace comprender cómo para el espíritu, al igual que para la materia, la muerte no existe, puesto que si para el alma, el cuerpo es un tránsito, para la inescrutable realidad cósmica, la muerte es sólo uno de los múltiples incidentes de la vida; el principio de otra forma vital, de otra coordinación atómica, de otro aspecto del mundo! ¡Porque, en efecto, se

marchitan las rosas, pero vuelve otra vez la primavera; se apaga esta o esa estrella, pero la luz perdura; muere este y aquel hombre, pero la humanidad persiste: es decir, queda siempre la vida triunfante en el fondo de todas las transformaciones efímeras y como la expresión más hermosa de la vida, queda el recuerdo que es a su vez, la proyección más sublime del amor!...

Y es por eso, por la virtud del recuerdo, por lo que nos hallamos aquí; es por ella por lo que, a medida que el tiempo transcurre, Filiberto Gómez crece, se agiganta más y más en nuestro espíritu, en el espíritu de sus colaboradores, de quienes lo hemos amado efectiva y constantemente; de sus amigos de ayer y de siempre, de los verdaderos, de los sinceros, de sus únicos amigos ¡Y todos sabéis a quiénes me refiero, pues no quiero hacer mención de sus nombres para no incurrir en omisiones enojosas, a los que vinimos aquí a sepultar sus despojos, cuando las tormentas políticas se cernían sobre nosotros; de los que, en plena batalla, trajimos, en apoteosis, el cadáver de Filiberto Gómez, sin importarnos las hostilidades, la miseria o la persecución!...

¿Hay más? ¿Hay menos?... ¡Realmente siguen, seguimos y seguiremos siendo los mismos, que tras de su féretro sagrado, vinimos ayer acompañados, como de un perro, de nuestra simple y sublime fidelidad de hermanos menores, de hijos espirituales, de incondicionales en la desgracia de quien supo querernos y ayudamos cuando con él estaban, la salud, la fuerza y la prosperidad!...

¡Es verdad que cambian las cosas, que cambian los hombres, que tal vez mañana, muchos de los presentes olviden esta conmemoración; pero nosotros os prometemos, ¡Señora! (dirigiéndose a la viuda) ¡Os prometemos a vos, oh la inconsolada, oh la inconsolable! que, los que trajimos ayer su ataúd, lo habremos de honrar mañana y siempre, que los que lo amamos en la vida lo seguiremos amando más allá de la muerte y habremos de acompañaros y estaremos aquí junto a vos, con las manos trémulas de angustia, el corazón encendido de ternura y los ojos empapados de lágrimas!

Mas esta conmemoración no sólo tiene una significación íntima. ¡No! Este hecho ha trascendido hasta tener alcances insospechados, puesto que este lugar parece haberse convertido en una suerte de faro o en un centro de irradiación de actividades. En efecto: recordad que el año siguiente del en que vinimos a sepultar al cadáver del Coronel Gómez, empezaban a cambiar las cosas políticas; entonces yo indiqué esto: que esa tumba se transforme en altar; que ese cadáver sea un símbolo; que ese sudario se trasmute en bandera y que este hombre (se dirige al Gobernador Wenceslao Labra), este hermano menor del Coronel Gómez, que supo vivir sus tragedias y compartir sus angustias, que estuvo con él en la prosperidad, lo mismo que en la desgracia y en el olvido, sea el que tremole ese pendón de redención.

Pues bien, nuestras esperanzas al fin se realizaron y hace un año, cuando ya teníamos el triunfo alcanzado a golpe de voluntad y de entusiasmo, yo decía a Wenceslao Labra: Hemos empezado a cumplir nuestra promesa. Ya la tumba del Coronel Gómez se está transformando en altar; su cadáver se está volviendo símbolo; su mortaja, en nuestras manos, es una bandera; –y ahora, señoras y señores, puedo afirmar ya, que la estela de amor y de trabajo que dejó en el Estado de México el Coronel Gómez, se está transformado en una elevada finalidad de progreso y que nuestro ideal de antaño, es hoy una obra en plan de superación que estamos realizando al empuje del garrido, fuerte, modesto y entusiasta continuador de la obra del Coronel Gómez, D. Wenceslao Labra y de su digna compañera, en quien se prolonga la dulzura de la madre.

En efecto: él abre escuelas, centros para obreros y campesinos; él va, como el hoy Presidente de la República y antes del Presidente, el Coronel Gómez, por los campos humildes, por las cabañas ignoradas, difundiendo saber, repartiendo felicidad, premiando los sacrificios de los de abajo, y ella, alma de nardos y corazón de luz, en quien florecen todas las virtudes de la esposa del Coronel Gómez, de esa santa mujer que se licúa en lágrimas frente al cadáver de su compañero, de esa mujer sublime, grande por la nobleza, grande por sus virtudes,

infinitamente grande por el dolor, digna hija de ella, digo, la esposa del actual gobernante, consuma una de las obras más bellas, pues ha abierto un Asilo para los niños pobres, es decir, ha cristalizado la expresión más bella de la caridad, que es dar sustento y consuelo a los que sufren... ¡Por eso yo pienso, señoras y señores, que cuando los niños reciben en ese Asilo, alimento y cariño, yo pienso que cuando esos niños han pan para su cuerpo y luz para su espíritu, en el fondo de su corazón ingenuo y dulce, bendicen la mano que trazó a la benefactora, a la hija incomparable, esos derroteros luminosos, que nos llevan desde la cumbre del poder hasta los abismos en que habitan los desamparados!

¡Qué hermoso es reflexionar dentro de la angustia de esta hora, frente a tus despojos, que al evocar estas acciones de los tuyos, te estamos resucitando, ¡oh, Filiberto Gómez! ¡Sí! ¡Todos los que estamos aquí te reintegramos a la vida en el recuerdo y te bendecimos a través de tu hijo político y de tu hija y te decimos, en un arranque supremo de gratitud y de fervor: ¡Tú no has muerto, señor, no, tú no has muerto, lo dicen con nosotros los campesinos que hoy hacen guardia en tu tumba; lo dicen los obreros que nos acompañan y hasta a quienes llegan los beneficios de tu política reivindicadora; lo dicen los niños desvalidos! ¡Tú no has muerto! ¡Tú no has muerto! ¡No pueden morir los buenos, los nobles, los fuertes, los bien intencionados! Muchos quedamos todavía en torno de los ideales que nos trazaste, pero aun cuando vayamos siendo menos, aun cuando la vida o el infortunio nos dispersen, o las contingencias políticas nos separen, ya nos encontremos arriba o abajo, tus verdaderos amigos estaremos siempre contigo...¡Sí! Yo veo aquí a muchos de los de entonces, de los de siempre: Veo a Juan N. García, a Luis Ramírez de Arellano, a Antonio Romero, a Agustín Gasca, a José I. Reynoso, a Alfredo Zárate Albarrán, a Alfonso Ortega, a Adrián Legaspi, a Alfonso Flores M., a Juan Fernández Albarrán, a Octavio Sentías, al Doctor Rodolfo Salgado, a Felipe Estrada, a Alejandro Franco, a Margarito Hernández, a Job Villegas, y yo, siento que, a través de mis labios, todos ellos, todos los tuyos, se dirigen a tu viuda sublime y le hacen esta formal promesa:

¡No os quedaréis nunca sola! ¡Si algún día nos estruja la miseria y nos azota la desgracia, si la adversidad, a este tu poeta, le ahorca la voz y le arranca la inteligencia, aun así arrastrándonos, con el corazón ensangrentado, llegaremos hasta esta tumba para rendir el homenaje de nuestra gratitud sin límites, al más bueno, al más grande, al más querido de nuestros amigos!

ELOGIO DE LA MADRE

A mi madre la
Sra. María del Carmen Anaya de Zúñiga.

A la dulce memoria de las distinguidas señoras Clotilde García de Labra, Elisa Gómez de Senties, Urbana Pérez de Anaya, Jacoba Merino de Zúñiga, Concepción Medrano de Salgado, Mercedes López de Olivera, Beatriz Peralta de Carniado, María Garza de Franco, Elena Merino de Jiménez, Esther Rivero de García Moreno, Virginia Yantada de Guadarrama, Bárbara C. de Vázquez, María Legorreta de Pliego, Teresa Pliego de González, Concepción Castillo de González, Adela Dávalos de Castorena, Aurelia A. de Talavera, Raquel Quesada de Mendiola, Concepción Velázquez de Aguilar, Librada Talavera de Rosas, Mercedes Rodríguez de Enríquez, Ana María González de Aguilar, Guadalupe N. de Bernal, Trinidad Mondragón de Sánchez, Matilde G. de García, María Anastasia López de Mendoza, Josefa Álvarez de López, Margarita Mireles de Gasca, Sara Gutiérrez de Gutiérrez, Rita Alemán de Rojas, Manuela Berumen de Carrillo, y Luisa Zepeda de Galicia.

A las honorables damas, miel de ternura, espuma de amor: doña Eleazar H. Vda. de Gómez, Refugio Albarrán Vda. de Fernández, Sara Ocariz Vda. de Legaspi, Ramona Bauza de Mancilla, Natalia A. Vda. de Zárate, Agustina Ordóñez de García, Silvana P. Vda. de Reyes, Regina M. Vda. de Ortega, Bibiana Mondragón Vda. de Castillo, Emma Rico de Staines, María Alemán Vda. de Casas, Consuelo Posada de Sánchez Mejorada, Concepción Albarrán de Méndez, Julia H. de Rivera, Luisa Villela de Gómez Tagle,

Luz Legorreta de Merino, Consuelo R. Vda. de Ramírez,
María del Carmen M. de Pérez Gallardo, Carmen H. Vda. de
Vilchis, María Rojas de Nava, Guadalupe Romero Vda. de
Romero, Gregoria López Vda. de Pliego, María del Refugio
González de Dávila, Guadalupe Díaz Vda. de Gutiérrez,
Felipa G. de Villada, María García Vda. de González.

SI PARA exaltar los grandes hechos épicos es indispensable la voz rotunda que se despeña en los abismos del silencio, como la catarata de hexámetros del Padre Homero, que rodaba en la meseta de Ilión, con el estruendo de los escuadrones de Aquiles, el de los pies ligeros o los apretados batallones de Héctor el del casco reluciente. Si para decir el elogio de los fastos populares, es preciso pulsar la enorme lira de siete cuerdas, que palpita con el ronco clangor de los peanes y trueno con la sonora tempestad de las marsellesas. Si para glosar las enormes tragedias colectivas, es necesario incrustarse en el rostro la máscara de la tragedia clásica y ascender hasta las altas cimas del genio de Esquilo. Si para subrayar los paréntesis eglógicos de la vida, hemos menester, como Dante, de la compañía de Virgilio y desplegar, sobre la serena dulzura de los campos, el agua cantarina de las geórgicas y echar a volar, por los caminos azules del viento, a los gorriones locos de los poemas pastoriles; y si cuando voltejea en las torres de la noche, el ronco esquilón de la borrasca, hay nuncios nefastos en el cielo y presagios siniestros en el alma, urge descolgar de las viejas encinas y de los pinos funerarios, el arpa lúgubre de Isaías y la vibrante trompeta de Ezequiel, en esta conmemoración, toda nívea, como cuajada en azucenas de luna, como vestida de armiños de nube, exornada de encajes de espuma, y perfumada de caricias de luz; en esta celebración única el verbo necesitaría ser, al mismo tiempo, fanfarria de clarines de plata, repique de campanas de oro, aleluya de cítaras de seda y romanza de flautas de cristal!...

¡Sí! En este día, más blando que el terciopelo del césped, más suave que las gasas de la brisa, más fino que el alabastro de la fuente, más dulce que el romance de las rosas, más cándido que el alma de los lirios; en este día que no es un día sino un altar de alas que sube, en un vuelo sublime, hasta el reino de Dios, para poner, en sus manos y acercar a su pecho, cual una ofrenda viva, a esa que es flor, espuma y néctar de las criaturas, porque es apoteosis del amor y del dolor; porque es síntesis de sacrificio y de holocausto; porque tiene un nombre infinito como el cielo, luminoso como el día, profundo como el misterio, adorable como un gorjeo, soberano como un himno, sagrado como una oración. En esta fecha, digo, en esta ocasión, sería indispensable obrar la maravilla de que el orador se volviese santo; de que el poeta se transformase en niño; de que Homero se convirtiese en Juan de la Cruz y Demóstenes se trocase en Abelardo, para que el trueno de la rapsodia se desbaratase en el susurro de la plegaria; el fuetazo de lumbre del relámpago se desgranase en el aleteo de seda del celaje y el tropel de búfalos de la tormenta bajase hasta los valles aldeanos, convertido en las ovejas de Mireya, las palomas de Roxana, las alondras de Julieta o los querubes de Beatriz!

¿Quiere decir esto, entonces, que esta debe ser, exclusivamente, una fiesta de los buenos, de los sencillos, de los mansos, de los puros, de los inmaculados, de los diáfanos, de los cristalinos, de los que tienen el alma doncella y el corazón beato? ¡Oh, no! Ciertamente que podría pensarse que los únicos dignos de llegar hasta este cáliz de ternura que es la madre, son los niños, ya que ellos fingen, en la tierra, una promesa de arcángeles o una anticipación de serafines, pero yo no opino de ese modo: yo pienso que los más dignos de congregarse en la rotonda blanca de esta fecha, no son los seres infantiles, incapaces de comprender, todo lo que vale y todo lo que significa, una madre, sino los hombres recios, fuertes en la voluntad, pero amargados en la experiencia, que, victoriosos sobre los cadáveres de sus propios sueños y vencedores sobre los despojos de sus más íntimas esperanzas, en la mitad o en los dos tercios, acaso, de su vida, saben ya lo que vale, lo que cuesta cada una de las lágrimas que ruedan de los maternos

ojos y lo que significa cada una de las miradas y de las sonrisas maternas, porque ellos, también, han luchado y han sufrido; porque ellos, también han ido cubriendo la desnudez de las piedras del sendero, con los girones de su propio espíritu; porque han ido también saciando a las fieras del odio con los fragmentos de su propio corazón y después de haber llorado en el silencio y en la sombra, al igual que las madres, han tenido la suprema grandeza de sonreír a pleno cielo y a plena luz, para que los que son felices no vean marchitarse las rosas de su encanto, desvanecerse las alboradas de sus quimeras o apagarse el temblor de plata de las estrellas de su fe.

¡Sí! los que más han sufrido, los que más han amado, los que han luchado y trabajado y llorado más, son quienes, en primer lugar, deben ponerse de rodillas en el peldaño simbólico del Día de la Madre, porque sólo ellos son capaces de comprender lo que significa esta mujer admirable, tan profundamente humana y tan excelsamente divina, que, a pesar de llevar, como siempre, el infierno de la desesperación en el alma, siempre lleva, también, ¡Oh, salud de los enfermos! ¡Oh, consuelo de los afligidos!, todo el paraíso de la misericordia en la sonrisa y todo el cielo de la ternura en la mirada.

Los niños, ¡sí! que vengan los niños para poner con sus bocas inocentes, coronas de besos en la cabeza de las madres; que nuestras hermanas y nuestras novias vengan a vestir de guirnaldas de caricias, el cuello sedoso al que tantas veces se ha asido la desesperación de nuestros brazos; que vengan los jóvenes gallardos y fuertes, sanos, elásticos y bellos y levanten sobre sus robustos hombros el cuerpo bendito, amasado en nardos y vestido de luz; que vengan los hijos de cabelleras de sol y las hijas de bucles de luna y los nietecitos de rizos azules; que vengan los soñadores y los recios mílites, los poetas, los estadistas, los gobernantes, los profesionistas, los sabios, los ricos, los pobres; que vengan los buenos y los malos; que vengan, claro está, los sencillos y los dulces, los tiernos y los mansos, los dichosos y los grandes, pero, sobre todo, que vengan los olvidados, que vengan los desolados, los solitarios, los tristes, los atormentados;

los que tienen frío y marchito y desgarrado el corazón; los que llevan deshecha, despedazada y moribunda el alma; que vengan ellos, porque ellos, más que ningunos otros, necesitan reivindicarse en la reivindicación suprema de la madre; porque ellos han menester de glorificar la miseria de su vida, glorificando a la más noble de las criaturas, y, sobre todo, porque el elogio de ellos, será, tendrá que ser forzosamente, el más sincero, ya que lo han arrancado a la desesperación de la propia entraña, como la raíz que succiona el jugo de la tierra, para arrojarlo al cielo en las esmeraldas trémulas del follaje donde cuelgan las flores sus hamacas de perfume y prenden las aves los sonajeros de sus trinos.

Por eso, yo que abrego mis angustias en llanto y visto de suspiros la desnudez aterida de mi musa, yo que vengo del antro espantoso de mí mismo, con el corazón calcinado, con la frente marchita y con la entraña rota, me llevo hasta el santuario de este instante, para decir con el alma arrodillada en los labios este mi pobre elogio a la madre: a la madre, a ella, a ellas; a las de todos y a la mía; a la concreta y a la abstracta; a la real y a la simbólica; porque, una y otra, son la misma en los merecimientos y en las características; porque, una y otra, porque ésta y las demás, son la madre genérica, la madre específica, la madre por antonomasia, sublime y eterna, que discurre sobre la tierra amarga como el perfume vagabundo de las azucenas del Señor...

¡La madre! ¿Qué es la madre? ¿Qué significa la madre? ¿Qué vale ella, toda suave, toda santa y toda pura, en este mundo de chacales con sabiduría y con inteligencia, corrompidos e insaciables, entregados a la odiosa tarea de destrozarse los unos a los otros? ¿Qué es la madre? ¿Qué lugar ocupa o debe ocupar en nuestra tabla de valores?

¿Antes, como ahora, rindiósele culto especial? ¿Los códigos, las constituciones le dan lugar preferente? Las historias han gastado en su elogio sus más importantes capítulos? ¿Sobre la superficie del globo se levantan, en su honor, los más bellos o los más grandes monumentos?

¡No! ¡Sólo la fuerza y el poder han suscitado la admiración universal! ¡La historia ha llenado sus mejores páginas en homenaje a los fuertes, a los déspotas y a los victoriosos! Si es verdad que en algunas ocasiones se ha hecho el panegírico de los paladines de la inteligencia y de la belleza; si es cierto que libros enteros han sido consagrados a poner de relieve la cultura, la ciencia y el arte, nadie puede negar que, por encima de los artistas y de los sabios y más allá de los buenos, de los nobles y de los misericordiosos, se ha colocado a los déspotas, a los imperativos, a los dominadores, a los monarcas: faraones, césares, emperadores, pontífices y cézares, etc., etc., que han amasado la grandeza de sus pueblos con el sudor, con la sangre y con las lágrimas de otros pueblos, humanos como ellos, dignos, también, de la vida, de la inteligencia, de la justicia y de la libertad!

¡De ahí esos himnos de piedra que se llaman los palacios egipcios, persas, griegos, medievales, renacentistas, etc., etc., y de ahí que, lo mejor, lo más bello y lo más grande de la pintura y de la escultura y hasta de la literatura de todas las edades, haya florecido, a la sombra de la riqueza despótica y del poder tiránico de unos cuantos privilegiados, asesinos de patrias y saqueadores de naciones! ¡De ahí que todo ese tesoro de belleza y de riqueza haya sido, precisamente, consagrado a ellos: los que han arrojado las migajas de su mesa a los labios resecos de los genios, cuyo espíritu ha ennoblecido la estatura y transfigurado la imagen de los mismos amos disfrazados de mecenas, que, olímpicamente, les azotaban las espaldas!

¡Culto de la fuerza! ¡Culto de la omnipotencia! ¡Adoración a quien todo lo puede y quien todo lo da! ¡Pleitesía del temor o de la esperanza! ¡Exaltación de quien ata y desata el misterio de la vida y de la muerte ya que, al impulso arcano del infinito anhelo y de la ilusión suprema, en medio del tumulto ciudadano y frente por frente a los palacios consagrados a los magnates de la tierra, esta pobre criatura efímera que es el hombre, ha erigido los templos de los dioses, disparando hacia el azul las cúpulas de las basílicas y las torres de las catedrales, con cuyos brazos enormes, la desesperación o el ensueño, para calentar nuestra alma, pretenden arrebatarnos del seno de la noche, la lumbrarada magnífica de las constelaciones!

¡Culto de la fuerza! ¡Culto de la omnipotencia!... ¡Sí, está bien! ¡Perfectamente bien que honremos y glorifiquemos a las magnas potestas que determinan y condicionan nuestra existencia individual y colectiva, pero no está bien que divinicemos a los hombres y hagamos de la historia un elogio sistemático de quien no han tenido más virtud que la de aplastar a sus semejantes! ¡Sobre todo, no está bien, no podrá estar bien nunca, que olvidemos que en la compleja inmensidad de nuestro mundo físico y social, hay maravillosas potencias escondidas, a través de las cuales la misma omnipotencia divina se manifiesta y con cuyo concurso, se afirma el imperativo del destino!

¡Mil, cien mil estatuas consagradas, ¡Oh, Richet! a los grandes matadores de hombres y ni una sola erigida en homenaje a la creadora de los hombres: la madre! ¡Qué absurdo más infame! ¡Qué torpe, qué criminal aberración! (1)

Como la gota de agua sin la que el mar no existiera; como el terrón de gleba sin el que no habría campiña o el árbol sin el que no tuviéramos bosques, o la flor sin la que no hubiésemos jardines como la pluma sin la que sería imposible el ala o el ala sin la que no se explica el vuelo, o como la nota sin la que no hay música y el color sin el que no se concibe la pintura y la palabra sin la que es irrealizable el libro y la piedra y el sillar, sin los que jamás habrían surgido los monumentos, ni los palacios se habrían levantado, ni se habrían esculpido las estatuas; igual que el instante y el minuto, sin el que la hora y el día y el tiempo y la eternidad, serían inconcebibles; así, acaso infinitamente pequeña por su cantidad física, pero infinitamente excelsa por sus dimensiones espirituales, hay en el universo una criatura que tiene las proporciones simbólicas de una lágrima que fuese, a la vez piedra preciosa y que, arrebuada en el oscuro fondo de un sublime anonimato, es como el resorte de luz que empuja, desde las espeluncas de la noche, hasta los jardines del día, a la miseria humana y hace llegar, desde los abismos más espantosos de la miseria y de la angustia, hasta los empíreos del triunfo y de la gloria, a quienes, siendo barro deleznable, al caldearse en el bendito fuego de su vientre, se transfiguran en soberanas afirmaciones de belleza, de saber y

de bondad y convertidas sus células en alas, llegan hasta los archipiélagos de las constelaciones, en cuyas playas de arenas refulgentes, hunden sus quillas de azabache, los negros bergantines de la sombra!

Porque, ¡sí!, ella es la que forja a los héroes y gesta a los mártires! la que modela a los artistas, crea a los poetas, hace a los santos, a los conquistadores y a los paladines; la que esculpe la estatua viva de Afrodita y enciende la hoguera del alma de Alighieri; la que proyecta al sol la torre de llamas del cerebro de Esquilo; la que empuja hacia la aurora el árbol de alondras del intelecto de Cervantes; la que desploma sobre el mundo el hierro fundido del alud de Bonaparte y hace rodar sobre América el huracán de cóndores de las falanges de Bolívar; la que empina la cúspide trágica de Shakespeare; la que siembra, en los desiertos de la angustia, la sinfónica selva de Beethoven; la que erige el lírico Acrópolis de Goethe; la que desata la tempestad de color de Miguel Ángel; la que echa a andar sobre los caminos de Umbría, el manojó de nardos nazarenos de San Francisco de Asís y cuelga en las frondas del silencio, los nidos armoniosos de los ruseñores de Lamartine, de Garcilaso, de Darío, de Gutiérrez Nájera, de Musset, de Tagore y de Petrarca!

¡Crisol de torbellinos y laboratorio de alboradas! ¡Catarata de relámpagos y cascada de arco iris! ¡Surco en el que arroja Dios la semilla humana, para que lo efímero se vuelva eterno, el átomo se torne Universo, la materia se transfigure y la potencia bio-físico-química de la célula, se desate en el triunfo de la vida y la vida ascienda hasta la cima de la inteligencia, del sentimiento y de la voluntad! ¡Origen del hombre o sea origen de la colectividad, de las naciones, de los pueblos, de las patrias, de la cultura y de la civilización! ¡Más que un ser, un camino de seres, un manantial, un río, un océano de criaturas! ¡Más que una mujer un templo: el templo sublime de la especie donde abre la ternura las puertas del paraíso de Chiberti y el perdón cierra las puertas del infierno de Rodin!

¡Madre! ¡Madre! ¡Madre dulce! ¡Madre buena! ¡Madre santa! ¡Tú, la que no te fatigas de querernos! ¡Tú, la que no te cansas de esperarnos! ¡Tú, la que

nos amparas! ¡Tú, la que nos proteges! ¡Tú, la que nos perdonas! ¡Tú, la que a la vuelta del exilio, al otro día de la jornada, cuando tornamos al hogar en que envejeces y te marchitas de dolor y te consumes de nostalgia y te extingues de soledad, no nos preguntas cuánto traemos, sino cuánto sufrimos y no inquieres si valemos más, sino si padecemos menos! ¡Tú que para ablandar nuestro camino te arrancarías la carne, tira a tira, y la irías poniendo en cada una de las ásperas espinas del sendero! ¡Tú, que para fecundar nuestros eriales te exprimirías los ojos y nos darías hasta la última gota de tus lágrimas! ¡Tú, que para envolvernos el corazón desnudo, nos harías un manto de suspiros y para calentarnos el ánima aterida, consumirías las últimas brasas de tu pecho! ¡Tú, para quien somos siempre niños, siempre bellos, siempre buenos! Tú, para quien no hay malos, ni réprobos, ni tontos, ni pequeños, ni feos, ni pobres, ni vencidos, porque a todos nos glorificas con tu afecto y a todos nos transfiguras con tu amor! ¡Tú, puerto de los naufragos y estrella de los ciegos; oasis de los sedientos; plegaria de los mudos; sombra de los fatigados; albergue de los que no tienen patria; ilusión de los que todo lo han perdido; reclinatorio de los que esperan; torre de los que sueñan; lira de los que cantan; escudo de los que batallan; laurel de los que triunfan; paño de lágrimas de los que sufren; plegaria y arrullo junto a la cuna; admonición y sollozo sobre el sepulcro: ¡Madre! ¡Hada madrina de los niños; fortaleza de los jóvenes; báculo de los viejos; sibila de los adultos; alegría de los tristes; resignación de los desesperados!

¡Madre santa! ¡Madre suave! ¡Madre noble! ¡Madre pura! ¡Madre excelsa! ¡Madre de los príncipes y madre de los pobres! ¡Madre de ayer y de siempre! ¡Faro de esperanza! ¡Áncora de salvación! ¡Cruz de carne viva coronada de estrellas; la única invariable; la única sincera; la que no nos olvida ni nos abandona nunca, puesto que, hasta después de muerta, nos manda su corazón a través de las grietas de la tumba y lo arrebuja en las penumbras del recuerdo, para acercarse hasta nosotros y soplarnos al oído esas palabras, esas tres palabras que suenan como gorjeos entre sus labios!: ¡Hijo! ¡Hijo mío!

¡Madre mía! ¡Madre nuestra! ¡Madre mexicana! ¡Madre de América y de Europa! ¡Madres de toda la tierra! ¡Madres de los vivos y de los muertos! ¡Madres de los hombres de todos los países y de todos los tiempos! ¡Escuchad: por olvidaros estamos perdidos; por no practicar vuestro evangelio nos encontramos desolados! ¡Vanamente, lejos de vosotras, busca la humanidad la fórmula de su salvación; por eso, en vez de salvarse, la humanidad está pérdida! ¡Hoy, peor que ayer, los hombres se destrozan los unos a los otros; hoy, peor que ayer, el instinto es amo y el interés es ley; hoy, peor que ayer, sobre las campiñas de la belleza y de la virtud, pasa el tropel de los sátiros de Dionisios y ruedan las chusmas bárbaras de Atila; hoy, peor que ayer, caminamos con los pies hundidos en lodo de sangre y con la frente manchada de salivazos de tinieblas, hoy, peor que ayer, destruimos cuanto hay de grande y de noble en la existencia; derribamos los altares de los dioses y erigimos estatuas a nuestros verdugos porque, hoy, peor que ayer, nos encontramos lejos de vosotras, que sois la dulzura, que sois la nobleza, que sois la bondad!

Teatralmente os consagramos, apenas, uno de los trescientos sesenta y cinco días del año y es inútil que ese único día afirmemos vuestra excelencia, si, desde el día siguiente, comenzamos, otra vez, a traicionaros.

¡Oh, madres de toda la tierra! ¡Si vosotras quisiérais!... ¡Quered! ¡Incorporáos! ¡Abandonad vuestras tumbas, oh benditas madres muertas! ¡Dejad vuestros hogares, oh, sublimes madres vivas, y, todas vosotras, juntas, unidas, integrando un inmenso batallón de azucenas en marcha y de lirios alados y de nardos peregrinantes, alzad una poderosa muralla entre los hombres que se odian, que se destrozan, que se matan y veréis cómo, entonces, el espectro de la guerra huye como un vano fantasma para siempre, porque ante vosotras y contra vosotras, no podrían levantarse las manos de vuestros propios hijos y porque, ante vuestro gesto supremo de abnegación y de ternura, huirían, humillados, los lobos de la muerte, capaces de destrozarnos, enardecidos por el odio, pero incapaces de hincar el colmillo de sus furias, en el vuelo de espuma de las palomas del amor!

(1) La escultura griega, ¡es verdad!, tuvo como uno de sus motivos centrales, a la mujer, pero desde un punto de vista exclusivamente estético y religioso, y si es cierto que han sido consagradas estatuas o monumentos a mujeres como Cornelia, Victoria de Inglaterra, Isabel de España, Isabel de Hungría, Catalina de Rusia, Juana de Arco, etc., y que, aquí en México, hemos inmortalizado en piedra y bronce, a Sor Juana Inés de la Cruz y a la Corregidora Josefa Ortiz de Domínguez, no hay que olvidar que estos homenajes han sido rendidos a la mujer estadista, a la heroína, a la intelectual, no a la mujer MUJER, ni mucho menos a la mujer MADRE, que es la mujer por antonomasia.

H. Z.

NUESTRO SEÑOR DON QUIJOTE

Esta especie de ensayo o conferencia, es la versión taquigráfica que mi ejemplar y malogrado discípulo Adrián Palma, tomó de una de mis cátedras de Literatura, sustentadas en el Instituto Científico y Literario del Estado de México, durante el año de 1933.

El autor la pública, no sólo porque sus cátedras de El Quijote fueron las más gustadas por sus alumnos, sino porque ello da una idea de la forma en que acostumbraba expresarse ante sus discípulos: Primero, de una manera general, sencilla y precisa; luego, fijando los puntos esenciales del asunto; a continuación, haciendo reflexiones de carácter literario, histórico y filosófico, y, por fin, formulando rápidas síntesis, que, según el bello consejo de Eca de Queiroz, procuraba envolver en el suntuoso manto de la fantasía, para dejar en los alumnos un grato recuerdo, no de su cátedra, sino del tema por él desarrollado.

PARA explicarnos lo que significa como heroísmo ético y estético la obra de Cervantes, principalmente El Quijote, es preciso tener en cuenta las circunstancias en que hubo de desenvolverse la pintoresca y dolorosa existencia de su autor.

Pues bien: la vida de Cervantes estuvo llena de miserias y pequeñas y grandes debilidades; salpicada de los más diversos, cómicos a veces y a veces trágicos sucedidos; constantemente tuvo que luchar, cara a cara, con el infortunio y en no pocas ocasiones lo vemos reducido hasta el último grado de la estrechez económica, aunque nunca moral, porque Cervantes supo hacer honor a la gente de su casta y sabía, simbólicamente, pasearse con la capa terciada, el chambergo de lado y el espadín al cinto, luciendo fanfarronamente, en la boca, el palillo de

dientes, cuando apenas había probado un trozo de mal pan y medio trago de peor vino.

Cobrador de cuentas, mísero empleado de la Hacienda Pública, encargado de la percepción de pequeños tributos, vióse acusado, con razón o sin ella (no interesan al crítico literario estas minucias de moral burguesa), por el hoy frecuente delito de peculado y tuvo que dar con sus ilustres huesos en ese que es el único palacio de los ladrones que no tienen con que comprar a los jueces: la cárcel.

Apremiado por las diarias exigencias del hogar, acorralado por los acreedores, abandonado por los amigos, puesto casi en la picota del ridículo, para poder afrontar tan difícil situación, tuvo que ser hasta la celestina de sus propias hermanas, con el loable fin de que ni ellas ni él, muriesen de hambre.

Su matrimonio estuvo muy lejos de constituir una obra maestra, sin que esto quiera decir que su esposa y él dejaran de amarse hasta cierto punto, por más que su esposa nunca compartiese las inquietudes espirituales de su marido. Como se comprende, si no precisamente dichoso, éste no fue un matrimonio de circunstancias, ya que la esposa era tan escasa de hacienda que, al morir, sólo dejó, en calidad de herencia, unas cuantas gallinas, y, sin que esto esté completamente demostrado, una misérrima heredad.

Sin embargo, hay un paréntesis brillante en esta vida que tiene mucho de trampista y aventurero, o sea el brillante papel que desempeña nuestro glorioso escritor en la batalla de Lepanto, en la que pierde el brazo izquierdo, por lo que Manco de Lepanto se titula con orgullo él mismo, desde entonces, sin que fuese más lejos de este título el premio que recibiera por semejante hazaña. Precisamente, a su regreso de tal acción bélica, fue hecho prisionero el barco en que venía, por los piratas de Argel y estuvo cinco años en poder de los moros, hasta que, por medio de un rescate, indigno de tan alto varón, pudo volver a España este infortunado y glorioso soldado de Carlos V; tal vez el más grande Emperador de la Casa de Austria.

Su vida, por lo que se ve en este rápido esbozo, está llena de incidentes, saturada de angustias, corroída de miserias, conmovida de inquietudes. Su carácter aventurero, por otra parte, le permitió conocer todos los aspectos del mundo y todos los recovecos del alma; sus ojos estaban llenos de paisajes y su espíritu pletórico de experiencias. Su maestra fué la realidad; hijo de hidalgo venido a menos, era un español en derrota, pero hidalgo al fin, de modo que el tipo del caballero llevábalo en la entraña. Sus libros, por lo que se ve, no fueron precisamente escritos, sino extraídos del mundo, de su carne y de su alma. Por eso, si para muchos es el escritor idealista por excelencia, para nosotros debe ser el realista máximo; idealizador supremo, pero apegado constantemente, a la más amarga, a la más dura, a la más irrefutable verdad.

Y hénos aquí ya, frente a frente del escritor. Vamos a ver cómo el hombre va a ir poco a poco transfigurándose y cómo Cervantes, el pobre Miguel de Cervantes Saavedra, trampista, pobretón, charlatán y aventurero, se transforma en el héroe del sacrificio, en el caudillo del holocausto, en el taumaturgo que con este pobre barro, empapado de lágrimas, que es el hombre, amasa el símbolo más sublime de las literaturas de todos los tiempos.

¡Sí! Las tinieblas más espesas, al pasar por el alma de este excelso perseguido, se transmutan en la aurora perdurable de sus libros y si todas las vergüenzas sociales y las afrentas de una chata moral pesaron sobre la vida del enorme ingenio, al llegar a lo más íntimo, éste inconmensurable océano de amargura, filtróse dentro del ser del soberano escritor, en las gotas de la luz más pura, en los hilos de la miel más dulce, en los raudales más claros y más fecundos de la lengua.

Aquí está, precisamente, la diferencia y la excelsitud de las letras castellanas, con respecto de otras grandes literaturas, pues en vez de que Cervantes, como Dostoyevski, Pushkin, Ibsen, Dante, Alfieri, etc., diese en sus libros rienda suelta a su inconformidad y a su amargura; en lugar de haber sido un enorme supliciado como los grandes novelistas rusos, como ciertos escritores italianos, franceses,

ingleses y escandinavos; en vez de arrojar sobre el mundo a los lobos hambrientos de su dolor, azotados por los golpes implacables del destino, del hambre, de la desesperación y de la muerte; lejos de parecerse a todos los grandes trágicos y patéticos de la literatura universal, que cristalizan sus lágrimas en diamantes negros, cuajados de brillos, pero repletos de sombras, Cervantes escribe con sangre pero con sangre que se transforma en luz, y, en vez de sollozar ante su propia tragedia, se supera y canta la felicidad de los otros, canta siempre, y en la máscara sombría que le incrusta en el rostro el más cruel de los destinos, hace vibrar el trueno inmortal de la carcajada del Quijote, que es como el glorioso cruzado, como el Pedro el Ermitaño y el Urbano II y el Godofredo de Bouillón de Nuestra Señora la Santa Alegría.

¡Sí! Cervantes tomaba la vida en forma amable. Todas las desgracias y todos los dolores vienen del buen Dios y el buen Dios siempre tiene razón. ¿El manda sufrir? ¡A sufrir! No se rebelaba como Jacob luchando contra los ángeles del Señor; seguía la sublime lección del Santo de Asís que prolonga su alma en una beatífica y filial simpatía por todos los seres y parecía decir también: ¡Señor! ¡Nuestros hermanos están lo mismo en el cielo que en la tierra: los hermanos gusanos, las hermanas estrellas!

Y ríe, siempre ríe, toda el alma de Cervantes, toda la vida de Cervantes vibra en la carcajada sublime del manchego. Pero su risa no es la risa inteligentemente maliciosa de los héroes, ya adultos, de Quevedo; su carcajada no está envenenada como la de Voltaire ni se disuelve en la cortesana sonrisa de France, ni tiene la picardía del reír de Rabelais. Su risa, su carcajada, son abiertas, sinceras, ingenuas, como las del niño; como las del niño, ¡sí! y hé aquí, precisamente, algo que no debemos olvidar nunca: Cervantes ríe como los niños porque es el más infantil de los escritores, y, efectivamente por eso, porque es el más infantil, es el más genial de los ingenios universales, ya que acercarse a los niños es acercarse al reino de los cielos y ser niño, sobre todo en la diafanidad del acto, es estar ya junto de Dios.

Así es cómo todo el genio de Cervantes se explaya en ese coro de risas y sonrisas que suenan en sus páginas, donde parece que perpetuamente se hallase en libertad, un coro de niños que ríen y ríen sin rencores y sin odios... ¡Oh, la risa del niño que suena como una charla jocunda de campanitas de plata! ¡Si pudiésemos ser como Cervantes, eternamente infantiles y llevarnos hasta la tumba la gloria de la edad de rosa y oro de la infancia! ¡Viejo por la experiencia y párvulo por la sensibilidad! ¡La vida dura y la pluma fácil! Hé ahí, en síntesis, la existencia del mutilado de Lepanto, ¡La gravedad biológica que hace tardo y pesado al cuerpo y el ingenio raudo que corre, que brinca, que vuela como mariposa de luz en terrazas de celajes.

¡Qué sublime desquite el de Cervantes: la risa amplia y noble que se desata en su pensamiento! Por eso sus obras no son sombrías como las de los escritores esclavos o de una alegría maliciosa como la de los franceses, o bien, en el fondo hiriente y páfida como la del “gentleman” inglés o el fino príncipe italiano, que perdonan pero humillan y regocijan pero manchan! ¡No! ¡La risa de Cervantes es limpia, es clara, es jocunda, es buena, de tal modo y a tal punto, que si Dios hubiese bajado alguna vez a la tierra y hubiese reído, la habría hecho a través de los labios de Cervantes!...

Queda, pues, sentada esta conclusión: A cambio de la vida cruel, Cervantes nos entrega una obra encantadora, graciosa, elegante, casi perfecta. Su reacción literaria frente al mundo, no sólo es una reacción de belleza, sino una afirmación de bondad. Desde este punto de vista, Cervantes puede ser considerado como un héroe de sí mismo, como un verdadero santo laico, que recibe tinieblas y devuelve alboradas; que succiona amargos jugos y secreta rubias gomas; que ahonda el espíritu en la tierra y lo ofrenda al cielo, en velos de perfumes y en dádivas de trinos.

Ahora, desde el punto de vista rigurosamente analítico, ¿será verdad que, como él mismo pensó, su obra maestra es sólo una crítica de los libros de caballería, y un simple arquetipo del ridículo, su máxima creación, su héroe inmortal el iluso

hidalgo, nuestro Señor Don Quijote?... ¡Evidentemente que no: su libro genial y su protagonista excelso, son mucho más que eso, pues Cervantes, sobrepasando sus propias aspiraciones, no es el crítico costumbrista, ni simplemente el zoilo de una edad, sino el soberano creador del símbolo más bello y más puro de la ilusión hecha nobleza y la belleza hecha bondad.

Es cierto que para los gramáticos y los retóricos El Quijote es sólo una maravilla de inteligencia expresiva. El mérito de la obra estriba, para estas personas, principal y casi únicamente, en la armonía de los períodos; en el manejo insuperado de los verbos; en el empleo justo, preciso, magistral, de los adjetivos y los substantivos; en la construcción de las oraciones; en la elegancia de las cláusulas; en la justeza de los períodos; en el caudal de ideas perfectamente troqueladas; en el equilibrio de los capítulos, casi todos de un ajuste perfecto, dentro de la sabia arquitectura de la obra.

Es decir, admiran en Cervantes la técnica morfológica, verdaderamente asombrosa, ello es innegable, porque de su consumada sabiduría es prueba la forma en que manejaba hasta los acentos, distribuyendo sabiamente las agudas, las graves y las esdrújulas: las graves que marcan el paso lento de la idea; las agudas que dan el tono rotundo de la frase y que, combinadas con las graves, dan suavidades de terciopelo al lenguaje, y, por fin, las esdrújulas, que proporcionan el colorido a la expresión, porque algunas veces son robustas y vibrantes, tales como águila, épico, magnífico, etc., y otras son ágiles y musicales como libélula, gárrula, límpida y antílope.

Indiscutiblemente, Cervantes supo hacer del lenguaje una suerte de música expresiva. Fué un cincelador y un orífice, sin llegar a ser un preciosista. Esto es lo que basta a los lingüistas para considerarlo justamente como el maestro de la palabra escrita y el príncipe de la Lengua Castellana; pero, para los psicólogos, para los filósofos de la Lengua, Cervantes es más que eso: es el más grande creador del símbolo; el simbolista por excelencia, pues más importante que la forma de su obra es su esencia; por eso ha podido resistir la máxima prueba del tiempo y

del espacio; por eso, habiendo sido traducida a todos los idiomas vivos y a casi todas las lenguas muertas, a pesar de haber perdido, con ello, indiscutiblemente, su mérito morfológico, ha conservado su valor medular y *El Quijote*, como la Biblia, ha seguido siendo *El Quijote*, en toda su magnífica grandeza, lo mismo en francés que en alemán, lo mismo en inglés que en italiano, igual en ruso que en chino o en japonés. En eso consiste, pues, repetimos, en su medula, en su esencia, el mérito indiscutible de esa obra.

Por otra parte, no se crea que Cervantes fué un gramático, ni mucho menos un retórico. Fue un escritor de sangre, por eso no escribe con reglas, él las hace, o, mejor dicho, de él las extraen los que han de constituirlo en modelo; como todos los genios, fué casi un inconsciente de su propia genialidad y jamás consideró al *Quijote* como su obra maestra.

En fin, para nosotros, según he indicado ya, la gloria de Cervantes está en su profundo conocimiento de la psicología de sus personajes. Fuertemente realista, logra que el más ilustre de los seres, sea el más vigoroso de los hombres y que el símbolo, de este modo, viva como si estuviese hecho de carne y alma.

Pero lo que asombra más en *El Quijote*, es la maestría con que maneja el contraste y cómo equilibra la demencia con la cordura, el ensueño con la razón; por eso es tan amena su obra: dechado maravilloso en el que se entretajan lo pintoresco con lo serio, lo trágico y lo cómico, lo sublime con lo ridículo, exactamente igual a como acaece en la vida y en el mundo. Luego es tan hermosa la sobriedad que logra dar a sus frases, que nos hace pensar en un batihaja que fuese perfilando a sus protagonistas con cinceles de oro y con martillos de cristal.

Todos, absolutamente todos sus personajes, son de un realismo insuperable; todas sus descripciones de un verismo maravilloso; mas, a manera de un excelso sinfonista, dentro de la heterogeneidad de caracteres que dibuja y pinta como mano maestra, destaca como un leitmotiv que sostiene su trama ideológica y pictórica, a sus dos personajes centrales: el enjuto y el obeso y lo hace con tan sabia donosura, que no puede uno menos de evocar *El Bolero*, de Ravel, en

el que, siendo uno solo el motivo musical, va pasando a través de los diversos instrumentos, sin perder nunca su sostenida línea melódica: Los violines, las violas, los chelos, las flautas, los clarinetes, los oboes, las tubas, los cornos, las trompetas, los timbales, los percutores, toda la familia instrumental, recoge, coordina, combina y amplifica el motivo central de la gaita y el tamboril, como en la obra maestra de Cervantes, los distintos capítulos, van desarrollando la trama de la que son esencia el hidalgo Don Quijote y el escudero Sancho Panza.

Estos dos personajes desfilan por toda la pintoresca gama de paisajes, por todos los soberanos contrastes de la vida española, cuyo fondo de sombra y luz, contribuyen a hacer más atractiva y más expresiva la imagen del caballero de la Triste Figura, que, sobre su corcel enteco idealizado por el símbolo, finje un corcel de cascos de oro que fuese galopando sobre llanuras de esmeraldas.

¡Rocinante! Todo él ha perdido las carnes desde antes de la sinigual aventura, pero, ¡qué le importa, si lleva encima al ingrátido señor del ensueño, que no pesa porque es todo de luz, porque es todo de azul, porque es todo inmaterial, puesto que no es más que un símbolo!

¿Y Sancho? la crítica universal ha acuñado este juicio: Sancho es el sentido común, pero no es cierto. Por lo menos esta expresión es incompleta, pues si Sancho es el sentido común, es el sentido común heroico, el sentido de la lealtad que no abandona nunca a Don Quijote. Por ejemplo, en la sinigual aventura de los molinos de viento, él sabía ya que los gigantes que los ojos de Don Quijote veían, eran, ni más ni menos, que molinos de viento, y, sin embargo, después de haber sonreído socarronamente cuando el caballero arremete contra los descomunales enemigos, no lo abandona, recoge el cuerpo malherido y condúcelo, devotamente a lugar seguro, no sin ir comentando: “Si ya se lo decía a su merced, que aquellos eran molinos y no gigantes”, con lo que no logra, sin embargo, desbaratar el ensueño, porque las aspas pudieron quebrar el cuerpo, pero no el alma del ilustre y glorioso Don Alonso de Quijada, el Bueno.

Ahora, decidme ¿qué amigo hay en la vida que tolere nuestros mediocres extravíos y que amorosamente nos levante cuando nos hieren la realidad o el infortunio? ¿qué hombre hay en la tierra que nos estime y quiera al grado de vivir a nuestro lado, sufriendo el contraste trágico de dos destinos que ninguna sabiduría o misericordia humana o divina habrán de conjugar?...

A cada momento, siempre juntos, ven nuestros ojos al sublime manchego y a su fiel escudero. Por eso no hay que ser tan rigurosos para aquilatar a Sancho... A pesar de la promesa de la Ínsula barataria, a pesar del sistemático interés que se le supone, Sancho es leal como un hermano o fiel como un perro, lo que es más grande todavía. Incapaz de comprender los desvaríos del demente, se contenta con ir haciendo sabrosos comentarios y así es cómo, entre uno y otro, se produce el diálogo inmortal de la razón que todo lo pesa y la ilusión que todo lo alcanza. ¡Oh, si Sancho Panza hubiese abandonado a Don Quijote, habría sucedido algo semejante a lo que hubiese acontecido, si el Judas de Iscariote, ¡Oh Andréiev!, hubiere abandonado a Jesucristo!... ¡Bendito sea, pues, el sentido común encarnado en Sancho, porque eso: abnegación y lealtad, es lo menos común que existe!

Sabiamente colocado junto a su ventrudo acompañante, se destaca con más finura el príncipe de la sinrazón. Por eso, hecho el esbozo del fiel escudero, vamos a adentrarnos en el héroe cervantino, cuya silueta luminosa hemos dejado ya esbozada.

Perdida la razón, reseco el meollo por haberse pasado los días de claro en claro y las noches de turbio en turbio, en la silenciosa tarea de leer viejos infolios, venerables pergaminos y toda clase de obras de caballería, apréstase a iniciar sus sin iguales aventuras, no sin antes escoger su propio nombre, el de su corcel Rocinante y el de su dama; pues, caballero tan cumplido, forzosamente ha menester una dama a quien rinda pleitesía y a cuyas plantas se descifra los inmarcesibles laureles de sus glorias. Y encuentra un nombre, asaz hermoso y peregrino: Dulcinea, que es como un madrigal de besos escrito en la página de gasa de un plenilunio azul. ¡Dulcinea!

He aquí otro de los máximos aciertos de Cervantes. Hacer que la protagonista de su obra encarne en la divina irrealidad de un sueño.

¡Dulcinea! Criatura que existe en el espíritu como una categoría platónica antes de existir en el mundo, porque cuando el caballero de la existencia ilusa encuéntrala en la venta, tiempo hacía ya que la llevaba dentro del corazón.

Y luego, ese poder sublime de la ilusión creadora, igual al de la imaginación de que habla Ribbot ¡Transformar a maritornes en Dulcinea; hacer de la moza zafia, vulgar, fea y mal oliente, el más fino de los seres y el más dulce de los símbolos! ¿No es esto sencillamente misericordioso? ¿No, a través del Quijote, va, Cervantes, de la belleza a la misericordia, puesto que transfigura la arcilla en destello y hace del monstruo un arcángel? ¡Que el hombre vulgar vea el adefesio y el adefesio seguirá siendo despreciable, pero que lo vea el sublime demente y el adefesio se trueca en increíble arquetipo de hermosura!

Aquí está el vértice diamantino de la obra inmortal; en la potencia creadora de la fantasía que superpone un mundo ideal al mundo cotidiano. Y si cuando el Quijote hacía del corcel enteco un Rocinante; si cuando veía en el palurdo Sancho, un escudero y cuando tomaba por gigantes los molinos, alcanzaba proporciones inauditas, al llegar a la transfiguración de la más vulgar de las mujeres, en la más cumplida de las damas, alcanza dimensiones que superan la medida humana y han menester de cánones divinos.

Ante semejantes excelencias, ¿Con quién comparar a Don Quijote, sino con el blondo Rabí, capaz de encontrar la belleza en el marfil de los dientes del perro nauseabundo? ¿Con quién compararlo, sino con el que, loco también, pero loco de amor, vino a la tierra para practicar el bien, a pesar de que en él hubiera de escarnecerse el mal? A uno y a otro no les importa la ingratitud, ni el desengaño, ni la perfidia. Uno y otro van camino de su sueño o de su verdad, perdonando a los que los hieren, exaltando a los que los niegan, glorificando a los que los insultan, y si cuando Jesús, con el corro de sus doce apóstoles, al recorrer el mundo, lo va vistiendo de hermosura, Don Alonso de Quijada el Bueno, en

compañía de su escudero, al cruzar las llanuras manchegas, todo lo va dorando de ilusión. ¡Por eso, acaso audazmente, pienso yo que Don Quijote, es Nuestro Señor Jesucristo vestido de armadura que cruza, en una santa misión de belleza, la España, o, mejor dicho, toda la Europa del Siglo xvii!

Porque Don Quijote no sólo ama y espera, es también el caballero de la justicia y el paladín del derecho, castigador de malsines y represor de yangüeses, protector de los débiles y desfacedor de entuertos... ¡Oh, soberana ironía la de Cervantes! ¡Hacer de un loco el apóstol de la bondad; poner en su espíritu los ideales más nobles; albergar en su corazón el amor por las causas más justas, como para obligarnos a extraer esta terrible, esta espantosa deducción: En este bajo mundo, en esta tierra amarga, en este universo mezquino, el único hombre capaz de transformar las ventas en palacios, las bacías de barbero en yelmos de mambrino y las Maritornes en Dulcineas. El único capaz de salir a la defensa de los pobres, de los humildes, de los incomprendidos y de los explotados, no es un hombre, es menos y más que eso, es un loco, porque la cordura no será nunca asilo de la justicia, albergue de la belleza, ni tabernáculo del amor!

Y no podía ser de otro modo, ya que la locura, desde un punto de vista audazmente filosófico, no es otra cosa que una liberación. En efecto, el hombre cuerdo es esclavo de su mundo. El loco es creador de su universo. La razón es una servidumbre del pensamiento; la locura es una ruptura de esa servidumbre, es un acto supremo de rebeldía.

Para el cuerdo, el mundo está en el concepto que los demás se han formado del mundo, para el loco el mundo está en el concepto que del mundo él se ha formado.

El cuerdo norma sus actos y sus pensamientos de acuerdo con las costumbres y las ideas de la sociedad; el loco, al margen de la sociedad, desenvuelve sus actos y desarrolla sus ideas, y, uno y otro, son felices e infelices, nada más que el cuerdo es un dichoso vulgar y el loco es un dichoso extraordinario. ¡Cuántos han sobrepasado el límite de lo habitual han sido llamados locos, pero también han sido apellidados grandes! Colón, Galileo, Servet, Bolívar, Pasteur, Beethoven,

Dante, Miguel Ángel, Dostoyevski y el más excelso de todos porque ya no es humano: ¡Jesucristo!

Y hasta los más humildes, hasta los más obtusos, han sido locos en esos que son los dos momentos supremos de la vida: el dolor y el amor. ¡Locos de dolor hasta lo sublime o hasta lo ridículo, pero que nos arranquen esa locura y nos habrán arrancado el corazón! ¡Locos de amor hasta la vergüenza o hasta la gloria, pero que nos quiten esa locura y el alma y la humanidad se habrán marchitado para siempre!... ¡Locos! ¡Todos en nuestros instantes supremos somos locos; locos en el paroxismo de la alegría; locos en el entusiasmo de la acción; locos en el éxtasis de la fe! ¡La locura hace aurora de la chispa, montaña del guijarro, océano del raudal, pues dilata y amplifica, aunque las desorbite, todas las posibilidades humanas! ¡Ay del hombre que no haya sido loco por lo menos una vez, por lo menos un instante en su vida! ¡Ay de aquél que no haya tenido nunca un desbordamiento en su corazón y del que no haya roto el compás de sus días monótonos, hasta hacer saltar y volar sus células en un éxodo de músicas o en una explosión de estrellas!

Sólo enloquecidos es como podemos ir más allá de nuestra pobre y ridícula estatura... Locos, amoldamos el mundo a nuestros caprichos, a nuestros deseos, a nuestras ilusiones y a nuestras esperanzas.

El loco dice: yo soy rey, y lo sabe, lo siente y lo vive, No está convencido de que es rey, sino para él, para su propia experiencia, y no hay otra experiencia que la propia, es indiscutiblemente rey. Hasta en el último rincón de su ser experimenta la sensación de que lo es y, en tales condiciones, ni le importa que los demás se rían ni podría explicarse nunca porque se ríen. Nada ni nadie sería capaz de hacerlo dudar de que es rey, porque eso equivaldría a que dudase de sí mismo, ya que en él, repetimos, el ser rey no es una convicción, sino una esencia, un hecho irreductible, más que un axioma una realidad indemostrable. El loco, pues, se ha autocreado, se ha hecho como ha querido; si los demás lo desprecian o lo compadecen, peor para ellos, el loco no es por eso menos rey que cuanto se

siente serlo. ¡Maravilloso poder de la locura! El loco se pone encima una vieja levita y dice que es un magnífico uniforme; se prende en el pecho corcholatas y las llama condecoraciones; se ciñe al cinto una vara rústica y dice que es su espada; empuña en la mano un pedazo de madera y afirma que es su cetro, luego, seguido de otros locos, declara que es un rey con su séquito y nosotros nos reímos, acaso porque carecemos de la suficiente imaginación para embellecer el pobre mundo que habitamos y transfigurar a la realidad en un ensueño vivo. ¡Pobres de los que, para sentirse reyes, necesitan erigir su trono sobre alfombras de cadáveres y muchedumbres de esclavos! Para llegar a esa excelsitud, a un loco le basta su propia sin razón.

Y cuando el loco se siente Dios ¡qué formidable! ¡qué maravilloso desorbitamiento! ¡qué osadía! ¡qué audacia o qué blasfemia más sublime!

En el umbral de este extravío, la inteligencia se detiene incapaz de explicarlo y comprenderlo... Tal vez esa sensación extrahumana transporte al espíritu a un plano superior; rompa nuestras estrechas lindes y haga que dentro de sí mismo el hombre sienta que sus celdillas absorben el infinito como Dios; que su “yo” crece hasta expandirse en el cosmos y brillar en el temblor del astro y sumergirse en la sombra de la eternidad y circular, como sangre de vida, fuerza, luz o movimiento, en las arterias del infinito, como acaece con Dios, porque él no se piensa, ni se sabe, sino se siente Dios, ¡qué cosa más espantosa y más sublime! ¡Cómo podríamos explicarnos esta transfiguración extrahumana! ¿Es que podrá, por virtud de la locura, pasar a lo infinitamente pequeño lo infinitamente grande? ¡Sólo el loco puede saberlo! Pero no lo sabe, repetimos, porque su sensación no corresponde a la categoría de la inteligencia, sino a la de la experiencia propia, personal, íntima, única e irreductible.

Así se explica que al loco no le importe nada ni nadie, pues está fuera del plano en que viven todos, igual que Dios, cuya excelsitud se despliega soberana, sin que le interesen los pobres y absurdos gritos de los hombres. Sólo los dioses, como los locos, pasan por la vida indiferente a la común miseria, manteniéndose

impertérritos e inmaculados en el mundo dorado de sus ilusiones, que son para ellos incuestionables realidades. ¡Dichosos ellos que pueden sustraerse a este ambiente que nos asfixia y a este medio que nos corrompe! Nosotros sólo por momentos podemos permanecer en el mundo de la ficción, y es verdad que, fugazmente, ascendemos a otros planos para después sentir con más crueldad, los imperativos de nuestra mezquina gravedad biológica! ¡Cuanto más alta es nuestra ascensión, más profunda es nuestra caída y así rodamos, desde el pathos de la belleza, el clímax de la filosofía y el éxtasis de la religión, hasta este negro lodo corrompido por el que caminamos, hundidos los pies y casi ahogada el alma!

Los genios, ¡locos al fin!, suben arrebatados por formidables remolinos de ideas, suben, suben, pero el destino, al cabo, les desbarata el vuelo y por eso su locura se convierte en suplicio y no se llaman locos sino atormentados; es porque son una suerte de locos conscientes, de paradójicos locos con razón; de locos menos locos, aunque más grandes que los otros.

Pero el loco verdadero no está condenado a estas caídas: jamás apaga con el soplo de su inteligencia las lámparas votivas de sus astros; llega hasta la tumba sin saber y sin sentir que muere, y sí, como afirman algunos atrevidos escritores, hasta dentro del sepulcro sigue funcionando la memoria psicocelular, la ficción de aquí, la locura de la vida, para estos seres extraordinarios, seguiría siendo después la locura de la muerte. Y sus restos se tornarían musicales; sus células vibrarían como notas; sus huesos serían flautas; sus esqueletos serían liras y cada tumba sonaría como una orquesta maravillosa. Tal vez por eso Saint Saens concibió su Danza Macabra; quizá por ello, según afirma Renán y según cree Loti, una música inefable, vaga en las noches de plenilunio en los más viejos y olvidados cementerios!...

¿Glorificación del ensueño? ¿Pascua Florida del ideal? ¡No! ¡El Quijote de Cervantes es, sobre todo, la Biblia de la locura, el evangelio de la sin razón! Pero, aún hay algo más, la locura de Nuestro Señor de la Esperanza, del caballero de la fé, del iluso por antonomasia, que lleva coraza de luz, corazón de auroras y

labios de ruiseñores, no es una locura trágica, no es una locura patética, no es una dramática locura que se desgarran en sollozos y se precipitan en lágrimas. La locura del santo cruzado de la fantasía, que va redimiendo con el trote de su Rocinante, el monótono fastidio de las llanuras de Montiel, es la más bella, es la más grande, es la más noble de todas las locuras: es la locura de la eterna alegría! ¡Por esto, Cervantes, es más grande que los genios sus hermanos, pues fué capaz de crear el arquetipo más excelso de la grandeza humana, ya que su héroe no ríe con la cómica y exagerada risa de Pierrot, ni con la burlona risa de Arlequín; no es un payaso, ni es un bufón, ni es un fanteche, es, lo hemos dicho ya, un símbolo, el símbolo del ideal que todo lo transfigura, de la esperanza que todo lo puede y del amor que todo lo alcanza!

La alegría del Quijote es superior al Canto de la Alegría del último movimiento de la Sinfonía de Coral de Beethoven; es superior a la alegría del espíritu que asciende con el genio de Dante, hasta el paraíso de Beatriz; es superior, porque éstas, son alegrías solemnes, alegrías de hombres, alegrías de existencias maduras, de almas completas, de corazones adultos, y la alegría del Quijote según lo he afirmado ya, es una alegría de niño; es una fresca, ingenua y deliciosa alegría, que, burla burlando, señala todos los crímenes sociales, todos los absurdos de la injusticia, todas las miserias, todas las estrecheces, todas las mezquindades de la humanidad!

¡Ah! ¡Si Don Quijote hubiese muerto loco!, pero ¡no! Cervantes hizo bien, pues si le devolvió la razón, fue para poner su espíritu en el vuelo de los arcángeles de la fé. De ese modo, lo hizo pasar, magistralmente, de los paraísos del ensueño a los verdaderos paraísos, a los paraísos de Dios.

Entonces, debe haberse sentido nuevamente caballero y debe haber pensado que iría por praderas ingravidas en un alado corcel de nubes, hendiendo con su lanza las aspas de plata de los molinos de luz de las estrellas o buscando en los palacios de tules del viento el celaje de oro y rosa de la imagen sutil de Dulcinea!...

¡Don Quijote! ¡Sancho Panza! ¡Dualidad eterna de lo que camina y lo que vuela. Uno, expresión del compás horizontal del cuerpo y otro del ritmo ascensional del alma; uno, cada vez más pesado, cada vez más lento, porque es la razón, porque es el sentido de la tierra; el otro, cada vez más ingrátido, cada vez más inconsútil, porque es el sentido, porque es la anticipación del cielo!... ¡Don Quijote! ¡Sancho Panza! ¡Contempladlos! ¡Allá van! El uno con las alforjas hechas para guardar el pan, el otro, con la lanza enhiesta, dispuesta a partir el sol, ¡Miradlos! Salen ya a las vastas llanuras manchegas. “Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada Aurora (que dejando la blanda cama del celoso marido, por las puertas y balcones del manchego horizonte a los mortales se mostraba), cuando el famoso caballero Don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel”... Y allá van, ya han traspuesto La Mancha. En su constante trote, han traspasado las fronteras de España, pasan por el desfiladero de Roncesvalles y la dulce tierra de Francia los protege con la sombra de sus laureles; atraviesan la isla de la Cité; dejan atrás la gigantesca silueta de Notre Dame y ascienden por los Alpes; llegan a Italia, visitan las praderas de Florencia, las plazas de Venecia, el Foro de Roma; luego, penetran en las tierras que baña de frescura y de leyenda el Danubio Azul, donde abreven cielos líquidos sus cabalgaduras; después duplican sus siluetas en los azogues románticos del Rhin; y siguen caminando: atraviesan la patria de Chopin; se asoman al maravilloso Cuerno de Oro; suben hasta las estepas moscovitas; se adentran en el extremo oriental del Asia y las más altas mesetas del mundo, El Tíbet, El Himalaya, parecen volcarse en los grandes ríos: el Río Amarillo, el Río Negro, el Río Azul, para contemplarlos; llegan, por fin, a la tierra donde florecen los cerezos y alza su copa de alabastro el Fugi-Yama;

y aún recorren, el África abrasada, la India misteriosa, los Países Nórdicos, la Península Escandinava y el Archipiélago Inglés.

A su paso, los pueblos, las tierras, los paisajes, los hombres se interrogan: ¿Quiénes son? ¿Será Tristán, Lohengrin o Sigfrido? dicen los germanos; ¿Será el espectro de Rolando? pregunta Francia; ¿Será Bonaparte? interrogan Italia y Rusia; ¿será el más glorioso de los cuarenta y siete Ronines? clama el Japón; y Asia inquiere: ¿Tamberlán? ¿Gengiskán? ¿Pu-yi? ¿La sombra de Ramsés? ¿Un trasunto de Aquiles? ¿Espartaco? ¿Buda? ¿Mahoma? ¿Confutsen? ¿El Cid? ¿Quién?... Y un viento azul, palpitante de alondras, le responde: ¡Son Don Quijote y su escudero! ¡Don Quijote y Sancho Panza! ¡Los héroes, los paladines de la santa alegría!... Y todo se ablanda de ternura; la tierra se viste de perfumes, el cielo se engalana de luz y el Viejo Mundo entero prorrumpe en una inmensa carcajada.

¡Don Quijote y Sancho Panza! ¡Todos lo saben ya, menos nosotros!

Pero un día, tras de las carabelas del Almirante iluso y los bergantines del Conquistador ferrado, no sobre el mar, sino por el puente colgante de las nubes, llegan a nuestra América: bajo el trote musical de sus cabalgaduras, el espinazo de los Andes se estremece de punta a punta; el Amazonas se quiebra como una enorme arteria hendida, para tenderles tapetes de cristal bajo sus pasos; el Aconcagua, el Chimborazo, el Pichincha, el Popocatépetl, el Ixtaccíhuatl y el Puracé, empinan más alto sus torres para verlos; la mañana se asoma a los balcones de nácar de la aurora; el sol lanza un repique de luz con sus esquilas de oro y todo el Continente se pone de rodillas para ver pasar a las dos figuras gloriosas, mientras aquí como allá, todos se preguntan: ¿Quiénes son? y también aquí, como allá, el mismo viento azul, sonoro de alondras, les contesta: ¡Son Don Quijote y Sancho Panza! ¡La expresión de la lealtad y el símbolo del ensueño! ¡Sancho Panza, el sentido común, la razón, la lógica, la tierra, la vida, el mundo! ¡Y el que está por encima de la razón, de la lógica, de la tierra, de la vida y del mundo! ¡Nuestro Señor de la Fé, el caudillo de la esperanza, el caballero de la justicia, el cruzado del ideal, el apóstol de la alegría, el santo, el divino Señor Don Quijote!

POST-LIBRIS

GO LE DIJE a Horacio que no publicara este libro. Y sigo pensando que así debió ser, no obstante que acabo de saborear un enorme dicho de Ibsen: “son peligrosos los amigos, no tanto por lo que nos hacen hacer, sino por lo que no nos dejan hacer...”

¿Podría alguien, ahora que existe la facilidad de imprimir la voz humana; podría alguien, ahora que existe el cine hablado, darse cuenta de lo que Horacio Zúñiga vale como orador, a través de las páginas de “Verbo Peregrinante”?

No sólo he oído, sino he “visto” y sentido a Horacio Zúñiga pronunciando, animando –en el verdadero sentido del “ánima” latina–, una oración. Siendo, como en cierto teatro francés, al mismo tiempo actor y al mismo tiempo espectador. Por eso encuentro en “Verbo Peregrinante” una bella cosa literaria, pero una magnífica posición inerte del gran orador.

Cervantes, Alighieri, Camoens, etc., por no citar sino los grandes entregados a la popularidad secular, no tienen, en sus nombres, el sentido dramático de la decadencia. Porque hay algo actual, vivo y presente, que los sostiene, en cambio, lo helénico en Demóstenes y lo romano en Cicerón, a quienes no se les puede aplicar, retroactivamente, las ventajas del vitáfono y del cine, se sostienen con la fragilidad discutible de la leyenda. Fijáos qué distintas las glorias de unos y otros: “El Quijote” está al amable alcance de una mano que se extiende al sitial de una Biblioteca; las filípicas y las catilinarias, en cambio, pasan como una sombra en medio de un coro de duendes.

Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento

No quisiéramos que el enorme orador que vive en Zúñiga, sea, para mañana, un espectro acurrucado en las hermosas páginas de un libro.

OCTAVIO SENTÍES G.

*V*ERBO PEREGRINANTE, el nuevo libro de HORACIO ZÚÑIGA, nuestro magnífico poeta no sólo tiene la virtud de afirmar la merecida posición de su autor en uno de los lugares primerísimos de la línea avanzada en que se destacan los más grandes liróforos de habla española, sino también la de verificar admirablemente la glosa de sus variadas aptitudes en el campo literario. A manera de valioso caleidoscopio, VERBO PEREGRINANTE nos deleita con los más raros, impresionantes y ricos panoramas de sus múltiples capacidades, derrochando formas exquisitas, juegos de luz maravillosos y abundancia de matices en que el iris aprieta sus colores como mariposa de ensueño o que los dispersa a manera de pinceladas sobre mágica paleta.

Y así las cosas, cuando nuestra mente discurre con avideces por las páginas de este libro primoroso, encontramos fuertemente grabados los distintos aspectos de la genialidad de su autor: ora, saboreamos el manjar succulento de su doctrina si ocupa el sitio de CATEDRÁTICO; ya, nos sentimos arrebatados por el calor de su elocuencia si se exalta en la ORATORIA; bien, afirmamos el criterio y lo adherimos a la opinión perfectamente orientada de las masas si ostenta su habilidad PERIODÍSTICA; o nos rendimos a la apacible caricia de la belleza hecha palabra y del ideal vuelto miel, si aduerme nuestro espíritu con su ESTILO POÉTICO multiforme y delicado, arrullador y original, brillante y único...! En fin, que VERBO PEREGRINANTE forma un peldaño más de la escala de triunfos de su autor, quien revela en sus producciones la enérgica tendencia de superarse constantemente a sí mismo.

Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento

Vaya por este motivo nuestra palabra férvida de felicitación para el laureado poeta y dilecto amigo, cuyos valores literarios y artísticos nadie osará negar, por más que a veces la perfidia intente restarle méritos: ¡Nunca las toscas concreciones de las valvas lograron hacer menos valioso el tesoro de la perla y apenas si cumplieron su misión ocultándola para hacerla de más precio!

La circunstancia de conocer ampliamente la recia personalidad de HORACIO ZÚÑIGA, ya que tuvimos la satisfacción de aventurarnos en su compañía por los senderos maravillosos del arte, cuando los años adolescentes nos cerraban los ojos para no ver las sierpes de la inquina ni las mezquindades del mundo, nos autoriza para afirmar su valor indiscutible como artífice del pensamiento y orfebre de la palabra!

Toluca, Méx. 18 de marzo de 1939.

JUAN ROSAS TALAVERA

LO CONOCÍ hace más de tres lustros: sus recientes y reiterados triunfos literarios lo habían puesto de moda entre la juventud estudiosa de la Capital y “Los Motivos de Pierrot”, toda la serie de “Sor Satiresa”, etc., andaban en los labios y en el alma de todos los muchachos de aquel entonces, que gustaban hasta lo increíble, de ese estilo musical, delicado a veces o vibrante y arrebatador, pero siempre lleno de no sé qué refinada elegancia, que constituye el sello característico de Horacio Zúñiga, entonces muy joven, muy admirado y querido poeta, maestro y orador.

No recuerdo si fue Muñoz Cota, o Juan Manuel Carrillo B. o Lamberto Alarcón, o Santiago Sierra o Carpizo Berrón, quien, uno de tantos días en que hablábamos del popularísimo intelectual, logró seducirme de tal modo, que me decidí a afrontar el genio violento y el carácter arbitrario de este voluntarioso y voluble pequeño monarca de la cátedra, y, detrás de la ventana del salón en que dictaba su clase de Economía Política y Legislación Mercantil, en el Colegio Mexicano, pude oír, escuchar, mejor dicho, por primera vez, al gran expositor.

¿El tema? Era lo de menos... A esa edad estoy seguro de que ninguno, absolutamente ninguno de los discípulos de Zúñiga, comprendía lo que decía; pero estoy absolutamente seguro, ¡eso sí! de que nadie, absolutamente nadie también, dejaba de escucharlo, de seguirlo, de contemplarlo, de admirarlo, de amarlo, ¡sí, de amarlo!... este es el vocablo justo, pues el joven orador poseía en tal grado el divino don de la simpatía y de la sugestión, y su voz adquiría tonalidades tan cálidas, tan bellas, tan llenas de vida y de alma, su imaginación se desplegaba en tropos y figuras tan brillantes y su ademán era tan enfático

(¡sobre todo sus manos agilísimas, nerviosas, plásticas y elocuentes!) que todos quedábamos prisioneros en la red de sus verdaderas disertaciones de las que, al fin de la cátedra, nos quedaba uno como polvo de oro en los ojos, una como resonancia de música en los oídos y algo como un aleteo de luces en el alma...

¡Formidable!... decíamos. ¡Maravilloso!... ¡Qué torrente de palabras y de imágenes... ¡Qué voz!... Qué cultura!... ¡Qué talento!... Pero sin que de la clase, en concreto, pudiéramos decir nada; porque, en verdad, ese que ya en otros medios y ante otros alumnos habría de ser el MAESTRO por antonomasia, ante aquellos chicos de trece a diez y seis años y teniendo que explicar una cátedra de Economía Política y Legislación Mercantil, resultaba lo menos maestro y hasta lo menos profesor que hubiera podido imaginarse...

Sin embargo, quedé conquistado: Horacio Zúñiga era algo excepcional; sobre todo, era un artista; el más grande artista de la cátedra que he conocido, a pesar del inmenso Antonio Caso, que puede ser más sistemático, quizá más erudito, desde luego mucho más respetable; pero no más elocuente; no más sugestivo; no más vibrante; ni más cálido, ni, sobre todo, más personal que este hombre para quien no hay ni puede haber auditorios adversos, porque a los cuantos minutos de hablar, todos los auditorios son suyos... ¡Sobre todo: Horacio Zúñiga, según pude darme cuenta desde entonces, es un creador, un verdadero creador, en la tribuna y en la cátedra. No se concreta nunca a repetir o a sistematizar lo que otros han dicho, pensado o escrito. ÉL HACE la clase; él va extrayendo de sí mismo cuanto expresa; sus palabras tienen no sólo un contenido de ideas sino un contenido de sangre, de alma y de vida; él nos entrega a los otros, pero siempre a través de él, y en tal forma expone lo ajeno que ya no es ajeno sino propio y, por eso hace sentir esa emoción única, sencillamente incomparable, del hombre casi divino que está forjando mundos ante quienes, atónitos, lo escuchan y contemplan.

Más tarde, en la Preparatoria: proscenio de las más grandes victorias tribunicias del maestro, habría de confirmar plenamente esto que ahora afirmo,

puesto que en nuestra magna Escuela, con otros auditorios y ya como catedrático de Lengua y Literatura Castellanas y de Historia Universal, Horacio Zúñiga había de tener oportunidad de desplegar sus enormes facultades, arrebatando (así como suena) a cuantos tuvieron la fortuna de escucharlo y borrando materialmente a cuantos en la vida o en el recuerdo habían quedado en nosotros como grandes catedráticos o eminentes oradores.

Efectivamente, por ese tiempo, tuve la oportunidad de acompañar a uno de mis tíos a Europa y pude oír a Briand y al abate Sansón (de moda en la Magdalena de París) después de haber escuchado, en viaje anterior a Clemenceau y al ático Paul Deschanel. Pues bien, Horacio Zúñiga me pareció una síntesis de todos ellos: a la vez vibrante, armonioso, profundo, irónico, conmovedor.

Dueño de todos los dones; poseedor a la vez, de las más raras cualidades: voz de gran volumen de un bellissimo timbre cálido, pastoso y brillante, de una extensión asombrosa, abaritonado en su centro, pero en ocasiones tan grave como la del bajo y tan vibrante como la del tenor dramático. Estatura regular que se magnifica con el gesto pleno de animación y de energía; complexión robusta, brazos ágiles y manos físicamente feas, pero bellísimas, elásticas y asombrosas en la acción; magnífica cabeza de ancha frente escultórica; ojos pequeños pero incisivos, fulgurantes, ardientes, de espíritu; nariz larga y recta; recio mentón partido como el de Beethoven y boca regular, más bien grande, de labios gruesos, pero perfectamente dibujados: una boca que muerde y besa al mismo tiempo, imperativa, inteligente, irónica, sensual, poderosa, tierna y apasionada. Y un gesto múltiple y una actitud soberana de verdadero domador de auditorios; de indiscutible conductor de masas; de positivo amo y señor de muchedumbres.

Horacio Zúñiga, me decía alguien, que ayer lo adoraba y que hoy justamente lo desprecia, no es un orador, es la oratoria misma; toda la oratoria: la oratoria como didáctica; la oratoria como lírica; pero sobre todo y ante todo, la oratoria dramática, más claramente, la oratoria como drama...

¿No te has fijado? es un verdadero Talma cuando habla; es un actor sencillamente formidable... Y cuando, años después, tenía yo la fortuna de escucharlo en el Panteón Francés, en los funerales del C. Coronel Gómez, ex Gobernador del Estado de México, pude confirmar, absolutamente, este maravilloso juicio crítico, En efecto, Horacio Zúñiga era, es, un verdadero trágico de la palabra...

¡Con qué soberana majestad, con qué ternura admirable, con qué voz viril más hermosa, con qué ademán más patético y con qué gesto y actitud más teatrales (en el sentido más elevado de esta palabra) produjo su tremenda oración fúnebre...

¡Hasta los mozos de la Agencia, hasta los sepultureros, hasta los políticos, lloraban!... Los mejores taquígrafos parlamentarios de la Capital, fueron impotentes para tomar la versión taquigráfica... ¡era que hasta ellos, arrebatados por el formidable orador, más de una vez habían tenido que dejar el lápiz sin darse cuenta, para seguir el vuelo portentoso del verbo del Maestro...!

Desgraciadamente, circunstancias y acontecimientos de los que en gran parte es culpable el propio maestro, nos lo quitaron, acaso para siempre y lo arrojaron a un oscuro rincón de la Patria, donde, tal vez por ironía o por pose, o por capricho, Horacio Zúñiga se encuentra ahora, tratando inútilmente de hacerse comprender y querer de personas que no podrán quererlo ni comprenderlo nunca...

Pero, según decimos, de esto es culpable, y, casi único culpable, el propio Horacio Zúñiga, pues si es verdad, que como todo hombre de su talla, tiene y tendrá muchos enemigos; que su talento y sus múltiples cualidades concitarán en su contra constantes envidias y celos innumerables; si es cierto que, temerosos de toda desfavorable comparación, lo han eliminado los profesores mediocres y sistemáticamente le han hecho una campaña de silencio los poetastros y literatoides de la vieja y de la nueva hornada, cuantos conocen a fondo, o relativamente a fondo a este hombre desconcertante, no podrán negarme que,

como él mismo lo dice, no recordamos en qué libro suyo, él es el autor de su propia situación.

Sí, Horacio Zúñiga, parece tener empeño en echarse encima a cuantas personas puede, inclusive a sus propios y más desinteresados admiradores. Conocedor de sus facultades sorprendentes, de su vasta y constantemente renovada cultura; de su clara y disciplinada inteligencia; de su voluntad indomable; de su rectitud inflexible; ha llegado a creer que nadie vale más que él; que nadie puede más que él; que él es el único, señor y dueño de lo más excelso de la vida y del espíritu. Odia o desprecia, no sabemos si por enfermedad, por capricho o por sistema, a cuantos pretenden acercársele; muda de amigos como de ropa interior; calumnia a quienes lo quieren; olvida a quienes le ayudan; siente una voluptuosidad diabólica en destrozando los corazones que lo aman; humilla a cuantos le piden consejo y no recibe, no saluda a nadie; deja en las puertas de su casa a cuantos le visitan y publica a veces su desprecio por toda clase de críticos, burlándose sangrientamente de las “peñas de bobos” y “cotarros de idiotas” y “estrados de viejas cotorronas” que se reúnen para cambiarse elogios mutuos y ponerse, recíprocamente, en los más altos planos de la consideración universal... ¡Y todavía después de esto se extraña de que le hagan el vacío, mantengan su obra en el silencio y finjan ignorarle!...

¿Enfermo? ¿Extravagante? ¿Despechado?... ¡Quién sabe!, pero hasta en los detalles más íntimos de su vida, Horacio Zúñiga parece empeñarse en desafiar a sus semejantes; en escarnecerlos, en humillarlos!... “¡Imbéciles, dice frecuentemente, mírelos, presumen de inteligentes, cultos, fuertes y quién sabe cuánto más y para vencerlos, basta cualquiera de estas estupideces: una copa, un cigarro o una mujer!... “Esclavos de un líquido que los envenena; de un poco de tabaco que los apesta o de un animal hermoso que los corrompe!... ¡Pobres perros de aguas de la primera prostituta que se encuentran”...

Y luego, esa manera tan extraña, tan suya de vivir: siempre encerrado; siempre orgulloso; siempre implacable hasta para él mismo; siempre insatisfecho; siempre

atormentado!... Porque, eso es Horacio Zúñiga, un excelso, un espantoso, un incurable atormentado, pero no víctima del mundo, sino de sí mismo!...

Extraordinario, desconcertante y sublime al mismo tiempo, hace pensar, a veces, en que es un loco o un refinado; un franciscano y un renacentista... ¡Yo he sido testigo de tantos detalles, de tantos momentos inexplicables de este hombre!...

Sus conferencias íntimas que da, unas veces en capillas en ruinas de haciendas abandonadas, como la que nos dió, cierta vez, a un grupo de sus amigos y discípulos en la Hacienda de Coapa; sus disertaciones en subterráneos de templos o edificios olvidados y sus verdaderos sermones laicos que él llama su cristología, pronunciados a horas avanzadas de la noche, en su magnífico estudio privado, a la leve luz roja de una veladora que es una calavera humana, el salón perfumado de incienso y él vestido con un hábito de terciopelo azul, sandalias doradas y rosarios de perlas, teniendo en cada una de sus manos una cadenilla de oro, a la que están sujetos los que él llama sus esclavos: dos adolescentes arrellanados en sendos magníficos cojines...

Y... esas sus pláticas, sus portentosas pláticas en voz baja, sedosa, aterciopelada, acariciadora, única... cuando narra cuentos famosos o hace improvisaciones de la más fina psicología y de la filosofía más penetrante y cautivadora... Esas sus charlas incomparables, tal vez más bellas que sus propios discursos y quizá más profundas que sus conferencias... esas sus horas de conteur, a la luz de las veladoras exangües que agonizan bajo su Cristo de Limpias y ante la desnudez inmaculada de su Venus de Milo, puesta sobre el librero central: “abajo, la sabiduría, arriba la belleza; por encima de ellos, la misericordia!...”

¡Qué hombre raro o más... grosero! comentábamos cierta vez, que por jugar con su perro favorito, dejaba plantada, el maestro, a la reina de los Juegos Florales de Tampico, que de visita en la Capital, por especial invitación del regente de la ciudad, daba al poeta una recepción, nada menos que en el Parque Lira... ¡Y cuando, prefirió irse a recitar su poema premiado, Las Cumbres, a la cima del

volcán de Toluca, en vez de irse a declamarlo al Teatro Colón de Buenos Aires!... Y cuando ya en el pullman que lo llevaba con el Duque de Amalfi, Ministro Plenipotenciario de España, a los Juegos Florales de Morelia... se escapó por la ventanilla del W.C., para poder irse a un cerro, a ver si era cierto que se aparecía un chivo diabólico a eso de la media noche!...

Y cuando rompió con una de sus novias porque encontró que su yegua (la de su novia) era más bella!... ¡Y cuando después de haber dictado su mejor poema, lo destrozó porque, según dijo... eso a nadie le importaba; y cuando, cierto fin de año, formó una hoguera con los primeros ejemplares de su primera obra, hoy completamente agotada, porque quería darse el gusto de ser el juez y el verdugo de sus propios disparates!...

¡Y aquella su magnífica ocurrencia de hablar a las muchachas de la Normal y de la Lerdo, con la condición de que las más bellas se pusieran en la primera fila!... ¡Y el día que comisionó a su Secretario para que recibiera una de las flores naturales que le iba a imponer, tal vez la más hermosa de sus reinas, nada más porque la ceremonia se iba a efectuar en un Centro Deportivo, y él no tenía traje de acróbata!... ¡Y su costumbre de no sentarse nunca a la mesa cuando visitan su casa los parientes de “su familia”. Y su manía de preguntar primero por los perros o los animales de sus amigos, antes que por ellos o sus familiares; y su extravagancia de parar de súbito el coche de un Gobernador, únicamente porque le gustó un pequeño burro que se empeñó en llevarse en el propio vehículo y al que bautizó con el nombre de su mejor amigo...!

Item más: la vez que mandó llamar al gran declamador Manuel Bernal y le dijo: “Mire, Manuel, los Leones internacionales me dieron la comisión de escribir para su reina, un elogio, porque el concurso que organizaron resultó desierto, pero como no soy fakir, ni Daniel, ni Orfeo, le suplico a usted que vaya en mi lugar a complacer a tan amables fieras, al Palacio de Bellas Artes. ¡Aquí está el poema; ofrezca mis respetos a la reina y a sus damas y saludeme a los chambelanes y demás animales que haya en el Teatro!”...

Por otra parte, su acento vasco francés, su diplomacia innata, su incomparable sutileza, su fina ironía, su buen gusto y cierto misterio que parece envolver su vida, han contribuido a crear la leyenda de que el maestro no es mexicano...

Desde luego, claro está, que no podemos creer que sea ni de Toluca, ni de Oaxaca, porque temperamentos como el del suyo no pueden florecer en mesetas tan frías y monótonas como Yolomécatl y la Capital del Estado de México; pero puede ser el Maestro de Uruapan, quizá de Córdoba, posiblemente de Valle de Bravo o de Tabasco... El desde luego, no afirma nada... “Era yo tan pequeño cuando nací”, comenta, “que no me acuerdo donde fué”... lo que sí es innegable, aunque el Maestro y los que lo conocieron desde “chiquito” afirmen lo contrario, es que Horacio Zúñiga debe haber viajado mucho: su conversación, sus modales, su aplomo, su don de gentes (a pesar de su externa y estudiada hurañía), lo dicen claramente.

Un amigo de él y mío, me decía: este hombre conoce con tal perfección los más grandes Museos y las principales ciudades que, o es un maravilloso imaginativo, o es un embustero al afirmar que no ha viajado... ¡Sí sabe hasta la colocación de los cuadros y la dirección en que reciben la luz!... ¡Sí conoce al dedillo las costumbres de la sociedad inglesa y sabe cuándo y a qué horas y quiénes pasean por el Luxemburgo y por Versalles, cuáles son los mejores teatros y restaurantes de Viena y de Berlín y qué Línea de Vapores es la más cómoda o cuál ferrocarril de Estados Unidos es el más rápido y elegante!... ¿Qué no ha viajado?... ¿Qué no conoce nada fuera de México?... ¿Y luego esa manera de pronunciar, no el francés sino el más elegante parisino y su inglés, y su alemán... ¡Qué no ha viajado!... ¿Qué es y ha sido siempre un ermitaño?... ¡Vaya!... ¡Vaya!... ¡Un snobismo como cualquier otro!... ¡Nada más!...

Mas no se vaya a pensar que este extravagante, excéntrico y atormentado carece de toda ética, al contrario: muchos de mis compañeros recordarán cómo Horacio Zúñiga nos llevaba a los Panteones, para depositar flores en las tumbas de los más humildes, y cómo en cierta época de epidemia, visitamos con él muchas casas de los barrios bajos, dejando medicinas, recursos y consuelos, y cómo cargaba sobre sus hombros los cadáveres de los indigentes y se arrodillaba para orar con los deudos, ante las fosas recién abiertas.

¡Sí! Horacio Zúñiga es un atormentado... un descentrado, un diabólico... pero es inmensamente bueno; infinitamente sencillo; profundamente misericordioso... Parece odiar a los hombres, pero ama a la humanidad; sobre todo, vive y ha vivido siempre, a pesar de sus grandes defectos, de su vanidad sin límites, de su orgullo inconcebible, vive y ha vivido siempre en función de la juventud, a la que dedicó muchos de sus mejores años y a la que sigue dedicando, lo mejor de su vida, de su inteligencia y de su obra...

Por eso, la juventud que puede equivocarse un momento, pero que está siempre presta a rectificarse; la juventud que como yo, al comprenderlo, se lo explica y lo perdona, le ha dado el más bello de los nombres: MAESTRO: Pues Horacio Zúñiga lo es como orador, como escritor, como catedrático y como hombre... ¡Con cuánta razón una de las innumerables medallas que el Maestro ha recibido, ostenta esta lapidaria inscripción: "A Horacio Zúñiga; gloria de la lira, de la tribuna y de la cátedra!"...

EGO

*L*A CIRCUNSTANCIA para mí propicia de haber sido casi de los primeros discípulos del maestro, pues lo conocí desde hace diez y ocho años en la Escuela Nacional Preparatoria y el hecho de haberlo tratado íntimamente, puesto que tuvo la gentileza de hacerme, por entonces, su secretario particular y yo tuve la satisfacción de haber presidido el grupo de discípulos y amigos que editó varias de sus obras, me colocan en condiciones de poder opinar acerca de él, con perfecto conocimiento de causa.

Por ello, cuando me dí cuenta de los atrevidos conceptos que encerraba el artículo anónimo que el Maestro se ha empeñado en publicar en esta obra, me apresuré a manifestarle mis deseos, si no de hacer precisamente una réplica, sí por lo menos de decir algo de este hombre para mí tan digno de todo afecto y estimación.

Sé que ello no será completamente del agrado del Maestro, pero sé que tampoco podrá impedírmelo, porque es un acto de justicia y a él siempre le ha gustado la libertad de expresión, aun cuando esté él mismo de por medio.

¿Extravagante? ¡No! ¿Atormentado? ¡Sí! Pero no por culpa del Maestro como insinúa su anónimo retratista, sino por culpa de las múltiples circunstancias adversas que lo rodean, entre las cuales se cuenta, en primer lugar: la inadaptación de un hombre de su talla espiritual y moral con respecto a un medio tan mezquino, tan lleno de intrigas y de bajas pasiones como el nuestro, y ese no sabemos qué, de su carácter inquieto, escéptico, lleno de las más extraordinarias explosiones, algunas veces de indignación, otras de afecto y otras de entusiasmo.

¿Cómo queremos que no se refugie en la soledad, un hombre cuyos discípulos, o lo han traicionado, o en el mejor de los casos, ni siquiera lo han llegado a comprender? ¿Cuando, como sucedió con los estudiantes de Toluca, se le cerraron las puertas del propio Plantel, por cuya integridad, el Maestro sufrió persecuciones de hecho, es decir, cuando la más flagrante ingratitud ha sido la recompensa de su abnegación, ¿exigimos todavía al Maestro, que acoja con simpatía y con amor a una juventud que lo hiere y que lo ofenda! ¿Que perdonar debe ser obligación de todo verdadero Maestro? ¡Es cierto! Y el Maestro Zúñiga más de una vez ha perdonado y ha perdonado hasta en esta ocasión, prueba de ello es su labor en la Biblioteca del Estado de México, a la que, utilizando, en beneficio público y no en el propio, el decidido apoyo que le brinda el señor Gobernador, constantemente enriquece con las más caras obras de texto, con los libros más modernos y más útiles, con las más bellas producciones de la inteligencia contemporánea, para que la juventud estudiosa del Estado, de pocos recursos, disponga constantemente de cuanto necesita, para crear, renovar, o enriquecer su cultura.

Lo que el Maestro Zúñiga no ha hecho ni ha podido hacer, es llegar al espíritu y al corazón de una juventud que lo rechaza, pero eso no es culpa del Maestro, es culpa de esa juventud que, de antemano y estúpidamente, encarnizadamente, diremos, para ser más exactos, todavía se empeña en alejarlo de sus aulas.

También es fácilmente comprensible la razón por la cual el Maestro Zúñiga vive alejado de una sociedad a la que sólo le interesan las cosas menos interesantes de la vida y del espíritu; cuya decadencia moral es manifiesta y cuyo escaso interés por las cuestiones artísticas e intelectuales es evidente.

Sobre todo, ¡qué importa que este hombre superior tenga éste o ese capricho o ésta o aquella genialidad, si piensa cosas tan elevadas, si dice palabras tan bellas, si vive acciones tan nobles!

Yo no niego sus excentricidades, sus aparentes ingratitudes, la tan criticada y poco comprendida volubilidad de su carácter, sus desconcertantes salidas de tono, su sincera que no fingida hurañía, la tristeza, la melancolía, el escepticismo, que constituyen el fondo de su idiosincrasia; pero yo sí niego y harán lo mismo que yo, cuantos realmente conocemos al Maestro, que tal manera de ser sea el resultado de un refinamiento decadente o de una pose estudiada.

Yo he sido testigo de la realidad dolorosa de esa vida, condenada a permanecer en la soledad más espantosa y en la incompreensión más amarga. Constantemente sus enemigos azuzan contra él a cuantos pueden e incapaces de negarle su talento y su cultura, que son evidentes, exhiben los defectos inherentes a su naturaleza humana.

Por desgracia, el orgullo que no la vanidad y el violento que no irreflexivo carácter del Maestro, son los mejores aliados de cuantos tratan de desprestigiarlo. Además, su deseo de estar solo para trabajar mejor; su horror a cuanto significa compromisos sociales; su incapacidad para complacer a sus amigos, porque ni toma, ni fuma, ni, según dice, desperdicia su actividad en tonterías, todo esto, unido a una superioridad que debe forzosamente molestar a despechados y mediocres, son causa y razón de que, sistemáticamente, se haga el vacío a Horacio Zúñiga en los periódicos, en las revistas, en los salones, en los pequeños o grandes círculos literarios, en toda clase de sociedades artísticas y científicas, ya que el Maestro ha cometido la torpeza, lo decimos respetuosa, pero francamente, de rechazar las invitaciones que se le han hecho para pertenecer a las más importantes agrupaciones de este género.

Por lo que respecta a los estrambóticos detalles que acerca del Maestro publica su anónimo discípulo, amigo y admirador, nos parecen: algunos interesantes, extraños otros y otros increíbles. Pero como todo eso nada significa para las personas serias y en nada disminuye la talla del escritor, ponemos fin a estas líneas, ratificando, en todas sus partes, cuanto el Lic. Octavio Senties, el Profesor

Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento

Rosas Talavera, el joven Guillermo Aguilar González y el brillante articulista a que me he referido, afirman acerca de Horacio Zúñiga, o sea que es un orador absoluto, un verdadero orador de raza como todos los oradores auténticos, más para ser escuchado que para ser leído; pero que, principalmente, Horacio Zúñiga es el Maestro: maestro en la cátedra, maestro en la tribuna y maestro en la vida.

Y ahora sí, a cuantos dudan de las excelencias de este gran orador, podremos contestarles: Es cierto que en este libro no está más que la defectuosa fotografía de su palabra; que aquí están disecadas y marchitas sus imágenes; que falta el portento de su voz, de su gesto y de su ademán; el magnetismo de su presencia y el empuje formidable de su alma, pero así y todo, aquí están estos discursos, estas arengas, estos artículos; comparadlos con los mejores de quienes más estiméis y decidnos después, si Horacio Zúñiga no merece figurar junto a Sierra, Altamirano, Urueta y Olaguíbel.

México, D. F., mayo de 1939.

JUAN MANUEL CARRILLO B.

CONOCES, como confidente amiga mía, a través de mis cartas, todas mis emociones y mis pensamientos íntimos, ya que, al escribirlas, mi estado de ánimo se plasma en ellas con la natural sinceridad que emana de nuestro fraternal afecto.

Hay, querida amiga mía, notarás en mí un enorme cambio: mis escepticismos se ahuyentan porque la vida me ofrece panoramas insospechados plenos de enseñanzas y de belleza para el espíritu. Tú sabes que hace cerca de dos años que es Director de la Biblioteca Pública Central del Estado de México, donde yo trabajo, el ya internacionalmente conocido poeta y Maestro Horacio Zúñiga. Te he hablado de su entusiasta y honrada labor en beneficio de esta nuestra querida Institución, desde donde, titánicamente, se esfuerza por sacudir y despertar a esta sociedad incapaz de comprenderlo.

Pues bien, hoy te hablaré, tal vez pecando de indiscreción, de algunos rasgos íntimos del Maestro Horacio Zúñiga, de los que he sido testiga frecuentemente, ya que tengo la suerte de prestarle mi humilde colaboración y, por lo tanto, de tener la oportunidad de estar cerca de él. Ocioso será decirte que un hombre como el Maestro, constituye una lección viva e interminable para quienes lo rodean.

Un hombre con mil personalidades distintas pero dominadas todas por un solo espíritu: el de la voluntad, esa voluntad suya, recia, indomable e inquebrantable, donde se estrellan las normas, tantas veces estúpidas y estorbosas de los hombres, y ¡tiene que ser!, ya que el Maestro sabe, siente y comprende, todas las cosas que quiere hacer.

¡Si vieras, amiga mía, cómo me entusiasma oírle dictar sus bellísimos e interesantes artículos sobre cualquier tópico, y cómo es angustiosamente triste, no poder seguir el vuelo altísimo de sus versos alados y de sus conceptos filosóficos sobre tantas cosas que encierra la vida! Pero el Maestro se compadece de nuestra ignorancia y baja hasta nosotros para explicarnos y hacernos comprender la belleza que exalta, pues este hombre de tan imponente personalidad intelectual, que es considerado como uno de los más destacados poetas de América, según lo atestiguan los repetidos elogios que, rendidamente, le tributan sus admiradores, no sólo de la República sino de Centro y Sur-América, no obstante todo ello, el Maestro Zúñiga sabe ser acogedoramente sencillo y conmovedoramente caritativo. Yo le he visto, muchas veces, tender la mano y el corazón a quienes necesitan ayuda material y moral y he oído, también, cómo, enterneciéndonos hasta las lágrimas, aconseja, enseña y orienta a la juventud, excitándola a ser buena, a ser noble y a ser pura.

Así pues, ahora que está próximo a salir a la luz pública el libro VERBO PEREGRINANTE, en el cual el Maestro Zúñiga recopila sus vibrantes arengas y sus interesantísimos y hermosos artículos, te recomiendo no te prives del placer de leerlo, pues deseo que conozcas, a través de él, al impecable escritor, al escritor que arranca a la Lengua Castellana, las modulaciones y expresiones más cálidas y galanas, y al poeta cuyo verso sabe ser águila y paloma y que lo mismo canta al roble que a la rosa.

ENRIQUETA DÁVILA G.

TRATAR de hacer llegar mi voz torpe de obrero, hasta el egregio poeta y orador Horacio Zúñiga, a quien tengo el honor de conocer desde hace muchos años y con quien he tenido también la suerte de cooperar con mi pequeño contingente en algunas de sus obras, es quizá uno de los errores más grandes de mi vida; pero un error que creo forzoso cometer, porque dejarme llevar por el qué dirán y más todavía, por el egoísmo característico de nuestra raza, que nos ciega ante los triunfos de nuestros semejantes, sería no saber aquilatar en su justo valor las victorias que este magnífico poeta ha sabido conquistar para nuestra Patria Chica.

En efecto, ¿quién no se siente satisfecho cuando en una justa de cualquiera índole, nos dicen: ¡el Estado de México ha triunfado!, todos sentimos un orgullo indecible, entonces, todos admiramos a nuestros representativos, todos quisiéramos poder darles un premio; todos sentimos en nuestro interior el verdadero amor patrio y de nuestros labios se escapan las palabras más sinceras, más nobles; brotan vivas inesperados de alegría, y exclamamos: ¡Qué grande es!, ¡Qué grandes son!, ¡Lucharon con ardor, arrebataron el triunfo, aun con sacrificio, pero triunfaron!; y esa victoria no se queda guardada en las cuatro paredes del hogar del victorioso; no, sino que perdura grabada en la mente de cada uno de los que vivimos bajo el mismo cielo, de los que respiramos el mismo aire. Por eso nosotros, también sentimos la satisfacción de esa victoria, cuando, en cierta ocasión se encontraba el coliseo henchido de corazones rebosantes, que esperaban con ansia el desarrollo de un programa, entre cuyos números figuraba

nada menos que la imposición de una medalla que la República Argentina enviaba a uno de nuestros más grandes poetas.

Pues bien, así como ese triunfo en lejanas tierras, aquí, en nuestro suelo, han sido muchas las victorias del maestro.

Por ello, ahora que nuevamente he tenido la satisfacción de saborear uno a uno los hermosos artículos de su libro VERBO PEREGRINANTE, con el que creo conquistará nuevos triunfos, ¿por qué no hacer llegar mi admiración al encauzador de generaciones; al iniciador de tantos talentos que deben a él sus grandes dotes como oradores y como literatos, y que ahora en este libro ha puesto toda la fuerza y vigor de su oratoria?

En los hermosos artículos de su libro, aparte de darnos a conocer, en unos, infinidad de hechos históricos y sociales, nos da, en otros, ánimo y fuerza para seguir enfrentándonos en la lucha diaria por la vida; artículos llenos de optimismo, sublimes, cargados de gran filosofía, que debíamos nosotros los obreros estimar en su justo valor y asimilar para nuestro mejor provecho.

Por ejemplo, dice el Maestro Zúñiga en un hermoso artículo:... “Un año más o menos, ¡qué importa!... lo que interesa es la renovación constante del ser, el mejoramiento continuado del individuo, la nueva carga de voluntad que debemos poner en la vida para empujarla cada vez más lejos, para llevarla cada vez más alto...”. ¡Qué arma más poderosa nos da este hombre para luchar! Porque es verdad, ¡Qué importa un año más si a éste le sumamos nuevas energías y tratamos de elevar más y más nuestra existencia? Después, más adelante, nos dice:... “¿Esperar la ocasión para triunfar? ¡No! ¡Crear la ocasión para triunfar, aun cuando la ocasión no llegue nunca!”. ¿Qué más podemos pedirle, si nos da la clave del triunfo, si nos inyecta el espíritu con el fortalecedor pan del optimismo, que es tan precioso como el pan de cada día que nutre al cuerpo? Y esto, es lo real: el hombre que no lucha, no merece vivir; no esperemos que la montaña venga a nosotros, sino antes bien, nosotros encaminémonos a la montaña.

El Maestro Zúñiga en Verbo Peregrinante, al hablarnos de nuestros grandes hombres, a quienes por su valor, inteligencia o patriotismo, debemos rendir veneración y gratitud, se despoja de toda la vanidad que envuelve al hombre y hace a un lado todo credo político, todo sectarismo, todo fanatismo vano y dice: “a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César”; es así como nos narra los hechos de cada una de nuestras grandes glorias, con toda la justicia y todo el calor de su oratoria; y nos hace hervir la sangre, vibrar el corazón y nos recuerda que somos cada uno de nosotros un soldado de la Patria, de esta Patria por la que dieron la vida nuestros mayores, y por la que quizá demos la vida por nuestros hijos.

De esa manera, nos hace sentirnos fuertes e indomables con la narración de un hecho histórico, y nos convierte en inocentes niños al exaltar a lo más grande, a lo más bello que tenemos en la vida, ¡a la mujer! a esa divina creadora de la humanidad, a ese adorable ser que llamamos ¡madre!, a ella que nos da la vida, a esa criatura que en triunfos o derrotas, siempre es nuestra madre, nuestra querida madre. Entonces el Maestro Zúñiga, con voz suave, dulce, llena de hermosura, rinde pleitesía a esa mujer de corona plateada, que debe tener un trono formado de corazones, pero a la que muchos de nosotros hemos negado, y hace que nos arrepintamos y sigamos un mejor camino de gratitud, de veneración, de amor, para esa mujer rugosa que perdona todos los defectos y todos los pecados de sus hijos, que parecen no comprender el papel tan sublime de una madre.

Cuando el Maestro Zúñiga, bajo un sol ardiente y frente a las multitudes, hace vibrar su voz de fuego, para ensalzar a las tropas del deporte, que nuestro gobierno ha impulsado, para luchar contra el más grande enemigo del obrero, esa moderna lucha que se ha echado a cuestras, ¡el Deporte contra el Vicio!, contra ese pulpo que tanto ha diezmado a nuestra raza y que otros aprovechan para saciar su sed de oro; de ese pulpo quieren que nos libertemos, y por eso el Maestro Zúñiga, nos hace soñar en que somos combatientes y hasta quizá unos héroes en la lucha por la conquista de esta libertad, para bien de la raza y de la Patria.

VERBO PEREGRINANTE guarda esteriotipado en sus páginas, como un tesoro, el pensamiento de un hombre; el pensamiento impreso, dormido, porque le falta el alma, la fuerza, el fuego de la voz vibrante de su autor, que cuánto dieran las generaciones venideras por deleitarse en escuchar y sentir el énfasis que este orador pone para poder darles alma, para poder darles vida a todas sus palabras; como nosotros, lamentamos no poder oír de viva voz a nuestros ya muertos magos del verbo.

VERBO PEREGRINANTE y su autor, quizá adolezcan de un sinnúmero de defectos, pero si esto es, errar es de humanos; Verbo Peregrinante, para muchos, como en todos los libros, o tiene mucho de bueno o mucho de malo; pero esto depende de quienes lo lean y cómo lo lean, y de este libro, como de todos, hay que tomar lo que mejor que nos convenga.

Maestro Horacio Zúñiga, vayan por medio de estas líneas mal forjadas, mi más humilde y sublime pleitesía a la inteligencia y al pensamiento suyos.

MAURO PADILLA N.

(Para apreciar hasta qué punto la Juventud Institutense del Estado de México sabe identificarse con sus más caros Maestros, cuando éstos logran penetrar en el alma estudiantil, no sólo por la verdad, sino sobre todo por el amor, reproducimos a continuación el discurso dirigido al Maestro Horacio Zúñiga en donde podrá conocerse la alta estima que goza tan enorme Educador por la devoción con que ha abrazado su apostolado, entregándose íntegro a la juventud para salvarla). (1)

SELLANDO con el verbo este minuto que ahueca nuestros corazones para recoger los más acendrados sentimientos, la emoción incontenida vanamente tratará de traducir la más alta nota de simpatía y de franco reconocimiento de esta Juventud, que habéis educado, Maestro, con singular fervor y cariño, entregando todas vuestras preseas espirituales y dando el más alto ejemplo con vuestra propia vida.

A través de un período de intensa labor cultural y medularmente educativa, hemos avizorado con meridiana claridad, que no en vano la arcilla humana sufre tantas miserias, si por encima de ellas el genio de unos cuantos hombres, reivindica de la sombra del silencio y de la muerte, a toda la humanidad.

Su espíritu potente saturado de inmenso amor a la juventud, nos ha enseñado cómo hay algo de eterno en el destino humano; cómo por encima de todas las tragedias y desastres sociales, la VOZ DE LA BELLEZA sopla hermanando a los hombres y haciendo un llamado a sus más nobles sentimientos. En forma tan vívida hemos sentido el formidable sacudimiento del genio a través de vuestro verbo de milagro, que muchas veces creímos estar frente a él y nuestra pequeñez,

recientemente marcada, se extasiaba contemplando de lo que es capaz nuestro barro miserable, cuando es Dios quien habla por medio de nuestros símbolos humanos.

Firme y definitivo ha quedado en nuestros espíritus, cómo los más grandes genios de la humanidad no alcanzan la inmortalidad sino porque a través de ellos, el alma humana se magnifica y el espíritu se liberta de los mezquinos intereses y las miserias de la tierra. El panorama humano se conjuga, a través de los tiempos, en unos cuantos hombres síntesis que son los que imprimen un nuevo sentido a la vida para ir la llevando desde el egoísmo sórdido e implacable, hasta la misericordia divina!...

La fuerte impresión que frente a tales figuras recibimos, nos coloca en un plano tan fuera de lo común, que nuestro afán de escrutar la vida valiéndonos del pensamiento, se convierte hoy en una aspiración nueva de superar nuestros destinos. Esta comunidad espiritual, que fervientemente hemos sostenido, nos impone hoy la responsabilidad de saber encontrar una posición distinta, para que la obra del Maestro se afirme no con nuestras promesas siempre vanas, sino con nuestra propia vida. El ejemplo sin igual que frente a nosotros hemos tenido, confirma mejor que nada nuestro ideal de enseñorearnos de nosotros mismos para regir nuestro “sino” hacia planos superiores.

A veces, era el poeta que con gala de imaginación y sensibilidad, nos hacía sentir la emoción estética; a veces era el Filósofo que con profunda claridad e intuición nos ponía frente al universo para inducirnos a penetrar en las causas medulares de la vida, y por fin era el MAESTRO, todo bondad y amor, el que juzgando nuestras inconfesadas inquietudes juveniles, nos ponía frente a la realidad con nobles y sanas intenciones de orientarnos, para dirigir hacia senderos de perfeccionamiento nuestra juventud.

Recóndita, e íntimamente, queda para siempre impreso en nuestros corazones, vuestro desinterés ejemplar para ayudarnos a elevar no sólo nuestro nivel espiritual, sino esencialmente a buscar el PORVENIR DE LA PATRIA que

fué siempre el blanco de sus ideales y el punto hacia donde deberían converger todas nuestras aspiraciones estudiantiles.

A cambio de ello, con sin igual devoción y cariño expresamos nuestro más alto voto de gratitud y esperamos, con la fé y esperanza que caracteriza a la Juventud, que vuestra obra, TARDE O TEMPRANO, tendrá que ser reconocida como la ÚNICA MEJOR ORIENTADA AL FUTURO, hoy que la sorda labor de los Profesores Universitarios tuercen los destinos de la Juventud Mexicana para servir a sus mezquinos intereses.

Nuestro mensaje tan sincero y espontáneo, será el que mejor confirme a usted la comprensión que hemos tenido de vuestra fecunda y trascendente labor y por eso arrebatados de emoción en este minuto en que el tiempo nos separa con toda la fuerza de nuestro espíritu y toda la pasión de nuestra alma, BENDECIMOS AL CIELO PORQUE EN EL INSTANTE MÁS TRÁGICO DE MÉXICO, HAY UN HOMBRE QUE VIGILA EL PORVENIR PATRIO creando en las nuevas generaciones, EL ESPÍRITU que vendrá a transformar este panorama de miserias y de voracidades sin cuento, en un MÉXICO NUEVO, que esplenda con GALAS INMORTALES.

Toluca, Méx., a 31 de octubre de 1933

ADRIÁN PALMA

(1) Este artículo, fue tomado del periódico estudiantil PROTEO. –Número 2.– Abril de 1934. Editado en la Capital del Estado de México.

DESDE la más obscura y remota antigüedad, el hombre comenzó a utilizar, aunque en forma rudimentaria, el lenguaje como medio de expresión de sus aficciones y de sus pensamientos, a sus semejantes.

Más tarde, en la edad antigua: ¡Siglos gloriosos de Sócrates, Platón y Demóstenes en Grecia y de Cicerón en Roma!, es cuando se vislumbra la aurora del pensamiento hecho palabra y el amanecer esplendoroso en que aparecen los albores de la retórica; época para nosotros llena de sugerencias, de leyendas y de fantasías, en que el espíritu reflexivo y el carácter introspectivo, se detienen extasiados, viviendo y gozando intensamente, con la incomparable expresión de las filosofías.

Más tarde aún y transportados por el ala veloz del tiempo, llegamos a la edad moderna, hallándonos con la aplicación más acertada de los conocimientos del dominio del idioma; es decir en la verdadera apoteosis de la oratoria, lograda a fines del siglo XVIII simultáneamente en Inglaterra por el inteligente político sabio, estadista, genial economista e inmenso orador: William Pitt (1759-1802) y por Voltaire, Mirabeau, Robespierre, Dantón, etc., en Francia; el primero que realiza una labor democrática, contraria a la seguida por los segundos en Francia, pero más ardua y meritoria todavía la de estos últimos; pues, mientras Pitt construía y coordinaba, logrando la unidad y progreso de su patria, los otros dirigían y levantaban a un pueblo por largo tiempo adormecido, sólo con la fuerza de su palabra.

Pináculo de la gloria del verbo, es esta época de consagración de toda la gama del pensamiento hecho palabra, porque la palabra es luz y es vida, porque así pudo demostrarse la majestuosidad y dominio del hombre, porque mejor dicho aún, se logró el dominio de la materia sobre la materia, porque se alcanzó

una victoria más grande aún de la lograda por Demóstenes cuando arrojando vocablos sobre la tempestad, apostrofaba a la mar embravecida con el fuego de su palabra.

Expuesto ya en los párrafos precedentes el origen de la Retórica, oratoria o ciencia de la palabra, sintéticamente trataremos de hablar de su técnica y los diferentes aspectos que se presentan en su estudio.

El elemento principal e indispensable para poder hablar, es el pensamiento, porque como dice el Maestro Zúñiga: “hablar es pensar”, ya que no puede hablar claro quien no haya logrado por métodos eficientes y siguiendo sistemas adecuados, tener un pensamiento claro, por ello es que para lograr adquirir el dominio de la palabra, es necesario haber conseguido antes disciplinar la mente. Además, existen otros factores que por no ser menos importantes, no dejan de ser esenciales, como son, la voz, el ademán, el énfasis y en fin, todos esos aspectos que caracterizan y distinguen al verdadero y auténtico orador, del vulgar repetidor de palabras, o del ignorante que con solemnidad campanuda despachurra ante un auditorio, incurriendo en gravísimos e imperdonables errores gramaticales, que la persona menos instruida pero con un poco de sentido común, localiza al punto.

La oratoria en el Maestro Horacio Zúñiga abarca muchos aspectos, es como en sus estilos poético y literario, variadísima; sus discursos también como sus poemas, son incontables. Sin embargo, en este libro, se ha procurado condensar todos y cada uno de esos aspectos, clasificándolos en lo que podríamos llamar discursos tipos.

Severo, sobrio y austero unas veces, entusiasta y suntuoso en otras, condiciona sus discursos según su estado de ánimo, imprimiéndoles vida y dándoles siempre gran vigor de expresión, la unidad de estilo, la profundidad del pensamiento, logradas por su amplia cultura, su vasta preparación intelectual y su clara inteligencia. Si no, sus discursos y conferencias pueden prestar amplio y cumplido testimonio, pues ha logrado abordar en un instante, sin preparación

previa, durante su estancia en las cátedras, temas que hasta el momento en que principia su alocución, le son fijados por el auditorio; aún en estos casos, su erudición es la misma de siempre, clara, concisa, expresiva, sencilla. El desarrollo del tema es perfecto, completo, en fin, intachable.

Los principales géneros en los que se ha destacado, son: el científico, en las conferencias de Historias de México y Universal, siendo su obra muy conocida también en este aspecto; al efecto, se recomienda la lectura del maravilloso ensayo de filosofía histórica en el que se copilaron una serie de sus conferencias, que lleva por título “EL ESTADO DE MÉXICO”; el literario, en las de Literaturas Castellana y Universal, y el político.

Podrían llenarse páginas y más páginas, por quien, como el que esto escribe, ha estado al lado del Maestro, ha recibido su ejemplo al par que sus enseñanzas y por ello le conoce y le comprende. Pero sólo quiero llegar al fin que me propuse, que es el de dar a conocer mis propias opiniones y la impresión que me ha producido la actuación del Maestro en la tribuna, para que con la sola lectura intuitiva de cualquiera de estos discursos, se tenga la idea completa, con ayuda de la imaginación, del orador que los ha pronunciado.

La multiformidad y dominio absoluto de la palabra que le caracterizan, le hacen inimitable, porque revelan una recia, enérgica y bien formada personalidad que, merced a su bien cultivada voz de timbre grave y claro, de tesitura abaritonada, de suaves e insospechadas modulaciones, bien impostada y de bello empaste, con la que logra un limpio fraseo y todas las tonalidades, partiendo de los registros bajos hasta los más altos, en todos ellos con un extenso y colosal volumen, que le permite hacerse oír perfectamente, sin necesidad de aparatos amplificadores, lo mismo en las aulas, que en los grandes teatros y que en las ceremonias celebradas en monumentos y lugares públicos, apoderándose del auditorio al que transporta en la alfombra mágica de su numen, ora por las sidéreas regiones de la fantasía luminosa; ora por los caliginosos senos del profundo averno en que se debate, furiosa en sus miserias, la humanidad

doliente; haciéndolo en estos transportes, unas veces rugir de entusiasmo y otras conmoviéndolo hasta lo indecible, con su verbo candente o su sentimental expresión.

A ser sacudido por su entusiasmo, no se escapa nadie, desde el espíritu joven y sano y el temperamento ingenuo, hasta la más embotada sensibilidad y el más escéptico intelecto.

Sin embargo, al terminar de delinear la personalidad del Maestro frente al auditorio, diremos que la oratoria constituye para él, al igual que para William Pitt y tantos otros, solamente un recurso del que se vale a su arbitrio, como lo hace de la métrica en la poesía; porque antes que conferencista u orador es MAESTRO. En efecto, antes que poeta es escritor; antes que político es sociólogo; pero, sobre todo y a pesar de todo, sostengo que es esencialmente y por encima de todas las actividades a que pueda dedicarse y se haya dedicado, Horacio Zúñiga es MAESTRO.

México, D.F., abril de 1939.

GUILLERMO AGUILAR Y GONZÁLEZ,

Presidente del “Partido Democrático Universitario”
de la E.N. Preparatoria (Noct.)

Homenaje a la bandera
(1940)



A los Niños y
A los Jóvenes
Mexicanos

A Wenceslao Labra

¡Relámpago de seda de un vuelo de quetzales;
de un éxodo de cisnes, blancura peregrina;
en pérgolas de viento guirnalda purpurina
de lumbré de claveles y llamas de rosales!.....

¡Pájaro de arco iris sobre los vendavales;
penacho de oro en yelmo de cumbre diamantina;
vela de luz del astro que en el azul camina;
cauda de sol, de regios pavones siderales!

¡Oh, alada flor de auroras en selva de clarines;
sudario de celajes de nuestros paladines;
de nuestra Patria el alma que se hace claridad!.....

.

¡Oh mexicana enseña, qué en su palacio, el día,
sobre nuestras pasiones, ice tu gallardía
como perdón de estrellas sobre una tempestad!.....

HORACIO ZÚÑIGA

Dedicatorias

YO que desde niño sentí
una profunda devoción
por la Bandera Mexicana;
que la veneré como militar, la
he respetado como ciudadano y
he procurado glorificarla como
Gobernante, he querido testimo-
niarle mi profunda admiración
con la impresión de este folleto
que aspira a constituir un humil-
de, pero muy sincero homenaje a
nuestra Patria Enseña.

WENCESLAO LABRA
Gobernador Constitucional del Estado de México.

A LA NIÑEZ y a la juventud de mi Patria, porque ellas llevan en el espíritu todas las promesas y todas las esperanzas del porvenir.

A ellas que todavía están inmaculadas de ambiciones, limpias de mezquindades, venturosamente inmunes de miserias.

A ellas, con el deseo de que sepan honrar y defender a nuestra Patria de la que la Bandera es sólo un símbolo: Pero el más bello, el más alto, el más sagrado de todos.

WENCESLAO LABRA
Gobernador Constitucional del Estado de México.

ORIGEN DEL ESCUDO DE ARMAS DE MÉXICO

L GRAN sacerdote Tenoch, el alma de la tribu, encontró al fin una isleta en el lago y fundó la ciudad: del nombre de su dios Mexi se llamó México, en donde está Mexitli; del nombre de su fundador se llamó Tenochtitlán, la ciudad de Tenoch. Como el jeroglífico de Tenoch era un tunal, nochtli, sobre una piedra, tetl, lo fue también de la nueva ciudad, poniéndole encima una águila como signo de grandeza. De este jeroglífico debieron sacar también una fábula y una leyenda religiosa los mexica. Dice así el intérprete: “Un Axolohua llamado Coauhcoatl, y otros dos, se fueron a examinar los lugares. Fueron a salir al paraje Acatitla, en cuyo centro se halla un Tenochtli sobre cuyo vértice estaba parada una águila. Al pie de este tunal estaba el nido del Cuauhtli, fabricado de diferentes y hermosas plumas del Tlauquechol, Xiuhtototl y otros distintos pájaros. De allí volvió el llamado Cuauhcoatl, y se puso a hacerles esta relación: Hemos ido a reconocer el camino y el cieno; pero allí ahogaron a Axoloa: ha muerto Axoloa, según vi, por haberse sumergido en el carrizal donde se halla el tunal, en cuyo vértice está parada una águila y su nido al pie, formando un colchón de diferentes y hermosas plumas, y está donde se halla el agua. De este modo se formó el cieno donde se hundió Axoloa. También contó Cuauhcoatl que al otro día se apareció Axoloa y le dijo: He ido a ver a Tlaloc que me llamó para decirme: ha llegado mi hijo querido Huitzilopochtli, y este lugar será su asiento y domicilio; él será el protector de vuestra vida en la tierra. Después de esta relación se fueron todos a ver el Tenochtli y allí construyeron su altar, hortaliza y flechas, y luego se fueron a divertir donde encontraron a un caballero de Culhuacán. Habiéndolo cogido y traído vivo, lo colocaron dentro de su altar, y según entendieron se llamaba Chichilcuahtli, señor de Culhuacán”.

Esta leyenda tiene variantes en los otros cronistas: así, en el códice Ramírez y el padre Durán, vieron los mexica, discurriendo por la isla adonde habían llegado, una fuente maravillosa rodeada de sauces de hojas blancas, y el dios les habló y les dijo que ese era el lugar prometido; que al caer sobre una piedra el corazón de Capil se había tornado tunal, y que sobre él habitaba una águila que de los más hermosos pájaros se mantenía.

Al día siguiente todo el pueblo se dirigió con los sacerdotes a ese lugar, y encontraron la fuente de agua que se dividía en dos arroyos, el uno rojo y sangriento y el otro azul; y en medio estaba el tunal sobre la piedra, levantándose encima una hermosa águila con las alas extendidas al sol, y teniendo en su garra un pájaro de plumas resplandecientes. A tales fábulas dió origen el jeroglífico de la ciudad, el nombre de Tenoch, que todavía hoy por fortuna constituye las armas de nuestra hermosa bandera.

El tunal sobre la piedra es el verdadero símbolo, pero se encuentra de distinta manera en los diferentes jeroglíficos. En el jeroglífico de Sigüenza, en el mapa Tlótzin y en los códices Telleriano-Romense y Vaticano, el tunal no tiene águila; en la tira de Tepéchpan, tiene águila, pero ésta se ve sola sin desgarrar pájaro ni culebra, lo mismo que en la primera lámina del códice Mendocino; en la estampa del códice Ramírez, el águila tiene un pájaro en la garra; en la del padre Durán, el águila destroza el pájaro con el pico, y solamente en otra estampa de Durán y en el códice de Mr. Aubin el águila destroza una culebra, como en nuestras armas de México.

¿En qué año se fundó la ciudad de México y quiénes fueron sus fundadores? Ni el códice Ramírez ni Tezozomoc, que lo sigue, se ocupan de este punto: Torquemada trae la misma relación sobre Axolohua, refiriéndose a cantares antiguos; y solamente agrega, que cuatro fueron los fundadores, Aáztin, Ahuéyotl (debe ser Ahuéxotl), Tenuch y Ocelópan. En la estampa del códice Ramírez están pintados los cuatro fundadores sin sus nombres. En la del padre Durán, solamente están Tenoch y su mujer Tochpancáltzin. Tiene la estampa el

Homenaje a la bandera (1940)

expresivo agregado de que sobre el grupo del águila y el nopal está el símbolo de la guerra. En el texto fija el padre Durán, por fecha de la fundación el año de 1318. En el códice de Mr. Aubin sólo aparecen Cuauhcoatl y los dos Axoloa que se hunden en el agua. La fecha relativa, que es la verdadera, está marcada con el año ome técatl 1312. El códex Zumárraga no da fecha precisa, y solamente dice, que “vchilobos (Huitzilopochtli) se apareció y uno que se decía tinuche (Tenoch), y le dixo que en este lugar avía de ser su casa, y que ya no avían de andar los mexicanos, y que les dixese que por la mañana fuesen a buscar alguno de Culuacán, porque los avía maltratado lo tomasen y sacrificasen y diesen de comer al sol, y salió xomeemitlcut (Xomímitl), y tomó a uno de Culuacán, que se dezia chichilquautli (Chichilcuáhuítl), y en saliendo el sol lo sacrificaron, y llamaron a esta población quanmixtitlan (Cuauhmixtitlán), y después fué llamada Tenustitlan (Tenochtitlán), y porque hallaron una tuna nascida en una piedra y las rayzes della alian de la parte do fué enterrado el coracon de copil:” El códice de Cuautitlán dice: “En el año de 8 tochtli comenzaron los Mexicanos a formar una que otra habitación de piedra y de adove en Tenochtitlán.” Así este códice como el del padre Durán, fijan el año de 1318 para la fundación. El códice Telleriano-Romense está trunco en esta parte, y le falta precisamente la lámina de la fundación de la ciudad. El Vaticano representa los carrizales o cañaverales en medio de la laguna y a los mexica viviendo entre ellos, simboliza la ciudad con el tunal sobre la piedra, y pone la chinampa en que llevan el tributo al rey tepaneca. Los años en este códice están pintados en cuadros azules con una faja roja y aquí para llamar la atención, el cuadro del 8 tochtli no tiene la faja. El Códice Vaticano fija también el año 1318. El mapa de Tepéchpan fija el año 7 calli, 1317, y pone cinco fundadores, que están en línea, teniendo en otra línea atrás a sus esposas; Aátzin, Acacitli, Tetlachco, Tenoch y Xiuhcac: la línea negra que atraviesa los rostros de Tetlachcátzin y Tenoch, manifiesta que eran sacerdotes. La diferencia de un año es poco importante, y por lo mismo podemos fijar el año 1318 con apoyo de dos crónicas tan respetables como los Anales de

Cuahtitlán y el padre Durán y de dos pinturas como el códice Vaticano y el mapa de Tepéchan. Sin embargo, el códice Mendocino fija el año de ome calli 1325; pero no olvidemos que ese códice es una historia muy convencional, que fue mandado pintar por el Virrey Mendoza a los mexicanos que de eso sabían, y que por lo menos carece de originalidad, y su autenticidad es secundaria respecto a otras pinturas.

Pone por fundadores de la ciudad, al sacerdote Tenoch, y a los guerreros Mexitzin, Acacitli Cuapan, Ocelópa, Ahuéxotl, Xomímitl, Xocoyotl, Xiuhcac y Atótotl: la terminación reverencial de Mexítzin da a conocer que era el jefe militar. Tenemos que los datos más apreciables nos dan para la fundación de México el año de 1318, y ésta era la opinión muy respetable del señor don José Fernando Ramírez; pero también hemos visto que para tal hecho señala el año 1312 el códice de Mr. Aubin, y sin duda era la fecha de la tira del Museo, puesto que en todo van de acuerdo: y como estos dos jeroglíficos son documentos de tanta importancia, tenemos que buscar un nuevo dato para resolver la cuestión, y este dato es el jeroglífico de Sigüenza, la pintura, en nuestro concepto, más auténtica y más verídica. La fundación de México está representada por dos grandes fajas azules paralelas que manifiestan el agua de la laguna; el espacio comprendido entre estas fajas está sembrado de tules y cañas del agua, y en su centro se ve un tunal sobre la piedra, del cual parten en cruz dos fajas azules de agua, que son los dos arroyos de la leyenda, y sirvieron para dividir la ciudad en sus cuatro barrios, Mayotla, Cuepópan, Azacualco y Teopan. En cuanto a los fundadores, debemos advertir que de los quince personajes o representantes de tribus o familias que aparecen al principio de la pintura, como ya hemos dicho, el tolteca pereció, el huitzilteca se quedó en Cuahmatla, y en el desastre de Chapultepec perecieron Tetótotl y Mátlatlí: tenemos a los representantes de las tribus de Atzacaputzalco y Cuahtitlán que quedaron en sus respectivos pueblos, y encontramos como fundadores a Tenoch, Ocelópan, Axayácatl, Xomímitl, Acacitli, Atézcatl y Ahuéxotl, no diciéndonos nada el jeroglífico sobre los dos

personajes restantes, de los cuales uno es Cuapan, que sabemos que fue fundador, y otro Quiauhmímitl, que nos es desconocido. En cuanto al año de la fundación, está puesta inmediatamente después del xiuhmolpilli ce ácal 1311, es decir, en el año 1312, de acuerdo con el códice de Mr. Aubin. Sin duda que ésta es la verdadera fecha; pero no debe preocuparnos la diferencia de 1312 a 1318, en primer lugar, porque es muy corta, y en segundo lugar, porque se explica por las mismas crónicas: el único dato que hay que rechazar es el del códice Mendocino. Refiriéndose a la primera fecha, dice el intérprete del códice de Mr. Aubin: “los mexicanos se establecieron alrededor de Tenuchtli, aunque en casitas de tule y paja”; mientras que en los Anales de Cuauhtitlán, hablando de la segunda fecha, se dice: “en el año de 8 tochtli comenzaron los mexicanos a formar una que otra casa de piedra y de adove en Tenochtitlán”. Así, pues, la fundación de la ciudad con pequeñas chozas de tules y paja, fue en 1312, y en 1318 se comenzó su construcción con habitaciones fuertes y fijas.

Los mexica, al levantar su ciudad, alzaron inmediatamente su teocalli, como se ve en el códice de Mr. Aubin, la inauguraron con sacrificios, según las crónicas, y construyeron inmediatamente el tzompantli para las calaveras de los sacrificados, como se puede observar en el códice Mendocino. La ciudad y la raza se destinaban al dios, el culto de sangre llegaba a su apogeo, y el dios Tezcatlipoca era el dios supremo; se habían olvidado los orígenes astronómicos y Quetzalcoatl era un hombre que había de volver; pero el gran dios civil, díganoslo así, era Huitzilopochtli, el señor de la guerra, de la muerte y de la victoria. Por él alentaba aquel pueblo fanático, por él había de hacer prodigios de valor, por él había de llevar sus pantli triunfadores más allá de Cuauhtemalla y de uno al otro Océano. El problema de lo porvenir estaba ya planteado definitivamente: había una tregua entre Tezcatlipoca y Quetzalcoatl que debía decidirse, y para siempre, sobre el teocalli del dios Huitzilopochtli.

Se había preparado ya la arena del último combate; la gran ciudad de México Tenochtitlán, estaba fundada.

ALFREDO CHAVERO
“México a Través de los Siglos”.

NOTA:-Según Pérez Verdía, apoyado en la opinión de Sigüenza, quien, a su vez, se basa en la autorización del Códice Mendocino, la fundación de México ocurrió el 18 de julio de 1325; igual año, sin fecha precisa, aceptan Sherwell y Torres Quintero. En cambio, para Nicolás León, tal fecha acaeció en 1318 y para Teja Zabre, entre los años de 1312 a 1325; por fin, Alfonso Toro, después de fijar un período que comprende de 1318 a 1341, acepta, como probable, la fecha de 1325.

H. Z.

HISTORIA DE LA BANDERA MEXICANA

Fragmento del interesante
fascículo del Tte. Coronel Manuel
de J. Solís.

EN 1521, don Hernán Cortés hizo la conquista de la Nueva España con un estandarte pequeño que representa una virgen de busto, pintada sobre un damasco rojo y de tono morado, a cuyos lados cae en forma de trono imperial. Ciñe en la cabeza una corona de oro circundada de rayos y doce estrellas, formando un semicírculo; junta las manos en actitud de ruego e inclina la mirada hacia ellas. En la periferia de dicho cuadro, se puede leer: “Este estandarte fue el que trajo don Hernán Cortés en la Conquista de México”. Lo llamó VIRGEN MARÍA, pero sin conocerse con algún otro nombre especial; se halla en nuestro Museo Nacional.

El 13 de agosto de 1528, fecha que coincidía con el día de San Hipólito, Cortés ordenó el “Paseo del Pendón”, que fue la primera festividad cívico-religiosa que se llevó a cabo en la ciudad de México. Posteriormente se siguió esta costumbre como principio y práctica de un culto cívico, en los dominios de España, en las ciudades de Indias. Desde 1528, 1530 a 1540, se había continuado la confección de estandartes, con el fin antes indicado, paseándose año por año, en el día de San Hipólito, el 13 de agosto. Tales lienzos, así como los que se confeccionaron muchos años después, desaparecieron por descuido y por la acción de los tiempos. En 1540, el Cabildo de la ciudad de México ordenó que se hiciera un pendón con los colores verde y rojo pálido, por no haberse encontrado el morado de Castilla; dicho rojo algunas veces degeneró en encarnado, púrpura y pardo leonado, por la causa antes mencionada; algunos de estos estandartes existen en nuestro Museo Nacional.

El 13 de agosto de 1530, empezó oficialmente la fiesta de la Bandera o Paseo del Pendón en México, establecida por real cédula del Rey de España, gobernaba en la antigua Gran Tenochtitlán, don Alonso de Estrada. El primer Ayuntamiento de México hizo que se tomara la ruta desde la residencia de Cortés en Coyoacán, por la calzada de Tlacopan, llegando hasta la iglesia de San Hipólito, también la primera en el Valle de México. Después, los cabildos metropolitanos siguieron la costumbre, haciéndolo por la ruta del Empedradillo, Tacuba, Santa Clara, San Andrés, La Mariscal y San Juan de Dios, hasta el punto final o la citada iglesia. Antes del arribo del primer Virrey a la Nueva España, el Pendón Real era llevado por un alférez de la guardia colonial; montaba a caballo, y el emblema iba en un portaestandarte y armado en la punta de reluciente lanza blanca. En orden jerárquico, le seguía la nobleza, oidores, etc, continuando el pueblo en general. Después del acto, los habitantes se entregaban a hermosas y largas horas de expansión.

Pasó el tiempo. Un estandarte en forma cuadrada, de seda y color pardo leonado, con escudos de la ciudad de México, con leones coronados, partiendo del centro la Gran Cruz de San Andrés, de color morado y también en seda. Extiende los brazos aspadados reunidos al centro y abiertos hacia las esquinas, rematando sobre los cuatro escudos una gran corona real; data del siglo XVII, y era colocado sobre el balcón central del antiguo Palacio Colonial, durante grandes y solemnes ceremonias. Fue el último que prevaleció como bandera en el dominio virreinal, hasta el 24 de agosto de 1821, cuando se celebró en la Villa de Córdoba, Veracruz, entre el teniente general y el último virrey de la Nueva España, don Juan O'Donojú, y el primer jefe del Ejército de las Tres Garantías, don Agustín de Iturbide, el tratado por medio del cual se ponía término a la guerra insurgente, y declarándose México como nación independiente de España. Este estandarte fue llevado a Washington, D.C., por un soldado norteamericano que visitó nuestro museo, en ocasión de la primera invasión armada de 1847, época misma en que lo sustrajo. Hasta finalizar el año próximo pasado de 1938, fue

Homenaje a la bandera (1940)

devuelto a nuestro país, por haberlo considerado como legítima reliquia histórica mexicana; está siendo restaurado por la experta y estimable señorita Enriqueta Rentería.

El domingo 16 de septiembre de 1810, el venerable cura don Miguel Hidalgo y Costilla, iniciador de la Independencia de México, al tratar, o mejor dicho, al tocar la fibra más sensible del pueblo mexicano, cogió de la sacristía del curato de Atotonilco el Grande, del Estado de Guanajuato, un gran óleo que representaba la Imagen de Guadalupe. El propósito del caudillo fue que dicho lábaro tepeyaquense sirviera de bandera en las guerras de independencia, que los indómitos insurgentes iban a sostener.

Siendo Presidente de la República el señor Licenciado Don Benito Juárez, expidió el decreto de 11 de agosto de 1859, autorizando entre otras festividades religiosas, la del 12 de diciembre de cada año, atendiendo el sentir nacional de su culto Guadalupano. En 1874, se derogó la ley que autorizaba festividades cívico-religiosas.

El 19 de agosto de 1812, el generalísimo don José María Morelos y Pavón hacía otra bandera, cuya intención fue igual a la del cura de Dolores. La insignia fue un cuadrilongo en seda azul pálido a la orilla, y un águila al centro semi de perfil, coronada, posando sobre un nopal y sobre un puente de tres arcos, y, bajo éstos, las tres “V.V.M”, Viva la Virgen María.

El 24 de febrero de 1821, cuando se hacía la promulgación del Plan de Iguala, en la ciudad de este nombre, formulado por el mentiroso Iturbide, entonces, el sastre y barbero D. José Magdaleno Ocampo, hacía entrega a D. Agustín de la bandera cuya confección se le había ordenado, para usarla el Ejército Trigarante. El plan fundamental era el de emancipar al pueblo de México de la esclavitud española, así como para que la bandera sirviera de unión y armonía en la nueva Nación.

La bandera de Iguala llevó los colores en el orden siguiente: blanco, verde y rojo. Las franjas iban en sentido diagonal, con una estrella cada una en la parte superior y al centro; pero sin el Águila Nahoá. El primer color —el blanco—,

ocupaba el sitio preferente que correspondió a la Iglesia Católica, y simbolizaba la pureza de la religión de México; el segundo –el verde–, representó el movimiento insurgente cuyo grupo sediento de justicia y libertad, incontenible y arrollador, ya estaba por consumir la Independencia Nacional, y, el tercero –el rojo–, representó el grupo español dominante y pudiente, que reconocía y se adhería al movimiento libertador: pero a la aparente caída del dominio ibero en la primera colonia de España en América, seguiría residiendo en México; con la promesa de Iturbide, de traicionar la causa redentora, mantendrían el espíritu monarquista. El rojo, pues, era el rojo y gualda o el transformado del morado de Castilla; las tres estrellas bordadas en hilo de oro, simbolizaron el cumplimiento de las Tres Garantías interpretadas en la Bandera de Iguala, representando también la libertad masónica. Dichas garantías, así como en la actualidad, tuvieron el bello anhelo de simbolizar la unión y armonía de los tres bandos irreconciliables que en aquella época prevalecían: el clero católico, el grupo independiente triunfador y el bando español refractario a la emancipación y esperanzado de restituir el dominio perdido. Además, aquellos colores armonizaban todo grupo o sector antagónico.

Cuando el valiente y nobilísimo patriota D. Vicente Guerrero se daba cuenta de la bella finalidad perseguida por medio del simbolismo de aquellos tres colores nacionales, no vaciló un solo instante para contener el torrente de sangre hermana que corría en territorio patrio: se puso a las órdenes del sagaz y embustero Don Agustín de Iturbide, a quien el patriota no conoció ni la espalda, en los campos de batalla...

En la ciudad de México, cuando Iturbide pensaba traicionar la causa insurgente, ordenó, por Decreto de 2 de noviembre de 1821, que el Pabellón de México también debería ser tricolor, pero con las franjas en sentido vertical y los colores en el orden siguiente: verde, blanco y rojo. Al centro, un águila ligeramente de perfil y ciñendo una corona imperial; las alas caídas, sin culebra y posando con ambas garras sobre el legendario nopal. Otro decreto solemne del mismo Iturbide, de 7 de enero de 1822, o lo que fuera el segundo año de la

Homenaje a la bandera (1940)

Independencia y del Imperio, dispuso que los colores de la Bandera de México, deberían ser perpetuos.

Antes de 1821, los insurgentes usaron una bandera de tres colores y la cual ya había sido reconocida en nuestros barcos mercantes que hacían el tráfico marítimo entre costas mexicanas del Golfo de México, y las de los Estados Unidos de Norteamérica. En Nueva Orleans fue el lugar extranjero en que por primera vez se saludó a la Bandera de México con salvas de 19 cañonazos. Tal bandera constaba de los colores blanco, azul y encarnado –porque no se encontró el morado–: los dos primeros simbolizaban los colores de la Real Casa de Moctezuma, y el encarnado, no era sino la degeneración del morado del Pendón de Castilla. Por último, el 24 de febrero de 1821, este color resultó rojo, que se transformó en distintas épocas, como ya expliqué: no se encontraba el morado y se tomaba el más aproximado.

El 12 de abril de 1823, se pidió con urgencia a la H. Cámara de Diputados el cambio de los colores de la bandera de Iguala. El exacerbado, animoso y buen patriota Fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra, siendo representante popular, pidió tal cambio, proponiendo otra que él dividía en 16 cuadros con cuatro en medio, blancos, un águila sobre el nopal que saliera de una piedra; los doce restantes, deberían formar a su alrededor una orla de cuadrilongos alternando blancos y azules, con un filete dorado y bordado a la orilla del lienzo. Para la marina mercante, sólo llevaría en el cuadro blanco grande del centro, el nopal sobre la piedra. La proposición fué desechada.

El diputado D. José Joaquín Herrera sugirió la idea de que se agregaran al blasón las ramas de encina y de laurel, para simbolizar el México Republicano, y glorificar la memoria de los héroes inmortales. Don Florentino Martínez propuso que se destronara el águila de Iturbide, quitándosele la corona imperial. El diputado Fagoaga expuso que el cambiar los colores de la bandera, que prácticamente ya habían unido al pueblo mexicano, tanto en las luchas, angustias, dolor y en alegrías clamorosas, daría oportunidad a los enemigos del Gobierno,

para hacer creer al pueblo que se pretendía destruir la Independencia, Unión, Garantías y Religión: ¡Grandes aspiraciones y hondos anhelos de la Nación Mexicana!

Por otra parte, los hermosos colores nacionales, en el orden tal como los contemplamos en la actualidad, ya eran usados por nuestros antiguos indios mexicanos: los ejércitos tarascos de Uruapan, Michoacán, los llevaron en sus erguidos y triunfantes penachos, y como símbolo guerrero. Parece, también, que aconsejado Iturbide por el clero católico mexicano, durante las célebres juntas en la Profesa de la ciudad de México, se reformaron los colores de la Bandera de Iguala, no precisamente para recordar el símbolo guerrero-religioso de los tiempos de los Caballeros de San Juan de Jerusalén, ni el de los antiguos indios tarascos mexicanos; sino porque, al traicionar Iturbide la causa redentora, se desataría un huracán de protestas de los burlados insurgentes: dizque detendría la avalancha poniendo en primer término de la Enseña, el verde insurgente.

Desde el 7 de enero de 1822, se había seguido la costumbre de que, al hacerse entrega y jura de banderas o estandartes, y recibidos por fuerzas militares, un sacerdote del culto católico se encargaba de bendecirlos y consagrarlos, siendo entregados después por el Jefe Supremo del Ejército. Por tan solemne acto, la tropa era revestida de ánimo y valor, protestando defender con lealtad en todo acto de la vida militar, tanto a las instituciones e ilustre Gobernante, como a su religión: la Jura de la Bandera era una ceremonia cívico-religiosa. El 14 de abril de 1823, se decretó la forma y diseños que actualmente vemos en nuestra Bandera Nacional: consagración del México Republicano. En 1825, el Águila Nahoá perdió su pose de perfil porque el arte pictórico de la época, se inspiró en las tradiciones romanas, las que hacían aparecer águilas majestuosamente erguidas y con las alas simétricamente abiertas. En 1843, se dispuso que en todos los edificios públicos de la Nación, especialmente en los cuarteles de tropa, fuera izada la Insignia Patria, en cada fecha fijada como cívica conmemoración. En 1888 se dejó de izar el Pabellón Mexicano en tales edificios, por fechas luctuosas de naciones amigas.

Homenaje a la bandera (1940)

En 1893, el historiador D. Agustín Rivera propuso que fuese reformada la Insignia patria; esto es, que se quitase el rojo por anacrónico y falso. Que tal color no representaba ni el México Independiente ni la República Mexicana, sino que era la unión de México con España; de un pueblo monarquista, llamando a Fernando VII o algún otro de los Borbón.

El 20 de septiembre de 1916, Don Venustiano Carranza expide decreto para que el Águila Naoa recobrar su antiguo estilo clasista, de 13 de marzo de 1325, fecha en que Huemán, jefe de la peregrinación tolteca, encontraba el águila sobre el nopal y que devoraba a una culebra. Esta figura simbólica representa la fundación de la ciudad de México, y el primer punto cronológico en que arranca nuestra historia legendaria. Este nuevo modelo se debió al eminente artista michoacano. D. Antonio Gómez R., y ondeó por primera vez sobre el Palacio Nacional, el 15 de septiembre de 1917. El 16 de septiembre de 1921, 50,000 banderas nacionales flamearon a lo largo del Paseo de la Reforma en la Capital mexicana, llevadas por igual número de niños de ambos sexos de escuelas oficiales. El 16 de septiembre de 1935, tuvo lugar en la antigua Gran Tenochtitlán, una solemne festividad que revistió el carácter del viejo Paseo del Pendón, creada por D. Hernán Cortés: fué un desfile de banderas. A la cabeza iba la de los Defensores de la República –1836-1914– la benemérita del Batallón de San Blas; seguían la de la Escuela Naval Militar de Veracruz, del Colegio Militar de Popotla, D. F. y de corporaciones de guarnición en el Distrito Federal.

El 24 de febrero de 1937, por primera vez se conmemoró en público el Día de la Bandera Nacional, ante la estatua del general insurgente D. Vicente Guerrero –Jardín de San Fernando–, por haber sido el primer militar mexicano que juró la Bandera el 12 de marzo de 1821, durante la mueca de Iturbide con su célebre abrazo de Acatempan. El 23 de marzo de 1938, 150,000 ciudadanos, predominando niños de ambos sexos de escuelas del gobierno, obreros y campesinos, pasaron agitando igual cantidad de banderas nacionales, ante el señor Presidente D. Lázaro Cárdenas, quien ocupaba el balcón central del Palacio Nacional. Esta desbordante

manifestación de civismo que no ha tenido precedente, fué significación espontánea, sincera y respaldo al patriota ciudadano Primer Mandatario, por su Decreto de 18 de marzo del mismo año –1938–, por medio del cual expropió la industria petrolera. Durante este torrente de patriotismo, sólo se vieron colores nacionales y se entonó nuestro incomparable Himno Patrio. Además, el pueblo frenético de júbilo y de emoción, pidió fuera declarado el 18 de marzo de cada año “Día de la Emancipación Económica Nacional”, al rescatarse la riqueza del país que estaba siendo robada por empresas extranjeras.

El 24 de diciembre de 1938, el Comité Pro Día de la Bandera Nacional, solicitó del H. Senado de la República que fuera declarado el 24 de febrero de cada año, como Día de la Bandera Nacional. El 30 del mismo mes, el autor del presente trabajo se dirigió a la misma Representación Nacional sugiriendo que el Día de la Bandera debería ser el 14 de abril de cada año, para lo cual, hizo exposición de fundamento de fechas históricas. La más grandiosa y significativa festividad en el culto al Pendón Nacional, tuvo lugar el 24 de febrero del corriente año 1939, en el “Jardín Vicente Guerrero” de la ciudad de México. Estos actos se debieron al impulso patriótico de la Dirección General de Acción Cívica del Distrito Federal, y al Comité Pro Día de la Bandera Nacional, respectivamente.

El sábado 2 de septiembre del corriente año 1939, ha sido hasta ahora la apoteósica ceremonia en entrega de banderas a escuelas universitarias u otras educativas. Ha sido la festividad cívica más solemne porque el señor Presidente de la República, General de División Lázaro Cárdenas, la presidió en persona. El acto se llevó a cabo sobre la bella perspectiva de la explanada del Monumento a la Revolución, que se levanta en el corazón de la capital mexicana. La ceremonia revistió solemnidad extrema, porque también dicho monumento se vió pletórico de fuerzas militares, escuelas militarizadas y pueblo en general. Las corporaciones de línea que formaron una Brigada, así como los demás conjuntos militarizados, estuvieron a las órdenes del señor General de Brigada, Alberto Zuno Hernández, Director del Colegio Militar de Popotla, D. F.

Homenaje a la bandera (1940)

Era una mañana tibia y espléndida, con un sol lleno de luz, como suele verse en los días de septiembre, cuando el coronel Ignacio Beteta, Jefe del Departamento de Educación Física, dió principio con su arenga al conjunto oficial que en aquellos instantes iba a recibir banderolas deportivas. El señor General de Brigada Juan Felipe Rico, Director Técnico Militar, hizo brillante y viril arenga, haciendo caluroso y fraternal saludo de parte del Ejército Nacional y juventudes estudiantiles militares, a las juventudes universitarias que iban a recibir la Insignia Patria. El señor doctor Gustavo Baz, Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, hizo brevísima pero magnífica y patriótica excitativa al gremio estudiantil, quien en tan solemne momento iba a contraer el más serio y formal de los compromisos ante la responsabilidad de la Patria: jura de la Bandera Nacional. Al señor doctor Baz, pues, en gran parte se debe el hermoso e incomparable ejemplo de civismo de que están dando prueba las juventudes estudiosas, quienes están forjando mejor Patria y el más grande porvenir de México.

Vibrante alocución, también, pronunció el joven Salvador Laborde Cancino, Presidente de la Confederación Nacional Estudiantil, terminando por jurar ante el ciudadano Primer Magistrado, cumplir con la obra de buenos ciudadanos, así como ofreciendo que la Universidad Nacional sólo sería la Casa del Estudio y del Saber, y no de desavenencias e inquietudes. El joven Jorge Jiménez Cantú, Jefe del Pentathlon Universitario, habló en forma viril y con civismo de alta calidad: reiteró ofrecimientos y juramentos, como el orador anterior.

El señor Presidente Cárdenas con voz timbrada e imponente, tomó la solemne protesta e hizo entrega de banderas nacionales a las Escuelas de las distintas Facultades. El acto terminó con un magnífico desfile ante el ciudadano Primer Magistrado, quien se mostraba satisfecho y vivamente emocionado. El desfile único y nunca visto, siguió por las avenidas Juárez, Francisco I. Madero, Plaza de la Constitución, frente al Palacio Nacional, calle de la Moneda, hasta depositar los lienzos simbólicos en los edificios que ocupan las diferentes facultades, así

como en la Escuela Nacional Preparatoria: esta entrega de banderas, revistió un espectáculo único y grandioso. La organización estuvo a cargo del ameritado teniente coronel Ricardo Zayas Gálvez, auxiliado por los mayores Luis G. Corona. Santamaría, Armando I. Cavazos e Isidro López Lobato.

Como nota curiosa, diré que algunos historiadores han llegado a consignar en forma oficial, que el origen de nuestros colores nacionales, fueron inspirados en los de la sandía. Que en un buen día de un sol abrasador, cuando el general insurgente D. Vicente Guerrero mantenía vivo el fuego redentor en las montañas del Sur, y que, al solazarse bajo un bosque semitropical le había sido ofrecida una refrescante y apetitosa sandía. Que entonces había concebido la idea de hacer una bandera inspirándose en aquellos hermosos colores. Otros cronistas de antaño, atribuyen igual inspiración al sastre José Magdaleno Ocampo, el que recibiera orden de Iturbide para la confección de la Bandera Trigarante, cuyos colores, como ya dije, eran blanco, verde y rojo. Por consecuencia, estos no iban en el orden de los de la sandía. Otros de arranques líricos y sin fijarse en fundamentos históricos, han expresado con respecto a los colores que nos ocupan, que no son sino la significación siguiente: el verde, nuestras alegres y extensas campiñas; el blanco, las canas venerables de Hidalgo, y el rojo, la sangre bendita del genial y valiente Morelos... Como inspiración cívica, pues, se puede aceptar. La versión de la sandía, es completamente inadmisibles por estar carente de fundamento histórico, así como la de los dedos sangrantes de Wifredo, sobre su hermoso pavés de oro...

Para terminar, voy a interpretar el simbolismo y lo que realmente significa nuestra Bandera Nacional, por representar el vigor, entusiasmo y constancia con que todo mexicano sin distinción de clases ni de color, credos políticos o religiosos, se entrega al culto fervoroso de su Insignia Patria.

Todo mexicano ama, respeta y venera a su Bandera, porque ella es la fuente inagotable de civismo y conciliación nacionales, cuya verdadera interpretación esencial y fundamental de ese sagrado Lienzo Tricolor, consiste: en el culto

Homenaje a la bandera (1940)

sincero y honrado que se le dedique; en el respeto y devota admiración con que se le mire; en el patriotismo decidido y de todo corazón que se le profese, así como en que nadie interrumpa ni desvíe el culto ejemplar que cada día le dedicamos.

Todos los mexicanos que ya tenemos profundos conceptos y bellos ideales acerca de lo que es la Bandera Nacional, debemos inculcarlos a la niñez de todas las generaciones, para que tengan mejor idea del valer y sitio prominente que ocupa nuestro lienzo bendito entre los demás del Universo, así como para que tengan mayor comprensión, reverente adoración y entrañable amor a nuestra Enseña. Que el juicio que de Ella se formen y el culto que se le rinda, sea de los que hagan desarrollar tal energía y de los que muevan a la Familia Mexicana como una sola palpitación, cuando se trate de ofrendar la vida en aras de la Patria. Así, pues, el culto que inculquemos sobre el verdadero amor a la Bandera Nacional, será con madurez y reflexión, rechazando siempre con dignidad y hombría, toda absurda y osada pretensión que intente desviar el culto sagrado, que indefinidamente habremos de dedicar a nuestra Bandera.

Todos los niños mexicanos que aprendan a reverenciar y a descubrirse ante nuestra Insignia Patria, así como a hacer igual demostración de respeto ante cualquiera otra extranjera, serán magníficos ciudadanos del mañana, porque harán de su Lienzo simbólico, el más sagrado de los cultos y la más santa de las creencias. También, porque obligarán a los habitantes de otros países, residentes en territorio patrio, a que se descubran y sepan respetar la nuestra. El coronamiento del amor a la bandera, consiste en la actualidad, en que escuelas y planteles educativos, tanto oficiales como privados, están solicitando banderas para que, las entusiastas juventudes y muy especialmente los niños de escuelas del gobierno, estén haciendo guardia de honor al Emblema Nacional, cuando como pequeños soldaditos velen el sueño de su augusta Patria.

Tte. Coronel MANUEL J. SOLÍS

ORDENAMIENTOS LEGALES QUE CREARON EL PABELLÓN Y ESCUDO DE ARMAS DE MÉXICO

DECRETOS RELATIVOS AL PABELLÓN Y AL ESCUDO DE ARMAS DE MÉXICO

ORDEN.—Se designa el escudo de armas del Imperio, y los colores de su pabellón.

Enterada la Soberana Junta Provisional Gubernativa de este Imperio, de lo que expuso Vuestra Excelencia de orden de la Regencia con fechas 6 y 26 del inmediato octubre, manifestando la necesidad de determinar el escudo de armas imperiales, y los sellos que deben servir para la autenticidad de ciertos papeles, y la que hay también de fijar el pabellón nacional, ha resuelto: lo primero, que las armas del Imperio para toda clase de sellos, sea solamente el nopal nacido de una peña que sale de la laguna, y sobre él parada en el pie izquierdo, una águila con corona Imperial. Lo segundo: que el pabellón nacional y banderas del ejército deberán ser tricolores, adoptándose perpetuamente los colores verde, blanco y encarnado, en fajas verticales, y dibujándose en la blanca, una águila coronada; todo en la forma que presenta el adjunto diseño.

Noviembre 2 de 1821.

DECRETO DE 7 DE ENERO DE 1822. —ESCUDO
DE ARMAS DEL IMPERIO Y SELLOS
QUE DEBEN SERVIR

Habiendo tomado en consideración la Soberana Junta Provisional Gubernativa del Imperio, la necesidad que hay de determinar el escudo de las armas imperiales, y los sellos que deben servir para la autenticidad de ciertos papeles, como asimismo la de fijar el pabellón nacional, ha tenido a bien decretar, y decreta: lo primero, que las armas del Imperio para toda clase de sellos sea solamente el nopal nacido de una peña que sale de la laguna, y sobre él parada en el pie izquierdo, una águila con corona Imperial; lo segundo, que el pabellón nacional y banderas del ejército deberán ser tricolores, adoptándose perpetuamente los colores verde, blanco y encarnado, en fajas verticales, y dibujándose en la blanca una águila coronada, todo en la forma que presenta el diseño.

DECRETO DE 14 DE ABRIL DE 1823.—ESCUDO
DE ARMAS Y PABELLÓN NACIONAL

El Soberano Congreso Constituyente Mexicano, a consecuencia de la consulta del Gobierno, de 9 del corriente, sobre si ha de variarse o no el escudo de armas y el pabellón nacional, se ha servido decretar:

1o.—Que el escudo sea el águila mexicana, parada en el pie izquierdo, sobre un nopal que nazca de una peña entre las aguas de la laguna y agarrando con el derecho una culebra en actitud de despedazarla con el pico; y que orlen este blasón dos ramas, la una de laurel y la otra de encina, conforme al diseño que usaba el Gobierno de los primeros defensores de la Independencia.

2o.—Que en cuanto al pabellón nacional, se esté al adoptado hasta aquí, con la única diferencia de colocar el águila sin corona, lo mismo que deberá hacerse en el escudo.

ESCUDOS DE ARMAS DE LAS VILLAS
Y CIUDADES DE LOS TERRITORIOS Y DISTRITOS

Las villas y ciudades de los territorios y distrito federal que carezcan de escudo de armas o que lo tengan con jeroglíficos alusivos a la conquista o dominación española, propondrán al Congreso General para su aprobación el que más les acomode, con tal que blasone laudable origen.

Por tanto,— México, 21 de marzo de 1825.—

A. D. MANUEL GÓMEZ PEDRAZA.

DECRETO DEL GOBIERNO.—PABELLÓN NACIONAL: dónde y en qué días debe enarbolarse.

Antonio López de Santa Anna, sabed: Que considerando: que las armas y el pabellón de la República son el testimonio de su Soberanía, he tenido a bien mandar, en uso de las facultades que me concede la séptima de las bases publicadas en esta villa, y sancionadas por la Nación, que se observe lo prevenido en los artículos siguientes:

Art. 1o.—En todas las fortalezas y puntos fortificados, se fijarán las armas y se alzarán el pabellón de la República.

Art. 2o.—Se fijarán también sus armas y se alzarán su pabellón en todas las oficinas de rentas de las ciudades, villas y pueblos, en las casas de los ayuntamientos, en las catedrales y matrices, en los cuarteles permanentes de tropa, y en todo establecimiento que pertenezca a la Nación y dependa del Gobierno.

Art. 3o.—El pabellón nacional se enarbolará en los días de fiestas nacionales y religiosos, en los que se celebre algún acontecimiento próspero de la República, y en las fiestas del Santo Patrono de cada ciudad, villa o pueblo.

Art. 4o.—Respecto de las fortalezas, se observará lo prevenido en las leyes.

Publicado en el número 85 del “Diario Oficial” de 25 de septiembre de 1916.

Un sello que dice: Secretaría de Estado y del Despacho de Instrucción Pública y Bellas Artes. —República Mexicana.

El C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Encargado del Poder Ejecutivo de la Unión, con fecha 20 del actual, ha tenido a bien dirigirme el siguiente Decreto:

“VENUSTIANO CARRANZA, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Encargado del Poder Ejecutivo de la Unión, en uso de las facultades de que estoy investido, y

CONSIDERANDO: que se halla vigente el decreto de 14 de abril de 1823, por el que dispuso el Soberano Congreso Constituyente que el Escudo Nacional “sea el águila mexicana, parada en el pie izquierdo sobre un nopal que nazca de una peña entre las aguas de la laguna, y agarrando con el derecho una culebra en actitud de despedazarla con el pico; y que orlen este blasón dos ramas: la una de laurel, y la otra de encina, conforme al diseño que usaba el gobierno de los primeros defensores de la independencia; y”

CONSIDERANDO: también, que este decreto se ha prestado a diferentes interpretaciones en su expresión gráfica, dando lugar a una infinita variedad en las figuras de las águilas usadas por las diversas autoridades de la República, faltando así una forma precisa de escudo nacional;

He tenido a bien expedir el siguiente decreto:

ARTÍCULO ÚNICO. —El Escudo Nacional, cuyo modelo se deposita y conserva en la Dirección General de las Bellas Artes, es el único que debe usarse por las autoridades civiles y militares de la República, y por los representantes diplomáticos y cónsules acreditados en el extranjero. Se distribuirán copias de este modelo a los Gobernadores de las Entidades Federativas y a las Oficinas Públicas dependientes del Gobierno General.

Este decreto comenzará a regir desde el día primero de octubre próximo. Por lo tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé debido cumplimiento.

Homenaje a la bandera (1940)

Dado en el Palacio del Poder Ejecutivo Federal en México, a los 20 días del mes de septiembre de 1916. —VENUSTIANO CARRANZA.— Rúbrica. —Al ciudadano Ingeniero Félix F. Palavicini, Subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes.”

Lo que transcribo a usted para su conocimiento y fines consiguientes.

CONSTITUCIÓN Y REFORMAS. —México, septiembre 21 de 1916.— El Encargado del Despacho, FÉLIX F. PALAVICINI.

GOBIERNO FEDERAL

DECRETO por el cual se declaran adoptados los nuevos modelos del Escudo Nacional.

“Al margen un sello que dice: Poder Ejecutivo Federal. —Estados Unidos Mexicanos.—México.—Secretaría de Gobernación.

El ciudadano Presidente Constitucional Substituto de los Estados Unidos Mexicanos, se ha servido dirigirme el siguiente Decreto:

“ABELARDO L. RODRÍGUEZ, Presidente Substituto Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, sabed:

Que en uso de la facultad que me confiere la fracción I del artículo 89 de la Constitución General de la República; y

CONSIDERANDO: que en 14 de abril de 1823, el Soberano Congreso Constitucional expidió un decreto por el que fijó las características que debería tener el Escudo Nacional, como símbolo de las ideas y sentimientos que informaron el nuevo régimen de la Nación, determinando que el Escudo se ajustara al usado por el Gobierno de los primeros defensores de la Independencia;

CONSIDERANDO: que con el transcurso del tiempo y a través de las vicisitudes políticas de nuestra naciente nacionalidad, ese Escudo fue sufriendo

algunas modificaciones, aunque conservando, con especialidad, bajo los regímenes republicanos, los rasgos esenciales que señaló el decreto 14 de abril de 1823;

CONSIDERANDO: que tales discrepancias en la composición artística del Escudo Nacional han dado origen a diversas iniciativas tendientes a imprimirle la debida unidad y diferentes medidas encaminadas a lograrla, y que con ese fin el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista expidió, en 21 de septiembre de 1916, un decreto en el que, reconociéndose la inconveniencia de que el Escudo Nacional tuviera distintas interpretaciones gráficas se mandó depositar en la Dirección General de Bellas Artes el modelo elegido, de acuerdo con los antecedentes históricos y el concepto primitivo que le dió origen, previniéndose que sería el único que en lo sucesivo debería usarse por las autoridades civiles y militares y por los representantes diplomáticos y cónsules acreditados en el extranjero.

CONSIDERANDO: que el aludido decreto de 21 de septiembre de 1916 no llegó a surtir sus efectos por no haberse hecho el depósito mandado, lo que motiva la subsistencia de diversas interpretaciones gráficas;

CONSIDERANDO: que la adopción de un modelo definitivo del Escudo Nacional constituye una necesidad inaplazable por ser el símbolo de la nacionalidad misma, el emblema en que se recuerdan y compendian las tradiciones, las luchas heroicas que el pueblo ha sostenido por su libertad, los acontecimientos más culminantes de nuestra historia y aún las características esenciales de la raza.

Por las consideraciones expuestas y en cumplimiento de las disposiciones legales mencionadas, he tenido a bien expedir el siguiente

D E C R E T O:

ARTÍCULO 1o.—Se adoptan como modelos del Escudo Nacional para sus diversos usos, los que, debidamente autenticados con las firmas del Presidente de la República, del Presidente de la Comisión Permanente del Congreso de la Unión, del Presidente de la Suprema Corte de Justicia y de los Secretarios de Estado, se depositan con esta fecha en el Archivo General de Nación y de los cuales se conservará copia autenticada también en el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía.

Un tanto del modelo para monedas y medallas se entregará para su guarda a la Casa de Moneda.

ARTÍCULO 2o.—Dicho Escudo, en sus respectivos modelos, será el único que en lo sucesivo ostentarán las banderas, monedas, medallas y correspondencia de todas las oficinas públicas del país, así como los Escudos de las Embajadas, Legaciones y Consulados en el extranjero.

ARTÍCULO 3o.—Quedan prohibidas las reproducciones que se aparten de los modelos adoptados por el presente Decreto.

T R A N S I T O R I O

ARTÍCULO ÚNICO.—Procédase a hacer las reproducciones y copias necesarias de los modelos para enviarlas a todas las dependencias de la Administración Pública, con la indicación de que, a la brevedad posible, los impongan en sus servicios.

En cumplimiento de lo dispuesto por la fracción I del artículo 89 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos y para su debida publicación y observancia, promulgo el presente Decreto en la residencia del Palacio del Poder Ejecutivo Federal, en la ciudad de México, D. F., a los cinco días del mes de febrero de mil novecientos treinta y cuatro.—A. L. RODRÍGUEZ.

—Rúbrica.—El Secretario de Estado y del Despacho de Gobernación, EDUARDO VASCONCELOS.— Rúbrica.”

Lo que comunico a usted para su publicación y demás fines.

Sufragio Efectivo. No Reelección.— México, D.F., a 5 de febrero de 1934.

—El Secretario de Gobernación, EDUARDO VASCONCELOS.— Rúbrica.

LA BANDERA EN LA LITERATURA Y EN LA HISTORIA

(Fragmentos sencillos de Historia de México, dedicados a la niñez de mi Patria).

EN NOVIEMBRE de 1820, el Brigadier D. Agustín de Iturbide ofreció a D. Juan Ruiz de Apodaca, penúltimo Virrey de la Nueva España, que aniquilaría a las fuerzas insurgentes del perseverante D. Vicente Guerrero y del dinámico Pedro Ascencio. Esa proyectada destrucción, consumada que fuese, haría al jefe realista dueño de una zona suriana dentro de la cual pensaba proclamar la independencia de México.

Frustrado el plan de Iturbide, ya que no pudo vencer a aquellos invencibles revolucionarios, la táctica del futuro primer Emperador de México, hubo de cambiar de frente. Decidió el militar realista ganarse la voluntad del General Guerrero, prometiéndole, por escrito, el bien del indulto, y lo que mejor era: la consumación de la Independencia, previa alianza de los bandos beligerantes.

La Independencia de mi Patria –contestó Guerrero, también por escrito– será cuestión que yo resuelva pugnando contra usted en el campo de batalla.

Nuevo cambio de diplomacia en Iturbide. Creyó infalible, y así le resultó, el recurso de hacer vibrar, con sus palabras persuasivas, los sentimientos tan patrióticos como humanitarios de Guerrero en aquella famosa, aunque no debidamente comprobada, entrevista de Acatempan.

Cierta o imaginaria en ese lugar tal entrevista, el hecho irrefutable y patente en el caso fue la actitud desinteresada, noble y abnegada del Caudillo del Sur, cuando se puso a las órdenes de su antiguo enemigo Iturbide, sin que éste hubiese tenido el honor de vencerlo en lid cruenta.

Como bien se sabe, el Plan de Iguala que elaboró Iturbide y al cual se adhirieron muchos de los más ameritados insurgentes, contenía artículos como el siguiente:

“XVI.—Se formará un Ejército protector que se denominará de las Tres Garantías, porque bajo su protección toma, lo primero, la conservación de la Religión Católica, Apostólica, Romana, cooperando por todos los medios que estén a su alcance para que no haya mezcla alguna de otra secta y se ataquen oportunamente los enemigos que puedan dañarla; lo segundo, la independencia bajo el sistema manifestado (monarquía moderada, con arreglo a la constitución peculiar y adaptable al Reino); lo tercero, la unión íntima de americanos y europeos; pues garantizando bases tan fundamentales la felicidad de Nueva España, antes que consentir la infracción de ellas, se sacrificará dando la vida del primero al último de sus individuos.”

Religión, Independencia, Unión. Realizados estos tres conceptos, se constituiría la vida culta de nuestro emancipado País.

Y he aquí cómo, a fin de hacer visibles y comprensibles para el pueblo aquellas tres abstracciones, quienes anhelaban concretarlas pensaron en una bandera, en un símbolo. Tres eran las garantías, tres habían de ser los colores simbólicos de la bandera. Nuestros libertadores, a contar desde el Cura Hidalgo hasta el General Guerrero, habían sido creyentes; siempre lucharon por la Independencia de la Patria, sin olvidar, como hombres, sus ligas espirituales con la Divinidad.

Blanca como la nieve de las alturas vecinas del cielo, como la Vía Láctea, ruta del Paraíso, había de ser, pues, en parte, la Enseña de la Patria. Era la Religión inmaculada.

Verde, como la selva virgen y el dilatado valle de la bendita tierra en que sólo la libertad había de señorear las almas, fue el color simbólico de la Independencia.

Encarnado, como la sangre española y la americana, que se mezclaron con fuerte afinidad bravia, era el que significaba inseparable Unión.

Homenaje a la bandera (1940)

La tradición nos habla de que un sastre, residente en Iguala, D. José Magdaleno Ocampo, hizo el primer ejemplar de la Bandera Nacional, disponiendo las franjas en sentido diagonal y en este orden: blanca, verde y encarnada. En el campo de cada franja destacábase una estrella; y, en la del centro del pabellón se realizaba una águila imperial que después, durante los fugaces imperios de Iturbide y Maximiliano apareció coronada. La República ordenó quitarle al águila aquella corona y suprimir las estrellas. Hoy, las franjas verde, blanca y roja, están colocadas verticalmente; y, hace algunos años, se decretó que la figura del águila estuviese en posición de perfil.

Este pabellón Tricolor, símbolo del Plan de Iguala, que juró el Ejército de las Tres Garantías el 2 de mayo de 1821, ha sido y deberá ser siempre objeto de la devoción del Pueblo Mexicano. Sus colores, que son los más bellos del espectro solar, nos hablan del alma blanquísima de la Patria, asentada en un territorio de inmarcesible verdor regado tantas y tantas veces con el doloroso, pero fecundante torrente de sangre mexicana.

¡Allí está nuestra Bandera! Es recuerdo para los ancianos y esperanza para los niños; es, para los triunfadores, aclamación laudatoria; para los muertos con honor, amoroso sudario; para el dolor, consuelo; para la dicha, un grito de colores victoriosos!

¡El culto al Pabellón Nacional, es, para el patriota ateo, una obligación impuesta por su propia conciencia individual y por el espíritu colectivo; para el patriota creyente, es la adorable bandera mexicana un velo divino que, descornado en acto heroico por el hombre, permite gozar a éste, a la postre, de la indescriptible visión de la única Inmortalidad!

HERIBERTO ENRÍQUEZ

L ESTADO DE MÉXICO, extenso si lo hubo, quedó bajo la sombra del augusto Pabellón Tricolor, después de la Consumación de la Independencia.

Ese Pabellón Nacional nació simultáneamente en el alma colectiva de la Patria, y en el corazón de cada uno de los patriotas, del mismo modo que el sol naciente refléjase en las grandes masas de agua y se multiplica en cada una de las incontables gotas de agua que las componen.

En la Revolución de Reforma, lo mismo que en las Guerras de Invasión (1847 y 1862), los hijos del Estado de México hicieron flamear la Tricolor Enseña entre el fragor de los innúmeros combates. La defendieron con brazo fuerte y corazón indómito. No bien el sacrosanto lienzo, faltó repentinamente de sostén, estaba a punto de ir por tierra, cuando ya luchaban por empuñarlo, sostenerlo y tremolarlo miles de manos recias vivificadas por almas heroicas.

Tantos héroes anónimos del Estado de México actuaron en las luchas de Independencia y de Reforma, así como contra la Intervención y el Imperio, que la investigación histórica no ha podido poner de relieve los hechos personales de tales campeones.

Hay heroísmos, sin embargo, no de capitanes, sino de masas. Recordad, niños mexicanos, a aquel impetuoso cuerpo de Ejército que se llamó “Lanceros de Toluca”. ¡Cómo fue de los más aguerridos y de los más denodados en la grandiosa Epopeya del Cinco de Mayo de 1862! Aquel sector de tropas, entre otras corporaciones del país, se inmortalizó a la sombra de la Bandera Nacional y provocó el asombro, primero, y el respeto, después, de los soldados franceses.

El Estado de México fue parte del caudaloso torrente patriótico que, con su lábaro tricolor en alto, ahogó a las huestes de Napoleón III, el pequeño de alma; y el águila republicana de la bandera cuyos colores refulgieron victoriosamente al sol primaveral, hizo huir, derrotadas y alicaídas, a las imperiales águilas francesas.

El Estado de México, en Escuelas, Talleres, Oficinas Públicas, Templos, etc., iza perpetuamente su Bandera. Pero, ¿qué digo? ¡Cada corazón de ciudadano del Estado de México es una Bandera teñida de amor a la Patria!

Y cuando el sol dardea la nieve de la eminencia más majestuosa de la región, el Xinantécatl, irísase la blancura de los picachos; y, tejidos con vaporosos hilos de luz sus gayos colores, se enarbola, más y más alta cada vez, en una astil de fuego solar, la incomparablemente gloriosa tricromía del Emblema Nacional!

HERIBERTO ENRÍQUEZ

Después del Sr. Cura Hidalgo, otros muchos mexicanos continuaron peleando por la Independencia de nuestra Patria.

Entre ellos hubo uno que se llamaba Vicente Guerrero, muy valiente y constante, y a quien no lograron dominar nunca los españoles.

Con Guerrero se unió Don Agustín Iturbide que antes había sido muy malo con los que querían la Independencia, pero que al fin consintió en ella.

Los ejércitos de los dos se unieron en uno solo que se llamó Ejército de las Tres Garantías, y éstas eran: Religión, Independencia, Unión.

Los dos generales inventaron una bandera para su ejército. Para cada garantía adoptaron un color, y como fueron tres, verde, blanco y colorado, la bandera resultó tricolor.

Cada color tenía un significado de acuerdo con las garantías: el verde simbolizaba la Independencia, el blanco la Religión y el colorado la Unión.

Y así fue creada la bandera de las tres garantías.

Homenaje a la bandera (1940)

Y esa bandera tuvo la felicidad de ver consumada la Independencia, y el día en que la guerra concluyó, fue ella la que entró a México conducida por el ejército victorioso.

Desde entonces la bandera de las tres garantías ha sido la Bandera Nacional, la Bandera Mexicana. Ella ha sido la que han defendido los mexicanos en los campos de batalla, la que ha ondeado en los palacios y edificios públicos, la que llevan en el corazón los patriotas, la que aman y honran todos los hijos de México, porque ella es el signo de la patria.

¡Ámala siempre, hijo mío! ¡Y nunca permitas que la insulten; y si es preciso morir, muere por ella!

GREGORIO TORRES QUINTERO

En el tomo X capítulo X página 626 de su Obra “Historia General de México”, don Niceto de Zamacois al referirse al pabellón mexicano, explica textualmente lo siguiente:

“El plan que Iturbide acababa de proclamar contenía, como hemos dicho, tres artículos o ideas esenciales, que eran la conservación de la religión católica, apostólica romana, sin tolerancia de otra alguna; la independencia bajo la forma de gobierno monárquico moderado, y la unión entre americanos y europeos. Estas eran las tres garantías, de donde tomó el nombre el ejército que sostenía aquel plan, y a esto aluden los tres colores de la bandera que se adoptó y que ha venido a ser la bandera nacional, significándose por el blanco la pureza de la religión: por el encarnado la nación española, cuya cucarda es de aquel color, y cuyos individuos debían ser considerados como mexicanos, y el verde se aplicaba a la independencia. Las fajas de estos diversos colores, fueron al principio horizontales: después se pusieron perpendiculares, por decreto del primer congreso, para que en la blanca del centro quedase mayor espacio para pintar el

águila sobre el nopal, que con las modificaciones consiguientes a las variaciones de forma de gobierno, han sido desde entonces las armas de la nación. Los demás artículos eran ampliaciones de estos o prevenciones sobre el modo de cumplirlos, y estos tres puntos principales estaban perfectamente acomodados a las circunstancias en que el país se hallaba.”

El ilustre historiador don Julio Zárate en una nota explicativa que figura en el capítulo XIII de la Obra “México a Través de los Siglos”, refiriéndose al plan de Iguala y a las tres garantías que simbolizan los tres colores de la Bandera Mexicana adoptada desde entonces, dice lo siguiente:

“Los tres colores de la bandera que entonces se adoptó y que ha venido a ser la bandera mexicana, significaban: el blanco, la pureza de la religión; el encarnado, la nación española, cuya cucarda era de aquel color, y cuyos individuos debían ser considerados como mexicanos, y el verde, la independencia.

El 2 de noviembre de 1821 la Junta provisional gubernativa resolvió que las armas del imperio para toda clase de sellos, fuera solamente el nopal nacido de una peña que sale de la laguna, y sobre él parada en el pie izquierdo una águila con corona imperial, y que el pabellón nacional y banderas del ejército deberían ser tricolores, adoptándose perpetuamente los colores verde, blanco y encarnado, en fajas verticales, y dibujándose en la blanca una águila coronada.

Derribado el efímero imperio de Iturbide, el Congreso constituyente decretó en 14 de abril de 1823 lo siguiente:

1o.—Que el escudo nacional sea el águila mexicana, parada en el pie izquierdo, sobre un nopal que nazca de una peña entre las aguas de la laguna y agarrando con el derecho una culebra en actitud de despedazarla con el pico, y que orlen este blasón dos ramas, una de laurel y otra de encina, conforme al diseño que usaba el gobierno de los primeros defensores de la independencia.

2o.—Que en cuanto al pabellón nacional, se esté al adoptado, hasta aquí, con la única diferencia de colocar el águila sin corona, lo mismo que deberá hacerse en el escudo.”

La bandera

La bandera está tejida con mil hilos delicados
de las almas y las frentes por la patria entresacados;
es un palio enriquecido por la gloria y el honor;
es un tul de hebras tejidas con divinos sentimientos
es un lienzo recamado de sublimes pensamientos,
es un paño todo espíritu y es un velo todo amor.

En un hilo está la pena y está en otro la alegría;
en un hilo está la ciencia y está en otro la poesía;
vibra en éste el entusiasmo y en aquél llora la cruz;
uno abriga el heroísmo; otro encierra la venganza;
otro esconde lo inefable; otro oculta la esperanza
y son todos el cordaje de un gran órgano de luz!

Como rucas misteriosas los ardientes corazones
hilan, hilan la bandera con activas pulsaciones,
y al impulso de la patria nunca cesan de girar;
en su curso rotativo, cada ovillo rueda y rueda,
y cual tejen los gusanos el capullo de la seda,
va tramándose la randa con las hebras del telar.

Toman parte cien mil husos en la malla del bordado,
y cien mil devanaderas en el rítmico trenzado,
que un sutil hilo recibe desde cada corazón;
las corrientes de hebras raudas van labrando el velo rico,

y cual prende un haz de rayos en su extremo, un abanico,
en un haz tiene prendida la bandera a la Nación.

Son también hebras distintas de la flámula bizarra,
polifónicos bordones de melódica guitarra,
dulces sargas de cantares que sollozan su sentir,
áureas sedas de rebozos y quisquémiles indianos,
tallos secos y crujientes de trigales mexicanos
y mil cuerdas de bandurrias no cansadas de reír.

A ese velo de la patria intercalan como flores
sus espíritus las vírgenes, los mancebos sus ardores,
la niñez sus santos coros, su alegría y su candor,
los soldados sus hazañas, sus laureles y sus rosas,
y la anciana que recita tradiciones milagrosas,
sus arrugas consagradas y sus lágrimas de amor.

La bandera es evangelio por la patria consagrado,
es el lienzo de sus glorias en el aire desplegado,
el relato de sus triunfos, su grandioso porvenir;
la bandera es nuestra vida, nuestra raza prodigiosa,
nuestro amigo, nuestro hermano, nuestra madre, nuestra esposa
y el sudario donde envueltos hemos siempre de dormir.

La bandera es nuestra frente, nuestro pecho, nuestra mano;
todo sabio, todo artista, todo niño, todo anciano,
a dos Madres bendecimos, y ella ondula entre las dos:
quien la ultraje, a sí se ultraja; quien la eleve a sí se eleva;
quien su honor al sol levanta, su virtud en alto lleva;
quien la manche, a sí se mancha, quien la besa, besa a Dios!

Homenaje a la bandera (1940)

En un hilo está la pena y está en otro la alegría;
en un hilo está la ciencia y está en otro la poesía;
vibra en éste el entusiasmo y en aquél llora la cruz;
uno abriga el heroísmo, otro encierra la venganza;
otro esconde lo inefable, otro oculta la esperanza,
y son todos el cordaje de un gran órgano de luz!

SALVADOR RUEDA

La bandera nacional

Altanera
la bandera
la bandera tricolor,
nos inflama
con la llama
sacrosanta del valor!

De victoria
luz de gloria
de sus pliegues despidió;
y sus lampos
en los campos
de batalla reflejó!

¡Cuán hermosa
y orgullosa
en el mástil al flotar,
la admiramos
y aclamamos
en la tierra y en el mar!

¡Cuán divina
la ilumina
refulgente claridad:
que es doquiera
la bandera
de la santa libertad!

LUIS J. JIMÉNEZ

LA BANDERA

*V*EN USTEDES –decía a menudo el viejo capitán– ustedes no saben, ustedes no pueden comprender lo que es la bandera. Es necesario haber sido soldado; es preciso haber pasado la frontera y marchado por caminos que ya no son los de la Patria; es indispensable haber estado alejado del país, privado de toda palabra de la lengua que aprendimos desde la infancia, de los dulces labios de nuestras madres; es preciso haberse dicho, durante las jornadas y etapas fatigosas, que todo lo que queda de la Patria ausente, es ese jirón de seda de tres colores que cabrillea a lo lejos en el centro del batallón; es necesario no haber tenido en medio de la humareda de la batalla otro punto de reunión que aquel pedazo de tela desgarrada, para comprender, para sentir, para pensar todo lo que contiene en sus pliegues esa cosa sagrada que se llama la bandera. La bandera, mis pobres amigos, oídlo bien, expresando su idea en una sola palabra, haciéndola palpable en un solo objeto, es todo lo que fue y todo lo que es la vida de cada uno de nosotros: el hogar en que se nace, el rincón de tierra en que se crece, la primera sonrisa del niño, la madre que os arrulla, el padre que os reprende, los primeros años, la primera lágrima, las esperanzas, los ensueños, las quimeras, los recuerdos, en un nombre, el más hermoso de todos: ¡la Patria!

Sí, yo os lo digo, la bandera es todo eso, es el honor del regimiento, sus glorias y sus títulos brillando en letras de oro sobre sus colores marchitos que llevan nombres de victorias; es como la conciencia de los valientes que marchan a la muerte bajo sus pliegues; es el deber en lo que hay de más severo y de más altivo, representado por lo que hay de más grande: una idea flotando en un estandarte. Y bien, admiraos de que se ame esa bandera a veces convertida en harapos, y que

se deje uno por ella agujerear el pecho y machacar el cráneo. Parece que todos los corazones del regimiento penden de su asta por hilos invisibles: Perderla es una vergüenza eterna. Sería lo mismo que abofetear uno a uno a esos millares de hombres, arrancarles de un solo golpe su bandera.

¡No, no. Cien veces no! Ustedes no comprenderán jamás lo que puede sufrir un hombre que sabe que su bandera permanece, como parte integrante de su país, en las manos del enemigo. Es una idea fija, que le obsesiona, que desde entonces le tortura y le desgarrar. ¡La bandera está lejos! ¡El enemigo la ha tomado! ¡el enemigo la guarda! ¡Qué horror!

Noche y día piensa en ella, sueña con ella y a veces muere por ella...

¿Qué es la bandera? Vosotros me diréis: símbolo... y ¿qué importa que figure aquí o allá, en una revista o en una apoteosis? ¿Símbolo? ¡Sea! ¡Pero mientras que la especie humana tenga necesidad de unirse a alguna creencia sana, varonil y verdadera, necesitará aún de esos símbolos, a la vista de los cuales se remueven en nosotros, hasta el fondo del mar, todos los más generosos sentimientos, todo lo que nos lleva a la abnegación, al sacrificio y al deber!

¡...Ven ustedes –repetía el viejo capitán Fougerel– ustedes no saben, no pueden saber lo que es una bandera...!

JULIO CLARETIE

La bandera

Dícele el veterano a su bandera:
¡hecha un jirón estás, bandera mía!
pues, aun así, brillante y altanera,
flotando vas por la región vacía.

Te amo más que el avaro a su tesoro:
no hay otra como tú, vieja hermosura;
ayer engalanó tu lienzo el oro,
hoy con manchas te ves de sangre oscura.

¡Así te quiero yo, pobre bandera!
¡Oh! tú das fuerza a mi cansada mano,
¡Oh! ¡tú serás, mientras la suerte quiera,
la esposa del valiente veterano!...

Yo he dormido a tu sombra vencedora,
como duerme un león, ya satisfecho:
puesto al hombro el fusil, me halló la aurora.
Y a la voz del clarín, latió mi pecho.

Firme y robusto, como tronco erguido,
con los ojos en tí, me vió la guerra;
¡silbaba el plomo, el hierro enrojecido
cubría de cadáveres la tierra!...

¡Oh! ¡tú no sabes bien, bandera mía,
lo que en momento tal pasó en mi alma!

Henchido de valor, –¡muerto (decía),
a falta de laurel, hallaré calma!

Y vencí... ¡como siempre! el enemigo
huyó cubierto de menguado espanto;
la selva, en sus entrañas, le dió abrigo;
la noche densa le envolvió en su manto...

¡Oh, recuerdo inmortal! ¡Aquí, conmigo,
dentro del corazón... aquí te quiero!
Tú, tú serás de mi lealtad testigo,
de mis glorias futuras compañero.

Ese son... ¡otra vez! La trompa fiera
torna a llamar la gente a la batalla...
¡Oh! a la lid, a la lid, ¡ven, mi bandera,
a triunfar de la bomba y la metralla!

Nada es bastante a contener mi brío;
yo no sé qué es temor; busco la gloria;
ella hace un trono del sepulcro frío;
trueca el ciprés en palma de victoria.

¡Rompa los vientos el cañón sonoro!
¡La gloria en esos campos nos espera!...
Vale un manto de rey, un cetro de oro,
el más pobre jirón de mi bandera!

FRANCISCO ZEA

LA BANDERA NACIONAL

EN PIE, MEXICANOS! La sacrosanta enseña de la Patria descoge al aire sus deslumbrantes pliegues! Cantos de júbilo resuenan atronando el espacio: ecos vibrantes que dilatan sus ondas desde las riberas del Bravo a las arenosas playas de Yucatán!

¡Sonad los clarines! ¡Batid los tambores! Saludad con entusiastas hurras a nuestro pabellón tricolor que se yergue en el asta, en medio de los magníficos acordes de nuestro Himno Nacional, bañado por el sol de septiembre, el vívido sol de nuestras legendarias glorias!

Cantar a la bandera es cantar a la Patria, porque la Bandera es su sagrado símbolo. Descubrámonos cuando pasa: saludémosla cuando flota arrogante sobre nuestros palacios en las cívicas festividades; inclinémonos cuando cuelga a media asta, en melancólica señal de duelo, siempre que la República llora a uno de sus más ilustres hijos, a uno de sus más preclaros defensores!

¡Que se agiten nuestros corazones al épico sonido de los clarines, que latan al unísono del bélico redoble de los tambores, que vibren nuestras voces en el espacio y entonen un canto de gloria cuando aparezca el pabellón mexicano, llevando en sus pliegues la grandiosa idea del derecho, del honor, de la libertad!

¡Sus tres colores evocan en nosotros recuerdos altamente queridos y, bajo una forma alegórica, representan, a la vez, las radiosas cimas resplandecientes de luz, hacia las cuales México encamina sus destinos; la esperanza consoladora hacia los ideales de justicia y de dicha, de paz y de progreso; el valor heroico que sostiene al pueblo y le trae al alma el fuego sagrado conque luchara en la magna epopeya de la Independencia!

¡Símbolo de paz y de concordia, protector de los débiles y de los oprimidos, el pabellón mexicano agrupa a su alrededor a un pueblo libre que ante él olvida sus disensiones pasadas y se une en un sentimiento purísimo de amor y de inquebrantable fidelidad!

¡Sonad los clarines! Se yergue en el asta el patrio pabellón, arrullado por los triunfales acordes de nuestro Himno Nacional, alumbrado por los irradianes fulgores del sol de tantas glorias, el vívido sol de nuestras legendarias proezas!

LUIS J. JIMÉNEZ

Homenaje a la bandera (1940)

¡Oh, mi bandera!

¡Salud, bandera de mis mayores!
De nuestra Patria glorioso emblema.
Si en lo alto luces con tus colores,
eres, con todos tus esplendores
página viva de un gran poema.

De un gran poema: ¡la Patria mía!
verdes campiñas, nevados montes,
cielo en ocaso de un bello día
que en los espasmos de su agonía
incendia airado los horizontes!

¡Oh, mi bandera de tres colores:
verde, esperanza; blanco ilusión;
el rojo es sangre de luchadores,
sagrado fuego de los amores
que al verte inflaman el corazón!

Índice excelso de altiva raza
que asciende firme por la pendiente
de lo sublime, y el mal rechaza:
¡águila fiera que despedaza
con pico y garras a la Serpiente!

Símbolo eres, santa bandera,
de aspiraciones y anhelos grandes

de un pueblo heroico! Verte quisiera
flotar muy alto! noble, altanera!
sobre la cumbre de nuestros Andes!

A la vanguardia de los Latinos,
eres, bandera, seguro guión
que marca el rumbo de sus destinos:
¡Firme atalaya que en su camino
señala el punto de intersección!

¡Por tí juramos!, ¡Oh mi bandera!
bajo tu sombra fieles seguir
Si caes, alzarte! por que altanera
flotes al aire, y en la postrera
hora solemne, ¡Verte y morir!

FRANCISCO CUERVO MARTÍNEZ

La bandera mexicana

¡Qué hermosos son, qué lindos los colores
de que se forma mi bandera amada!
mírala, es verde, blanca y colorada,
y su belleza inflama el corazón.

¡Con cuánto amor la empuño y en mi mano
flotar la dejo al aire de mil modos;
y como yo, mis compañeros todos,
aman a mi bandera con pasión!

Es mi bandera querida
verde, blanca y colorada;
verde, la esperanza amada,
blanca, la inocente vida;
colorada, enrojecida,
es la llama del amor,
es el patriótico ardor,
con que el niño mexicano
debe tomar en la mano
su pabellón tricolor.

FRANCISCO CUERVO MARTÍNEZ

EXCITATIVA EN PRO DEL CULTO A LA BANDERA MEXICANA

*L*A PATRIA no es una palabra romántica, no es un simple vocablo, no es una expresión lírica; la Patria es una realidad tangible, hecha de sacrificios, de heroísmos, de anhelos y de entusiasmos. Suelo donde se apoyan nuestros pies, cielo en el que se posan nuestros ojos, calor que anima a nuestro cuerpo, luz que ilumina nuestro espíritu; tierra que ahueca su seno para recibir nuestros despojos, que nutre los árboles para que nos brinden su sombra y su carne; que sustenta la espiga y la flor, el hogar y el templo, la fábrica y el taller, el monumento y la escuela; agua que fertiliza los campos, fecunda los jardines y refresca los labios; viento azul embalsamado de perfumes, en cuyos hilos cuelgan las aves los cascabeles de sus trinos y prenden los niños las campanillas de sus risas; iris en la tormenta, lágrima de lucero en las pestañas de la noche; pan y alegría, belleza y sustento, trabajo y amor, la Patria existe como una síntesis de cuantos habitamos el mismo suelo y procedemos del mismo origen étnico, luchamos en el mismo presente y soñamos con idéntico porvenir. Suma de esfuerzos y de ilusiones, de goces y de angustias, la Patria es puño en que se atan destinos idénticos; vértice que señala iguales horizontes; montaña de carne y alma hasta donde sube la llanura humana para empapar de sol la arcilla deleznable, nostálgica de auroras y sedienta de inmensidad.

Cuna de nuestros hijos, tumba de nuestros mayores y altar de nuestros héroes, templo de nuestros artistas, laboratorio de nuestros investigadores, gabinete de nuestros sabios, taller de nuestros obreros, surco de nuestros campesinos, torre de nuestros soñadores, estrella de nuestros poetas, pórtico de nuestros filósofos, estadio de nuestras juventudes, meta de nuestros hombres de acción, pedestal

de nuestros paladines, objeto y fin de nuestros esfuerzos, de nuestros anhelos y nuestros entusiasmos, la Patria existe, evidente, indiscutiblemente. Nosotros no somos sino sus células vivas; nuestra alma un jirón de su alma; nuestro espíritu molécula de su espíritu; nuestra vida gota de agua que se alberga en ella, como lágrima en el seno del mar.

La Patria es más real que nosotros, porque aunque nosotros pasemos, ella queda, como el árbol aunque las hojas se marchiten; como queda el cielo aunque los astros se apaguen; como queda la vida aun cuando los hombres mueran.

Pues bien, la forma concreta de la Patria es la Bandera; la expresión tangible y simbólica de la Patria, es el lienzo sagrado que la representa y la sintetiza y nos la ofrece ante los ojos, como la materialización de un alma inmensa que se transmutase en tela tricolor para hacer visible lo que no puede verse, como la lámpara eléctrica, en cuya materialidad, la energía inescrutable se transforma en el milagro fehaciente de la luz.

Por eso, honrar a la bandera es honrar a la Patria; por eso, también, establecer el culto a la bandera es fincar el culto a la Patria que siendo nuestra madre común, tiene derecho a ser honrada y exaltada debidamente, si no queremos que la acción colectiva se disuelva en objetivos disímiles y que, lejos de apretarnos en torno de un ideal común, constituyamos un todo anárquico, sin unidad y sin cohesión, que serán fácil presa de cuantos alimentan la disolución de los países para vivir de sus despojos.

Sobre todo, en estos momentos en que, ante la agresión de la fuerza sin escrúpulos, o de la necesidad sin taxativas o de la ambición sin freno, todos los pueblos amacizan sus tradiciones y se agrupan para defender, palmo a palmo, la tierra enrojecida con la sangre de sus héroes; en estos momentos en que desenmascarada la política mundial y desnuda la bestia humana de sus falsas ideologías, sólo queda como única, suprema y angustiada realidad, la Patria, urge avivar entre nosotros el fuego sagrado de su culto, polarizando la conciencia nacional hacia el signo que nos la hace visible: La Bandera. Procurando que

Homenaje a la bandera (1940)

en el campo, en el taller, en la escuela, en el cuartel, en la fábrica, en el hogar y en la plaza pública, en todas partes, sea el pabellón mexicano el punto en que converjan todos nuestros actos, todos nuestros esfuerzos, todas nuestras más nobles actividades.

Si conseguimos esto, no importa que unos u otros, profesen religiones distintas; que éstos o aquéllos se inspiren en diferentes filosofías; que sean dispares nuestros propósitos y antagónicos nuestros pensamientos y antitética nuestra manera de sentir, no importa, porque todos tendremos, como vértice de conjunción, nuestro amor a la misma Patria, expresando en nuestro culto a la misma bandera, que será así el más bello lazo de unión de los mexicanos.

Con tal noble fin y de una manera concreta, el señor Wenceslao Labra, no precisamente como Gobernador del Estado de México, sino como simple ciudadano, por medio de este humilde colaborador suyo y en esta solemne ocasión, desea exhortar a todos los mexicanos para que rindamos, no nada más hoy, sino constantemente, respetuoso homenaje a nuestra Patria Insignia, lo mismo los campesinos que los obreros, estudiantes, militares, funcionarios, etc., de tal modo, que se vaya creando el hábito y la costumbre de honrar a la bandera, de respetarla y de procurar, con cada uno de nuestros actos, glorificarla y enaltecerla.

En cada lugar, por alejado que esté y humilde que sea, podría, por ejemplo, erigirse un mástil y en él izarse y arriarse diariamente la bandera, previa una sencilla ceremonia. En el patio de cada escuela, fábrica, cuartel, etc., podría hacerse esto o, en su defecto, colocar la Enseña Patria en una vitrina, a la que se diese guardia permanente durante las horas de trabajo.

Con objeto de dar mayor solemnidad a todos los actos de homenaje a la bandera, podría cantarse un himno alusivo; mismo que sería entonado durante la marcha, en los desfiles de los grandes días, como el 5 de Mayo, 16 de Septiembre, 20 de Noviembre, etc.

En las escuelas, periódicamente, podría proponerse el desarrollo de temas alusivos a la bandera, de carácter histórico, literario o sociológico; y en las

fábricas, podrían destinarse unas horas de cada fin de semana para inculcar a los obreros el amor y respeto a nuestra Insignia Nacional.

Los deportistas, podrían añadir a sus gritos de guerra, alguno que constituyese un homenaje a la bandera; y en cada oficina o dependencia oficial, podría ordenarse la colocación de los colores patrios, como signo unánime de que todo Gobierno sólo constituye el órgano administrativo, político, jurídico de un país, cuya esencia y única razón de ser es la Patria.

Por otra parte, como ha quedado instituido ya el Día de la Bandera, se procuraría dar a esta conmemoración toda la solemnidad posible, obligándose a participar en ella a todas las clases sociales, sin distinción de credos ni de categorías, de tal modo que quedase evidenciado el hecho de que ante la Patria común, feliz o desgraciada, desaparecen todas nuestras diferencias y no quedan sobre el suelo de México más que hermanos dispuestos a trabajar y a sacrificarse por quien tantos héroes y tantos paladines lucharon, sufrieron y murieron.

Tal vez pueda creerse que esta exhortación es hija sólo de un patriotismo vacío y espectacular. ¡No es así! ¡Es que estamos firmemente convencidos de que es indispensable crear un centro de acción y de pasión que nos una a cuantos necesariamente tenemos que vivir divididos por diferencias de ideología y actividad; es que comprendemos que ahora, más que nunca, urge que nos sintamos mexicanos; y es que estamos convencidos de que, pese a cuantos profesan doctrinas ecuménicas e ideologías cosmopolitas, lo único que resulta indiscutible es la Patria; porque, si al fin y al cabo, en este devenir eterno que es la vida, todo resulta efímero y deleznable, ilusorio y pasajero, la Patria, por lo menos, es algo que ennoblece la existencia; que magnifica la acción; que justifica el sacrificio; que glorifica el pensamiento y que permite al pobre barro humano transfigurarse en ejemplo de virtud y arquetipo de grandeza.

Pero ¿de qué modo y cómo honrar mejor a la Patria que honrando a la bandera, símbolo que todos comprenden por su sencillez sublime, por su impresionante belleza, por ese aleteo de vida, de vela, de ala, de estrella que

Homenaje a la bandera (1940)

tiembla lo mismo en el lago tranquilo de la pupila de los niños que en el océano tormentoso de los ojos de los hombres?...

¡Sí!, ¡abramos un surco de amor en la entraña cálida del corazón humano y arrojemos, como semilla de luz, el amor a la bandera de México, así veremos muy pronto cómo, abajo, fecundada por nuestro esfuerzo, toda la tierra Patria es una ofrenda de espigas y arriba, iluminado por nuestro amor, todo el cielo de México se ofrece a nuestros ojos como una cosecha de estrellas!

¡Hermanos en el trabajo y en el ensueño, porque todos nos sentiremos ya, al amparo de la misma bandera, vástagos de la misma madre, es decir: hijos de la misma Patria!

HORACIO ZÚÑIGA

LA BANDERA MEXICANA Y LA EPOPEYA DE CHAPULTEPEC

*L*A BATALLA de Molino del Rey, demostró plenamente todo el poder de resistencia de que eran capaces las tropas mexicanas, dirigidas con acierto, entereza y valor... Jornada fue aquella que costó al enemigo torrentes de sangre y varios elementos de guerra, sin lograr obtener las ventajas que merecían semejantes sacrificios.

El general Scott, como dijimos ya, dirigió sus fuerzas contra el Molino del Rey y sus posiciones adyacentes, creyendo adquirir trofeos inestimables y gran cantidad de pólvora, en cuyo concepto, y deseando avanzar por la vía occidental sobre México, amagándolo desde el mismo Chapultepec –golpe de terrible efecto moral sobre el Ejército y la población–, tuvo cruel y profundo desengaño al ver el tristísimo resultado de la batalla que le costó considerables pérdidas! Vió que en los depósitos del Molino del Rey y Casa Mata no había el rico material de guerra que creyó adquirir, ni mucho menos pudo tener con tan arriesgada y sangrienta conquista puntos estratégicos que compensaran la suma de energías vitales y pecuniarias vertidas en sus operaciones del 8 de septiembre y las que le precedieron.

Bien sabido es que los generales Worth y Scott tuvieron agrio altercado porque aquél se oponía al proyecto de su general en jefe, juzgándolo inconducente y antiestratégico. Y efectivamente, poco avanzó el caudillo americano después de la sangrienta jornada del Molino del Rey, si se tiene en cuenta que bien pudo evitar aquel choque general, rehuyendo las posiciones sobre las que lanzó sus brigadas, concretándose a tomar Chapultepec, para seguir sin obstáculo hasta la garita occidental de Belem.

Sin embargo, para la causa mexicana, la acción de armas que hemos referido fue uno de los últimos desastres, uno de los últimos eslabones trágicos de la lúgubre cadena que, tendiéndose de Oeste a Oriente, limitó las fronteras de nuestra Patria, retrocediéndola centenares de millas al Sur.

Nuestras pérdidas en el Molino del Rey fueron terribles, pues cayeron en poder del enemigo, según sus mismos partes, más de 800 hombres, inclusive 51 oficiales, en su mayor parte de la brigada León; pero el adversario sufrió también hondamente, teniendo 58 oficiales y 729 soldados fuera de combate, amén de multitud de prisioneros y dispersos.

Mas si para el enemigo esta jornada fué costosa, para nosotros tuvo un efecto moral decisivo, produciendo el mayor desencanto en la población de la Capital, estremecida dolorosamente por esta catástrofe, no obstante que el general Santa Anna la hizo celebrar como un triunfo, con repiques y dianas!

¡Quería el general en jefe arrojar velos de apoteosis triunfales a sus postreros descalabros!

¡Y pensar que todavía el día 7, en la misma víspera, se convirtió en paseo y regocijamiento público la extensión que ocupaban el Oeste de Chapultepec, los Molinos, la Casa Mata y calzadas de Anzures y la Verónica!... ¡Pensar que de nuevo, después de tan inauditos desastres había sonreído la esperanza de victoria, tanto que la muchedumbre frenética, de entusiasmo patriótico, saludó a Santa Anna con gloriosos vivas, redoblando con el griterío universal, las sonoras cajas de guerra, los repiques de las campanas y el rimar flamígero, vibrante y bélico de cien trompetas y clarines!... ¡Triste apoteosis militar de aquel hombre siniestro que tanto había ido amontonando pesadumbres y atroces infortunios sobre la Patria!

¡Traición! ¡Traición! ¡Traición!...

¡Resurgía la fatídica palabra, vibrante en todas las clases sociales con chasquidos de látigo vengador que azotara vergonzosamente encorvadas espaldas de esclavos!

Homenaje a la bandera (1940)

¿Por qué, por qué no había cargado la caballería? se preguntaban peritos y profanos en el arte de la guerra... ¿Por qué Santa Anna desguarnecía siempre las líneas que iban a ser atacadas, y cuando estallaba el conflicto no iba en auxilio de los angustiados combatientes o cuando lo hacía era para llegar tarde como en esta batalla a cuyo campo se dirigió a la cabeza del 1er. Regimiento Ligero, acudiendo sólo a presenciar los estragos de la infausta derrota del bosque de Chapultepec?...

Habiéndose retirado los americanos a Tacubaya dejando destacamentos en las posiciones conquistadas, con artillería ligera y gruesa para batir el bosque y lo alto del cerro, siguióse un duelo de artillería entre la suya y la nuestra, que contestaba dignamente desde la almenada corona del Castillo. Pero al fin los enemigos tuvieron que abandonar el campo, hostigados por nuestros fuegos.

Del 8 al 11, el ejército americano se concretó a reorganizarse, haciendo aprestos desde su Cuartel General que estaba en Tacubaya, para dar un vigoroso asalto contra el Poniente de la ciudad de México. Las tropas enemigas de Tlalpan, Churubusco y Coyoacán, reforzaron en parte a las de San Ángel y Tacubaya, y las avanzadas de las lomas, mientras otras fracciones tenían orden de hacer una demostración de ataque sobre las garitas de San Antonio Abad y la Candelaria.

El general Scott después de haber hecho reconocimientos importantes por las regiones del Sur de la ciudad, se decidió a efectuar el ataque, principalmente por el Oeste, apoderándose de la altura de Chapultepec.

Con este objetivo hizo instalar cuatro baterías para que bombardearan el Castillo hasta destruirlo, produciendo terrible efecto moral entre sus defensores. La primera, compuesta de dos piezas de a dieciséis y un obús de a ocho pulgadas, se instaló en la hacienda de la Condesa para batir el Sur del Castillo, defendiendo sus fuegos al mismo tiempo la calzada de Tacubaya y Chapultepec. La segunda constituida de un cañón de a veinticuatro y un obús de a ocho pulgadas, se situó en la loma del Rey, frente al ángulo S.E. del fuerte; colocándose la tercera, con un cañón de a dieciséis y un obús de a ocho pulgadas, a doscientos cincuenta

metros de los molinos; mientras la cuarta, con un grueso obús de a diez pulgadas, quedó abrigada dentro del mismo edificio del Molino.

A estos elementos esenciales que para efectuar el bombardeo acumuló el adversario al Poniente y Sur del Castillo, hay que agregar numerosa artillería de reserva, compuesta en su mayor parte de nuestros mismos cañones de sitio y plaza arrebatados en Cerro Gordo, Churubusco y Padierna, sostenido todo este apresto por densas líneas de infantería, cubiertas por baterías ligeras y Exploradores Ligeros a caballo.

Hábilmente engañó Scott a Santa Anna, haciéndole creer que intentaría el ataque por el Sur de México, enviando a la división Quitman de Coyoacán, a unirse con la de Pillow, de día, amenazando las garitas meridionales; pero con orden estos jefes de volver, en la noche, con el mayor sigilo y silencio a Tacubaya, donde estaba el Cuartel General americano.

El general Twiggs con la brigada Rayler y dos baterías de campaña, quedaron ante dichas garitas en actitud amenazadora.

Nuestro general presidente cayó en el lazo, y al instante que supo lo de las maniobras enemigas contra el Sur de la población, retiró fuerzas de Chapultepec y otros puntos para engrosar sus reservas, dirigiéndose con ellas hacia San Antonio Abad, Niño Perdido y la Candelaria.

Al amanecer del día 12, las baterías americanas rompieron sus fuegos sobre el bosque y el Castillo, produciendo espantosos estragos, y después de que aquéllas rectificaron sus punterías pudieron al fin enviar con el más terrible éxito, sus cohetes a la Congrève, sus granadas y sus bombas de hierro...

Chapultepec apenas estaba defendido por muy ligeras obras de fortificación: en el exterior un hornabeque en el camino que va a Tacubaya. En la puerta de la entrada oriental: un parapeto y en la cerca débil e impropia como defensa militar, que entonces rodeaba el bosque por la parte Sur, se construyó una flecha, abriéndose en torno un foso de 7 metros de profundidad. Este debía rodear todo el bosque; pero semejante obra, como otras muchas que se empezaron a

Homenaje a la bandera (1940)

ejecutar en una posición que debió haber llamado poderosamente la atención de Santa Anna, ante un enemigo que tan bien demostraba su designio de atacar la Capital por el Oeste, no quedó terminada, y apenas si se colocaron tablones y morillos cavándose alderredor algunas cortaduras entre zanja y zanja. Otras flechas tendiéronse al Poniente y al pie del cerro, colocando fogatas y trampas en combinación, por el trayecto que se suponía siguieran las columnas asaltantes.

El recinto del edificio pomposamente llamado Castillo, se rodeó en gran parte con parapetos de sacos de tierra y revestimientos de madera, ramajes y adobes, blindándose los techos que cubrían los dormitorios del Colegio Militar y los principales depósitos.

Apenas siete piezas de artillería defendían esta posición tan descuidada, en suma, por Santa Anna; dos de a veinticuatro, una de a ocho, tres de campaña de a cuatro y un obús de a sesenta y ocho.

Era el jefe del punto el ilustre y benemérito general Don Nicolás Bravo quien tenía como segundo al general Mariano Monterde contando con una guarnición de tropas bisoñas y desmoralizadas, que a la hora del conflicto sumaban unos 800 hombres, los que se distribuyeron en las obras del bosque y en la propia defensa del edificio en lo alto del cerro.

En vano el general Bravo hizo ver a Santa Anna lo peligroso que era abandonar la posición al cuidado de tropas reducidas y de mala calidad (contingente de reclutas indígenas de varios Estados) a los que no se supo no se pudo, o tal vez no se quiso, ni se intentó, hacer penetrar en sus conciencias la fe patriótica, enderezando el viejo temple heroico de su raza hacia el denuedo provechosísimo de una gran resistencia ante el Invasor.

Al amanecer del día 12, las baterías americanas principiaron el bombardeo sobre el bosque y el llamado Castillo, contestando sus fuegos muy escasamente nuestra pobre artillería.

Al principio, fueron nulos los efectos de los primeros disparos dirigidos contra el fuerte; pero muy pronto, los jefes ingenieros del enemigo rectificaron

sus punterías, y durante todo el día cayó sobre Chapultepec una lluvia de granadas, bombas y cohetes a la Congréve, produciendo estragos espantosos en el material de las fortificaciones y en la escasa tropa que las guarnecía. Hubo necesidad de retirar gran parte de ella para que no sufriera impunemente tan mortíferos fuegos, colocando tras del cerro, hacia el Oriente, a todos los defensores que no pertenecían a la artillería y a los no empleados en las obras de defensa. El enemigo mantuvo en el aire una bomba, en toda la jornada del día 12, terminando la actividad de sus baterías al obscurecer.

En la noche, mientras el general Nicolás Bravo urgía con desesperación, como ya indicamos, porque se reforzaran las tropas de su mando con parte de las reservas intactas que Santa Anna llevaba de un extremo a otro de la ciudad y sus contornos, sin que, por supuesto, el jefe del punto fuera atendido, el general Scott combinaba sus últimas evoluciones que debían preparar el asalto de Chapultepec.

Apenas se inició la terrible noche del 12 al 13 cuando se comprendió en un instante los desastres ocasionados por el bombardeo, el que según el plan del enemigo, había desmantelado cuanto pudiera servir para operar una resistencia, si no imposible de ser domada, al menos gloriosa para nuestras armas y costosísima para el asaltante.

A última hora se efectuaron las reparaciones más urgentes, aprovechando las tinieblas, no sin que entre tanto desertaran reclutas, indígenas incapaces de comprender la trascendencia y la ignominia de su acción frente al enemigo, atribulados y desmoralizadísimos como estaban, y sobre todo sin que hubieran surgido voces inteligentes y patrióticas que les hiciesen luz en sus pobres cerebros ensombrecidos.

Algo reanimó el general abatimiento en aquella noche, la presencia a lo lejos, de una fuerza del Estado de México que llegaba a reforzar la del Valle, al mando del mismo Gobernador don Francisco M. Olaguibel, perseguido por algunos escuadrones americanos que no se atrevían a atacarla.

Homenaje a la bandera (1940)

Aquellas tropas, unidas a ciertas fracciones de la caballería del general Álvarez, que vagaba tristemente e inútil, por los campos occidentales, debía ser de un gran efecto táctico a retaguardia de las divisiones enemigas que, desprendiéndose de sus posiciones del Molino del Rey y adyacentes, irían a dar los fulminantes asaltos contra el quebrantado Chapultepec.

Mas, por desgracia, se repitieron las mismas, las eternas faltas de esta lamentable campaña. Hubo órdenes y contraórdenes del general presidente; fatigóse a la tropa sin resultado práctico: tras mil evoluciones tuvo que entrar aquel auxilio del Estado de México, a la Capital, lo mismo que las reservas y el pomposo Estado Mayor del general Santa Anna.

Para cooperar a la defensa del Castillo, se dispusieron en la falda del cerro, por la parte Oeste que era entonces la más accesible, unas fogatas de barrenos de pólvora, que no llegaron a encenderse por no bajar a tiempo el teniente de artillería encargado de hacerlas estallar.

Al amanecer del día 13, el enemigo principió más activo que el día anterior, el bombardeo, desde las posiciones de Molino del Rey y la batería del Sur. A las seis de la mañana, el general Bravo comunicó al Ministro de la Guerra la deserción de gran parte de sus tropas desmoralizadísimas por los estragos y sangre que causara la artillería enemiga, encareciendo la necesidad de que se cambiara su fuerza por cualquiera otra en diferentes circunstancias. Santa Anna insistió en no enviarle auxilio alguno hasta la hora del asalto.

Entonces Bravo, sabiendo que la brigada de reserva del general Rangel se hallaba al Oriente muy inmediata, solicitó de éste algún refuerzo, pero se le contestó que no era posible, sin orden del general presidente.

A las nueve de la mañana, el enemigo lanzó sobre el bosque tres columnas de asalto, una por la parte occidental y las otras a derecha e izquierda, llevando a su frente secciones de Zapadores con palas, barretas, hachas y escalas.

Los americanos avanzaron con resolución, haciendo a trechos certeras descargas de rifle sobre los parapetos del bosque, donde nuestros escasos soldados respondieron con su fusilería a los gritos de ¡Viva México! Al llegar a ellos trabóse desesperada refriega al arma blanca, mas los defensores fueron arrollados por el impulso de aquella masa superior, erizada de bayonetas, penetrando al bosque las columnas. En estos instantes el general Santa Anna, no obstante el último aviso apremiante de Bravo, se contentó con enviar por todo refuerzo al Castillo, al batallón de San Blas al mando del bizarro teniente coronel Santiago Xicoténcatl.

Esta fuerza no tuvo tiempo de subir al Castillo; pero su jefe con admirable denuedo y energía, la tendió entre el bosque, oponiéndose al desemboque de las columnas asaltantes, rompiendo al punto sus fuegos sobre ellas. Entre tanto, otra sección americana se dirigía hacia el Norte, amagando la calzada de Anzures, con el intento de llamar la atención de nuestro general en jefe que se encontraba con la brigada Lombardini y el batallón Hidalgo en la calzada de Belén. Otra demostración semejante efectuaba al mismo tiempo el enemigo sobre la calzada de la Condesa.

Y he ahí a Santa Anna dando órdenes y contraórdenes a sus fuerzas de reserva, mandándolas de un lado a otro, inútilmente, mientras el verdadero asalto sobre el Castillo desarrollaba en el bosque espantosa tragedia de sangre y fuego; mientras el batallón “San Blas”, rodeado por enemigos superiores caía épicamente al pie del cerro, muriendo la mayor parte de sus oficiales y soldados lo mismo que su valiente jefe, cuyo nombre célebre Xicoténcatl, quedó otra vez inmortalizado!... Bajo la alta bóveda de los viejos ahuehuetes, en medio de una aureola de fuego, nubes de pólvora, relámpagos de sables y bayonetas, cae el héroe envuelto en su bandera atravesado por veinte balas, gritando: ¡Viva México!

El enemigo subió por la rampa y por las partes practicables, aprovechándose de las asperezas, rocas y arbustos del cerro, para hacer fuego tras ellos, en tanto que de las defensas que rodeaban el Castillo brotaban las descargas de sus

Homenaje a la bandera (1940)

defensores, deteniendo a los asaltantes. Reforzados éstos por nuevas tropas, llegaron bajo una granizada de plomo hasta el edificio que coronaba la altura, donde todavía encontraron heroica resistencia en los alumnos del Colegio Militar, quienes tuvieron la gloria espléndida de ser los últimos que hicieron morder el polvo al Invasor en aquellas jornadas.

Estos, no obstante el orden de retirarse, que les había dado el general Bravo, prefirieron morir con honra; y desde que aparecieron a su alcance los enemigos, estuvieron haciendo fuego desesperadamente, y cuando cayó la mayor parte del Colegio, se retiraron con algunos soldados, al jardín que quedaba sobre el velador, donde fueron hechos prisioneros.

¡Eterna es la gloria de aquellos niños héroes que admiraron al enemigo con su entereza de bronce, honrando la Bandera de su Patria y sellando con luz de sol, –luz roja de crepúsculo trágico, luz roja como su sangre–, la Leyenda del agosto Chapultepec!

¡Qué noble orgullo para los jóvenes alumnos del Colegio Militar de México, iniciarse en la bizarra carrera de las armas, en una Academia cuya historia esplende con tan sublime página! ¡Qué aliento para seguir a través de catástrofes y obstáculos, recordando el sacrificio de los valientes niños!

Murieron defendiendo el último reducto del Colegio Militar, los siguientes alumnos cuyos nombres no debemos olvidar nunca: Teniente Juan de la Barrera y los Subtenientes Francisco Márquez, Fernando Montes de Oca, Agustín Melgar, Vicente Suárez y Juan Escutia; y siendo heridos el Subteniente Pablo Banuet y los alumnos de fila Andrés Mellado, Hilario Pérez de León y Agustín Romero. Quedaron prisioneros con el General Monterde, Director del Colegio, los Capitanes Francisco Jiménez y Domingo Alvarado; los Tenientes Manuel Alemán, Agustín Díaz, Luis Díaz, Fernando Poucel, Joaquín Argaiz, José Espinosa y Agustín Peza, y los Subtenientes Miguel Poucel, Ignacio Peza y Amado Camacho, con el Sargento Teófilo Nores, el Cabo José Cuéllar, el tambor Simón Álvarez, el corneta Antonio Rodríguez, y 37 alumnos de fila.

Tomado el Castillo, hecho prisionero su jefe, el general Bravo, llegaron nuevas fuerzas americanas a la posición, que eran las que habían atacado vigorosamente a la derecha de la línea organizada por Santa Anna y que sostuvieron reñidos combates por entre el acueducto y la calzada. La brigada del general Rangel resistió el choque hasta que empujada por enemigo superior, tuvo que ceder abandonando su reducida artillería, retirándose a las Garitas de la Capital.

El enemigo quedó pues, nuevamente victorioso en estos últimos combates, no sin que su triunfo le costara sangrientos sacrificios, perdiendo la quinta parte de su fuerza, dejando bajo las hermosas enramadas de Chapultepec ensangrentada, muerta o herida, la flor magnífica de su oficialidad.

¡Y también quedaron bajo el antiguo bosque de Moctezuma y Netzahualcóyotl, aquellos radiantes jóvenes mexicanos, alumnos del Colegio Militar, eternamente glorioso en los Anales Patrios, sucumbiendo en la refriega heroica, de cara al Deber, mirando al Cielo!...

JUAN DE DIOS PEZA

LA VIDA POR LA BANDERA

EL MOLINO DEL REY ha caído en poder de los soldados norteamericanos, y ya se aprestan al asalto del Castillo de Chapultepec, defendido por escasas tropas y por los alumnos del Colegio Militar.

En uno de los ángulos del viejo Alcázar, flota orgullosa y altanera la tricolor Enseña Nacional, y en torno suyo, los alumnos del Colegio, los polluelos de aquel nido de águilas, juran solemnemente defenderla o morir por ella.

Henchidos de bélico entusiasmo y rebosando el pecho de amor patrio, se aprestan a la defensa ocupando el sitio que su jefe les designa, magníficos en su actitud y resueltos a rechazar el asalto del invasor.

En impaciente espera transcurre toda la noche del 12 de septiembre, y a los prístinos albores del nuevo día, Agustín Melgar, centinela avanzado del Castillo, con voz tonante grita: ¡Alto ahí! ¡Quién vive! a un grupo de soldados que avanza a paso de carga por la rampa del bosque milenario. Los americanos no responden y siguen avanzando... ¡Quién vive! grita nuevamente el centinela, disponiéndose a hacer fuego...

Nadie responde y el enemigo avanza, avanza siempre... Da el tercer ¡Quién vive! haciendo fuego sobre ellos, el fuego es contestado por los extranjeros con una granizada de balas, cuyo fragor repercute en los ámbitos del bosque. El bravo centinela hace fuego una y otra y muchas veces, hasta que una bala enemiga lo hiere en la frente arrancándole la vida. Cayó el fiero aguilucho, firme en su puesto, como los bravos espartanos, sobre su escudo; y la gloria extendió su manto de azul y oro sobre su frente.

Llega el invasor y al verlo se descubre con respeto exclamando sorprendido: “¡Pero si era una criatura!” Y no bien había terminado de pronunciar estas palabras, cuando otros jóvenes, les salieron al encuentro disputándoles el paso.

Por un momento la lucha se hace terrible y alcanza homéricas pinceladas, caen varios muertos y heridos por uno y otro bando. Un capitán enemigo logra abrirse paso y llega al pie de la bandera y, ¡va a apoderarse de ella!... En el mismo instante un aguilucho corre hacia él con el fusil levantado en alto, descarga un terrible golpe en la cabeza del yanqui, que se tambalea y está a punto de caer..., con movimiento rápido arranca la bandera, y al ver que otros norteamericanos se abalanzan a él, se envuelve en la gloriosa enseña, y encarándose al enemigo, grita: ¡Viva México!, y se arroja al precipicio...

¡Juró defender su bandera o morir por ella, y cumplió su juramento! ¡Bendito sea! Los milenarios ahuehuetes inclinaron reverentes sus cabezas canas, como queriendo proteger al héroe, y mil rumores se levantaron del bosque legendario y entonaron el salmo de la inmortalidad y de la gloria.

Desde entonces, año por año, al llegar esa fecha inolvidable –13 de septiembre– en alegres caravanas van los mexicanos a esparcir fragantes flores cabe el monumento de esos jóvenes que supieron morir heroicamente en defensa de su bandera y en defensa de su patria.

Prof. FRANCISCO CUERVO MARTÍNEZ

LA APOTEOSIS DEL 47

*L*AS MANOS de lumbre del relámpago abren las negras puertas de las sombras y por los caminos azules el viento, como teoría de soles, desfila el coro de los efebos admirables.

Juan de la Barrera, Juan Escutia, Agustín Melgar, Vicente Suárez, Francisco Márquez, Fernando Montes de Oca... los ojos profundos de infinito, la cabellera hirsuta de brillos, la frente maciza de reflexión, los labios desatando la crispatura de un grito y las manos apretándose en un puño, para desafiar la cólera del destino que se despeña, como una catarata de sangre, del vientre pavoroso de la tragedia.

Abajo, sobre el valle de encanto, el insigne crestón de la epopeya y afianzada a él, la garra del águila como raíz de lumbre de un astro crepitante. Las alas plegadas en la crucifixión de un vuelo, la testa erguida como pendón de plumas y el garfio del pico apuntando al cielo, en un intento de destrozarse al imposible y arar un camino de victoria entre los densos nubarrones de los buitres.

El calderón enorme, siniestro, espantoso de la espera que suspende en el corazón del tiempo, el ritmo portentoso de la vida.

La calma que incuba la tormenta... el silencio donde se gesta el alarido... el recodo de misterio donde la muerte espía.

Luego, el desastre que vale más que la victoria; el derecho de la inmortalidad que se compra con el precio menguado de la vida. El ave olímpica, rota, sublime y trágica, que inútilmente trata de calentar contra su pecho los despojos sublimes de sus hijos y la tierra bendita de la Patria, que se ablanda y se suaviza más aún,

para acoger los cadáveres sagrados que son como semillas de auroras en el surco angustioso de la Historia.

Y la bandera, no ya en el iris de los quetzales, ni en las pedrerías de los pavones, ni en los colorines de los guacamayos, ni en las alcatifas de los valles, ni en los mantones de los jardines, ni en las encajerías de las enredaderas, ni en el viento acuarelado de mariposas, ni en los velámenes de fulgores de los bergantines del crepúsculo; ni en las gasas resplandecientes de las odaliscas de la aurora; ni en las madejas de seda que duermen en los estuches de agua de luz de los diamantes... ¡No!... ¡La bandera que no es ala, ni llamarada, ni fulgor, ni brillo, ni penacho, ni vuelo!... ¡La bandera que se trasmuta en sudario, que se transforma en mortaja y se enreda en los cuerpos marchitos de los jóvenes mártires, como si fuese la materialización del alma de la Patria, que eternamente quisiera arropar en sus besos los cuerpos inanimados de sus hijos!

¡Oh máxima epopeya de Chapultepec! ¡Oh insigne, oh sublime, oh portentoso sacrificio de las almas en flor que pretenden detener el galope enfurecido de los bárbaros con la estatuaría actitud de los paladines griegos! ¡Oh gesto inmensurable, digno de esculpirse por los cinceles del sol en el oro del día, en el azabache de la noche o en el mármol traslúcido de los plenilunios atenienses!...

¡Con razón, al evocaros, oh héroes niños, oh efebos inmortales de la tragedia del 47, la voz se vuelve trueno en los clarines del día y estalla en el azul absorto, como la tempestad sinfónica de una rapsodia de titanes!...

HORACIO ZÚÑIGA

AGUILUCHOS

A los hijos del benemérito
Colegio Militar, en el símbolo de
sus gloriosos hermanos los Niños
Héroes de Chapultepec.

I

¡Aguiluchos ! ¡Aguiluchos!
cuando
suenan vuestros nombres, a manera de repique
de campanas de epopeya, los elásticos
lebreles de los ríos,
hacen alto;
las montañas se despiertan cual tropeles de bisontes;
en las playas, los jaguares de sus olas, arrodilla el océano;
la tormenta doma y para
la cuadriga de su carro
y seguidos por la pompa de un cortejo de crepúsculos,
en un vuelo de alas de oro, como de huracanes de astros,
vemos que escaláis las cimas rutilantes de la gloria
entre cóleras de truenos y motines de relámpagos!_____

II

Era el lúgubre minuto
de nuestro destino aciago,
los alcázares del día se encontraban sin auroras;
como príncipes errantes que dejaran sus palacios,

de las frondas alejábanse
los perfumes y los pájaros;
era el bosque de zozobra; el raudal era de lágrimas;
de tristezas era el lago;
por abismos de amargura la tiniebla iba gimiendo;
por los valles desvalidos iba el viento sollozando.
Torvo el cielo; mustio el surco;
seco el árbol_____

¡De repente!, en la paz desoladora de ese mundo en agonía,
se escuchó el crispante aullido de los lobos del espanto
y en las ásperas llanuras de un silencio sin estrellas
galopó la noche herida por salvaje latigazo!

Desde el pórtico de Eskilo
–bronce y mármol–
desplomóse la tragedia
sobre el suelo mexicano,
y a manera de un gran río de terrores y de sangre,
a manera de un siniestro remolino de zarpazos,
arrasó nuestras praderas, desgajó nuestros vergeles,
arruinó nuestros hogares, profanó nuestros santuarios
y la carne de gardenias de la Patria dejó rota,
como roto y destrozado
dejó al mundo de las églogas,
el tumulto de panteras de las hordas de los bárbaros.

¡Y fué entonces,
fué en aquella hora sublime, espantosa y grande, cuando
casi solos, sin recursos, sin ayuda, sin amparo,
al coloso formidable de pezuñas de bisonte,
hiena, lobo, sierpe, búho, leviatán y dinosaurio,

Homenaje a la bandera (1940)

los gallardos niños héroes, bravamente, bellamente, audazmente
se enfrentaron,
como un grupo de Davides
o de efebos sagitarios
que para romper la frente del Goliat de las tinieblas
con estrellas fulgurantes apedrearán el espacio!

III

¡Oh el enorme lienzo ilustre!
¡Oh el terrible, gigantesco y maravilloso cuadro
que en la tela del asombro, con un bosque de pinceles
en carmines de crepúsculos, escarlata de relámpagos,
hemorragia de centellas
y fulguración de hogueras empapados,
trazó un nuevo Miguel Ángel
en la olímpica locura de un pictórico arrebató!

¡Sobre la colina ilustre,
el tumulto de los buitres que se arrojan en un torvo remolino de aletazos;
desde el fondo de su escudo,
la gran águila de Anáhuac, que, al mirarlos,
lanza un grito formidable
cuyo estremecido dardo
va a clavarse en el nidal de los polluelos,
los despierta y los pone al fin en guardia, afianzados
reciamente en los crestones,
el saliente pecho erguido; el plumaje, como el reto de un penacho;
los vibrantes abanicos de las alas,
cual panoplias de puñales, desplegados,

la cabeza brava y fuerte,
con el pico hacia las hordas insaciables, apuntado,
y la garra hecha raíces y el espíritu hecho aureola
y el valor en la mirada hecho lumbre de chispazo!_____

¿Luego?_____ ¡Luego!_____ La embestida vergonzosa
de los fuertes que asesinan a los débiles. El ataque del corsario
contra el nauta; de la zarpa contra el ala;

del rugido contra el canto;

del blandón contra la antorcha;

de la sierpe contra el cisne y la sombra contra el astro.

¡El terrible duelo eterno entre el alma y la materia:

entre el ánima desnuda que se viste con auroras

y el magnate cuyo espíritu lleva sórdidos andrajos!

¡Y la insólita caída;

la epopeya soberana cuyo resplandor enorme brilló tanto, tanto, tanto,
que los ojos de la Historia, cual los ojos del poeta,
consumidos se quedaron!

¡Ni en la Ilíada! ¡Ni en la Eneida! ¡Ni en los épicos romances

hay un gesto más hermoso, más sublime, más gallardo:

destrozada la imposible resistencia,

cuando el único recurso era la muerte o la huida, la apoteosis o el escarnio,

los valientes aguiluchos

en la cólera magnífica de un arranque sobrehumano,

para estar junto a su madre, que vibraba en el escudo

sin poder ir a salvarlos,

se envolvieron en la gloria de su fúlgida bandera,

en su pabellón bendito, como en un jirón de arco iris, se arrojaron,

y así el águila ya cerca de sus hijos,

apretado

Homenaje a la bandera (1940)

el corazón
contra sus vástagos,
desplomóse entre las peñas,
derrumbóse del picacho,
y cayó el fulgente grupo sobre el suelo enrojecido,
palpitante y desolado_____

Mas la tierra al recibirlo y sentir sobre su entraña
los despojos venerados,
en lugar de condensarse en la negrura
de un ciclópeo catafalco,
levantólos ágilmente
y con los potentes brazos
de las cúspides más altas,
los llevó hasta la rotonda de los cielos asombrados
que los vieron convertirse,
al conjuro de un milagro,
en los áureos capitanes de un ejército de soles
por flamígeros tropes de luceros, escalados!_____

IV

¡Oh aguiluchos! ¡Oh aguiluchos!
por vuestro valor enorme, por vuestra nobleza ilustre, conmovidos
y abrumados,
a vosotros que sois símbolo del más puro patriotismo,
en el nombre sacrosanto
de nuestra bendita enseña,
¡oh héroes niños! os juramos
que si alguna vez la Patria, afligida y moribunda

se encontrase, como antaño,
y exigiese de nosotros el supremo sacrificio,
inspirados
en vuestro sublime ejemplo,
a pie firme esperaremos la brutal acometida de los bárbaros
y si fuésemos vencidos en el desigual combate,
antes que mirar flotando
la bandera de otro pueblo en el viento de oro y seda
que acaricia nuestros campos,
antes que mirar la insignia de los viles invasores
el azul de nuestro limpio firmamento profanando,
con la tea formidable de una antorcha de centellas
prenderíamos fuego a todo, chozas, templos, catedrales y tugurios y palacios;
nuestras mágicas praderas arderían como alfombras,
cual hogueras de titanes, arderían nuestros bosques milenarios,
y sobre esa hirviente hornalla,
cada uno de nosotros en la tricolor enseña, cual vosotros, arrojados,
desde la más alta cumbre saltaríamos decididos,
para que con nuestros cuerpos el descomunal incendio acrecentado,
ascendiese al infinito
y alargando
sus inmensos resplandores cual pendón inmensurable,
ofreciese a todo el orbe el insólito espectáculo
de la Patria Mexicana que, al arder sobre la pira
colosal de su holocausto
hecha enorme llamarada, toda ella se volvía una fúlgida bandera
que en las manos de Dios mismo quedaba tremolando!_____

HORACIO ZÚÑIGA

CONTENIDO OBRA COMPLETA

POESÍA

TomO I	Ánfora (1920) Mirras: poemas orfébricos (1932)
TomO II	El minuto azul (1932) La selva sonora (1933) 3 poemas a la madre (1936)
TomO III	Sinfonías (1937) Torre negra (1938) Elogio de la madre (1939) Aguiluchos (1940) ¡Presente! (poemas) (1951) Letras marianas (1953) Laude a Atlacomulco (1956)
TomO IV	Zarpa de luz (1974) Espumas y oleajes (1977)

ENSAYO

- Tomo V El Estado de México desde la prehistoria hasta la conquista (ensayo de filosofía histórica) (1933)
La universidad, la juventud, la revolución (1934)
- Tomo VI Verbo peregrinante (1939)
Homenaje a la bandera (1940)
- Tomo VII Ideas, imágenes, palabras.
“El libro de los oradores” (1956)

NOVELA

- Tomo VIII El hombre absurdo (1935)
- Tomo IX Realidad (1936)
¡Miseria! (1981)



Asociación Juveniles Anaya. La luz del conocimiento
Tomo VI Ensayo: *Verbo peregrinante*
(1939) | *Homenaje a la bandera* (1940),
Jorge Olvera García (coordinador),
se terminó de imprimir en octubre
de 2016. El tiraje consta de 200
ejemplares. El cuidado de la edición
estuvo a cargo de la Dirección del
Programa Editorial de la UAEM.

Editora responsable:

GABRIELA LARA

